SPAIN'S INFAMY IN THE PHILIPPINES
FOR THE FIRST TIME IN STORY AND PICTURE

FULLYTO
WORLD S
COMMISS

Akal Pensamiento crítico

BAJO TRES BANDERAS

ANARQUISMO E IMAGINACIÓN ANTICOLONIAL

Benedict Anderson



Akal / Pensamiento crítico / 39

Benedict Anderson

Bajo tres banderas

Anarquismo e imaginación anticolonial

Traducción: Cristina Piña Aldao



El intercambio de ideas forja la historia en la misma medida en que lo hace el estruendo de las armas. Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación colonial describe con brillantez las insólitas conexiones establecidas entre la política y la cultura de finales del siglo XIX. Benedict Anderson examina los vínculos anudados entre militantes anarquistas de Europa y América con los levantamientos antiimperialistas acaecidos en los restos del imperio colonial español, en China o en Japón.

Apoyándose en el elaborado intercambio intelectual protagonizado por dos notables escritores filipinos –el gran novelista político José Rizal, ejecutado en 1896 por las autoridades españolas, y el innovador folclorista Isabelo de los Reyes, quien, deportado a la Península y confinado en el castillo de Montjuïc, trabaría contacto con anarquistas catalanes–, Anderson entreteje una obra tremendamente original acerca de cómo las redes globales dieron forma a los movimientos nacionalistas que marcaron toda una época y que tantas enseñanzas encierran para nuestro propio presente.

«Una historia interesante a la vez que cautivadora… excepcional y apasionante.»
The Guardian

«Una visión fascinante del flujo global de las ideas anarquistas y anticoloniales.»
Publishers Weekly

Benedict Anderson es profesor emérito de Estudios internacionales de la Cornell University. Politólogo y ensayista de prestigio internacional, entre sus numerosas publicaciones están The Spectre of Comparisons (1998), Language and Power (1990) y, sobre todo, el ya clásico Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo (1993).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Under Three Flags. Anarchism and the Anti-Colonial Imagination

© Publicado originalmente por Verso, 2005

© Benedict Anderson, 2005

© Ediciones Akal, S. A., 2008
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4112-2

Reconocimientos

Es un mundo común, mancomunado, en todos los meridianos.
Nosotros los caníbales debemos ayudar a estos cristianos (Queequeg).

En homenaje a Herman Melville
En recuerdo de Tsuchiya Kenji
Para Kenichiro, Carol y Henry

Muchas personas e instituciones me han proporcionado la ayuda indispensable para preparar este libro. Entre las personas, a quien más debo es a mi hermano Perry por recoger incansablemente materiales para ampliar y complicar mi pensamiento y por sus críticas característicamente meticulosas y perspicaces. Tras él, Carol Hau y Ambeth Ocampo. También me gustaría dar mi más sincero agradecimiento a Patricio Abinales, Ronald Baytan, Robin Blackburn, Karina Bolasco, Jonathan Culler, Evan Daniel, Neil Garcia, Benjamin Hawkes-Lewis, Carl Levy, Fouad Makki, Franco Moretti, Shiraishi Takashi, Megan Thomas, Tsuchiya Kenichiro, Umemori Naoyuki, Wang Chao-hua, Wang Hui, Susan Watkins, Joss Wibisono y Tony Wood.

Las cuatro instituciones que han puesto a mi disposición materiales raros son el Internationaal Instituut loor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, la Biblioteca Nacional de Filipinas, la Biblioteca de la Universidad de Filipinas, y la Biblioteca del Ateneo de la Universidad de Manila, en especial al personal encargado de la Colección Pardo de Tavera. Tengo con ellos una enorme deuda de gratitud.

Introducción

Si observamos de noche un cielo tropical, sin luna, en la temporada seca, vemos un reluciente dosel de estrellas estáticas, conectadas tan sólo por la oscuridad visible y la imaginación. La serena belleza es tan inmensa que requiere un esfuerzo de la voluntad recordarse a uno mismo que estas estrellas se encuentran de hecho en un movimiento perpetuo y frenético, impulsadas de aquí para allá por la fuerza invisible de los campos gravitacionales de los que forman parte ineludible y activa. Tal es la elegancia caldea del método comparativo que, por ejemplo, me permitió en otro tiempo yuxtaponer el nacionalismo «japonés» con el «húngaro», el «venezolano» con el «estadounidense» y el «indonesio» con el «suizo». Cada uno de los cuales brilla con su propia luz separada, constante y unitaria.

Cuando la noche cayó en el Haití revolucionario, las tropas polacas enfermas de fiebre amarilla enviadas por Napoleón bajo las órdenes del general Charles Leclerc a restaurar la esclavitud, oían cantar de cerca a sus adversarios la *Marsellesa* y *Ça ira!* Respondiendo a este reproche, se negaron a cumplir la orden de masacrar a los prisioneros[1]. La Ilustración escocesa fue decisiva para enmarcar la insurrección anticolonial estadounidense. Los movimientos independentistas y nacionalistas de Hispanoamérica son inseparables de las corrientes universalistas del liberalismo y el republicanismo. A su vez, el Romanticismo, la democracia, el Idealismo, el marxismo, el anarquismo e incluso, a última hora, el fascismo se entendieron en general como movimientos *globe-stretching* y *nation-linking*. El nacionalismo, el elemento con la mayor valencia de todos, se combinó con todos los demás de diferentes modos y en distintos momentos.

Este libro es un experimento de lo que Melville podría haber denominado astronomía política. Intenta cartografiar la fuerza gravitacional del anarquismo entre nacionalismos militantes de lados opuestos del planeta. Tras el fracaso de la Primera Internacional y la muerte de Marx en 1883, el anarquismo, con sus formas característicamente variadas, fue el elemento dominante de la izquierda conscientemente radical e internacionalista. No fue meramente que en Kropotkin (nacido veintidós años después de Marx) y Malatesta (nacido treinta y tres años después de Engels) el anarquismo produjera un filósofo convincente y un líder activista carismático y pintoresco de una generación más joven, no igualada por el marxismo convencional. No obstante el enorme edificio del pensamiento de Marx, del que a menudo bebía el anarquismo, el movimiento no desdeñaba a los campesinos y a los jornaleros agrícolas en una época en la que los proletarios industriales serios se limitaban principalmente al norte de Europa. Estaba abierto a escritores y artistas «burgueses» (en nombre de la libertad individual), algo que en aquellos días no admitía el marxismo. Igualmente hostil al imperialismo, no tenía prejuicios teóricos contra los nacionalismos «pequeños» y «ahistóricos», incluidos aquellos del mundo colonial. Los anarquistas fueron también más rápidos en aprovechar la enorme migración transoceánica de la época. Malatesta pasó cuatro años en Buenos Aires, algo inconcebible para Marx o Engels, que nunca salieron de Europa Occidental. El Primero de Mayo celebra la memoria de inmigrantes anarquistas –no marxistas– ejecutados en Estados Unidos en 1887.

El enfoque temporal de este libro, en las últimas décadas del siglo XIX, tiene también otras justificaciones. La práctica simultaneidad de la última insurrección nacionalista del

Nuevo Mundo (Cuba, 1895) y la primera de Asia (Filipinas, 1896) no fue casual. Los nativos de los últimos restos importantes del legendario imperio planetario español, los cubanos (así como puertorriqueños y dominicanos) y los filipinos no leían meramente unos sobre otros, sino que mantenían cruciales relaciones personales y, hasta cierto punto, coordinaron sus acciones: la primera vez en la historia mundial que una coordinación transplanetaria de ese tipo se hacía posible. Ambos fueron finalmente aplastados, con pocos años de diferencia entre sí, por la misma brutal potencia hegemónica en ciernes. Pero la coordinación no se produjo directamente entre el país montañoso de Oriente y Cavite, sino que estuvo mediada por «representantes», sobre todo en París, y secundariamente en Hong Kong, Londres y Nueva York. Los nacionalistas chinos lectores de periódicos siguieron los acontecimientos de Cuba y Filipinas –así como la lucha nacionalista boer contra el imperialismo británico, que los filipinos también estudiaron– para aprender a «hacer» la revolución, el anticolonialismo y el antiimperialismo. Tanto filipinos como cubanos encontraron, en diferentes anarquistas franceses, españoles, italianos, belgas y británicos, cada uno de ellos por sus propias razones, a menudo no nacionalistas.

Estas coordinaciones se hicieron posibles porque las dos últimas décadas del siglo XIX contemplaron el comienzo de lo que podría denominarse una «mundialización temprana». La invención del telégrafo fue seguida rápidamente por muchas mejoras, y el tendido de cables submarinos transoceánicos. El «cable» se dio pronto por sentado por los habitantes urbanos de todo el planeta. En 1903, Theodore Roosevelt se envió a sí mismo alrededor de todo el mundo un telegrama que le llegó en nueve minutos[2]. La inauguración de la Unión Postal Universal en 1876 aceleró enormemente el movimiento fiable de cartas, revistas, periódicos, fotografías y libros por todo el mundo. El buque de vapor –seguro, rápido y barato– posibilitó enormes migraciones inauditas de país a país, de imperio a imperio y de continente a continente. Una red cada vez mayor de ferrocarriles movía a millones de personas y mercancías dentro de los límites nacionales y coloniales, enlazando en sí interiores remotos y con puertos y capitales.

Durante las ocho décadas transcurridas entre 1815 y 1894, el mundo se mantuvo en general en una paz conservadora. Casi todos los países situados fuera de América estaban dirigidos por monarquías, ya fuesen autocráticas o constitucionales. Las tres guerras más largas y sangrientas del periodo tuvieron lugar en la periferia del sistema mundial: guerras civiles en China y Estados Unidos, la guerra de Crimen en el litoral norte del Mar Negro, y la horrible guerra en la década de 1860 entre Paraguay y sus poderosos vecinos. Las derrotas aplastantes de Bismarck al Imperio austrohúngaro y Francia se alcanzaron con velocidad de vértigo y sin enormes costes en vidas. Europa tenía una superioridad tal en recursos industriales, financieros y científicos que el imperialismo de Asia, África y Oceanía siguió adelante sin mucha resistencia armada efectiva, excepto en el caso del Motín de India. Y el propio capital se movía con rapidez y mucha libertad entre límites nacionales e imperiales.

Pero a comienzos de la década de 1880 se dejaron sentir los temblores preliminares del terremoto que recordamos en general como la Gran Guerra o la Primera Guerra Mundial. El asesinato del zar Alejandro II en 1881 por un grupo terrorista radical que se autodenominaba La Voluntad del Pueblo fue seguido en los siguientes veinticinco años por el asesinato de un presidente francés, un monarca italiano, una emperatriz austriaca y su aparente heredero, un rey portugués y su heredero, un primer ministro español, dos

presidentes estadounidenses, un rey de Grecia, un rey de Serbia y poderosos políticos conservadores de Rusia, Irlanda y Japón. Por supuesto, un número mucho mayor de atentados falló. Los primeros y más espectaculares de estos asesinatos fueron efectuados por anarquistas, pero los nacionalistas pronto siguieron su estela. En la mayoría de los casos, la consecuencia inmediata fue una masa de draconiana legislación «antiterrorista», ejecuciones sumarias y un drástico ascenso de la tortura por parte de las fuerzas policiales, públicas y secretas, así como de los ejércitos. Pero los asesinos, algunos de los cuales bien podrían calificarse de terroristas suicidas precoces, consideraban que actuaban para un público mundial de agencias de prensa, periódicos, organizaciones religiosas progresistas, obreras y campesinas, etcétera.

La competencia imperialista, hasta 1880 todavía en gran medida entre Reino Unido, Francia y Rusia, empezaba a verse intensificada por recién llegados como Alemania (en África, noroeste de Asia y Oceanía), Estados Unidos (a lo largo del Pacífico y en el Caribe), Italia (en África) y Japón (en Asia Oriental). La resistencia también empezaba a mostrar su rostro más moderno y eficaz. En la década de 1890, España tuvo que enviar la hasta entonces mayor fuerza militar al otro lado del Atlántico para intentar aplastar la revolución de Cuba. En Filipinas, España se enfrentó a un levantamiento nacionalista, pero no consiguió derrotarlo. En Suráfrica, los boers dieron al imperio británico el susto de su larga vida.

Tal es el proscenio general en el que los actores principales de este libro interpretaron sus diversos papeles nómadas. Podría presentarse este argumento más gráficamente, quizá, diciendo que el lector encontrará italianos en Argentina, Nueva Jersey, Francia y el territorio vasco original; portorriqueños y cubanos en Haití, Estados Unidos, Francia y Filipinas; españoles en Cuba, Francia, Brasil y Filipinos; rusos en París; filipinos en Bélgica, Austria, Japón, Francia, Hong Kong, y Reino Unido; japoneses en México, San Francisco y Manila; alemanes en Londres y Oceanía; chinos en Filipinas y Japón; franceses en Argentina, España y Etiopía, y así sucesivamente.

En principio, podría abrirse el estudio de esta enorme red rizómica en cualquier parte: Rusia acabaría llevándonos a Cuba, Bélgica conduciría a Etiopía, Puertos Rico nos llevaría a China. Pero este estudio particular parte de Filipinas por dos razones sencillas. La primera es que yo siento un profundo apego a las islas, y las llevo estudiando, de manera intermitente, veinte años. La segunda es que en la década de 1890, aun estando situadas en la periferia exterior del sistema mundial, desempeñaron brevemente una función mundial que desde entonces las ha eludido. Una razón subordinada es el material del que dispongo. Los tres hombres cuyas vidas sostienen el estudio –nacidos con una diferencia de tres o cuatro años a comienzos de la década de 1860– vivieron en el tiempo sagrado anterior a la llegada de la fotocopia, el fax, e internet. Escribieron copiosamente –cartas, panfletos, artículos, estudios académicos y novelas– en pluma y tinta indelebles, en papel que se esperaba que tuviese una vida casi infinita. (En la actualidad, los archivos estadounidenses se niegan a aceptar nada fotocopiado –se volverá ilegible en veinte años– o en forma electrónica [será ilegible, o legible sólo mediante un coste prohibitivo, aún antes, debido al ritmo vertiginoso de la innovación tecnológica.)

No obstante, un estudio que, aunque superficialmente, nos lleve a Río de Janeiro, Yokohama, Ghent, Barcelona, Londres, Harar, París, Hong Kong, Smolensko, Chicago, Cádiz, Port-au-Prince, Tampa, Nápoles, Manila, Leitmeritz, Cayo Hueso y Singapur exige

su propio estilo narrativo combinatorio. En este estilo hay dos elementos fundamentales: el segundo (históricamente) es el montaje de Eisenstein, mientras que el primero es el de la *roman-feuilleton* de la que Charles Dickens y Eugène Sue fueron precursores. Pido, por lo tanto, al lector o a la lectora que imaginen que están viendo una película en blanco y negro o viendo una novela *manqué* cuya conclusión se encuentra por encima del cansado horizonte del novelista.

Hay una nueva carga sobre el buen lector. A finales del siglo XIX se dio un «lenguaje internacional» todavía no horrible y comercialmente envilecido. Los filipinos escribían a los austriacos en alemán, los japoneses en inglés, entre sí en francés, español o tagalo, con intervenciones liberales del último idioma internacional hermoso, el latín. Algunos sabían un poco de ruso, griego, italiano, japonés y chino. Podía enviarse un cable alrededor del mundo en cuestión de minutos, pero la verdadera comunicación exigía el verdadero y difícil internacionalismo del políglota. Los líderes filipinos estaban peculiarmente adaptados a este mundo de Babel. La lengua de su enemigo político era también su lengua personal, aunque entendida por menos del 5 por 100 de la población filipina. El tagalo, el idioma nativo usado en Manila y su periferia inmediata, no lo entendía la mayoría de los filipinos, y en cualquier caso era inútil para la comunicación internacional. Muchos hablantes nativos de las lenguas locales, en especial el cebuano y el ilocano, preferían el español, a pesar de que esta lengua fuese, en Filipinas, un claro marcador de elite, incluso de categoría colaboracionista. Para dar al lector una percepción más viva de un mundo políglota ya desaparecido, este estudio cita liberalmente en los distintos idiomas en los que estas personas se escribían entre sí y a los no filipinos. (Todas las traducciones del libro son mías, a no ser que se indique lo contrario.)

La estructura formal del libro se rige por su método y sus objetos. Tiene un comienzo preciso, aunque arbitrario, en la tranquila y remota Manila de la década de 1880, y después se extiende gradualmente por toda Europa, América y Asia hacia un *finis* aún más arbitrario para el que ninguna «conclusión» parece factible. Esta anclado, si ésa es la mejor palabra, en las vidas jóvenes de tres destacados patriotas filipinos nacidos a comienzos de la década de 1860: el genial novelista José Rizal, el pionero de la antropología y polémico periodista Isabelo de los Reyes, y el organizador y coordinador Mariano Ponce.

Los capítulos 1 y 2 son dos estudios contrastados sobre dos libros notables: *El folk-lore filipino* de Isabelo (Manila, 1887) y la enigmática segunda novela de Rizal, *El Filibusterismo* (Ghent, 1891). Investigan de qué modos: (1) el antropólogo desplegaba abiertamente el trabajo de los etnólogos y los folcloristas europeos contemporáneos, junto con su propia investigación local, para debilitar la credibilidad intelectual de las autoridades coloniales, tanto clericales como laicas; (2) el novelista se inspiraba alquímicamente en figuras claves de las vanguardias literarias francesa, holandesa y española para escribir la que probablemente fuera la primera novela anticolonial incendiaria escrita por un súbdito colonial fuera de Europa.

El siguiente capítulo empieza con el alejamiento de la crítica literaria aficionada para acercarse al campo de la política. *El Filibusterismo* sigue siendo el tema principal, pero se explica a través del filtro de las lecturas y las experiencias de Rizal en Europa entre 1882 y 1891, así como las secuelas de su primera y brillante novela, *Noli me tangere,* que lo convirtió en símbolo de la resistencia filipina al gobierno colonial y lo convirtió en

objeto de una amarga enemistad en las altas instancias. También trata de los conflictos políticos que se agudizaron entre los activistas filipinos en España. Se sostiene que *El Filibusterismo* es una especie de novela planetaria, en contraste con su predecesora. Sus personajes ya no son simplemente los españoles y sus súbditos nativos, sino que incluyen nómadas de Francia, China, Estados Unidos, Europa e incluso, sospechan algunos personajes, Cuba. En estas páginas aparecen las sombras de Bismarck en Europa y Asia Oriental, de la innovación de Nobel en los explosivos industriales, del nihilismo ruso y del anarquismo de Barcelona y Andalucía.

El capítulo 4 cubre los cuatro años transcurridos entre el regreso de Rizal a su país en 1891 y su ejecución al final de 1896. Analiza sobre todo las transformaciones que se producen en Cuba y en las comunidades de emigrados cubanos en Florida y Nueva York, que permitieron a Martí planear y lanzar una insurrección revolucionaria armada en 1895 (y el éxito de sucesor en mantener con un enorme coste la gigantesca fuerza expedicionaria enviada para aplastarla). El comienzo de este ataque se produjo una semana después de que se firmase el Tratado de Shimonoseki (tras la victoria japonesa en la Guerra Chino-Japonesa de 1895), que, al entregar Taiwan a Tokyo, puso a la primera potencia asiática a un día de navegación de la costa norte de Luzón. Se dedican sustanciales fragmentos al plan fracasado de Rizal de crear una colonia de filipinos en el noroeste de Borneo (que en algunos ámbitos importantes se interpreta como una continuación del ejemplo del libro de Tampa de Martí), y a sus difíciles relaciones con los katipunan clandestinos que lanzaron un levantamiento armado contra el dominio español en 1896.

El capítulo 5 es el más complicado. Dos meses antes de que estallase el levantamiento de los katipunan, tuvo lugar el más sangriento de los múltiples atentados anarquistas en Barcelona en tiempos de guerra. El régimen conservador del primer ministro Cánovas respondió con la ley marcial en la propia ciudad, detenciones masivas de izquierdistas y la práctica de las más terribles torturas en el lóbrego castillo de Montjuïc. Entre los encarcelados se encontraba el notable anarquista criollo cubano Tarrida del Mármol. Una vez liberado, se dirigió a París, donde lanzó una extraordinaria cruzada contra el régimen de Cánovas, principalmente a través de las páginas de *La Revue Blanche,* entonces la revista de vanguardia más importante de Francia, quizá del mundo. La larga serie de artículos escrita por Tárrida, que empezó poco antes de la ejecución de Rizal, relacionó las feroces represiones en Cuba, Puerto Rico, Barcelona y Filipinas. La cruzada de Tárrida se extendió con rapidez por la prensa anarquista de Europa y del otro lado del Atlántico, y pronto obtuvo un firme respaldo de muchas otras organizaciones y revistas progresistas. En París, sus aliados clave fueron Félix Fénéon y Georges Clémenceau: Fénéon, la fuerza motriz intelectual de *La Revue Blanche,* era un brillante crítico de arte y teatral, pero también un comprometido anarquista antiimperialista que no dudaba en lanzar él mismo una bomba. Clémenceau, también antiimperialista comprometido, había sido alcalde Montmarter durante la Comuna de París, era amigo de muchos anarquistas encarcelados y trabajaba con firmeza, como periodista y político, a favor de los derechos de los trabajadores. Ambos participaron de manera muy activa en el asunto Dreyfus que estalló en el otoño de 1897.

El capítulo analiza después los antecedentes del asesinato de Cánovas el 9 de agosto de 1897 por el joven anarquista italiano Michel Angiolillo, el cual auguró la caída del imperio español al año siguiente. El personaje clave fue el Dr. Ramón Betances, el

legendario conspirador puertorriqueño para la independencia de las colonias antillanas y enemigo tanto de España como del voraz Estados Unidos. El doctor no era en modo alguno anarquista, pero encontró los aliados europeos más enérgicos para su causa entre los anarquistas italianos y franceses. Las dos últimas grandes secciones giran en torno a las actividades del íntimo amigo de Rizal, Mariano Ponce, y de Isabelo de los Reyes. Ponce huyó de España en el otoño de 1896, y pronto empezó a trabajar como agente diplomático y propagandístico fundamental para el gobierno revolucionario filipino, primero en Hong Kong y después en Yokohama. El libro analiza la notable correspondencia de Ponce con los filipinos y otros muchos extranjeros de Ciudad de México, Nueva Orleáns, Nueva York, Barcelona, París, Londres, Ámsterdam, Shanghai, Tokio y Singapur, y considera diversos indicios de su influencia, en especial en Japón y en la comunidad china allí residente. Isabello, por su parte, fue encarcelado poco después del levantamiento de Katipunan, y al volver a Manila para enfrentarse al nuevo régimen colonial estadounidense, llevó con él los primeros ejemplares de libros de Kropotkin, Marx y Malatesta que llegaron a ese país. Practicó lo que los anarquistas le habían enseñado organizando la primera central sindical seria y militante de Filipinas.

Sólo queda decir que si los lectores encuentran en este texto una serie de paralelos y resonancias con nuestro propio tiempo, no estarán equivocados. En la convención republicana de 2004 en Nueva York, vigilada por muchos miles de policías y otro personal de «seguridad», la policía metropolitana declaró a los periódicos que el peligro no procedía de los comunistas, ni siquiera de los musulmanes fanáticos, sino de los anarquistas. Casi al mismo momento, se erigía en Chicago un monumento a los Mártires de Haymarket. *The New York Times* comentaba con suficiencia que «sólo ahora se han apaciguado suficientemente las pasiones» como para que se produjera esa inauguración. Es cierto que Estados Unidos es un continente.

[1] Véase la conmovedora descripción de C. L. R. James, *The Black Jacobins,* ed. rev., Nueva York, Vintage, 1989, pp. 317-318.

[2] La transmisión telegráfica de fotografías llegó inmediatamente después del periodo cubierto por este libro. En 1902, el científico alemán Alfred Korn demostró que podía hacerse, y, en 1911, los circuitos de foto por cable ya conectaban Londres, París y Berlín.

I. Prólogo: el huevo del gallo

En 1887, en la Exposición filipina en Madrid, un *indio*[1] de veintitrés años llamado Isabelo de los Reyes, residente en la Manila colonial, obtuvo una medalla de plata por un extenso manuscrito en español que tituló *El folk-lore filipino*. Compuso este texto en involuntaria unión con José Rizal (que tenía entonces 25 años), quien tras viajar un tiempo por el norte de Europa, publicó su incendiaria primera novela, *Noli me tangere,* en Berlín ese mismo año. Este libro le valió el martirio en 1896 y, más tarde, la categoría eterna de padre de la patria y primer filipino.

¿Quién fue Isabelo[2]?

Nació en 1864 en la ciudad arzobispal, todavía atractiva, de Vigan, al norte de Luzón –frente a Vietnam, al otro lado del Mar de China– de padres pertenecientes al grupo étnico de los ilocanos, la mayoría de los cuales eran en aquellos días analfabetos. Sin embargo su madre, Leona Florentino, era evidentemente una poeta de cierta calidad, de forma que en la exposición de Madrid y en otras posteriores su poesía se presentó a los españoles, los parisinos y los habitantes de San Luis[3]. Este logro no salvó su matrimonio, e Isabelo fue confiado con seis años a un pariente rico, Meno Crisólogo, que lo envió a una escuela de primaria adjunta al seminario local regido por los agustinos. Parece que el comportamiento abusivo de los frailes católicos españoles despertó en el muchacho un odio hacia las órdenes religiosas católicas que persistió toda su vida y tuvo serias consecuencias para su trayectoria profesional posterior. En 1880, a los dieciséis años, escapó a Manila, donde enseguida se tituló en el Colegio San Juan de Letrán; después estudió derecho, historia y paleografía en la antigua Universidad Pontificia (dominica) de Santo Tomás, entonces la única universidad en todo el este y el sureste de Asia.



Isabelo de los Reyes (sentado, derecha).



Plaza de Binondo en Manila, hacia 1890.

Mientras tanto, el padre de Isabelo había muerto, y el joven, obligado a mantenerse, se sumergió en el floreciente mundo del periodismo, colaborando con la mayoría de los periódicos de Manila, e incluso, en 1889, publicando su propio periódico, *El Ilocano,* el primer periódico en una lengua vernácula filipina. Pero cuando todavía era adolescente, Isabelo leyó un llamamiento en un periódico de Manila publicado en español, *La Oceanía Española* (fundado en 1887), en el que se solicitaba a los lectores que aportasen artículos para avanzar en una nueva ciencia, denominada el *folk-lore,* seguido de un sencillo esquema sobre cómo se debía hacer esto. Inmediatamente se puso en contacto con el director español, quien le dio una colección de «libros de folklore», y le pidió que escribiese sobre las costumbres de su Ilocos natal. Dos meses más tarde, Isabelo comenzó su trabajo, y poco después comenzó a publicar, no sólo sobre Ilocos, sino también sobre la ciudad natal de su esposa, Malabon, sobre las afueras de Manila, sobre la provincia de Zambales, Luzón central, y en términos generales sobre lo que él denominó *el folk-lore filipino*. Se convirtió en una de las grandes pasiones de su vida.

La nueva ciencia

La cuestión, naturalmente, es por qué. ¿Cuál era el significado de *el folk-lore* para un

joven nativo, que había recibido educación religiosa, en la década de 1890? Se puede obtener mucha información en la Introducción y en las primeras páginas de esta obra maestra de juventud[4]. En ella, Isabelo describe el *folk-lore,* si bien con ciertas dudas, como una *ciencia nueva,* quizás haciéndose conscientemente eco de la *Scienza Nuova* de Giambattista Vico, que había irrumpido en la escena transeuropea a mediados del siglo XIX, gracias a los esfuerzos de Michelet y otros. Isabelo explicó a sus lectores, tanto en Filipinas como en España, que la palabra «folklore» –que él tradujo ingeniosamente como *saber popular*– la había inventado tan sólo en 1846 el anticuario inglés William Thoms, en un artículo publicado en el *Athenaeum* de Londres. La primera sociedad de folclore del mundo no se había organizado en Londres hasta 1878; únicamente seis años antes de que Isabelo comenzase su propia investigación[5]. Le siguió la francesa ya en 1886, cuando Isabelo comenzaba a escribir. A los españoles les había cogido intelectualmente adormecidos, como de costumbre; cuando llegó su turno adaptaron sin pensárselo dos veces el término inglés al castellano como *el folk-lore*. Como su contemporáneo Rizal, Isabelo se situaba al lado del pionero Reino Unido, por delante de la lenta metrópolis colonial. Era como un rápido surfista en la cresta de la ola del avance mundial de la ciencia, algo nunca antes imaginable para un nativo de lo que él mismo denominaba esta «remota colonia española en la que la luz de la civilización brilla sólo tenuemente»[6]. Esta postura la reafirmó de diversas formas instructivas.

Por una parte, se apresuró a mencionar en la Introducción que parte de su investigación había sido traducida ya al alemán –entonces *el idioma* del pensamiento erudito avanzado– y publicada en periódicos (*Ausland* y *Globus*) que, afirmaba, eran los principales órganos europeos en este campo. *El folk-lore filipino* analizaba también diplomáticamente las opiniones de importantes contemporáneos anglosajones sobre el estado de la *ciencia nueva,* sugiriendo así amablemente que eran más serias que las de los *folkloristas* españoles peninsulares. También debe de haberle divertido comentar que «Sir George Fox» había incurrido en un error conceptual al confundir folclore con mitología, y también algunos contemporáneos castellanos al trabucar mitología y teogonía[7].

Por otra parte, la novedad de esta *ciencia* tenía un especial aspecto colonial que él no dudó en subrayar. Dedicó su libro a «los folk-loristas españoles de la Península, que me han dispensado toda clase de atenciones». Su introducción hablaba cálidamente de los «colegas» de España –los directores de *El folk-lore español* y del *Boletín de la Enseñanza Libre de Madrid* en la capital imperial, y del *Boletín Folklórico* de Sevilla– quienes lo habían mantenido al día sobre la investigación realizada en la Península que corría paralela a su propio trabajo sobre *El folk-lore filipino*.

La peninsularidad, por así decir, de estos colegas se subrayaba regularmente, así como la peninsularidad de su investigación. Sin decirlo explícitamente, Isabelo insinuaba (correctamente) que ningún español colonial o criollo estaba haciendo nada comparable en Filipinas. Esta sugerencia, por supuesto, le permitía situarse como un pionero de la nueva ciencia universal, muy a la cabeza de los señores coloniales. Para explicar esta situación peculiar, Isabelo recurrió a un ingenioso artificio, ciertamente necesario dado el carácter violento y reaccionario del régimen colonial del momento, dominado por la clerecía. Describió una serie de distinguidos intercambios en la prensa de Manila con un doctor en medicina y literato aficionado, de tendencia liberal (casi ciertamente peninsular), que había colaborado en los periódicos locales bajo el pseudónimo de Astoll[8]. Este sistema le permitió citar al peninsular como admirador del coraje y la

imaginación de Isabelo, pero con un profundo pesimismo sobre las posibilidades de su éxito, en vista de la abrumadora indiferencia, indolencia y estupor mental reinantes en la colonia. «Aquí lo único que crece con exuberancia son el *camgón* y el *molave* –dos tenaces malas hierbas locales–»[9]. Y cuando Astoll finalmente rompió desesperado su intercambio, Isabelo, que había planteado indirectamente la pregunta de por qué «ciertas corporaciones» (en referencia a las órdenes religiosas) no habían contribuido en absoluto, comentó que en esas circunstancias «la prudencia no le podía haber dictado otra cosa». Isabelo se consideró entonces como la persona que introduce la luz de la Europa moderna en la oscuridad mental del régimen colonial.

La novedad, sin embargo, tenía todavía otro aspecto en *El folk-lore filipino,* y éste estaba relacionado con la idea de *ciencia*. La Introducción contiene un análisis muy interesante sobre el debate más amplio entre los científicos acerca de la categoría de los estudios del folclore. Isabelo disfrutaba señalando que una facción de los *folkloristas* peninsulares estaban tan impacientes por convertir el *folk-lore* en una ciencia teórica que pronto no se podrían entender entre sí; abría de esta manera el camino a una discusión internacional muy necesaria, en la que los anglosajones parecían más modestos y prácticos. En el otro extremo se encontraban aquellos folcloristas españoles que eran meros coleccionistas sentimentales de costumbres y concepciones a punto de desaparecer, para algún futuro museo sobre el pasado. Isabelo dejó clara su opinión acerca del objetivo del folclore, y cuál era en su opinión el valor social del mismo. En primer lugar, ofrecía la oportunidad de reconstruir el pasado indígena, lo que en Filipinas era imposible de realizar por cualquier otro medio, dada la ausencia de monumentos, inscripciones prehispánicos o, en realidad, la práctica ausencia de registros escritos. (Cuando Rizal intentó hacer lo mismo poco después, no vio otra forma de proceder que leer entre líneas en los mejores escritos de los primeros administradores españoles de la época de la conquista.) Una investigación seria sobre las costumbres, creencias, supersticiones, refranes, trabalenguas, conjuros, etcétera, arrojaría luz sobre lo que él denominaba la «religión primitiva» del pasado prehispánico. Pero –y aquí se distinguía netamente de los *costumbristas* aficionados– también subrayaba la importancia de las comparaciones. Confesó que antes de terminar esta investigación, había creído firmemente, debido a sus diferentes idiomas, fisionomías, conducta, etcétera, que los vecinos tagalos y los ilocanos eran *razas distintas*. Pero la comparación le había demostrado que estaba equivocado y que las dos etnias derivaban claramente de un origen común. El título, *El folk-lore filipino*, daba a entender que una investigación más amplia demostraría que todos los habitantes indígenas del archipiélago tenían un origen común, independientemente de los idiomas que hablasen ahora o de la diferencia de costumbres y religiones que tuviesen en ese momento. Todo esto significaba que en contra de los historiadores oficiales de la colonia, que comenzaban sus narraciones con la conquista del siglo XVI, la historia real del archipiélago y de su *pueblo/pueblos* (aquí dudaba a menudo) se retrotraía mucho más en el tiempo, y no se podía ceñir a la época colonial.

Riquezas del conocimiento local

Por otra parte –y aquí Isabelo hizo un movimiento que lo distanció radicalmente de sus colegas peninsulares– la nueva ciencia no podía y no debía confinarse a excavaciones

sentimentales de lo pintoresco. *El folk-lore filipino* es sobre todo el estudio de lo contemporáneo, en especial de lo que él denominó *el saber popular* [hoy, usaríamos la expresión «conocimiento local»]. Este *saber* hacía referencia al verdadero conocimiento, no a la tradición *[lore],* con sus connotaciones de desfasado y anticuado. Isabelo ofreció el ejemplo hipotético de un *salvaje* de los bosques cercanos a su región natal del sur de Ilocos que podría, cualquier día (accidentalmente, decía Isabelo) descubrir que cierta fruta local proporcionaba un mejor antídoto contra el virus del cólera que el fabricado en ese momento a instancias del Dr. Ferrán, un científico médico español[10]. El marco de tales afirmaciones era la ausencia de un conocimiento científico serio sobre casi todo lo referente a Filipinas. La recopilación *Flora de Filipinas,* publicada recientemente por los agustinos, distaba mucho de ser completa, por ejemplo[11]. Los indígenas tenían un conocimiento mucho más profundo de las plantas medicinales, de la flora y la fauna, de los suelos y las variaciones climáticas que los colonialistas, y esta enorme reserva de conocimientos, contenida en el *saber popular,* era todavía desconocida para el mundo. Filipinas aparecía así no meramente como una región que contenía una masa de elementos exóticos desconocidos para los europeos, sino también el emplazamiento de una significativa contribución futura a la humanidad derivada del saber del pueblo, de sus propios idiomas, pero del que los españoles no tenían idea. Era exactamente la falta de conocimientos sobre Filipinas la que daba a su folclore un carácter futuro que estaba necesariamente ausente en el folclore de la España peninsular. Era también, sin embargo, la especificidad viviente de Filipinas la que le permitía ofrecer a la humanidad algo paralelo e igual a lo de cualquier otro *país*. Esta es la lógica que mucho más tarde haría posible y plausible la Organización de Naciones Unidas. Hasta el momento, todo claro. Demasiado claro, de hecho. Porque el texto de Isabelo, bajo la brillante luminosidad de sus temas principales, tampoco carece de oscuras complicaciones. Podríamos meditar sobre ellas bajo tres apartados.

En primer lugar, ¿qué era Isabelo para sí mismo? Para comenzar, es necesario subrayar la ambigüedad del término *filipino* en español. En la época de Isabelo este adjetivo tenía dos significados diferentes en el habla común: 1) perteneciente, situado u originario de las islas Filipinas; 2) criollo, del grupo social nacido en Filipinas, pero «español puro». Lo que no significaba es lo que hoy en día significa filipino, una etnia nacional indígena. Se puede ver cuánto han cambiado las cosas a lo largo del siglo pasado comparando sólo una frase de la Introducción de Isabelo con su reciente traducción al inglés americano de dos estudiosos filipinos. Isabelo escribió: «Para recoger del saco roto la organización del folk-lore regional filipino, juzgué oportuno contestar al revistero de *El Comercio* y, aprovechando su indirecta, aparenté sostener que en Filipinas había personas ilustradas y estudiosas que pudieran acometer la empresa»[12]. La traducción publicada –completamente anacrónica– reza: «I tried to defend the establishment of Filipino Folklore by answering the accusation of the columnist of *El Comercio,* by bravely stating that there are indeed Filipino scholars ready and capable of undertaking the task»[13]. Mientras que Isabelo estaba pensando en una especie de folclore global que incluyese la porción regional de las islas Filipinas, y hablaba de personas ilustradas de Filipinas –sin especificar etnia– los traductores han omitido el adjetivo «regional» para crear un folclore de los filipinos, y sustituido «personas ilustradas» por un novedoso «estudiosos filipinos».

Los hermanos selváticos

En *El folk-lore filipino,* Isabelo nunca se describió como filipino, porque el uso moderno no existía realmente en su época. Además, *un filipino* era entonces exactamente lo que él no era: un criollo. Sí se describía a sí mismo de otras maneras: a veces, por ejemplo, como indígena (pero nunca con el término despectivo de *indio*), y a veces como ilocano. En un párrafo notable escribió: «Y hablando de patriotismo, ¿acaso no se ha dicho varias veces en periódicos que para mí sólo son buenos Ilocos y los ilocanos? [...] Cada uno sirva á su pueblo según su manera de pensar, y yo con el *folk-lore ilocano* creo contribuir á esclarecer el pasado del mío». En otras partes, sin embargo, insistía en que su objetividad había sido tan estricta que «he sacrificado a la ciencia el cariño de los ilocanos, pues que se quejan de que he sacado a relucir sus prácticas no muy buenas». Afortunadamente, sin embargo,

> He de advertirles que he recibido entusiastas plácemes de varios sábios de Europa, cuales dicen que con el *folk-lore ilocano,* dejando á un lado patriotismo mal entendido, he prestado señalado servicio á Ilocos, mi patria adorada, pues con él he dado materiales abundantes á los doctos para que puedan estudiar su prehistoria y otros problemas científicos, referentes á aquella provincia[14].

Rizal comenzó su enfurecida novela, *Noli me tangere,* con un celebrado prefacio dirigido a su madre patria, que incluía estas palabras: «Deseando tu salud que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que viniese á invocar a la Divinidad le propusiese un remedio»[15]y en el último poema que escribió antes de su ejecución, en 1896, habló también de su patria adorada. ¿Pero era la de Isabelo?

Hay una hermosa frase en la Introducción a *El folk-lore filipino* en la que Isabelo se describía a sí mismo como «hermano de los selváticos, aetas, igorrotes y tinguianes». Estos pueblos supuestamente primitivos, la mayoría de ellos paganos antes de que amaneciese el siglo XX, y muchos nunca subyugados por el régimen colonial español, vivían y viven en la elevada cordillera que flanquea la estrecha llanura costeña de Ilocos. En su niñez, Isabelo debió de verlos bajar de la selva con su «extravagante vestimenta» a intercambiar sus productos por mercancías de la llanura. Todavía hoy, en la Gran Cordillera se habla una forma de ilocano como lengua franca. Ningún otro en tiempos de Isabelo, y ciertamente nadie que se considerase *ilustrado,* habría hablado en tales términos de estos habitantes de la selva que parecían, en su indómita fortaleza, enormemente remotos para cualquier habitante de medio urbano, hispanizado, católico. (Y por aquellos tiempos, Isabelo nunca habló de ningún otro grupo de Las Filipinas como sus *hermanos*.) Aquí uno empieza a comprender que era posible que él considerase a su provincia como un gran *pueblo* y como una *patria adorada,* dado que de la forma más concreta vinculaba como hermanos a los paganos «salvajes» de las montañas con un hombre que obtenía premios en Madrid. Aquí también se detecta una razón subyacente por la que, en sus esfuerzos protonacionalistas, Isabelo se decidió por el folclore, más que por la novela o el periodismo. El folclore –folclore comparativo– le permitía establecer un puente sobre la más profunda sima de la sociedad colonial, que no se encontraba entre colonizados y colonizadores: todos ellos vivían en las llanuras, todos

eran católicos, y se trataban todo el tiempo. Era el abismo entre todos estos y aquellos a quienes hoy denominaríamos «minorías tribales»: habitantes de las montañas, cazadores y recolectores, «cazadores de cabezas»; hombres, mujeres y niños enfrentados a un futuro –posiblemente violento– de asimilación, incluso de exterminio. A partir del *folk-lore,* hijo de William Thoms, emergió, por lo tanto, una hermandad nueva y extraña, y un padre/madre patria adorada para el joven Isabelo.

Extrañas bellezas

¿Cuáles eran los propósitos más profundos del trabajo del folklorista en las islas Filipinas? Aparte de sus potenciales contribuciones a las ciencias modernas y a la reconstrucción del carácter del «hombre primitivo», podemos detectar tres con claro carácter político. En primer lugar, está la posibilidad –la esperanza– de un renacimiento cultural. Con cierta prudencia taimada, en este aspecto, Isabelo permitió que fuese Astoll quien hablase en su nombre:

> Además, en el *folk-lore* podría quizás tener origen la poesía filipina; es decir, la poesía inspirada en asuntos filipinos, y nacida en la mente de vates filipinos. Y aquí oiga ya, Sr. de los Reyes, las burlonas carcajadas de alguno de esos *faroles,* que tanta gracia le han hecho á usted. Pero déjelos que se rían, porque esos mismos se reían también de otras manifestaciones del ingenio de este pueblo, y luego bajaron la cabeza, confundidos ante los laureles de Luna y Resurrección. Y no hay que dudarlo, en las tradiciones populares del país brotará algún día la fuente de la inspiración, si esas tradiciones llegan á ser de dominio público. En esas tradiciones y en esas prácticas supersticiosas, que V. va dando á conocer podrán inspirarse algún día vates insignes, amadores entusiastas de las peregrinas bellezas de este rico vergel[16].

En otro lugar, Isabelo cita de nuevo a Astoll:

> Y si sus trabajos é investigaciones (los del *folk-lore*) hacen relación con pueblos como el filipino donde el carácter de los naturales ha sido retratado únicamente por brochas de torpes enjalbegadores, compréndese bien cuanto habría de ser el provecho que de esa institución podría obtenerse.

Aquí la obra de Isabelo, impresa en Manila, podía inaugurar la posibilidad de un gran florecimiento del talento literario y poético para los *naturales,* un talento ante el que groseros peninsulares y criollos tendrían que bajar la cabeza confusos. Ésta es la esperanza y la estrategia normal de los nacionalistas anticoloniales: «Equipararse» al poder imperial.

El segundo propósito de Isabelo sería subvertir el dominio de la reaccionaria Iglesia de la colonia, expuesto en un capítulo maravillosamente inexpresivo titulado «De las supersticiones ilocanas que se han de hallar en Europa». Comienza de esta guisa:

> Aprovechando los materiales folk-loricos recogidos en Andalucía por D. Alejandro Guichot y D. Luis Montoto, en Madrid por D. Eugenio de Olavarría y Huarte, en Cataluña por D. José Pérez Ballesteros, en Asturias por D. Luis Giner Arivau, en Portugal por Consiglieri Pedroso en su *Tradiçoes populares portuguezas,* y otros autores, he formado la siguiente lista de

> supersticiones, que supongo hayan introducido los españoles en los pasados siglos, lo que no sería extraño, puesto que en los primeros días de la dominación española, estaban en boga en la Península las creencias más absurdas[17].

Maliciosamente, la lista comienza:

> Los gallos en llegando á viejo, ó estando siete años en alguna casa ponen un huevo del que nace cierto lagarto verde que mata al dueño de la casa; ó una serpiente que si mira primero al dueño, éste morira: pero si se adelanta en mirarla, ella es la que fina, según los portugueses y franceses. Del huevo nace el basilisco, según los italianos é ingleses, y también en el centro de Europa. El P. Feijóo dice que «es verdad que el gallo, en su ultima vejez, pone un huevo». Los gallegos é ilocanos estan acordes en que es un escorpión el contenido del huevo[18].

Otros ejemplos irresistibles son los siguientes: «Para que las visitas no se prolonguen mucho, los ilocanos ponen sal en sus sillas (las de las visitas). Los españoles colocan una escoba puesta verticalmente, detrás de la puerta: los portugueses un zapato ó banco en el mismo sitio, ó echan sal á la lumbre». «En Castilla como en Ilocos, se tiran los dientes caídos al tejado, para que nazcan otros». «Cuando el gato se lava la cara, anuncia lluvia, según los gallegos, y al decir de los ilocanos, llueve, si bañamos á dicho animal». «Es señal de viento correr mucho los gatos, dicen los gallegos, y los filipinos sustituyen por dichos animales a las cucarachas». Finalmente: «Dormir con la cabecera al Este es malo para los ilocanos. Para los peninsulares (españoles y portugueses) es bueno. El Sur es mala cabecera, para ambos: peninsulares é ilocanos».

Se puede comprender por qué Isabelo sentía un *singular placer* dedicando su libro a folkloristas peninsulares, dado que ellos le habían ofrecido a él materiales científicos que demostraban las «creencias ridículas» de los conquistadores y probaban que, si los colonialistas veían con desprecio las supersticiones ilocanas, deberían reconocer muchas de ellas como importaciones de las suyas propias: cualquier rareza de las creencias populares ilocanas tenía fáciles análogos en las rarezas de la península Ibérica, Italia, Europa Central e incluso Inglaterra.

El tercer objetivo es una autocrítica política. Isabelo escribió que estaba intentando demostrar, a través de su exposición sistemática del *saber popular,* aquellas reformas que deben emprenderse de las ideas y prácticas diarias del *pueblo* con un espíritu de autocrítica. Habló de que su obra trataba de «algo más serio que el ridiculizar á mis paisanos, que ya sabrán corregirse, después de verse retratados». Bajo esta luz, el folclore sería un espejo que se mantiene ante la gente de forma que *en el futuro* puedan avanzar por la gran senda del progreso humano. Está claro, entonces, que Isabelo estaba escribiendo para un público y medio: los españoles, cuyo idioma estaba utilizando, y su propio *pueblo,* cuyo idioma no estaba utilizando, y del cual sólo una pequeña minoría podía leer su obra.

¿Dónde se situaba Isabelo al emprender esta tarea? En esta coyuntura tal vez estemos llegando a la parte más interesante de nuestra pesquisa. Durante la mayoría de los cientos de páginas de este libro, Isabelo se expresaba como si no fuese ilocano, o al menos, como si viese a su gente desde fuera. A los ilocanos se hace referencia casi siempre como «ellos», no como «nosotros». Por ejemplo: «Es creencia entre los ilocanos que el fuego producido por el rayo y por la centella, no se puede apagar con agua, sino

con vinagre». Mejor aún:

> Los ilocanos no pueden darnos perfecta idea acerca de la naturaleza de los *mangmangkík,* y dicen que no son demonios, asegún la idea que los católicos tienen de los demonios»[19].

Aquí Isabelo se situó en las filas de los especialistas en folclore mundial, mirando de arriba abajo a «los ilocanos», y distinguiendo desapasionadamente sus supersticiones de las credulidades paralelas de «los católicos».

Al mismo tiempo hay una serie de pasajes con una tonalidad bastante diferente. Al comienzo de la exposición de sus resultados de investigación, Isabelo escribió:

> Los ilocanos (en particular los de Ilocos Norte) al principiar á cortar árboles en los montes, entonan los siguientes versos:
>
> Barí, barí!
> Ta pumukan kamí
> Iti pabakirda kamí.
>
> Cuya traducción literal es la siguente: *barí-barí* (interjección ilocana que no tiene equivalente en castellano) no te incomodes, compadre, porque cortamos lo que nos mandan.

Aquí Isabelo se sitúa firmemente dentro del mundo ilocano. Sabe lo que significan las palabras en ilocano, pero sus lectores no: para ellos (y con ellos se refiere no sólo a españoles, sino también a europeos, así como a nativos no ilocanos del archipiélago), esta experiencia está vedada. Pero Isabelo es un hombre amable y científico, que desea contar a los extraños algo de su mundo; y sin embargo, no procede con una suave paráfrasis. El lector se encuentra frente a una erupción del incomprensible ilocano antes de que se le ofrezca una traducción. Más aún, algo se retiene, en las palabras *barí-barí,* para las que el español no tiene equivalente. Lo intraducible, nada menos; y quizá, más allá, lo inconmensurable.

Isabelo sospechaba, estoy seguro, que su español no era en absoluto perfecto, y que quizá se riesen de él los «torpes enjalbegadores» y los «faroles» de Astoll. Probablemente también era consciente de que la particular metodología folclorista que utilizaba podría no ser demasiado sistemática, y quizá pronto sería reemplazada, con el avance de la ciencia en su gran progreso mundial hacia el futuro. Pero él tenía el *barí-barí* en particular, y el ilocano en general, seguros en su manga intelectual. En este campo, nadie se le podía enfrentar. Sin embargo, necesitaba mostrar, o mostrar a medias, sus cartas. Ésta es la satisfacción de la broma: queridos lectores, aquí tienen el ilocano para que lo vean, pero sólo pueden ver lo que yo les permita ver; y hay algunas cosas que ustedes son, en realidad, incapaces de ver.

Hay todavía una tercera postura, que complica de nuevo las cosas. En un capítulo sobre «Música, canciones y danzas», Isabelo escribió:

> La letra es digna de conocerse. Se compone de estrofas de ocho versos, que se conciertan entre sí, según la rima especial de los ilocanos, que ya veremos lo que és, con el siguiente estribillo:
>
> Dal-lang ayá daldal-lut
> Dal-lang ayá dumidinal-lot.

> Lo transcribo, porque no sé traducirlo ni lo entiendo, á pesar de que soy ilocano; parece que no significa nada[20].

Pero todavía «vale la pena conocerlo», porque es auténticamente ilocano, quizá incluso porque es inaccesible hasta para el frustrado autor bilingüe. Isabelo lo deja ahí. No hay conjeturas. Pero hay una indicación, en cualquier caso, de la enormidad del *saber popular*.

Hay, por lo tanto, tres situaciones que no encajan bien entre sí: fuera (ellos no nos pueden dar una idea completa); dentro (no hay equivalente español de *barí-barí*); y fuera/dentro (incluso aunque yo mismo soy ilocano, no entiendo este refrán en ilocano; pero esto lo estoy diciendo para «vosotros», no para «nosotros»).

Reflexiones comparativas

Desde finales del siglo XVIII hasta entrado el siglo XX, los estudios sobre el folclore, incluso aunque no se definiesen como tales, fueron una fuente fundamental para los movimientos nacionalistas. En Europa, proporcionaron un fuerte impulso en el desarrollo democratizador de las culturas nacionales vernáculas, relacionando en especial a campesinos, artistas e intelectuales con las burguesías en sus complicadas luchas contra las fuerzas de la legitimidad. Los compositores urbanos aprovechaban las canciones populares, los poetas urbanos captaban y transformaban los estilos y los temas de la poesía popular, y los novelistas recurrían a la descripción del campo popular. A medida que la nueva comunidad nacional imaginada se dirigía hacia el futuro magnético, nada parecía más valioso que un pasado útil y auténtico.

Las lenguas vernáculas impresas fueron casi siempre fundamentales. Los folkloristas noruegos escribían en «noruego moderno» (no en danés ni en sueco) para recuperar el *saber popular* noruego, los finlandeses escribían en finés, no en sueco ni en ruso; y este patrón tenía su paralelo en Bohemia, Hungría, Rumanía, Serbia, etcétera. Incluso allí donde no se daba por completo este fenómeno –un ejemplo llamativo es el movimiento de recuperación irlandés, que funcionaba tanto en gaélico como en el inglés colonialmente impuesto, bien comprendido por muchos irlandeses e irlandesas– el objetivo último era la recuperación, el «despertar» y la liberación nacionales.

A primera vista, el esfuerzo de Isabelo parece bastante diferente, porque escribía sobre todo para quienes no compartían su nacionalidad, en un idioma imperial comprendido quizá por el 3 por 100 de los *indios* de Filipinas, y quizá sólo por el 1 por 100 de sus compatriotas ilocanos. Si en Europa, los folkloristas escribían principalmente para sus *paisanos,* para mostrarles sus orígenes comunes y auténticos, Isabelo escribía principalmente para el mundo globalizador inicial en el que se encontraba: para demostrar que los ilocanos y otros *indios* eran plenamente capaces de entrar en ese mundo y ansiaban entrar en él sobre la base de la igualdad y la aportación autónoma.

El estudio de Isabelo también deslinda su país de las numerosas colonias vecinas del sureste asiático. En estas otras colonias, la mayoría de los clasificados informalmente como «estudios sobre el folclore» los llevaban a cabo inteligentes funcionarios coloniales con demasiado tiempo entre las manos, en una edad que no conocía la radio y la televisión; y estaban pensados principalmente para utilidad de los gobernantes coloniales, no para las poblaciones estudiadas. Incluso después de la independencia,

estos otros estudios sobre el folclore han llevado una existencia marginal, mientras que en la Filipinas poscolonial han tenido mayor influencia. ¿A qué se debe esto? Una respuesta posible es que en las otras colonias sobrevivieron sustanciales registros escritos de las épocas precoloniales –crónicas reales, cosmologías budistas, inscripciones monásticas, tratados sufíes, escritos de los tribunales– y fueron éstos, no el folclore, los que proporcionaron una fuente de autenticidad aborigen y gloriosa cuando comenzaron los movimientos nacionalistas. Las remotas Filipinas nunca habían dispuesto de Estados poderosos, centralizados e ilustrados, y el islam o el budismo las habían alcanzado tan poco que fueron cristianizadas con muy poca violencia o revuelta. Visto desde este ángulo, el folclore podía sustituir a la grandeza antigua.

Otra respuesta, quizá mejor, reside en la naturaleza del imperialismo ibérico del siglo XIX. España y Portugal, antes grandes centros imperiales de Europa, estaban en declive desde mediados del siglo XVII. Con la pérdida de América Latina, el imperio español se había reducido drásticamente a Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Río de Oro. A lo largo del siglo XIX, España se había visto rasgada por los conflictos internos más violentos mientras luchaba por realizar la transición desde el pasado feudal a la modernidad industrial. A los ojos de muchos de sus propios habitantes, la propia España era atrasada, supersticiosa, apenas industrializada. Esta idea estaba ampliamente extendida no sólo en Europa, sino también entre los jóvenes intelectuales de las residuales colonias españolas. (Por eso, Isabelo estaba orgulloso de que sus obras se publicasen en Alemania, mientras que sus equivalentes de otras zonas deseaban la publicación en su «propia» metrópolis.) El progreso era, por lo tanto, la bandera de una *Ilustración* que apenas había comenzado a conquistar España. Isabelo se consideraba un *ilustrado,* nieto de Denis Diderot; y, por lo tanto, sentía que compartía una lucha común con un buen número de españoles de la Península. Este tipo de alianza transcontinental no era en conjunto característica de los nacionalistas que luchaban en la propia Europa. Al joven Isabelo, por lo tanto, le parecía bastante normal dedicar su obra a los colegas de España.

Al mismo tiempo, la «atrasada» Filipinas era la única colonia en el sureste asiático del siglo XIX que disponía de una verdadera universidad, aunque ésta estuviese dominada por la orden *ultra* de los Dominicos. En esta universidad obtuvieron su licenciatura Isabelo y muchos de sus compañeros nacionalistas; he aquí, en último término, la razón de que Filipinas se convirtiese, a finales de siglo, en el ámbito de la primera revolución nacionalista de toda Asia.

La Ilustración llegó a Filipinas a través del idioma de la «atrasada» España, y sus principales agentes, en el completo sentido de la palabra, fueron, por lo tanto, necesariamente (al menos) bilingües. (Muchos de los pertenecientes a la primera generación de intelectuales aprendían también latín y algo de francés en Manila; si viajaban al extranjero, podían adquirir también algo de inglés y alemán.) En ningún lugar se detecta una aversión o desconfianza pronunciadas hacia esta lengua romance tan fuertemente marcada por el árabe, que fue vehículo común tanto de la reacción como de la ilustración; el por qué de esto plantea una pregunta muy interesante. Una respuesta es ciertamente que, en completo contraste con casi toda América Latina, el español nunca llegó a ser un idioma «mayoritario» en Filipinas. Docenas de lenguas principalmente locales florecían entonces como de hecho florecen ahora; nada en los escritos de Isabelo sugiere que considerase el español como una profunda amenaza contra el ilocano o su futura supervivencia. Es más, el castellano le parecía no sólo el

vehículo lingüístico necesario para hablar con España, sino también, a través de España, con todos los centros de modernidad, ciencia y civilización. Era un «idioma internacional» más que colonial. Es llamativo que Isabelo nunca considerase la posibilidad de que, al escribir en español, hubiera traicionado de alguna manera a su *pueblo* o hubiera sido absorbido por una «cultura dominante». Creo que la razón de esta postura aparentemente inocente es que, en la década de 1880, la futura situación jurídica de las islas Filipinas era visiblemente inestable, y se vislumbraba en el horizonte una especie de emancipación política.

La inestabilidad estaba completamente relacionada con circunstancias locales, pero en última instancia se basaba en la emancipación de América Latina más de medio siglo antes. España fue la única potencia imperial que perdió su imperio en el siglo XIX. En ninguna otra parte del mundo tenían los colonizados ejemplos de liberación. Ésta es una situación completamente diferente a la del Nuevo Mundo del siglo XX, en la que el español se ha convertido al mismo tiempo en el «eterno» señor mayoritario de todas las lenguas indígenas de América Latina, y de una igualmente «eterna» minoría oprimida en Estados Unidos. En ninguno de ambos casos hay una emancipación visible en el horizonte.

Aun así, como hemos tenido ocasión de indicar más arriba, hay reticencias instructivas en la obra de juventud de Isabelo, marcada por los incómodos deslices pronominales entre «yo» y «ellos», «nosotros» y «vosotros». Siempre pensaba en dos públicos, incluso cuando escribía para uno y medio. «El peor de los hombres es el desdichado que no está dotado de ese noble y sagrado sentimiento que llaman patriotismo», escribió. El español no era para él un idioma nacional, sino meramente internacional. ¿Pero había un idioma nacional al que se pudiese oponer? No exactamente. Los idiomas locales con más números de hablantes –el ilocano en el norte, el tagalo en el medio y el cebuano en el sur– eran lenguas usadas por minorías relativamente pequeñas, que sólo empezaban a irrumpir en los textos impresos. ¿Había una *patria* bien definida a la que su propia lengua estuviese unida? ¿Una hipotética tierra ilocana? Nunca habló así de ella. Además, estaban también esos aetas e igorotos que eran sus *hermanos*. Estaban también los tagalos quienes, según le habían demostrado sus investigaciones, no eran una «raza diferente» de los ilocanos; pero él sabía, siendo el descubridor de esta verdad, que por el momento tagalos e ilocanos no eran conscientes de ella. Fue este estado de fluidez el que lo condujo de nuevo, a los veintitrés años, a la cultura oscuramente limitada en la que creció y que sentía que había superado en parte. El saber popular ilocano, o cultura, aparecía ante este joven patriota como algo auténtico, que había que mostrar al mundo entero, si bien algo que debía ser corregido, por supuesto, por los propios ilocanos. Su lengua materna, el ilocano, se convirtió, por lo tanto, en algo que había que traducir, pero también parcialmente intraducible. Y en algunos aspectos incluso se deslizó silenciosamente más allá del horizonte soleado del propio joven bilingüe ilustrado.

[1] Las palabras en cursiva aparecen en su idioma original en la versión inglesa. *[N. de la T.]*

[2] Aunque la trayectoria de Isabelo fue larga y honorable –algunos de sus aspectos se analizan en el último capítulo de este libro– no existe ninguna biografía profesional remotamente adecuada. El análisis de su juventud aquí efectuado se basa en el libro de su hijo mayor, J. de los Reyes y Sevilla, *Biografía del Senador Isabelo de los Reyes y Florentino, Padre de los Obreros y Proclamador de la Iglesia Filipina Independiente*, Manila, Nueva Era, 1947, pp. 1-6; en J. L. Llanes, *The Life of Senator Isabelo de los Reyes,* monografía reimpresa del semanario *Manila Chronicle,* 24 y 31 de julio y 7 de agosto de 1949, pp. 1-6; y en la entrada de

su nombre incluida en National Historial Institute, *Filipinos in History,* vol. 2, Manila, NHI, 1990, pp. 137-139.

[3] De acuerdo con la minibiografía semioficial, Leona Florentino nació en el seno de una familia rica de Vigan el 19 de abril de 1849. Sus padres tenían el mismo apellido y probablemente fueran primos de algún grado. Parece que ambos eran parientes cercanos del abuelo materno de José Rizal. Fue una niña precoz, y empezó a componer versos a los diez años, en ilocano y en el español que su tutor fraile le enseñó. Se casó a los catorce años y dio a luz a Isabelo a los dieciséis. Por desgracia, murió a los treinta y cinco, dejando cinco hijos. Véase la entrada correspondiente a su nombre en National Historical Institute, *Filipinos in History,* vol. 5, Manila, NHI, 1996, pp. 141-142.

[4] De aquí en adelante, las referencias se harán principalmente al texto original, publicado en Manila en 1889 por el editor Tipo-Lithografia de Chofré y C. Cuando sea pertinente, se harán comparaciones con una reimpresión reciente combinada con una traducción al inglés realizada por Salud C. Dizon y María Elinora P. Imson, Quezon City, University of the Philippines Press, 1994, a la que se hará referencia abreviada como Dizon-Imson. Esta nueva versión, un esfuerzo valioso en muchos aspectos, está sin embargo aquejada de cientos de errores de traducción, y algunos errores en la transcripción española.

[5] I. de los Reyes, *El folk-lore filipino* (en adelante *EFF*), p. 8.

[6] *Ibid.,* p. 19.

[7] Dizon-Imson, p. 30.

[8] Isabelo lo identificó como José Lacalle y Sánchez, profesor de medicina en la Universidad de Manila (Santo Tomás). *EFF,* p. 13.

[9] *Ibid.,* p. 14.

[10] Dizon-Imson, p. 24.

[11] *Ibid.,* p. 11. Los editores afirman que el libro, una compilación realizada por varios autores y editada por Fray Andrés Naves, fue publicada en Manila en 1877 por Plana y C.

[12] *EFF,* p. 13.

[13] Dizon-Imson, p. 13 [la traducción de nuevo al español sería: «Intenté defender el establecimiento del folclore filipino contestando a la acusación del columnista de *El Comercio,* afirmando valientemente que hay de hecho eruditos filipinos dispuestos y capaces de acometer la empresa»].

[14] *EFF,* pp. 18, 17.

[15] J. Rizal, *Noli me tangere,* Manila, Instituto Nacional de Historia, 1978, portada.

[16] *EFF,* p. 15. Juan Luna (1857-1899), a quien volveremos a ver, fue un ilocano que llegó a ser el más famoso pintor nativo de la época colonial española. Su *Muerte de Cleopatra* ganó la medalla de plata de la exposición de Bellas Artes de Madrid de 1881, su *Spoliarium* la medalla de oro en 1884, y su *Batalla de Lepanto* la medalla de oro en la exhibición de Bellas Artes de Barcelona en 1888. Félix Resurrección Hidalgo y Padilla (1853-1913) fue un poco menos afortunado. Hidalgo, tagalo, nació y se crió en Manila, como Luna.

[17] *Ibid.,* p. 74. En sucesivas notas a pie de página, Isabelo da los títulos de las obras de estos autores: *El folk-lore andaluz. Costumbres populares andaluzas; El folk-lore de Madrid; Folk-lore gallego; Folk-lore de Asturias*. También menciona incidentalmente una obra propia anterior, descrita como un «largo juguete literario» y titulada *El Diablo en Filipinas, según rezan nuestras crónicas*.

[18] *Ibid.,* p. 75. Las fuentes dadas son: la obra anteriormente citada de Pedroso; *Faune populaire de la France* de Rolland, *Credenze ed usi populari siciliani* de Castelli; *Notes on the Folk-Lore of the North-East Scotland* [*sic*] de V. Gregor; y el *Grande dictionanaire encyclopédique du* XIX *siécle* de Larousse. En las notas a pie de página de Isabelo, vemos que podía pasar del español a las otras grandes lenguas romances (francés, italiano y portugués), así como al inglés. El alemán que, como veremos, era crucial para Rizal, parece haber estado fuera de su órbita.

[19] Dizon-Imson, p. 32.

[20] *Ibid.,* pp. 258-259.

II. Allá… *Là-Bas*

Iluminado, pero ¿exactamente por qué? Quizá el mejor modo de entenderlo sea contrastando el temperamento, la experiencia y la obra de Isabelo con la de su primo lejano tagalo José Rizal, algo que empezamos a hacer en este capítulo.

Isabelo era un hombre entusiasta, práctico y tremendamente enérgico, no muy dado a la introspección. Se casó a los veinte años, y su primera esposa ya había dado a luz seis hijos antes de morir en trágicas circunstancias al comienzo de la primavera de 1897. (Más tarde, se casó sucesivamente con una española y una china, ambas murieron de parto y ambas parieron nueve veces)[1]. Con una gran familia que alimentar, se dedicó con intensidad al periodismo literario y cultural, a los estudios del folclore y a pequeños negocios secundarios, hasta el estallido de la Revolución filipina en 1896, de la que en un principio fue un espectador sorprendido. Aun cuando su hostilidad hacia las órdenes religiosas era patente, sus escritos no parecen haberle causado nunca serios problemas políticos. Era un *provinciano* que había prosperado en la capital colonial, y en general estaba satisfecho con su vida. No viajó a Europa hasta el verano de 1897, a los treinta y tres años y lo hizo, como veremos, completamente contra su voluntad: lo enviaron, encadenado, a Montjuïc, el castillo de las torturas barcelonés. La Europa que conocía de joven le llegaba a través del correo: cartas, libros y revistas de académicos amigos, folcloristas aficionados y periodistas del otro lado del planeta. El radiante progreso estaba a mano.

Rizal, tres años mayor, no podía ser menos animado: perturbador, sensible, infinitamente introspectivo, poco práctico y muy consciente de su genialidad. No se casó hasta, quizá, la noche de su ejecución, y no tuvo hijos. Partió hacia Europa en 1882, poco antes de su veintiún cumpleaños, y permaneció allí –primero en España, después en Francia, Alemania, Inglaterra y Bélgica– prácticamente durante lo siguientes diez años. Políglota natural, aprendió inglés, alemán e incluso algo de italiano. Sin duda, conocía Europa mejor y más ampliamente que cualquiera de sus paisanos. Hizo muchos amigos personales en los círculos etnológicos profesionales de Europa Occidental, pero la mayoría de sus primeros escritos publicados consistieron en artículos elegantemente polémicos sobre temas políticos relativos a la situación de su *patria* colonizada. Después se hizo novelista, publicando *Noli me tangere* en 1887 y *El Filibusterismo* en 1891, muy probablemente las únicas novelas «de alcance mundial» creadas por un asiático en el siglo XIX. De la noche a la mañana se convirtió, por así decirlo, en el «nativo» más controvertidamente famoso de su país.

En un sentido limitado, estas dos obras salieron de la nada. Antes de *Noli me tangere* sólo se había publicado una novela –muy mala de hecho– de un filipino[2]. Pero la situación parece muy distinta si reflexionamos sobre su aparición en un contexto más amplio.

Bibliotecas transnacionales

Hasta mediados del siglo XIX, la producción de «grandes novelas» fue en gran medida un duopolio francés e inglés. Después, los límites de lo que Pascale Casanova ha denominado aceptablemente «la république mondiale des lettres» empezaron

rápidamente a mundializarse[3]. La asombrosa *Moby Dick* de Melville (n. 1819) apareció en 1851, seguida por la apenas menos impresionante *El estafador y sus disfraces* en 1857; el *Oblomov* de Goncharov (n. 1812) también se publicó en 1857, seguida por *En vísperas* (1860) y *Padres e hijos* (1862) de Turguéniev (n. 1819). Eduard Douwes Dekker (n. 1820) publicó *Max Havelaar,* la primera gran novela anticolonial, en 1860. El año 1866 contempló la publicación de *Crimen y castigo* y *Guerra y paz,* de Dostoievski (n. 1821) y Tolstói (n. 1828). Después, el Tercer Mundo empezó su contribución con *Memórias póstumas de Bras Cubas* (1882) del brasileño Machado de Assis (n. 1839). En la propia generación de Rizal se incluyen el polaco Conrad (n. 1857), el bengalí Tagore (n. 1861) y el japonés Natsume (n. 1867), aunque sus principales novelas se publicaron después de las del malhadado filipino. Vistas desde este ángulo, las obras de Rizal siguen pareciendo precoces, pero en absoluto mágicamente eremíticas.

Casanova plantea el firme argumento de que históricamente los escritores de la periferia de la República Mundial de las Letras han encontrado su originalidad en el intento de irrumpir en la Capital de las Letras cuestionando de distintos modos las premisas de ésta. El resto de este capítulo se dedicará a esbozar cómo y por qué Rizal emprendió esta tarea. Hay que admitir en principio que las pruebas externas de las novelas son bastante escasas. Aunque Rizal mantenía una enorme correspondencia, de la que sorprendentemente se ha conservado una gran parte, así como diarios, y varios artículos inéditos sobre cuestiones literarias, tenía en general los labios sellados respecto a otros escritores, a los novelistas en especial: sus comentarios comprenden un breve ensayo de juventud, en francés, sobre la originalidad de Corneille, una pieza breve posterior desde Berlín (de nuevo en francés, escrita en 1887) sobre *Tartarin sur les Alpes* de Daudet, unas cuantas frases sobre Eugène Sue y Douwes Dekker, algunos párrafos admirativos sobre Schiller, y citas de Heine[4].

Los archivos de dos bibliotecas personales ofrecen ciertas indicaciones indirectas. La biblioteca que Rizal se llevó de Europa incluía textos de Chateaubriand, A. Daudet, Dumas padre (5), Hugo, Lesage, Sue (10), Voltaire y Zola (4) de Francia; Bulwer-Lytton, Defoe, Dickens y Thackeray de Inglaterra; Goethe y Hoffman de Alemania; Manzoni de Italia, Dowes Dekker de Holanda y Cervantes de España. Su correspondencia deja claro que también leyó a Andersen, Balzac, Hebel y Swift[5]. Es improbable que esta lista represente plenamente lo que había tenido en Europa, ya que sabía que sus libros serían minuciosamente inspeccionados por las aduanas y la policía coloniales a la llegada a su país. Pero muestra inconfundiblemente que sus lecturas novelísticas se centraron especialmente en Francia.



En el piso de Pardo.

Recientemente se han catalogado los libros y los documentos dejados a su muerte por el doctor en medicina y distinguido políglota Trinidad Pardo de Tavera y se han puesto a disposición de los investigadores en la Universidad del Ateneo de Manila. Rizal era amigo íntimo de Pardo, en cuyas habitaciones palaciegas se alojó durante parte de los siete meses que pasó en la capital francesa, en 1885-1886. Fue la época en la que empezó a componer *Noli me tangere*. En la lista de Pardo, Francia está representada por About (2), Adam, Balzac, Banville (2), Barbusse, Barrès, Bibesco, Bourget (2), Farrère (3), Flaubert, France (5), Hugo, Lorrain, Maupasant (2), Molière (obras completas en 6 volúmenes), Prévost y Zola; España por Alarcón, Baroja (2), Blasco Ibáñez (10), Galdós (16) y Larra; Rusia por Andreyev (6), Chéjov (3), Dostoievski (3), Gorki (4) y Turguéniev; y los anglosajones solamente por Conan Doyle (2), Haggard, O. Henry (4), Kipling, Sinclair y Thackeray (obras completas en 22 volúmenes). De nuevo, dominan por completo los autores franceses[6]. Las principales diferencias entre ambas bibliotecas son la ausencia de Alemania en la obra de Pardo, y la peculiar práctica ausencia de España en la de Rizal.

Con esta sugerente aunque irresoluta ambientación, es hora de ver lo que las novelas

de Rizal puedan revelar por sí mismas. Nos esperan varias sorpresas.

Nitroglicerina en la granada

A pesar de toda su brillantez satírica y de la imagen sinóptica que ofrece de la sociedad colonial filipina a finales del siglo XIX, puede decirse que *Noli me tangere* tiene –hasta cierto punto– un estilo realista. Un joven *mestizo* acaudalado, Crisóstomo Ibarra, vuelve a su país tras años de estudio en Europa, con la intención de casarse con su enamorada de la niñez, María Clara, y fundar un colegio laico y moderno en su ciudad natal. Al final de la novela, estos sueños están arruinados, debido a las maquinaciones de los reaccionarios y lascivos miembros de las órdenes religiosas, y a la corrupción y la incompetencia de la administración colonial. María Clara, que resulta ser hija de un franciscano adúltero, se retira a los innombrables horrores de un convento, y el propio Ibarra parece haber perecido, asesinado por el régimen después de que las órdenes lo acusaran de conspiración revolucionaria[7].

El Filibusterismo es mucho más extraña. El lector descubre gradualmente que después de todo Ibarra no ha muerto; su noble *alter ego,* Elías, sacrificó su propia vida para salvarlo. Tras muchos años de vagar por Cuba y Europa, y habiendo acumulado indecibles riquezas como comerciante de joyas, Ibarra vuelve a su país bajo el extraño disfraz de «Simoun», una figura flaca, con largos mechones blancos y gafas de color azul oscuro que le ocultan la parte superior del rostro. Su objetivo es corromper más un régimen ya corrupto, hasta tal punto que se produzca un levantamiento armado que destruya el régimen colonial y libere a María Clara. El clímax del relato es una conspiración para hacer estallar una enorme bomba de nitroglicerina, oculta en una lámpara de piedras preciosas, con forma de granada, en una boda grandiosa a la que asiste toda la elite colonial. La conspiración, sin embargo, sale mal. Se descubre que María Clara ya está muerta, y Simoun, gravemente herido, muere en una costa solitaria antes de que puedan prenderlo. Nada de la historia «real» de Filipinas se corresponde remotamente con Simoun y su plan fallido. Se podría pensar (de manera no completamente errónea, como más adelante se verá) que la novela era una ficción proléptica, ambientada en un tiempo aún por venir, aunque ningún otro filipino escribiría así el futuro durante más de un siglo. ¿Qué hizo a Rizal escribir una continuación tan peculiar de *Noli me tangere*?

¿Un legado de Baltimore?

Para el título del libro que terminé en 1998, traduje equivocadamente una brillante frase que aparece al principio de *Noli me tangere:* «El demonio de las comparaciones». Rizal usa la frase para describir la espeluznante experiencia del joven Ibarra al volver a ver el descuidado Jardín Botánico de Manila, y encontrarse perversamente observando sin remedio con el ojo de la mente los grandes jardines botánicos que a menudo visitaba en Europa. Es como si ya no pudiera ver lo que tiene ante sí como un mero objeto familiar. Pero el *demonio* también sirve para el propio autor, que escribe en París y Berlín sobre un hombre que *allá* («allá, sí allá, allá, allá») en Manila está pensando en [...] *allá,* es decir, Berlín y París[8]. Embelesado con esta compleja imagen, pasé completamente por alto algo crucial: *Noli me tangere* está llena de epigramas ardientes y reflexiones

inteligentes, pero no hay ninguna otra frase que como ésta sea al mismo tiempo espeluznante y carente de sátira.

Por aquel entonces, mi hermano Perry, también impresionado por la expresión, me escribió para sugerirme una posible fuente: un poema en prosa de Mallarmé (1842-1898) titulado «Le Démon de l'analogie» [«El demonio de la analogía»], probablemente compuesto en 1864, cuando Rizal tenía tres años, y publicado por *La Revue du Monde Nouveau* en 1874 con el título de «La Penultième» [«La penúltima»], y de nuevo el 28 de marzo de 1885 en *Le Chat Noir,* con el título original restaurado[9]. Quizá, sugería, Rizal pudiera haberse inspirado en el poema, ya que llegó a vivir a París sólo tres meses después.

Mi reacción inicial a esta sugerencia fue la de incredulidad. Aunque Rizal empezó a estudiar francés a los doce años, cuando entró en el Ateneo, el elitista colegio de secundaria de los jesuitas en Manila, parecía improbable que hubiera podido desentrañar un texto tan difícil y esotérico. Pero después me pareció que al menos valía la pena indagar la sugerencia. Se percibía que el título de Mallarmé era un homenaje creativo a «Le Démon de la perversité», la traducción que Baudelaire había dado a «The Imp of the Perverse» [«El duende de la perversidad»] de Edgar Allan Poe[10]. Este relato se publicó por primera vez en el bárbaro Baltimore en 1839 como parte de *Tales of the Grotesque and the Arabesque* de Poe, y después por Baudelaire en el segundo volumen de sus traducciones de Poe[11]. De ahí surgió una extraña cadena de posibilidades: desde el trasgo neuropsicótico de Poe, pasando por el demonio cuasiteológico de Baudelaire y la extraña fuente de inspiración poética de Mallarmé al imaginario político de un colonizado Rizal en Europa. ¿Pero había leído Rizal a Baudelaire o a Poe? Ni en el catálogo de De Ocampo (véase nota 5), ni entre las tarjetas de Rizal en la biblioteca del López Memorial Museum se menciona a Poe, a Baudelaire o a Mallarmé.

Un estudiante de Homeopatía

Después llegó el segundo accidente: la llegada a mi mesa del borrador de un artículo de Neil García, especialista en Estudios Gays en la Universidad de Filipinas. García se había preguntado si Rizal era homosexual, y respondía negativamente a su pregunta respondiendo, *à la* Foucault, que en la década de 1880 la homosexualidad no existía aún en Filipinas. García también parecía sentir que, como *provinciano* del Tercer Mundo, Rizal debió de ser muy inocente desde el punto de vista sexual[12]. Pero el artículo llamaba seriamente la atención sobre un breve pasaje del capítulo de *El Filibusterismo* titulado «Tipos manileños»[13]. Allí, en la colorida noche de estreno de una compañía de teatro itinerante *francesa,* el cínico estudiante Tadeo obsequia a su primo pueblerino cotilleos escandalosos (la mayoría inventados) sobre los miembros de la elite manileña que se encuentran entre el público. En un momento determinado, Tadeo comenta lo siguiente:

> Ese respetable señor que va elegantemente vestido, no es médico, pero es un homeópata sui generis: profesa en todo el *similia similibus* […] El joven capitán de caballería que con él va, es su discípulo predilecto.

El chisme es malicioso, pero no escandaloso; además, la insinuación de

homosexualidad pasa desapercibida al chico de campo, que no sabe latín y tampoco entiende el significado de la palabra *homeópata*. En otras palabras, Tadeo no parece estarse dirigiendo realmente a un chico de campo, sino a lectores muy cultos.

¿Quiénes eran? Esta pregunta se hizo aún más acuciante cuando consulté la gran edición en facsímil del manuscrito original de *El Filibusterismo*. Porque Rizal había escrito primero, y después tachado, la siguiente frase: «Profesa en el amor el princ. [¿principio?] *similia similibus gaudet* ["el igual se regocija en los iguales"]»[14]. *Gaudet* es una palabra fuerte en latín, que expresa alegría, felicidad, incluso rapto. Se puede entender fácilmente por qué Rizal pensó esta fórmula. Desde el punto de vista artístico, no encaja en el cinismo del personaje de Tadeo, que nunca habla de *amor*. Pero cultural y moralmente hablando, seguramente habría sido escandalosa en la Filipinas de los frailes. Además, ¿había realmente en la Manila tardocolonial hombres destacados que apareciesen en grandes acontecimientos públicos con sus apuestos novios militares? No parece muy probable[15]. (Por otro lado, una notable fuente anterior describe un comercio muy visible de prostitución de varones jóvenes)[16].

Por otra parte, García no mencionaba un pasaje igualmente curioso del siguiente capítulo, titulado «La función», que describe la representación del vaudeville y las reacciones de los diversos personajes a dicha función. En una escena, la compañía representa una juerga en las estancias de los criados, en la que participan *servants*, *domestiques* y *cochers*. Las primeras, claramente mujeres, son con probabilidad el personal de cocina; los segundos, de sexo menos explícito, probablemente sean los sirvientes. El tercer grupo, los cocheros, es inconfundiblemente masculino. Todos los grupos, sin embargo, están interpretados por actrices, el último en un burlón atuendo transformista. Hacia el final del capítulo, el narrador sin nombre describe los celos sentidos por la hermosa y oportunista *mestiza* Paulita Gómez, al ver a su actual novio, el estudiante Isagani, entre el público.

> Paulita se ponía más triste cada vez, pensando en como unas muchachas que se llaman *cochers* podían ocupar la atención de Isagani. *Cochers* le recordaba ciertas denominaciones que las colegialas usan entre sí para explicar una especie de afectos[17].

El nombre masculino, junto con las obvias implicaciones sexuales de ser un «cochero», dejan claro a qué «especie de afectos» se hace referencia. Podría sostenerse además que se da a entender cierta realidad sociológica y sexual, dado que la explicación de la palabra francesa como un argot adolescente (para evadir el control de las monjas) es una explicación del narrador; obsérvese el cambio repentino al tiempo presente generalizador de *usan* (entre ellas). Es interesante que este párrafo no aparezca en el facsímil, lo cual significa que Rizal lo insertó en el último minuto. ¿Por qué? Ni el «homeópata» ni los «cocheros» son importantes para el relato, y no vuelven a mencionarse. *¿Acte Gratuit?* Posiblemente, pero pasaría más de un siglo antes de que cualquier otro autor filipino hiciera referencia a la homosexualidad masculina o femenina de este modo alusivo aunque extemporáneo[18]. Otra posibilidad es que en estas páginas Rizal pensara en sus lectores europeos[19].

Là-Bas

En cualquier caso, la mención que Rizal hace de la homeopatía pulsó una nota en mi despistada memoria. Recordé vagamente una novela en la que la homosexualidad y la homeopatía iban unidas: la extraña, escandalosa y vanguardista *À rebours* (*Contra natura*) del novelista medio holandés y medio francés Joris-Karl Huysmans (1848-1907), que yo había leído, casi en secreto, cuando tenía unos dieciséis años. Resultó que mi memoria sólo era correcta al 50 por 100: la homosexualidad estaba, la homeopatía también, pero en contextos no relacionados. ¿Las había unido Rizal ingeniosamente? Pero el nombre de Huysmans no aparecía en el librito de Ocampo ni en las tarjetas de la biblioteca del López Memorial Museum (ni siquiera en la biblioteca personal francófila de Pardo de Tavera). Además, aunque originalmente publicada en 1884, *À rebours* no se tradujo al español hasta aproximadamente 1919 (con un prefacio de Blasco Ibáñez), mucho después de la muerte de Rizal[20]. La primera versión en inglés salió casi al mismo tiempo[21]. Si Rizal hubiese leído *À rebours,* lo habría hecho en el francés original. Quizá fue simple casualidad que Huysmans y Rizal juntasen la homeopatía y la homosexualidad en novelas escritas con una diferencia de menos de siete años entre sí. Pero parecía sensato seguir leyendo.



Joris-Karl Huysmans.

À rebours tiene un solo personaje principal, el frío, rico y elegante aristócrata Des Esseintes, tan horrorizado por la zafia burguesía dominante en la Tercera República francesa, la corrupción de la Iglesia católica, las actividades sospechosas de los políticos, la baja calidad de la cultura popular, etcétera, etcétera, que se retira a un mundo íntimo de fantasía estética, cultivando las experiencias sexuales raras, la literatura vanguardista, las antigüedades rococós y el misticismo cristiano «medieval». También se construye una extraña y cara casa diseñada para expulsar a la Naturaleza, a la que considera ya *passé*. No hay flores reales, por ejemplo, sino capullos artificiales hechos con joyas raras y

extrañas; una tortuga de compañía que muere lentamente bajo el peso de un caparazón completamente adornado de piedras preciosas. Es imposible no recordar que Simoun, el personaje central de *El Filibusterismo,* obtiene su singularidad, su riqueza y su poder con el tráfico de piedras preciosas raras y antiguas. ¿Otra coincidencia?

Tal vez. Pero hay otras correspondencias mucho más convincentes. En el largo capítulo en el que se establecen las preferencias literarias vanguardistas de Des Esseintes, se elogia en especial al íntimo amigo de Huysmans, Mallarmé; y en una lista de textos del gran poeta favoritos para el noble se menciona de modo destacado «Le Démon de l'analogie»[22]. También se mencionan «Le Démon de la perversité» de Baudelaire y Poe[23]. Si el francés de Rizal no estaba a la altura del poema en prosa original, ¿no podía haber obtenido una idea interesante para su *Noli me tangere* sencillamente de haber leído el título de Mallarmé en *À rebours*? Pero las coincidencias más llamativas entre la obra de Huysmans y la de Rizal resultaron encontrarse en *El Filibusterismo,* no en *Noli me tangere*. Mencionaré sólo tres, todas las cuales se refieren a sexo de diferentes tipos.

Flaubert y un futuro asesino

En primer lugar, la escena de *À rebours* en la que el casi impotente Des Esseintes toma como amante de corta duración a una joven ventrílocua. Para ambientarse, compra dos estatuillas, una de terracota policroma que representa la Quimera clásica, un monstruo mítico con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente, y la otra, de mármol negro, que representa a otro monstruo femenino, la Esfinge. Pone las dos en el extremo más lejano del dormitorio, iluminado sólo por el débil brillo de las brasas en una chimenea de carbón. La mujer que está en la cama con Des Esseintes, instruida de antemano por su amante, da entonces voz a la conversación de las dos estatuillas sepulcrales, incluida la famosa frase de *La tentation de Saint Antoine [La tentación de San Antonio]* de Flaubert: «Je cherche des parfums nouveaux, des fleurs plus larges, des plaisirs inéprouvés» (Busco nuevos perfumes, flores más grandes, placeres no probados) [24]. En este punto, como se esperaba y planeaba, la virilidad de Des Esseintes retorna a la vida.

En el extraordinario capítulo dieciocho de *El Filibusterismo* –titulado «Supercherías»– Simoun prepara a Mr. Leeds, un hábil prestidigitador y ventrílocuo *(yanqui),* en una escena que recuerda el uso que Hamlet hace de los actores para sacudir la conciencia culpable de su padrastro[25]. Mr. Leeds hace que la cabeza momificada de un egipcio antiguo hable de los horrores soportados hace milenios a manos de los sacerdotes intrigantes; delitos que reproducen con exactitud los infligidos al joven Ibarra y a su condenado amor María Clara por el lujurioso y artero padre Salví. Este dominico ha sido atraído a ver el espectáculo, y se desmaya presa del terror supersticioso. Lo curioso es que Mr. Leeds convoca a hablar a la cabeza momificada, claramente masculina, usando sólo la palabra *¡Esfinge!*[26]. Lo que en Huysmans es puramente literario y sexual, Rizal parece transformarlo, trasladado de género, en político y psicológico.

Y he aquí la curiosa escena en la que Des Esseintes toma a un adolescente de la calle y lo lleva a un burdel muy caro[27]. Allí paga para que lo inicie Vanda, una experta y seductora prostituta judía. Mientras el chico está ocupado perdiendo su supuesta virginidad, Des Esseintes charla con la madama, a la que conoce muy bien. Dice Madame

Laure:

> «Alors ce n'est pas pur ton compte que tu viens, ce soir […] Mais où diable as-tu levé ce bambin?» «Dans la rue, ma chère». «Tu n'es pourtant pas gris», murmura la vielle dame. Puis, après réflexion, elle ajouta, avec un sourire maternel: «Je comprends; mâtin, dis donc, il te les faut jeunes, à toi». Des Esseintes haussa les épaules, «Tu n'y es pas; oh ! mais pas du tout», fit-il; «la vérité c'est que je tâche simplement de préparer un assassin» [«Así que hoy no has venido por tu propia cuenta […] ¿pero dónde diablos has encontrado a ese niñito?» «En la calle, querida». «Y sin embargo no estás bebido», murmuró la vieja. Después, tras un momento de reflexión, añade, con una sonrisa maternal: «¡Ah!, ya entiendo; vamos, tunante, dime, los necesitas jóvenes». Des Esseintes se encoge de hombros. «Estás equivocada. No es así», continúa, «la verdad es que simplemente estoy preparando un asesino»].

Habiendo negado cualquier interés sexual por el muchacho, explica su plan. Le pagará sesiones con Vanda durante unas seis semanas, y llegado ese punto las interrumpirá. Para entonces, el chico será adicto al sexo, y para pagar nuevas sesiones acudirá al robo y en último término al asesinato. El fin supremo de Des Esseintes es crear «un ennemi de plus pour cette hideuse société qui nous rançonne» [«un enemigo más para esta odiosa sociedad que nos secuestra»]. Éste es, sin embargo, un gesto meramente moral/inmoral y estético. Un adolescente corrupto más no cambiará por sí solo nada en Francia.

Pero en *El Filibusterismo,* el objetivo del proyecto básico de Simoun es el de cambiarlo todo. Así se lo confiesa a Basilio, joven estudiante de medicina, que se ha sentido impotente ante el asesino clerical de su hermano pequeño, cuya muerte ha enloquecido a la madre:

> Víctima de un sistema viciado he vagado por el mundo, trabajando noche y día para amasar una fortuna y llevar á cabo mi plan. Ahora he vuelto para destruir ese sistema, precipitar su corrupción, empujarle al abismo á que corre insensato, aun cuando tuviese que emplear oleadas de lágrimas y sangre […] Se ha condenado, lo está y no quiero morir sin verle antes hecho trizas en el fondo del precipicio[28].

Mientras tanto usará su enorme riqueza para corromper aún más todo el orden colonial «secuestrado», incitando una mayor avaricia, más desfalcos, peores crueldades y una explotación más profunda, para provocar el hundimiento. Como se ha señalado antes, su trama final es poner una enorme bomba de nitroglicerina, oculta en una fantástica lámpara de estilo huysmanesco, adornada con piedras y en forma de granada, en medio de una boda a la que asistirán todas las altas autoridades de Manila. Mientras tanto, Juli, la amada y prometida de Basilio, se ha suicidado para evitar sucumbir ante el lascivo padre Camarro, y el muchacho está ahora psicológicamente dispuesto a convertirse en «un enemigo más de esa execrable sociedad colonial». Simoun lo convence rápidamente de que se tome su venganza personal ayudando a organizar una masacre inmisericorde de todos los hombres que no apoyen la «revolución»[29]. Es un proyecto político, no un gesto estético, y nos recuerda que las décadas de 1880 y 1890 fueron el momento culminante de los asesinatos espectaculares, en Europa y Estados Unidos, cometidos por anarquistas desesperados y esperanzados. Las relaciones se analizarán con detalle en un capítulo posterior.

Placeres no probados

Por último, observemos el episodio de *À rebours* en el que Des Esseintes escoge un atractivo adolescente con el que mantiene una relación sexual de varios meses y al que describe sucintamente como sigue:

> Des Esseintes n’y pensait plus sans frémir; jamais il n’avait supporté un plus attirant, et un plus impérieux fermage; jamais il n’avait connus des périls pareils, jamais aussi il ne s’était plus douloureusement satisfait [Des Esseintes no podía volver a pensar en ello sin estremecerse; nunca había soportado una cautividad más atractiva ni más imperiosa; nunca había experimentado tales peligros, y nunca había estado más dolorosamente satisfecho][30].

No deberíamos sacar estas frases de contexto. Des Esseintes, como el propio Huysmans, es heterosexual, con una larga ristra de mujeres amantes. El asunto con el muchacho parece formar parte de una búsqueda flaubertiana de *plaisirs inéprouvés*.

No hay en *El Filibusterismo* un equivalente a este episodio, y Simoun parece casi asexual. Pero puede sugerir un contexto para la a medias expurgada descripción del elegante «homeópata» y su discípulo favorito. El relato que en *À rebours* se hace de los gustos poéticos vanguadistas de Des Esseintes no sólo elogia a Mallarmé en los términos más elevados, sino también a Paul Verlaine (1842-1896); y en el prefacio escrito para una reedición de la novela en 1903, Huysmans declaraba que habría concedido a Arthur Rimbaud (1854-1889) el mismo panegírico si cuando se editó *À rebours* hubiera una recopilación de sus poemas. Pero el señero *Les Illuminations* de Rimbaud no apareció hasta dos años después, en 1886, inmediatamente antes de *Noli me tangere,* y mucho después de que Rimbaud hubiera abandonado la poesía y Europa[31].



Cuartel del KNIL en Tuntang, en las montañas situadas al sur del puerto de Semarang, Java, donde Rimbaud sirvió durante una quincena en julio de 1876, antes de desertar.

Verlaine y Rimbaud habían sido amantes «notablemente» tempestuosos en la década de 1870, y algunos de sus poemas hacen clara referencia a su relación sexual. Verlaine fue amigo de toda la vida de Huysmans y, además, en los círculos literarios de vanguardia se tenía a gala desdeñar las concepciones morales burguesas, oficiales y de buen católico[32]. Dada la estancia temporal de Rizal en París durante la segunda mitad de 1885, a medio camino entre los igualmente sensacionales *À rebours* y *Les Illuminations,* y sus frecuentes visitas posteriores, es probable que las alusiones a la homosexualidad femenina y masculina que hace en *El Filibusterismo* estuvieran estimuladas en parte por sus lecturas de libros y revistas parisinos. Además, los afectos lésbicos fueron muy elegantes en la literatura francesa del siglo XIX, a partir de los tiempos de Balzac. Es posible, por lo tanto, que estos pasajes representen una cierta reivindicación de su pertenencia a la «république mondiale des lettres» de Casanova.

Por último, tal vez valga la pena señalar que antes de *À rebours* Huysmans había publicado esbozos sobre la sociedad parisina –en el tono sobrio de su anterior maestro literario, Zola– bajo el título *Types parisiens,* que se correspondía en nombre, aunque no en tono, con el satírico «Tipos manileños» de *El Filibusterismo*. Y es interesante que la

segunda novela de Rizal se publicase el mismo año que Huysmans publicó su siguiente obús vanguardista, el satánico *Là-bas,* que se traduce bien al español con el título de *Allá*.

El lujo del francés

Y nada más respecto a Huysmans, excepto observar que *À rebours,* publicada en mayo de 1884, fue un enorme *succès de scandale,* que enfureció en especial al clero católico y a la sociedad burguesa *bien-pensant*[33]. Rizal llegó a París catorce meses después, con veinticuatro años, y se quedó hasta enero de 1886, cuando se dirigió a Alemania. *À rebours* seguía siendo la comidilla literaria de la ciudad. Poco sabemos de lo que Rizal hizo en París, además de asistir a las clases de un entonces famoso cirujano oftálmico. Pero vivió con amigos filipinos cercanos, no sólo el filólogo Trinidad Pardo de Tavera, sino también el pintor Juan Luna, que llevaban más tiempo viviendo en la ciudad mágica y conocían mejor el francés[34].

Rizal dijo en una ocasión que había escrito la cuarta parte de *Noli me tangere* durante su estancia en París[35]. Más tarde se planteó seriamente escribir su segunda novela en francés, para alcanzar una mayor audiencia mundial. Rememorando el tiempo pasado con Rizal en Berlín, Máximo Viola recordaba:

> Y cuando quise saber la razón de ser de aquel lujo innecesario del francés, me explicó diciendo de que su objeto era escribir en adelante en francés, caso de que su *Noli me tangere* fracasara, y sus paisanos no respondieran á los propósitos de dicha obra[36].

En una carta fechada el 4 de julio de 1890, Blumentritt escribió a Rizal: «Ich sehe mit Sehnsuche den Buche entgegen, dass Du französich schreiben wirst, ich sehe voraus, dass es ein ungeheures Aufsehen erregen wird» [«Espero con ansia el libro que usted va a escribir en francés; creo que provocará una colosal sensación»][37]. Al final, por supuesto, *El Filibusterismo* se escribió en español, no en francés. Se imprimió en 1891 en Ghent, a sólo 60 kilómetros de Ostende, donde tres años antes, en 1888, James Ensor había acabado el extraordinario y proléptico cuadro revolucionario anarquista titulado *La entrada de Cristo en Bruselas, 1889,* que tiene una mezcla muy rizaliana de mordaz sátira social, caricatura, romanticismo y rebelión. Definitivamente una coincidencia, pero agradable.

Venganza escrita

Una intuición muy distinta experimenté mientras investigaba sobre el gran escritor holandés Eduard Douwes Dekker (que escribía bajo el pseudónimo de Multatuli) (1820-1887) y su dura novela anticolonial titulada *Max Havelaar,* publicada por primera vez en 1860 y traducida al alemán, al francés y al inglés en las décadas de 1860 y 1870. Es una de las primeras novelas anticoloniales basadas en experiencias concretas en una colonia. *Max Havelaar* trata también, entre otras cosas, de un joven idealista (como el Ibarra de *Noli me tangere*) que intenta defender a los nativos oprimidos, y que después es política y económicamente destruido por una cábala de corruptos burócratas coloniales y siniestros jefes nativos. La novela puede entenderse como la devolución por parte de Douwes Dekker de los ataques que recibió de enemigos poderosos que no sólo lo habían

obligado a abandonar el funcionariado civil colonial y volver empobrecido a su país, sino que mantenían una explotación brutal del campesinado javanés.

Rizal descubrió *Max Havelaar* en Londres a finales de 1888, probablemente en una traducción bastante buena al inglés. Lo leyó poco después de que se publicara *Noli me tangere* y de que el propio Dowes Dekker falleciese. En una carta escrita el 6 de diciembre, Rizal escribía a Blumentritt:

> Das Bush Multatuli's, welche ich dir senden werde, als bald wie ich es bekommen, ist ausserordentlich reizend. Kein Schweifel [Zweifel], ist es meinem weit überlegen. Nur, da der Verfasser selbst ein Niederländer ist, so sind die Angriffe nicht so heftig wie meine; aber es ist viel künstlicher, viel feiner, obgleich nur eine Seite von dem Niederländischen Leben auf Java entblösst [El libro de Multatuli, que te enviaré tan pronto como consiga un ejemplar, es extraordinariamente atractivo. Sin duda, es muy superior al mío. Aun así, dado que el propio autor es holandés, sus ataques no son tan fuertes como los míos. Pero el libro es mucho más artístico, mucho más elegante que el mío, aunque sólo pone de manifiesto un aspecto de la vida holandesa en Java][38].

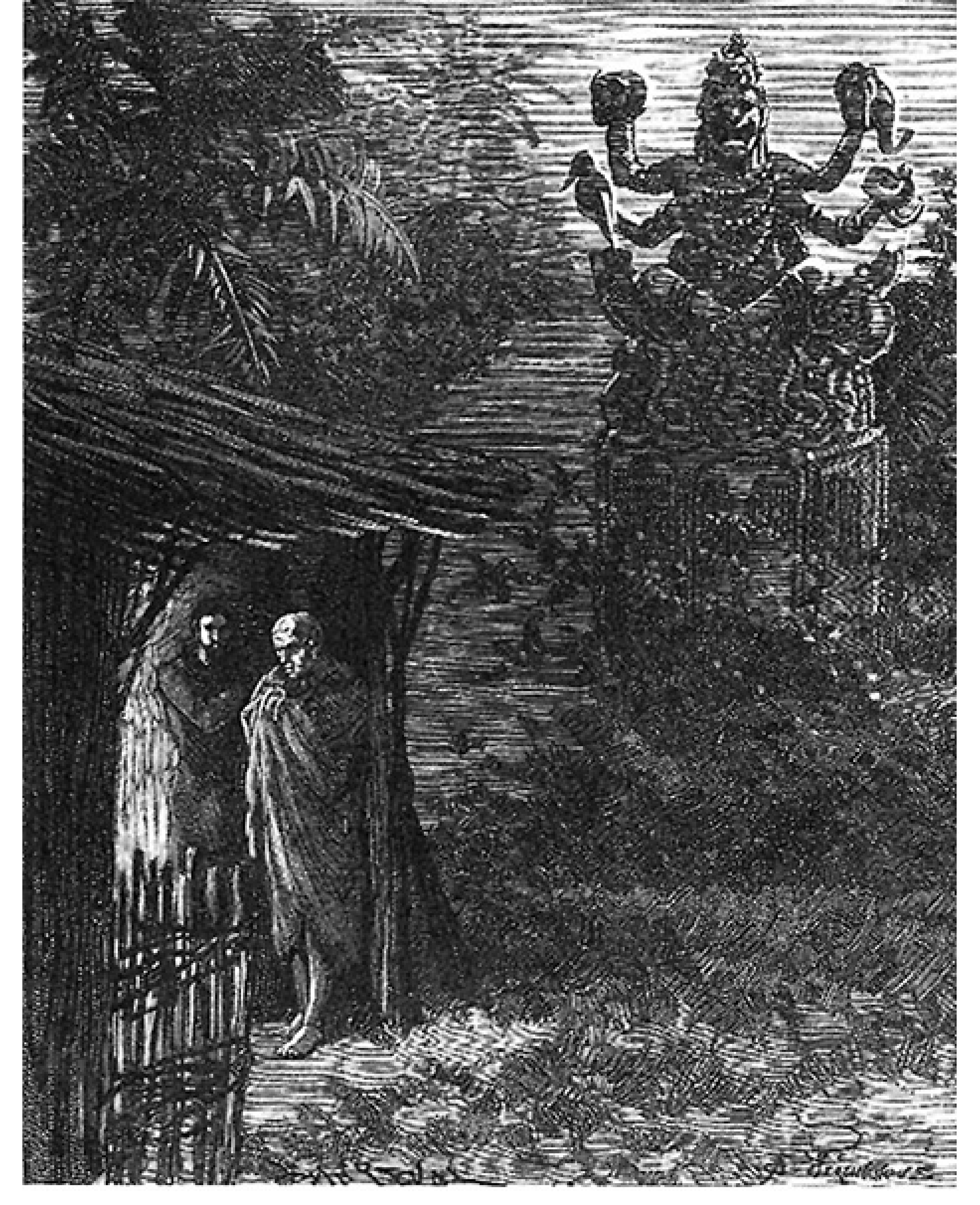
Rizal reconocía así las afinidades entre su propia novela y la de Douwes Dekker, aunque se escribieron con un cuarto de siglo de diferencia. Hay una probabilidad muy alta de que el joven filipino encontrase en *Max Havelaar* un ejemplo de que se puede escribir muy convincentemente una novela para asumir una venganza anticolonial, política y personal. Las pruebas de este argumento se desarrollarán en el próximo capítulo, en el que se analiza con más detalle *El Filibusterismo*[39].

Los hijos de Rodolphe

Un interesante artículo de Paul Vincent no sólo efectúa comparaciones explícitas entre *Max Havelaar, Noli me tangere* y *El Filibusterismo,* sino que señala que Douwes Dekker, que despreciaba el mundo literario holandés de su época, reverenciaba *El Quijote* y *Tristram Shandy,* y se inspiró fundamentalmente en Walter Scott en inglés, y en Victor Hugo, Dumas padre, y Eugène Sue en francés. Vincent también comenta que los protagonistas, Max Havelaar y Crisóstomo Ibarra, descienden claramente, por líneas separadas, del aristócrata «socialista» Rodolphe a quien Sue (1804-1859) convirtió en héroe de su éxito literario de 1844-1845, *Les Mystères de Paris*[40]. Como Rizal y Douwes Dekker, Sue empezó siendo un dandi, pero experimentó en torno a 1843 un cambio político que lo convirtió en un ardiente socialista (proudhoniano) y en enérgico enemigo de Luis Napoleón, el mayor imperialista francés que haya habido, quien lo llevó al exilio, la penuria y la muerte tres años antes de que naciese Rizal[41].

Sue se benefició de la innovación de las *romans-feuilleton,* novelas publicadas por fascículos en diarios competitivos, las cuales crearon nuevos y enormes mercados para los novelistas. (Sus obras se tradujeron con rapidez a los principales idiomas europeos). Los editores de periódicos animaban a los escritores dotados a mantener a los lectores enganchados de número en número mediante un astuto suspenso, intriga, elementos exóticos, amores trágicos y eternos, venganza, sátira, y vistas panorámicas de todos los niveles de la sociedad. Componer este tipo de novela en fascículos suponía reunir múltiples argumentos, normalmente por medio de un narrador innombrado y

omnisciente, rápidos y abruptos cambios de medio y de tiempo, y con mucha frecuencia una política populista y moralizadora[42]. (No hace falta decir que la mayoría de estas *romans-feuilleton* fueron suprimidas durante el gobierno de Luis Napoleón.) El segundo gran éxito de Sue, *Le Juif errant [El judío errante],* publicada entre 1845 y 1846, me interesó especialmente porque su dispersa estructura se mantiene unida gracias a un jesuita satánico, cuyos tentáculos se extienden hasta Siberia, Norteamérica y… ¡Java![43]. Casi todas las novelas de Rizal tienen estos elementos estructurales y temáticos, aunque ninguna apareció por fascículos. Pero recordemos que en su biblioteca había diez obras de Sue, muchas más que de cualquier otro escritor. Esto no significa que no se mostrase perspicazmente crítico con su predecesor.



Litografía de *Le Juif Errant [El judío errante],* imaginando Java.

Dumas padre (1803-1870) fue otro maestro de la *roman-feuilleton,* y *Le Comte de Monte Cristo* –la historia de Edmond Dantès, arruinado y encarcelado durante muchos años por una conspiración de sus enemigos, que reaparece disfrazado de conde de Montecristo para vengarse de ellos– es, por así decirlo, la historia de Ibarra y Simoun juntos. ¿Coincidencia? Improbable. En sus *Memorias de un estudiante de Manila,* escrita bajo el pseudónimo de P. Jacinto en 1878, Rizal recordaba a los dieciséis años que había leído *El Conde de Montecristo* a los doce, «saboreando los sostenidos diálogos y deleitándose en sus bellezas, y siguiendo paso á paso á su héroe en sus venganzas»[44]. Pero ni a Sue ni

a Dumas les interesaban demasiado las depredaciones del colonialismo y del imperialismo, y las venganzas de sus personajes son básicamente personales y metropolitanas.

Risa y suicidio

¿Y la «Madre España»? Al principio de este capítulo se llamó la atención sobre la ausencia de novelas en español, aparte de *El Quijote,* en la biblioteca personal de Rizal, y su fuerte presencia en la de su amigo el filólogo Trinidad Pardo de Tavera. Esto se puede explicar en parte por la diferente longevidad de ambos hombres. Blasco Ibáñez (n. 1867) y Pío Baroja (n. 1872), que figuran de modo destacado en la biblioteca de Pardo, eran de la generación de Rizal, pero no se hicieron famosos hasta mucho después de que éste muriese. Pardo, sin embargo, sobrevivió a su amigo treinta años. Pero esta explicación no puede aplicarse al caso de Benito Pérez Galdós (1843-1920), el llamado Balzac español, a quien a menudo se considera el mejor novelista español después de Cervantes. Lo que Sue fue para la biblioteca de Rizal lo fue Galdós para la de Pardo. ¿Es realmente concebible que Rizal nunca leyese una sola obra de la colosal producción novelística de Galdós? Cierto que en sus voluminosos escritos nunca menciona el nombre de éste, pero muchos especialistas han hallado similitudes temáticas entre *Noli me tangere* y *Doña Perfecta* de Galdós, publicada en 1876, cuando el filipino tenía catorce años. *Doña Perfecta,* una novela corta desde el punto de vista galdosiano, trata de hecho de un ingeniero liberal y políticamente inocente que es destruido por el fanatismo religioso de su tía epónima, ayudada por la Iglesia. *Noli me tangere* es en todos los aspectos enormemente superior. Pero no es en absoluto inverosímil conjeturar que de hecho Rizal tuviera parcialmente en mente este proyecto «anticolonial» de vencer en su terreno al más famoso novelista metropolitano, sin, por supuesto, reconocer nada al respecto. Más satisfactorio quizá porque Galdós, aunque liberal, no se oponía en absoluto al imperialismo español. Por lo tanto, como anticolonialista filipino, a su vez, Rizal no tenía nada que decir acerca de Galdós[45].

Pero otro rasgo específico es la insaciable risa de Rizal, algo extremadamente raro en la literatura anticolonial. Esta risa –que no es sólo cuestión de epigramas afilados como navajas de afeitar y mordaces agudezas, sino que impregna tanto sus dos novelas que a menudo el lector siente la necesidad de reír en alto– no se encuentra en Hugo, Dumas, Sue ni Galdós, ninguno de los cuales tenía en la risa uno de sus fuertes. Douwes Dekker podía ser mortalmente divertido, pero Rizal lo leyó después de que *Noli me tangere* se publicase. Parte de la risa de Rizal procedía de la propia comedia miserable del colonialismo. En el Epílogo de *Noli me tangere,* el filipino de veinticinco años escribía:

> Viviendo aún muchos de nuestros personajes, y habiendo perdido de vista á los otros, es imposible un verdadero epílogo. Para bien de la gente, mataríamos con gusto á todos nuestros personajes, empezando por el P. Salví y acabando por Dña. Victorina, pero no es posible […] ¡Que vivan! El país y no nosotros los ha de alimentar al fin […][46].

Como ya he dicho, esta especie de juego del autor con los lectores, los personajes y la «realidad» es muy raro en la mayoría de la narrativa seria europea en el siglo XIX, pero nos recuerda enseguida a *Memórias póstumas de Blas Cubas* de Machado de Assis,

publicada sólo cinco años antes. La novela le llegó al filipino, como al brasileño, de… *allá*. Fue una importación milagrosa, con la que era posible jugar, como Debussy hiciera con la música gamelán de Java.

Al mismo tiempo, es bien sabido que, después de Cervantes, el escritor español al que Rizal más apreciaba era Mariano José de Larra, que nació en 1809 y se suicidó veintiocho años más tarde[47]. Durante su breve vida, el escritor francófilo y liberal radical atravesó una y otra vez la borrosa divisoria entre el periodismo y la ficción, siempre con la política presente. Todo podía ser objeto de burla, excepto la lejanía. Los hilarantes y agudamente caracterizados retratos que Larra efectuó de todos los estratos de la sociedad madrileña durante el reinado tremendamente reaccionario de Fernando vii, incluida una despiadada imitación de cada uno de ellos, debieron de demostrar a Rizal que era posible emular y superar a la dilapidada sociedad de la Manila colonial.

Colaboración y emulación

El contraste básico entre la obra de Isabelo de los Reyes y la de Rizal radica en los géneros adoptados por cada uno. En el mundo de la etnología y los estudios del folclore planetarios, a los que se unió Isabelo, las normas básicas eran profesionales y cooperativas. La emulación no estaba en absoluto excluida, aunque sí supeditada a lo que todos los participantes entendían como una empresa mundial a la que cada uno o cada una hacía su propia aportación. A Isabelo no le parecía nada extraño dedicar su obra magna a los colegas etnólogos de España, y citaba con prodigalidad textos de folcloristas ingleses, portugueses, italianos y españoles en sus notas a pie de página. «Colegas» puede decirse de hecho que era la palabra clave para estudiar su relación con Europa.

Pero los novelistas no tienen colegas, y las normas básicas del género novelístico son profundamente competitivas, ya sea en cuanto a originalidad como en cuanto a popularidad de mercado. Casi la quinta parte de los sesenta y cuatro capítulos de *Noli me tangere* empiezan con epígrafes, que, si se deseara, podrían considerarse notas encubiertas. Pero todos ellos están tomados de poetas, dramaturgos, filósofos, la Biblia, y el mundo enorme y enigmático de los refranes; y proceden del español, el italiano, el latín e incluso el hebreo. Ninguno pertenece a un novelista. No cabe duda de la ambigua deuda del autor con Sue y Larra, Dumas y Douwes Dekker, Galdós y Poe, Huysmans y Cervantes; y sin duda otros. La originalidad de Rizal radica en su modo de trasponer, combinar y transformar lo que había leído[48]. Si el análisis de este capítulo es correcto, se podría decir que en sus novelas el duende-demonio de Poe-Baudelaire-Mallarmé se convirtió en el *demonio de las comparaciones* que acecha al intelectual colonizado; los «diálogos sostenidos» de Dumas se convirtieron en acuciantes debates sobre las sendas de la libertad; el panorama que Sue ofreció de la estructura social parisina se transformó en un diagnóstico sinóptico sobre los males de la sociedad colonial, etcétera. Pero nada muestra mejor la creatividad de Rizal que su modo de inspirarse en la estética vanguardista de Huysmans, transformándola radicalmente para estimular la imaginación política de los futuros jóvenes nacionalistas anticoloniales de Filipinas.

[1] Véase J. L. Llanes, *op. cit.,* pp. 6-8, 13-15, 20-24.
[2] Pedro Paterno, cuatro años mayor que Rizal, publicó *Ninay* en 1885.

[3] P. Casanova, *La République mondiale des lettres,* París, Éditions du Seuil, 1999.

[4] Los dos ensayos literarios en francés, junto con un breve texto titulado *Dimanche des Rameaux* [Domingo de Ramos] –sobre la historia del ascenso del cristianismo cuando era una religión para los pobres y su decadencia cuando cayó en manos de los ricos– se encuentran en microfilm en la Biblioteca Nacional de Filipinas. La escritura irregular, y el título, «Essai sur Pierre Corneille», hacen pensar que este texto data de sus días de colegio, aunque las inteligentes referencias al «magnifique» *Commentaire sur le théâtre de Corneille* de Voltarie, y a *Hamburgische Dramaturgie* de Lessing tal vez indiquen lo contrario. Los otros dos proceden de los diarios inéditos de Rizal, «Cuadernos de médica clínica», y la meditación de «Domingo de Ramos» está firmada y fechada en Berlín en 1887. Los originales parecen encontrarse en la Ayer Library de Chicago.

[5] Véase E. A. de Ocampo, *Rizal as a Bibliophile,* Manila, Bibliographical Society of the Philippines, Occasional Papers, n.º 2, 1960. De Ocampo no sólo catalogó los contenidos de la ahora desaparecida biblioteca, sino también los libros y los autores mencionados en la correspondencia de Rizal. Gracias a Ambeth Ocampo (no existe relación de parentesco entre ambos), principal autoridad sobre la historia filipina de finales del siglo XIX, descubrí que la lista efectuada por De Ocampo estaba incompleta; en la biblioteca del López Memorial Museum de Manila existía un sustancial número de tarjetas de biblioteca escritas por Rizal.

[6] Pardo vivió hasta 1925. De los noventa y tres libros de ficción catalogados, aquellos de los cuales proporcionan datos sobre editorial y publicación datan del siglo XX, después de la muerte de Rizal. Sólo cuatro se retrotraen al periodo anterior a la partida definitiva de Rizal, en 1891. Pero al menos el 30 por 100 de ellos carece de fechas de publicación. Parece probable que antes de volver a su país, Pardo se dejara en París o regalara a amigos la biblioteca que había reunido allí, y que una vez en Manila volviera a pedir los libros que apreciaba, y comprara otros nuevos. Por lo tanto, el catálogo del Ateneo no puede decirnos lo que Rizal podría haber leído en su permanencia con Pardo, pero sí nos da una buena imagen de los gustos cosmopolitas de éste. Es notable que su colección casi no incluyese poesía, y prácticamente nada de la Antigüedad, mientras que Rizal, como veremos, poseía mucho de ambas.

[7] He escrito dos artículos sobre *Noli me tangere,* ambos reeditados en mi libro *The Spectre of Comparisons* (Londres, Verso, 1998), por lo tanto, sólo la trataré tangencialmente en este capítulo.

[8] Véase el intercambio acerca de esta oscilación que mantuvimos Jonathan Culler y yo, contenido en J. Culler y P. Cheah (eds.), *Grounds of Comparison,* Nueva York, Routledge, 2003, pp. 40-41, 45-46 y 228-230.

[9] Se puede encontrar una traducción razonable al inglés en B. Cook (trad.), *Mallarmé: Selected Prose Poems, Essays and Letters,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1956, pp. 2-4; las notas al texto, pp. 108-110, incluyen una breve historia de la publicación. Cook señala las notables afinidades del poema con la monomaniaca historia de Edgar Allan Poe titulada «Berenice» (1809-1849), que puede encontrarse en *Tales,* Oneonta, Universal Library, 1930, pp. 219-238.

[10] E. A. Poe, *Tales,* cit., pp. 455-461. Se recordará que el relato de Poe, narrado en primera persona, es el de un hombre que comete un asesinato perfecto, pero después se deja llevar tanto por el impulso de proclamar su propia brillantez que acaba confesando el crimen. El término «imp» [diablillo, duende] no lleva en sí nada tremendo ni cristiano, y sería mejor traducirlo al francés como *lutin*. La decisión de Baudelaire de usar *démon* da a *imp* un aura católica grandiosa y *ci-devant*.

[11] Las traducciones de Poe efectuadas por Baudelaire se publicaron con el título de *Histories extraordinaires* en 1856, y *Nouvelles Histories extraordinaires* en 1857. «Le Démon de la perversité» era el primer relato del segundo volumen. Este libro, junto con la Introducción de Baudelaire, está reimpreso en sus *Oeuvres Complètes,* vol. 7, París, Louis Conard, 1933. El genio de *Les Fleurs du mal* conoció la obra de Poe a comienzos de 1847, y lo entusiasmó tanto que dedicó buena parte de los siguientes dieciséis años de su vida a traducirla. Véase P. F. Quinn, *The French Face of Edgar Poe,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1954, pp. 9, 14 y 101.

[12] Es posible que Rizal lo fuera de hecho de niño, cuando aún estaba en Manila. Pero la presencia en su biblioteca personal del libro de P. Delcourt, *Le vice à Paris,* 4.ª ed., París, 1888; de *Onanisme,* del Dr. P. Garnier, 6.ª ed., París, 1888; de Philippe Ricord, *Traité des maladies vénériennes,* Bruselas, 1836; y de Vatsyayana, *Le Kama Soutra,* París, 1891, indica que sus estudios médicos y otras lecturas a lo largo de la siguiente década lo convirtieron en un conocedor. Las palabras en latín son juego de palabras con el famoso lema, *similia similibus curantur,* del fundador de la homeopatía sistemática, el médico alemán Christian Friedrich Samuel Hahnemann. En su biblioteca, Rizal tiene un ejemplar de *Exposition de la doctrine médicale homéopathique,* una traducción al francés, París, 1856, de la conocida obra de Hahnemann.

[13] J. Rizal, *El Filibusterismo,* Manila, Instituto Nacional de Historia, 1990, p. 162.

[14] J. Rizal, *El Filibusterismo,* edición facsímil, Manila, Instituto Histórico Nacional, 1991, p. 157b (dorso); *-bus* está sobrescrito y la *a* final de *similia* parece también superpuesta a la *s*. Probablemente, por lo tanto, el verdadero original era el gramaticalmente correcto *similis simili*.

[15] Pero escribiendo sobre el curso escolar 1877-1878, cuando Rizal tenía dieciséis años y aún estudiaba en el Ateneo, Félix Roxas recordaba que los alumnos, tras estudiar a Virgilio y a Fénélon, habían escenificado una obra sobre los dioses y las diosas del Olimpo. Probablemente escrita por ellos, ya que ni Virgilio ni Fénélon fueron dramaturgos. (El francés, formado por los jesuitas y aliado con ellos en la lucha contra el jansenismo, casi ciertamente llegó a los muchachos del Ateneo a través de su «novela» teológica *Télémaque*. En el mundo estudiantil filipino de Madrid en la década de 1880, donde todos tenían un mote jocoso, al serio Isidro de Santos, futuro médico, lo llamaban *el joven Telémaco*. Véase N. Joaquín, *A Question of Heroes,* Manila, Anvil, 2005, p. 44).

Ni que decir tiene que todos los papeles de la obra, masculinos y femeninos, estaban interpretados por los muchachos adolescentes, todos varones. Siendo la pubertad como es, escribía Roxas, surgieron romances apasionados, hasta que los inquisitivos frailes interceptaron una de las diversas cartas de amor que se pasaban entre sí. Véase *The World of Felix Roxas,* traducido por Ángel Estrada y Vicente del Carmen, Manila, Filipiniana Book Guiad, 1970, p. 330. Este libro es una traducción al inglés de las columnas que Roxas escribió en español para *El Debate* entre 1906 y 1936. Existe una fotografía poco difundida del Padre de la Nación Filipina con aspecto bastante sensual en el papel de Cleopatra.

[16] Esta fuente es el temible revolucionario puertorriqueño y nacionalista «antillano» Dr. Ramón Betances que, como se verá en el capítulo 5, se convirtió a mediados de la década de 1890 en un enlace crucial entre los levantamientos nacionalistas armados de Cuba y Filipinas. En 1877, refugiado temporalmente de las autoridades coloniales españolas en la pequeña colonia danesa de Santo Tomás (vendida a Estados Unidos en 1917 como parte de las islas Vírgenes), Betances escribió dos piezas satíricas para *La Independencia,* órgano de los exiliados cubanos y puertorriqueños en Nueva York, tituladas «La autonomía en Manila», y publicadas en los números del 29 de septiembre y el 27 de octubre (tomado de H. Dilla y E. Godínez [eds.], *Ramón Emeterio Betances,* La Habana, Casa de las Américas, 1983, pp. 205-210. Los editores «modernizaron» la ortografía tradicional). En el segundo de estos textos aparece el siguiente comentario despectivo hacia Domingo Morriones, recientemente nombrado gobernador general de Filipinas (1877-1880): «No habrá dejado de recibir el subsidio de las princesas. Las casas de princesas de Manila, como la esclavitud en Cuba, son de "institución española, con aprobación del arzobispado"; y no son precisamente princesas las que en ellas figuran, sino príncipes originarios del imperio de la flor de medio, príncipes chinos, jóvenes de dieciséis a diez años, que se pavonean en los carruajes por las calles con aire femenil y trajes de mujer o poco menos, llevándose desvergonzadamente a su casa a los miserables que tienen el descaro de seguirlas o seguirlos. Las casas de princesas pagan cuatro mil pesos por año a la ciudad, razón suficiente para que se opusiera el señor arzobispo a la supresión de ese otro tráfico humano, reclamada por un abogado criollo, reformista indignado, que fue a parar con su indignación y sus reformas al presidio de Marianas. Pero este negocio es de miserable rédito; y no es imposible que Morriones haya entregado el pico y demás enseres de las princesas a los frailes, buenos para el caso».

De ser esto cierto –y los 4.000 pesos no suenan a moneda falsa– significa que estos prostitutos chinos se movían por Manila cuando Rizal era un estudiante de dieciséis años. Siendo como son los adolescentes de una gran ciudad, no parece probable que sus compañeros de clase desconocieran el tráfico. La investigación de los archivos municipales de Manila, si siguen existiendo para ese periodo, parece merecida.

[17] J. Rizal, *El Filibusterismo* (1990), cit., p. 173. Cursiva en el texto original.

[18] No me cabe duda de que parte de la explicación radica en el impacto del colonialismo estadounidense y en el aparato educativo que instaló. A los profesores laicos importados, y a los (posteriores) curas católicos procedentes de lugares como Boston y Baltimore, la cultura literaria clásica les era completamente ajena. Pero los jóvenes de la generación de Rizal educados por los jesuitas españoles aprendían con fluidez el latín clásico. La lista realizada por De Ocampo lo demuestra con mucha claridad. Encontramos en la biblioteca de Calamba a César, Cicerón, Horacio, Livio, Lucrecio, Ovidio, Plauto, Tácito y Tucídides. (En su correspondencia, Rizal también habla de Esquilo, Plutarco, Sófocles y Jenofonte, aunque sospecho que todos ellos traducidos). La poesía clásica pagana en latín estaba en especial cargada de descripciones o referencias a relaciones amorosas entre varones, tanto divinos como humanos. Horacio escribió con humor, y Virgilio con delicadeza, sobre los chicos a los que habían amado. Rizal no menciona a

Platón, pero es difícil pensar que no hubiera leído el *Simposium*. Incluso aunque los frailes censurasen, o intentasen censurar, lo que leían los jóvenes filipinos, no había modo de impedirles ver con la imaginación una cultura enormemente civilizada en la que el cristianismo, con sus peculiares obsesiones sexuales, estaba completamente ausente. La llegada de los estadounidenses cerró las puertas a este mágico mundo antiguo. (Después de Rizal, ningún escritor filipino bromearía sobre Diana de Éfeso con sus «numerosos senos»). He aquí un fragmento tristemente olvidado del daño que los ignorantes norteamericanos infligieron a las generaciones posteriores a la de Rizal.

[19] Mi artículo «Forms of Consciousness in *Noli me tangere*», *Philippine Studies* 51/4 (2003), pp. 505-529, un estudio estadístico del vocabulario de la novela, sugiere con firmeza que Rizal se dirigía en parte a un público europeo en general. La prueba más contundente es el fuerte uso por parte del narrador de palabras cotidianas en tagalo, acompañadas de paráfrasis en español, algo que no podía estar pensado para los lectores hablantes de tagalo, o incluso para los españoles residentes desde hacía tiempo en la colonia, sino para los europeos que no sabían mucho sobre Filipinas. Las palabras tagalas debieron de insertarse en parte para garantizar a dichos lectores que, a pesar del nombre español, el autor era un informador verdaderamente nativo.

[20] *À rebours* de Huysmans la publicó la editorial Prometeo de Valencia con el título de *Al revés* (s. f.).

[21] *À rebours* fue publicada originalmente en París por Charpentier en mayo de 1884. Véase la introducción de Robert Baldick a su traducción de la obra con el título de *Against Nature,* Londres, Penguin Classics, 1959. La primera versión en inglés, creo, se tituló *Against the Grain,* Nueva York, Liebre and Lewis, 1922. Esta versión fue censurada por sus pasajes eróticos, y contiene una introducción untuosa y falsaria nada menos que del pseudosexólogo radical Havelock Ellis, que también equivocó en cinco años la fecha de publicación del original. Las posteriores ediciones restauraron las partes censuradas.

[22] J.-K. Huysmans, *À rebours,* París, Fascquelles, s. f., pero hacia 1904, p. 244.

[23] *Ibid.,* p. 235.

[24] Véase G. Flaubert, *La tentation de Saint Antoine,* París, A. Quentin, 1885; el texto aparece en el vol. 5 de las *Oeuvres complètes* del autor. Entre los últimos tormentos de san Antonio se encuentra una visión de la orilla del Nilo en la que conversan dos seres míticos, la Quimera y la Esfinge. Es curioso que Flaubert considerase masculina a la Esfinge. ¿Se debió a que la palabra en francés es gramaticalmente masculina? La frase citada la pronuncia la Quimera en la p. 254.

[25] Rizal asistió a una representación de *Hamlet* en Madrid el 26 de abril de 1884. Entrada correspondiente a esa fecha en su *Diario en Madrid, 1 enero á 30 junio 1884,* en *Diarios y memorias. Escritos de José Rizal,* t. i, Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961, p. 127.

[26] J. Rizal, *El Filibusterismo,* cit., p. 135. ¿O era Mr. Leeds admirador de Flaubert?

[27] *À rebours,* cit., pp. 103-106, parte del cap. 6, completamente censurado en la edición neoyorquina prologada por Havelock Ellis en 1922.

[28] J. Rizal, *El Filibusterismo,* cit., p. 46.

[29] *Ibid.,* caps. 30, 33 y 35.

[30] J. K. Huyssmans, *À rebours,* cit., pp. 146-148; el pasaje citado se encuentra en la p. 147.

[31] Normalmente se asocia la huida de Rimbaud de Europa con los diez años que pasó principalmente como agente empresarial en Aden, y más tarde como traficante de armas para Menelik en Harar. Pero su primer viaje real fuera de Europa se produjo en 1876, cuando viajó a las Indias Holandesas como mercenario del ejército colonial holandés. Ciertamente sabía que tres años antes el régimen colonial había empezado lo que al final resultaría una brutal campaña de treinta años para conquistar a los pobladores de Acheh. Llegando a Batavia desde Aden el 20 de julio, pasó allí dos semanas en un campamento de instrucción antes de ser enviado a Java central. Quince días después desertó y consiguió eludir a las autoridades el tiempo suficiente para alcanzar una especie de pacto con el capitán escocés de un buque escaso de tripulación que transportaba azúcar a Europa. Disfrazado de marinero, «Mr. Holmes», soportó un agotador viaje de noventa días hasta Cork, a través del Cabo de Buena Esperanza, antes de regresar a Francia a comienzos de diciembre. Los cuarteles de Tuntang en los que sirvió durante esa quincena –en las frías montañas situadas tras el puerto de Semarang– todavía existen plácidamente. Volvió a Aden en junio de 1879. (Mi agradecimiento a Joss Wibisono por esta información, y las referencias posteriores). Es agradable imaginar a un Rizal de veinte años saludando al Rimbaud de veintiocho años desde la cubierta del *D'jemnah* a comienzos del verano de 1882, mientras el buque zarpaba de Aden para dirigirse al Mar Rojo rumbo a Europa. Véase G. Robb, *Rimbaud,* Londres, Picador, 2000, cap. 25; W. Fowlie, *Rimbaud: A Critical Study,*

Chicago, University of Chicago Press, 1965, pp. 51 y ss.

[32] Por cierto, en aquellos días París –como Londres, Berlín y Barcelona– ya tenía su mundo clandestino organizado de bares y áreas de paseo homosexuales, tanto femeninos como masculinos, que un Huysmans turista visitó en varias ocasiones con su amigo homosexual, el escritor Jean Lorrain. Véase E. Hanson, *Decadence and Catholicism,* Cambridge (Massachussets), Harvard University Press, 1997, cap. 2 «Huysmans Hystérique», en especial la p. 149.

[33] El propio Huysmans recordaba en el prefacio de 1903 que el libro «tombait ainsi qu'un aérolite dans le champ de foire litéraire et ce fut une stupeur et une colère» [«cayó como un meteorito en el campo literario de la literatura; provocó tanto estupefacción como furia»]. Su divertida descripción de las distintas hostilidades contradictorias que había suscitado puede encontrarse en las pp. 25-26.

[34] La fluidez de Rizal en francés todavía no se ha estudiado seriamente. En su *Diario de viaje. De Calamba à Barcelona* (1882), entrada correspondiente al 12 de mayo, señala en el barco que estaba leyendo *Carlos el Temerario (Quentin Durward)* de Walter Scott en una traducción al francés. El vocabulario de Scott es rico y complejo, de modo que para leerlo en francés habría necesitado una verdadera habilidad en la lectura, aunque no hablase o escribiese necesariamente la lengua. Véase J. Rizal, *Diarios y memorias,* citado en la n. 25, p. 47. Pero ocho años después, en una carta escrita desde Bruselas a su querido amigo el etnólogo austriaco Ferdinand Blumentritt, fechada el 28 de junio de 1890, escribió que estaba estudiando francés con tesón con el mejor profesor de la zona. Véanse *Cartas entre Rizal y el Profesor Fernando Blumentritt, 1890-1896*, en *Correspondencia epistolar,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961, t. ii, lib. 2, parte 3, pp. 668-671. ¿Estaba sólo estudiando conversación y redacción?

[35] L. M.ª Guerrero, *The First Filipino, a biography of José Rizal,* Manila, National Historical Institute, 1987, p. 121. El libro sólo dedica dos páginas a la estancia de Rizal en París. Una de las razones tal vez sea la notable escasez de cartas de Rizal a cualquiera, incluida su familia, durante esos siete meses.

[36] Véase M. Viola, *Mis viajes con el Dr. Rizal,* en J. Rizal, *Diarios y memorias,* cit., p. 316.

[37] Carta contenida en *Cartas entre Rizal y el Profesor Fernando Blumentritt, 1890-1896,* cit., p. 677.

[38] *Ibid.,* t. ii, lib. 2, parte 2, p. 409.

[39] Como descubriremos, entre 1889 y 1891 la familia de Rizal se arruinó debido a una alianza del régimen colonial con los dominicos. Su padre, su hermano mayor Paciano, dos hermanas y dos cuñados se exiliaron a partes remotas del archipiélago.

[40] P. Vincent, «Multatuli en Rizal Nader Bekeken» (Nuevas reflexiones acerca de Multatuli y José Rizal), *Over Multatuli* 5 (1980), pp. 58-67.

[41] Una biografía sagaz, inteligente y comprensiva de Sue es la escrita por J.-L. Bory, *Eugène Sue, le roi du roman populaire,* París, Hachette, 1962. Una buena edición reciente de esta novela de aproximadamente 1.300 páginas es la publicada en 1989 por Éditions Robert Laffont de París.

[42] Véase C. Bernheimer, *Figures of Ill Repute: Representing Prostitution in Nineteenth Century France,* Cambridge (Massachussets) Harvard University Press, 1989, p. 47; y P. Tortonese, «La Morale e la favola: Lettura dei *Misteri di Parigi* como prototipo del *roman-feuilleton*» [«La moralidad y el relato: interpretación de *Los misterios de París* como prototipo de la *roman-feuilleton*»], mimeografía sin fechar. (Agradezco a Franco Moretti que me diera una copia de este texto.) El editor pionero fue Émile de Girardin, que en 1836 empezó a publicar por fascículos *La vieille fille* de Balzac en su periódico *La Presse.*

[43] El texto del que yo dispongo es una traducción al inglés en tres volúmenes, con más de 1.500 páginas, publicada en 1889 en Londres y Nueva York por George Routledge and Sons. Esta edición tiene unas maravillosas ilustraciones propias del siglo xix. Entre los agentes del jesuita se encuentran un sombrío empresario colonial holandés y un *thug* huido de India. (El gobernador general de la Compañía de las Indias Orientales, William Bentinck, había lanzado en 1831, poco más de una década antes de que empezasen a publicarse los fascículos de *Le Juif errant,* una campaña de exterminio contra los thugs, una secta de ladrones y asesinos profesionales que por lo general mataban a sus víctimas mediante estrangulamiento.)

Rizal nos cuenta que compró una traducción al español de esta inmensa obra por 10 pesetas, y que pagó otras 2,50 por obras de Dumas y Horacio. Véase la entrada correspondiente al 6 de enero de 1884, en su *Diario de Madrid,* incluido en *Diarios y memorias,* p. 114. El 25 de enero registró que acababa de terminar el libro, ofreciendo este conciso comentario: «Esta novela es una de las que me han parecido mejor urdidas, hijas únicas del talento y de la meditación. No habla al corazón como el dulce lenguaje de LAMARTINE. Se impone, domina, confunde, subyuga, pero no hacer llorar. Yo no sé si es porque estoy endurecido». *Ibid.,* p. 118.

[44] *Ibid.,* p. 13.

[45] A lo largo de 1884-1885, Leopoldo Alas «Clarín» –nueve años mayor que Rizal– publicó su novela más importante, *La Regenta,* un estudio fuertemente anticlerical y penetrante sobre la vida social en una ciudad catedralicia española de provincias. Provocó aullidos de furia entre los círculos clericales y bienpensantes. Rizal estudió en Madrid hasta finales del verano de 1885, cuando partió hacia Francia y Alemania, por lo que ciertamente debió de conocer la novela, aunque no tuviera tiempo de leerla. Pero nunca la menciona en sus escritos. Como ocurre con Galdós, el silencio tal vez fuese deliberado; pero *La Regenta* tampoco está en la biblioteca de Pardo de Tavera, un indicativo tal vez más revelador.

[46] J. Rizal, *Noli me tangere,* cit., p. 350.

[47] En una carta a su íntimo amigo Mariano Ponce, escrita en Londres el 16 de junio de 1888, Rizal describía a Larra como «el mejor prosista español de este siglo». En una carta anterior, enviada desde San Francisco el 30 de abril, le había pedido a Ponce que le comprara las obras completas de Larra y se las enviara por correo a Londres, pero sólo había recibido un ejemplar de obras escogidas. En la carta del 16 de junio, Rizal decía: «Como tengo la costumbre de preferir las obras completas á las escogidas, tratándose de los grandes autores, le suplicaría me remitiese las Obras Completas […] Conservaré sin embargo ésta con mucho gusto para ir haciendo comparaciones entre las diversas ediciones. Mi razón […] es porque creo que en los grandes hombres todo es digno de estudio, y que es muy difícil decir en absoluto cuáles sean las mejores ó las peores». *Epistolario Rizalino,* vol. 2, 1887-1890, Manila, Bureau of Printing, 1931, pp. 7-8, 12-14.

[48] Quizá éste sea el momento adecuado para sacar a colación algo que Rizal escribió a Blumentritt en una carta fechada en Londres el 8 de noviembre de 1888. Le decía a su amigo que el problema de Filipinas no era realmente la falta de libros. De hecho los libreros hacían buen negocio. En la propia Calamba, un pueblo de entre cinco mil y seis mil habitantes, había seis bibliotecas pequeñas, y su propia colección familiar contenía más de mil volúmenes. «Doch die meisten Bücher die sie verkaufen, sind religiös und narcotisch. Viele haben kleine Biblioteken, zwar nicht grosse, denn die Bücher sind sehr theuer, man liesst Cantú, Laurent, Dumas, Sue, Victor Hugo, Escrich, Schiller und ander mehr» [«Pero la mayoría de los libros que venden son religiosos y narcóticos. Muchos tienen pequeñas bibliotecas, no grandes, ya que los libros son muy caros. La gente lee a Cantú (entonces un famoso escritor de historia mundial italiano), Laurent (quizá el gran químico francés Auguste Laurent), Dumas, Sue, Victor Hugo, (el especialista jurídico) Escriche, Schiller y otros muchos»]. Véase *Cartas entre Rizal y el profesor Fernando Blumentritt, 1888-1890,* en J. Rizal, *Correspondencia epistolar,* cit., t. ii, lib. 2, parte 2, pp. 374-380.

También podría plantearse otro argumento internacional. Quienes reunieron la biblioteca familiar de 1.000 libros fueron obviamente los padres de Rizal. Podemos hacernos una idea de su amplia cultura a partir de las cuatro cartas enviadas por Rizal a casa entre el 21 de junio y el 2 de agosto de 1883, durante su primer viaje a París. Describe la visita a Nôtre-Dame, y que le recordó la novela del mismo nombre escrita por Victor Hugo. Adora los Tizianos, los Rafaeles y los da Vincis del Palacio de Luxemburgo. Peregrina a las sepulturas de Rousseau y Voltarie en el Panteón. Vaga por el Louvre, señalando de pasada que fue quemado en parte por la Commune en 1871, y admira los Tizianos, los Correggios, los Ruisdaels, los Rubens, los Murillos, los Velázquez, los Riveras, los Van Dykes, los Rafaeles y los da Vincis, así como la Venus de Milo. Incluso va al Musée de Grevin para ver las figuras de cera de Hugo, «Alfonso» Daudet, «Emilio» Zola, Arabi (Pachá), Bismarck, Garibaldi, y los zares Alejandro ii y iii. Lo llamativo es que no explica ninguno de estos nombres, y obviamente no siente necesidad de hacerlo. Sus padres ya los conocen perfectamente. Véanse *Cartas a sus padres y hermanos,* en el t. I de *Escritos de José Rizal,* citado en la n. 25, pp. 90-106.

III. A la sombra mundial de Bismarck y Nobel

Cuando se publicó *El Filibusterismo* (1891), Rizal llevaba en Europa casi diez años, y había aprendido las dos lenguas principales del subcontinente –el alemán y el francés– además de algo de inglés. También había vivido extensos periodos en París, Berlín y Londres. Dio a su segunda gran novela el subtítulo de *novela filipina* con buena razón política, como veremos. Pero, vista desde otro ángulo, la *filipina* es *Noli me tangere,* mientras que *El Filibusterismo* bien podría considerase una *novela mundial*. La primera no tiene personajes que no sean colonizadores o colonizados; pero en la segunda ya hemos señalado la aparición de una compañía teatral francesa en Manila, así como la de Mr. Leeds, el *verdadero yanqui,* de quien se dice que habla español con fluidez por su larga residencia en Suramérica. Un personaje clave es el «chino» Quiroga, enormemente rico, que planea establecer un consulado local para su *nación*. Además, el libro está plagado de referencias pasajeras a Egipto, Polonia, Perú, Alemania, Rusia, Cuba, Persia, las Carolinas, Ceilán, las Molucas, Libia, Francia, China y Japón, así como a árabes y portugueses, Cantón y Constantinopla.

Pero, comparada con *Noli me tangere,* que ha sido traducida a muchos idiomas y es ampliamente conocida y querida en Filipinas, *El Filibusterismo* ha pasado prácticamente desapercibida. En cierta medida, su olvido es fácil de entender. La novela no tiene un verdadero protagonista, mientras que *Noli me tangere* tiene al menos uno, y quizá tres. Las mujeres no desempeñan ninguna función central, y apenas están esbozadas como personajes, mientras que tres de las figuras más convincentemente imaginadas de *Noli me tangere* pertenecen a lo que Rizal llamaba el «bello sexo». La trama y las subtramas de *El Filibusterismo* son relatos de fracaso, derrota y muerte. El tono moral es más oscuro, la política un elemento más central, y el estilo más sardónico. Se podría decir que si no la hubiera escrito el Padre de la Nación Filipina habría tenido pocos lectores en Filipinas, y no digamos en otras partes, hasta la actualidad. Pero es un libro asombroso en muchos aspectos. Para los intelectuales y los estudiosos filipinos constituye un galimatías, en buena parte porque los inquieta su aparente falta de correspondencia con lo que se sabe de la sociedad colonial filipina en la década de 1880. Surge, por lo tanto, la tentación de analizarla «moralmente», en función de la ambivalencia de su autor hacia la revolución anticolonial y hacia la violencia política en la vida real (algo que se tocará más adelante). Pero al menos parte de estas dificultades pueden reducirse si lo consideramos un texto planetario en igual medida que local.

Para crear dicha perspectiva de múltiples centros, la técnica narrativa debe inevitablemente ser la del *montaje*. El analista debe empezar por la experiencia política del joven Rizal antes de partir hacia Europa en 1882. ¿Después? Tres «mundos» entrecruzados. El primero, sólo en tiempo, es el sistema-mundo interestatal de 1860-1890, dominado por Bismarck. Las aplastantes victorias militares prusianas sobre Austria-Hungría en Königgrätz en 1866, y sobre Francia en Sedan en 1870, no sólo convirtieron a Prusia en el señor de la Europa continental y crearon el imperio alemán, sino que pusieron fin a la monarquía en Francia, destruyeron el poder temporal del papado, y convirtieron a su país en una potencia imperial tardía en África, Asia y Oceanía. *Noli me tangere* se publicó en Berlín sólo tres años antes de que el árbitro mundial perdiera por fin el poder. Pero al mismo tiempo, en la periferia, el Japón

posterior a Tokugawa y el Estados Unidos posterior a la Guerra Civil se preparaban para derrocar, desde distintas direcciones, la hegemonía mundial de Europa.



Tres Mundos 1: el Mediterráneo.

El segundo mundo era la izquierda planetaria. Gracias en parte a Bismarck, 1871 contempló algo que nunca volvió a ocurrir: la caída de la (entonces) simbólica «capital de la civilización mundial» en manos de su plebe. La Comuna de París envió reverberaciones a todo el planeta. La salvaje represión por parte de un gobierno francés que temía mucho más a los *communards* que a Bismarck, seguida por la muerte de Marx, abrió el camino al ascenso del anarquismo internacional, que hasta finales del siglo constituyó el principal vehículo de oposición mundial al capitalismo industrial, la autocracia, el latifundismo y el imperialismo. A este ascenso, el empresario y científico sueco Alfred Nobel hizo sin desearlo una contribución fundamental, inventando la primera arma de destrucción masiva fácilmente disponible para los miembros enérgicos de las clases oprimidas en casi todo el mundo.

El tercero fue el mundo más reducido del decadente y residual imperio español en el que Rizal nació. La metrópoli en sí estaba destruida por la guerra civil dinástica, la feroz competencia étnica y regional, los conflictos de clase y las luchas ideológicas de muchos tipos. En las lejanas colonias, desde el Caribe hasta el norte de África y la fosa del Pacífico, los movimientos anticoloniales, liderados por el cubano, aumentaban constantemente de vehemencia y en apoyo social, al tiempo que empezaban a establecer contactos serios entre sí.

A medida que el capítulo avance hacia el análisis político final de *El Filibusterismo,* la intercalación de estos mundos se volverá más intrincada, y exigirá un traspaso continuo entre España, Francia, Italia, Rusia, el Caribe, Estados Unidos y Filipinas, aunque esto ponga a prueba la paciencia del lector.

El traslado a Europa

En 1833 se produjo en España una grave crisis dinástica que dio lugar a dos guerras civiles sucesivas y acució al país hasta el final del siglo. Ese año, el enormemente reaccionario Fernando vii, encarcelado y depuesto por Napoleón pero restaurado por la Santa Alianza después de 1815, murió dejando la corona a su hija única de tres años, la infanta Isabel; la madre napolitana de ésta se convirtió en regente. Sin embargo Carlos, hermano menor de Fernando, repudió la sucesión, afirmando que la abolición pública en 1830 de la ley sálica que prohibía a las mujeres convertirse en soberanas era una manipulación diseñada para privarlo de su herencia. Organizando un ejército en el norte ultraconservador (Navarra, Aragón y el País Vasco), comenzó una guerra que duró el resto de la década y acabó en una tregua incómoda. La regente y su círculo acudieron, por razones tanto económicas como políticas, a los liberales en busca de ayuda, y en una medida de grandes consecuencias, como veremos, expropió los bienes de todas las órdenes poderosas. A los dieciséis años, Isabel se casó con el «afeminado» duque de Cádiz, y pronto se acostumbró a buscar el placer en otra parte. Al alcanzar la mayoría de edad, se apartó de las políticas de su madre, cayó bajo la influencia de clérigos conservadores intransigentes y presidió un régimen cada vez más corrupto y ruinoso.

En los meses anteriores a su caída, que tuvo lugar en septiembre de 1868, la reina ordenó la deportación de una serie de enemigos republicanos a Filipinas, donde los encarcelaron en la isla fortificada de Corregidor, en la Bahía de Manila. En la euforia posterior a su abdicación y huida a Francia, algunos criollos y mestizos manileños adinerados y de tendencia liberal, como Joaquín Pardo de Tavera, Antonio María Regidor y José María Basa –este último se convertiría en buen amigo de Rizal– organizaron una suscripción pública a favor de los desgraciados presos[1]. En junio de 1869, el rico general andaluz Carlos María de la Torre, de tendencia liberal, se convirtió en el nuevo gobernador general, y horrorizó a buena parte de la elite colonial peninsular invitando a criollos y mestizos a su palacio para beber por la «libertad», y paseando por las calles de Manila con ropas de diario. Enseguida procedió a abolir la censura de prensa, fomentó la libertad de expresión y de reunión, abandonó los latigazos como castigo en el ejército, y puso fin a una revuelta agraria en Cavite, la provincia vecina a Manila, perdonando a los rebeldes y organizándolos en una fuerza policial especial[2]. Al año siguiente, el ministro liberal de Ultramar, Segismundo Moret, emitió decretos que ponían a la antigua Universidad Dominica de Santo Tomás bajo control estatal y animaban a los propios frailes a secularizarse, asegurándoles que, si querían hacerlo, seguirían controlando sus parroquias en contra de sus superiores religiosos[3]. La misma euforia provocó lo que se convirtió en una insurrección de diez años (1868-1878) en Cuba bajo el capaz liderazgo del acaudalado terrateniente Carlos Manuel de Céspedes, que en algún momento llegó a controlar la mitad oriental de la rica colonia[4].

Pero en Madrid, con la decisión de instaurar a Amadeo de Saboya como nuevo soberano (impopular), los vientos políticos empezaban a cambiar[5]. En diciembre de 1870 fue asesinado el presidente, general Juan Prim y Prats, que había dirigido el ataque contra Isabel y después organizado en gran medida la subida de Amadeo. En consecuencia, en abril de 1871, De la Torre fue sustituido por el general conservador Rafael de Izquierdo, que hizo suspender los decretos de Moret y abolió la tradicional exención del trabajo de corvea para los trabajadores de los astilleros navales de Cavite.

El 20 de febrero de 1872 estalló allí un motín en el que murieron varios oficiales españoles. Fue rápidamente reprimido, pero a continuación Izquierdo detuvo a cientos de criollos y mestizos: sacerdotes secularizados, comerciantes, abogados e incluso miembros de la administración colonial[6]. La mayoría de ellos, como Basa, Regidor y Pardo, acabaron siendo deportados a las Marianas y más lejos. Pero el régimen, instigado por frailes conservadores, decidió dar un terrible ejemplo público con tres párrocos secularizados. Tras un breve juicio irregular, los criollos José Burgos y Jacinto Zamora y el anciano mestizo chino Mariano Gómez fueron ajusticiados mediante garrote vil en presencia, se dice, de cuarenta mil personas. Paciano, el querido hermano de Rizal, de diez años, que vivía en la casa de Burgos, se vio obligado a ocultarse y a renunciar a proseguir su educación formal[7].

Seis meses después, el 2 de septiembre, casi 1.200 trabajadores de los astilleros y el arsenal de Cavite declaraban la primera huelga registrada de la historia filipina. Numerosas personas fueron detenidas e interrogadas, pero el régimen no consiguió encontrar un cerebro al que detener y al final los liberaron a todos. William Henry Scott cita las reflexiones de Izquierdo acerca de esta desagradable sorpresa. Dado que «más de mil hombres no pudieron compartir exactamente las mismas ideas sin unos cabecillas maquiavélicos», el general concluía que «la Internacional ha extendido las negras alas para proyectar su nefasta sombra sobre estas lejanas tierras». Por improbable que esto parezca, el hecho es que la Internacional acababa de ser prohibida por las Cortes en noviembre de 1871, y la sección bakuninista de Madrid había hecho una mención especial en el primer número (15 de enero de 1870) de su órgano oficial, dedicado al levantamiento de los trabajadores del mundo, a «la Oceanía Virgen y a quienes habitáis las ricas y extensas regiones de Asia»[8].

Muchos años después, Rizal escribió: «Sin 1872, Rizal sería ahora jesuita y en vez de escribir *Noli me tangere,* habría escrito lo contrario»[9]. Con Paciano en la lista negra, el primer apellido de Rizal, Mercado, le habría cerrado al pequeño José cualquier oportunidad de recibir una buena educación; por lo tanto, lo inscribieron en el Ateneo con el segundo apellido, Rizal. En 1891, dedicó *El Filibusterismo* a los tres sacerdotes martirizados. Cuando su amigo austriaco, el etnólogo Ferdinand Blumentritt, le preguntó el significado de la extraña palabra *filibustero,* respondió:

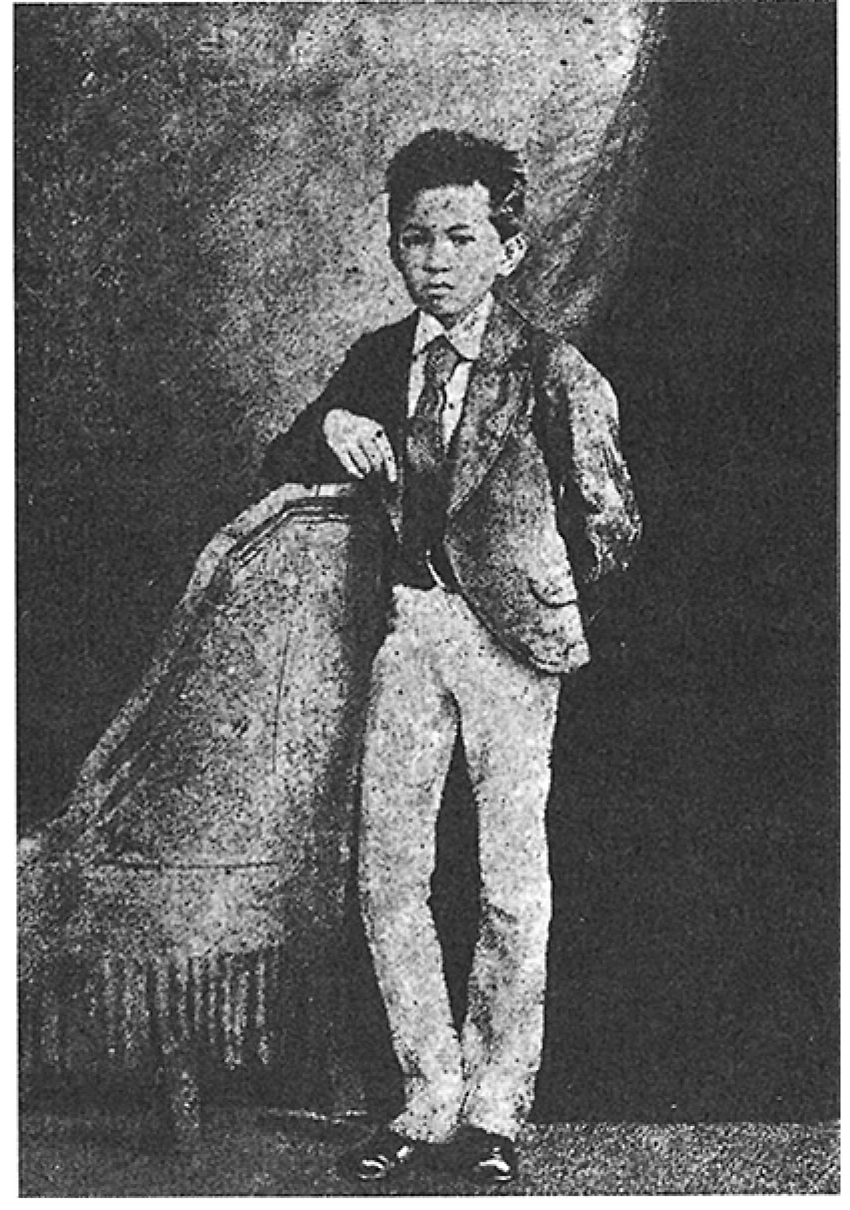
> Das Wort Filibustero ist noch auf den Philippinen sehr wenig bekannt worden; die niedrige Bevölkerung kennt es noch nicht. Als ich dieser Wort vom ersten Mal hörte, was es in 1872, wann die Hinrichtungen stattgefunden haben. Ich erinnere mich noch das Erschrecken welches dieser Wort weckte. Unser Vater hat uns verboten dieses Wort auszusprechen […] [Significa] ein gefährlicher Patriote, welches in junger Zeit augehängt wird, oder ein eingebildeter Mensch! [La palabra *filibustero* sigue siendo muy poco conocida en Filipinas; la gente común aún la desconoce. La primera vez que la oí fue en 1872 (el autor tenía entonces once años), cuando se produjeron las ejecuciones. Todavía recuerdo el terror que suscitó. Nuestro padre nos prohibió volver a pronunciarla […] (Significa) un patriota peligroso a punto de ser ahorcado, o un tipo presuntuoso][10].

Resulta que la palabra se acuñó políticamente en torno a 1850 en una sorprendente costa del Caribe de Céspedes, y desde allí viajó, a través de Cuba y España, por todo el océano Índico hasta Manila[11].

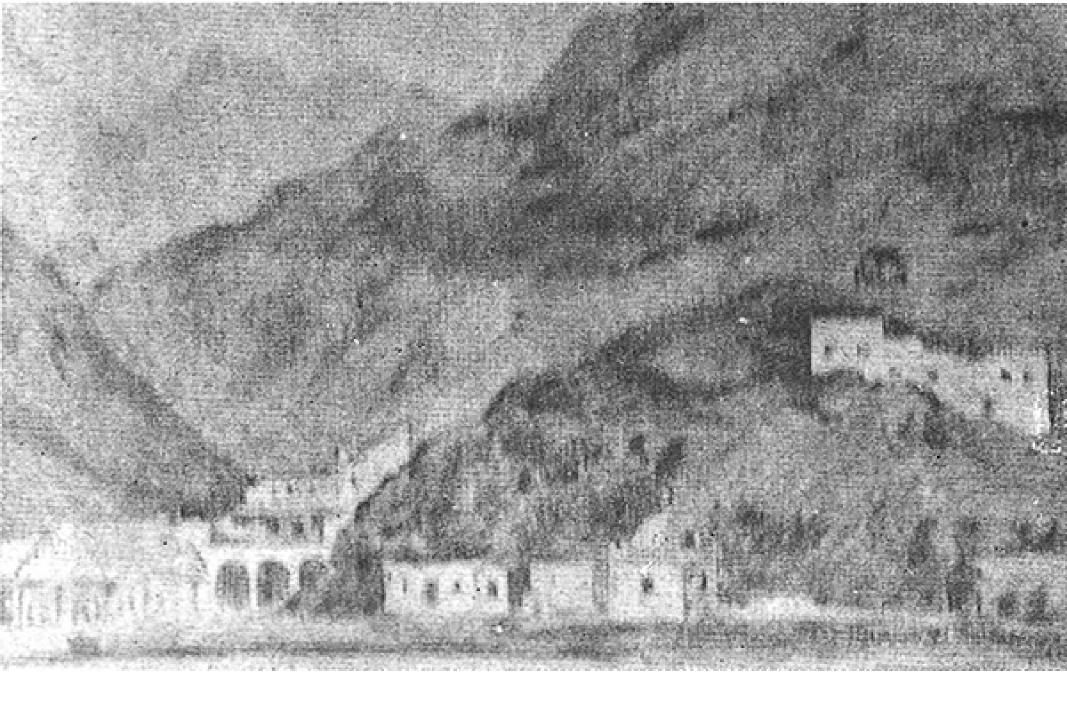
A finales de la primavera de 1882, con veinte años, Rizal dejó su país para estudiar en

España, ocultando estos planes a sus padres, pero apoyado por su adorado hermano Paciano y un tío comprensivo. ¿Cómo fue posible? Los Mercado eran una familia cultivada, que hablaba español y tagalo, de ascendencia mestiza «malaya», española y china. Era la familia más próspera de Calamba (hoy a una hora de Manila en coche, hacia el sur), pero su riqueza era frágil, ya que no tenía mucha tierra, sino que alquilaba sustanciales lotes a la enorme hacienda dominica local. En 1882, los precios mundiales del azúcar aún eran elevados, pero se desplomarían en la depresión que duró de 1883 a 1886. La familia siempre envió a José todo el dinero que pudo, pero nunca fue suficiente y al joven le resultaba por lo general difícil mantenerse.

En todo caso, a comienzos de junio, Rizal desembarcaba del buque de lujo holandés *D'jemnah* en Marsella, desde donde se dirigió a Barcelona y después a Madrid para matricularse como alumno en la Universidad Central[12]. El primer choque desagradable y deprimente fue, como escribió a su familia:



José Rizal de niño.



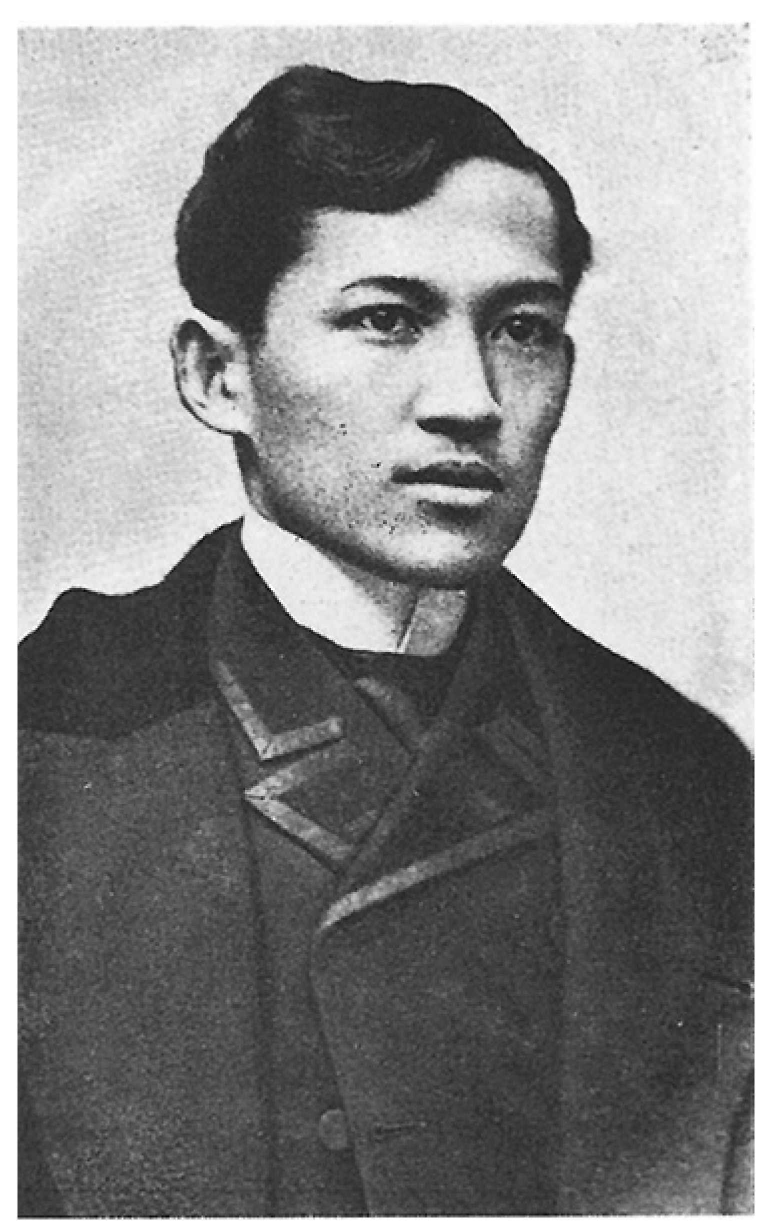
Esbozo del puerto de Aden, de José Rizal.

> Yo me paseaba por aquellas calles anchas y limpias adoquinadas como en Manila, llenas de gente, llamando la atención de todo el mundo, quienes me llamaban chino, japonés, americano, etcétera: ninguno filipino. ¡Pobre país! ¡Nadie tiene noticia de ti![13].

En Madrid, sus compañeros le preguntarían si Filipinas pertenecía a Reino Unido o a España, y a otro filipino, si estaba muy lejos de Manila[14]. Pero pronto la abrumadora ignorancia y la indiferencia española hacia su país tendría consecuencias útiles. En la colonia –aunque el Estado español nunca llamase ni a Filipinas ni a Cuba colonia, y no tuviese ministerio colonial– la jerarquía racial, inserta en las leyes, el establecimiento de los impuestos y los códigos suntuarios, era de importancia abrumadora para todos. Peninsulares, criollos, españoles y mestizos chinos, «chinos» e *indios* eran estratos sociales escritos en cursiva. En Filipinas, la palabra *filipino* sólo hacía referencia a los criollos. En España, sin embargo, Rizal y sus compañeros pronto descubrieron que estas distinciones eran desconocidas o se consideraban carentes de importancia[15]. No importa cuál fuese la posición social en su lugar de origen, en la Península todos eran *filipinos,* al igual que en Madrid a finales del siglo XVIII todos los hispanoamericanos eran *americanos,* sin importar que procediesen de Lima o Cartagena, o que fuesen criollos o mestizos[16]. (El mismo proceso se ha producido en las actuales categorías estadounidenses de «asiáticos» y «asio-estadounidenses».) El 13 de abril de 1887, Rizal escribía a Blumentritt lo siguiente:

> Wir müssen alle der Politik etwas opfern, wenn auch wir keine Lust daran haben. Dies verstehen meine Freunde welche in Madrid unsere Zeitung herausgeben; diese Freunde sind

alle Jünglingen, creolen, mestizen und malaien, wir nennen uns nur Philippiner [Todos tenemos que hacer sacrificios por razones políticas, aun cuando no tengamos inclinación a hacerlo. Esto lo entienden mis amigos, que publican nuestro periódico en Madrid; estos amigos son todos jóvenes, criollos, mestizos y malayos, (pero) todos nos llamamos simplemente filipinos][17].



José Rizal durante sus años de estudiante en la Universidad Central de Madrid.

Lo que «son» (colonialmente) contrasta con lo que se «llaman a sí mismos» (públicamente) en la metrópoli. Pero hay de hecho otra elisión, dado que muchos eran

mestizos de origen chino, no español. (De hecho, en Filipinas, los mestizos chinos superaban con creces a los mestizos españoles)[18]. El *esfuerzo* político que esto suponía probablemente explica por qué su periódico se llamaba con esperanza –y sin relación con la Internacional– *La Solidaridad*. Así se puede sugerir que el nacionalismo filipino tuvo sus orígenes localizados en la España urbana, no en Filipinas.

Durante cuatro años, Rizal estudió con ahínco en la Universidad Central de Madrid. En el verano de 1885 se había doctorado en filosofía y letras, y habría hecho lo mismo en Medicina si no se hubiera quedado sin dinero. Tras la ejecución de Rizal a finales de 1896, Miguel de Unamuno, que aunque tres años menor que el filipino entró en la facultad de Filosofía y Letras tres años antes que él, y se graduó en 1884, afirmó, quizá verazmente, que lo había visto por allí en sus años de estudiante[19]. Pero a efectos de esta investigación, el suceso más significativo ocurrió al comienzo del último año de Rizal (1884-1885) cuando Miguel Morayta, su profesor de Historia y gran maestre de la masonería española, pronunció un discurso inaugural que contenía un abrasador ataque contra el oscurantismo clerical y una audaz defensa de la libertad académica[20]. El erudito fue rápidamente excomulgado por el obispo de Ávila y otros mitrados por herejía y por mancillar la tradición y la cultura españolas. Los estudiantes comenzaron una huelga de dos meses a favor de Morayta, y fueron rápidamente apoyados por otros estudiantes de las grandes universidades de Granada, Valencia, Oviedo, Sevilla, Valladolid, Zaragoza y Barcelona[21]. El gobierno envió entonces a la policía, que detuvo o apaleó a muchos estudiantes. Rizal recordaba después que había escapado de la detención escondiéndose en la casa de Morayta y adoptando tres disfraces diferentes[22]. Como veremos más adelante, esta experiencia, transformada, se convertiría en un episodio clave de la trama de *El Filibusterismo*.

Sólo hay otro acontecimiento de los años estudiantiles digno de mención: las primeras vacaciones de Rizal en París en la primavera de 1883. Ya hemos visto en detalle las entusiastas cartas que escribió a su familia desde la capital francesa. No hay nada remotamente comparable respecto a Madrid. París fue el primer espacio político y geográfico que le permitió ver a la España imperial como un país profundamente atrasado: desde el punto de vista económico, científico, industrial, educativo, cultural y político[23]. Ésta es una de las razones por las que sus novelas resultan únicas entre los relatos anticoloniales escritos bajo el colonialismo. Estaba en posición de ridiculizar a los colonialistas en lugar de sólo denunciarlos. Cuando leyó el *Max Havelaar* de Eduard Douwes Dekker ya había publicado *Noli me tangere,* pero se comprende enseguida por qué le gustaba tanto el arrasador estilo satírico del holandés.

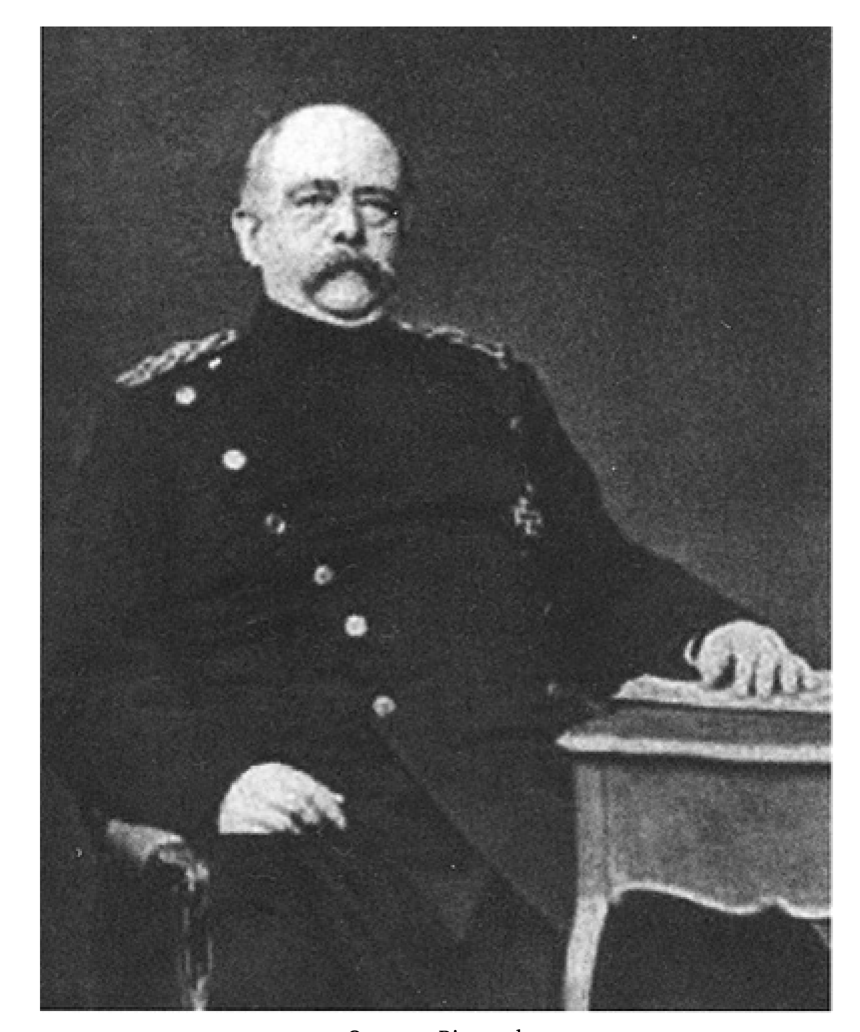
Cuando le llegó el momento de graduarse ya se había hartado de la metrópoli; pasó la mayor parte de los siguientes seis años en el norte «avanzado» de Europa. En eso quizá se parezca a José Martí, ocho años mayor que él, que estudió en España a mediados de la década de 1870 y después la dejó para siempre, pasando buena parte del resto de su vida en Nueva York.

Bismarck y la nueva geografía del imperialismo

En este punto debemos abandonar temporalmente al joven rizal de veinticuatro años para contemplar esquemáticamente los tres mundos en los que lo encontramos situado en la década de 1880: tiempo en que se publicó *Noli me tangere* y preparó *El*

Filibusterismo.

Habiendo vencido a los ejércitos del Imperio austro-húngaro en Königgrätz en 1866, el Canciller de Hierro repitió este triunfo en 1870 en Sedan, donde Luis Napoleón y 100.000 soldados franceses se vieron obligados a rendirse. Esta victoria posibilitó la proclamación que él diseñó en enero de 1871 –en Versalles, no en Berlín– del nuevo imperio alemán y la anexión de Alsacia y Lorena. A partir de entonces y hasta la ruina de la Gran Guerra, la Alemania imperial fue la potencia dominante en el continente europeo. En la década de 1880, invirtiendo la política anterior, Bismarck empezó a interesarse por competir con Reino Unido y Francia en las aventuras extraeuropeas, principalmente en África, pero también en Extremo Oriente y en Oceanía. Es esto último lo que más directamente conecta con la trayectoria de Rizal.



Otto von Bismarck.

Una mirada a cualquier atlas explicará enseguida por qué. Situado aproximadamente a vuelo de pájaro entre Hawai y Filipinas se encuentra un triángulo de archipiélagos, con

las Marianas en el vértice norte y las Carolinas y las Marshall en los vértices suroccidental y suroriental. Las Marianas están a unas 1.400 millas al este de Manila, las Carolinas más occidentales a unas 600 millas al este de la isla filipina situada más al sur, Mindanao, y las Marshall otras 1.600 millas al este. Desde el comienzo de la época imperialista, cuando el papado declaró el Pacífico un *mare clausum* para los gobernantes del imperio español, hasta las guerras napoleónicas, estos archipiélagos se consideraron en general bajo soberanía feudal española. De hecho, a España le interesaban poco, excepto como estaciones de aprovisionamiento y lugares para exiliar a los agitadores políticos. En la medida en que eran administradas, la tarea se dejaba en manos del gobernador general de Filipinas. Pero en 1878, Alemania se tomó la libertad de establecer una estación de aprovisionamiento propia en las Marshall, siguiendo los pasos marítimos del comercio privado. En 1884, Berlín se anexionó el noreste de Nueva Guinea (unas 800 millas al sur de las Carolinas centrales), hasta entonces regida por una empresa privada. Al año siguiente pasó a reclamar las Carolinas, izando la bandera imperial en la isla de Yap. Temerosos del poder alemán, los españoles se apresuraron a aplastar la resistencia local para efectuar una apresurada ampliación de la «soberanía» de Madrid, y apelaron a la mediación papal. Roma confirmó esta soberanía, pero los alemanes obtuvieron privilegios comerciales y de abastecimiento, y mediante un acuerdo con Londres se hicieron con el control de las Marshall. Al año siguiente, Reino Unido y Alemania se repartieron las Solomon. En 1889, Samoa se convirtió en protectorado tripartito bajo control conjunto de estadounidenses, británicos y alemanes[24]. (Los ecos de toda esta barahúnda imperialista están claros en *El Filibusterismo,* donde el bienintencionado estudiante *indio* Isagani está dividido entre su simpatía por los isleños nativos oprimidos y su solidaridad con España contra los amenazadores alemanes.) Personalmente, Rizal no se hacía ilusiones respecto a la personalidad de Bismarck, pero le impresionaba enormemente Alemania, que con su sobriedad protestante, su orden y disciplina, su impresionante vida intelectual y su progreso industrial, ofrecía un saludable contraste con la Madre España. Ciertamente se alegraba de que su primera novela no se hubiera publicado en Madrid, sino en el *Hauptstadt* de Bismarck.

En Francia, el triunfo prusiano en Sedan fue seguido por un brutal asedio de París, desde la que el tambaleante gobierno de Luis Napoleón huyó a Burdeos y sólo reapareció en Versalles para firmar un humillante armisticio y, más tarde, tratado. En marzo de 1871, la Comuna se adueñó de la ciudad abandonada y la conservó dos meses. Después Versalles, que había capitulado ante Berlín, aprovechó el momento para atacar, y en una horrible semana ejecutó a unos 20.000 *communards* o sospechosos de simpatizar con ellos, un número superior a los muertos en la guerra reciente o durante el Terror de Robespierre en 1793-1794. Más de 7.500 fueron encarcelados o deportados a lugares distantes como Nueva Caledonia y Cayena. Varios miles más huyeron a Bélgica, Inglaterra, Italia, España y Estados Unidos. En 1872, se aprobaron leyes estrictas que descartaban todas las posibilidades de organización de la izquierda. Hasta 1880 no se declaró una amnistía general para los *communards* exiliados y encarcelados. Mientras tanto, la Tercera República se consideró suficientemente fuerte como para renovar y reforzar la expansión imperialista de Luis Napoleón en Indochina, África y Oceanía. Un buen número de intelectuales y artistas franceses había participado en la Comuna (Courbet fue su cuasiministro de cultura, Rimbaud y Pisarro fueron propagandistas activos) o simpatizó con ella[25]. La feroz represión de 1871 y posterior fue un factor

clave para que estos medios se alejasen de la Tercera República y fomentó su simpatía hacia las víctimas tanto en Francia como en el extranjero. Observaremos esta evolución en detalle más adelante.

Sedan también provocó la retirada de Roma de la guarnición francesa que había garantizado la decreciente soberanía territorial del papado, y su sustitución por las fuerzas del nuevo y cada vez más represivo e ineficaz Reino de Italia. El para entonces completamente reaccionario Pío ix, originalmente Giovanni Mastai-Ferretti, privado de todo poder temporal, se declaró encarcelado junto con su régimen, y contraatacó con un golpe político-espiritual, amenazando con excomulgar a cualquier católico que participase en las instituciones políticas del Reino. Esta actitud persistió hasta el feliz concordato con Mussolini a finales de la década de 1920. El mediocre imperialismo italiano empezó en África Oriental, mientras que la miseria rural del sur era tan grande que entre 1887 y 1900 medio millón de italianos abandonaba cada año el país. Rizal visitó Roma brevemente en 1887, pero no parece haberse fijado más que en las antigüedades.

A su vuelta a Europa en febrero de 1888 por el Pacífico, Rizal realizó una breve parada en el Japón de la época intermedia de los Meiji, le impresionaron su orden, energía y ambición, y le consternaron los *rickshaws*. Era gratificante, por supuesto, ver a un pueblo no europeo proteger su independencia y avanzar con rapidez hacia la modernidad. Aunque pasó un corto periodo en Hong Kong, la propia China parecía estar fuera de su mapa. Llegó a San Francisco en tiempos de elecciones, con la demagogia antiasiática en su momento culminante. Enfurecido por el hecho de que lo mantuvieran durante días a bordo del barco por razones de «cuarentena» –en el barco viajaban unos 650 chinos, algo muy útil para la campaña racista contra la inmigración– se apresuró a atravesar el continente con la mayor rapidez posible. Nada con menos probabilidades de impresionarlo que la corrupción de la Edad de Oro estadounidense y la represión de los antiguos esclavos negros después de la Reconstrucción, las brutales leyes de segregación, los linchamientos, y demás[26]. Pero ya preveía la expansión estadounidense por el Pacífico. Después se instaló con satisfacción en Londres para investigar sobre la historia antigua filipina en el Museo Británico, y no parece haberse interesado por la crisis gradualmente creciente a causa de Irlanda. (Viviendo en Primrose Hill, ¿sabía que Engels se escondía cerca?)

Pero este mundo en apariencia tranquilo, de dominio político conservador, acumulación de capitales e imperialismo planetario estaba al mismo tiempo ayudando a crear otro tipo de mundo, más directamente relacionado con la narrativa de Rizal. De hecho, el autor había captado ya en 1883 la dirección de los acontecimientos futuros.

> Europa amenazada continuamente de una conflagración espantosa; el cetro del mundo que se escapa de las temblorosas manos de la Francia caduca; las naciones del Norte preparándose á recogerlo. Rusia cuyo emperador tiene sobre sí la espada del Nihilismo como el antiguo Damocles, esto es Europa la civilizada [...][27].

Le drapeau noir

El año que nació Rizal, Mijail Bakunin huyó a Europa Occidental desde Siberia, donde durante una década cumplió cadena perpetua por sus actividades conspirativas contra el

zar en la década de 1840. Al año siguiente, 1862, Turguéniev publicó *Padres e hijos,* su magistral estudio sobre el aspecto y la psicología de cierto tipo de nihilistas. Cuatro años después, un estudiante moscovita llamado Karakozov intentó disparar contra Alejandro ii y fue ahorcado en la gran plaza pública de Smolensko con otros cuatro condenados[28]. Ese mismo año, Alfred Nobel patentaba la dinamita, que aunque basada en la altamente inestable nitroglicerina era sencilla de usar, estable y fácil de transportar. En marzo de 1869, el líder nihilista de 22 años Sergei Nechayev salió de Rusia; conoció a Bakunin en Ginebra, donde ambos fueron coautores del sensacional *Catecismo del revolucionario,* y volvió a Moscú unos meses después. Bakunin siguió manteniendo relación (tensa) con el líder nihilista a pesar del notorio asesinato de un estudiante seguidor escéptico, un episodio más tarde novelado por Dostoievski en *Los poseídos*[29].



Alejandro ii asesinado por revolucionarios de Narodnaia Volia en San Petersburgo el 13 de marzo de 1881.



El líder nihilista Sergei Nechayev.

Hacia finales de la década de 1870, cuando los nihilistas estaban siendo ya sucedidos como oposición clandestina radical a la autocracia por pequeños grupos de *narodniki,* el asesinato político, logrado y fallido, se había convertido en algo común en Rusia. 1878: en enero, Vera Zasulich disparó, sin matarlo, al general Fiodor Trepov, gobernador militar de San Petersburgo; en agosto, Sergei Kravchinski apuñaló hasta la muerte al general Mezentsov, jefe de la policía secreta del zar. 1879: en febrero, Grigori Goldenberg mató a tiros al gobernador de Harkov, príncipe Dimitri Kropotkin; en abril, fracasó un intento por parte de Alexander Soloviev de matar del mismo modo al zar; en noviembre, fracasó el intento de Liev Hartmann de minar el vagón imperial. 1880: Stepan Jalturin consiguió volar parte del Palacio Imperial provocando 8 muertos y 45 heridos. El invento de Nobel había llegado a la política. Después, el 13 de marzo de 1881 –quince meses antes de que Rizal desembarcarse en Marsella– se produjo el espectacular asesinato del zar en un atentado con bomba por parte de un grupo autodenominado Narodnaia Volia (la Voluntad del Pueblo), un suceso que reverberó en toda Europa[30]. (El asesinato del presidente estadounidense Garfield unos meses después pasó

prácticamente desapercibido.)

Las tormentas de Rusia tendrían profundas consecuencias en toda Europa. Pueden estar representadas simbólicamente en una época por Bakunin (nacido en 1814), que murió en 1876, y, en la segunda, por el príncipe Piotr Kropotkin (nacido en 1842), que ese mismo año huyó de una cárcel zarista a Europa Occidental.

Los dos primeros congresos de la Internacional Comunista, organizados en la pacífica Suiza en 1866 y 1867, avanzaron con bastante tranquilidad con Marx en la posición central. Pero la influencia de Bakunin se sintió con fuerza en el tercer congreso celebrado al año siguiente en Bruselas, y los bakuninistas ya eran mayoría en el cuarto, organizado en Basilea en 1869. Se suponía que el quinto congreso debía celebrarse en París, pero Sedan lo hizo imposible. Cuando por fin se organizó, en La Haya en 1872, estaba desesperadamente dividido. En el año de la muerte de Bakunin se disolvió, aunque siguieron manteniéndose congresos bakuninistas hasta 1877[31]. Ese mismo año, la palabra *anarquista* se acuñó en su sentido político técnico y se difundió de manera rápida y extensa (aunque también era obvio que había corrientes de pensamiento opuestas y entrecruzadas acerca de los objetivos y los métodos del anarquismo)[32].

La insistencia del anarquismo en la libertad y la autonomía personales, su típico recelo hacia la organización jerárquica («burocrática»), y su propensión a la retórica cáustica le dieron especial atractivo en condiciones de grave represión por parte de los regímenes de derechas. A tales regímenes les resultaba mucho más fácil aplastar a los sindicatos y a los partidos políticos que seguir la pista, infiltrarse en ellos y destruir a docenas de *grupúsculos* autónomos y autogenerados. La teoría anarquista se mostraba menos despectiva con los campesinos y los jornaleros rurales de lo que el marxismo tradicional se inclinaba entonces a hacer. Se podía decir que era también más visceralmente anticlerical. Probablemente, estas condiciones ayuden a explicar por qué el anarquismo revolucionario se expandió con más éxito en países católicos y todavía fuertemente campesinos como la Francia posterior a la Comuna, la España de la Restauración, la Italia posterior a la unificación, Cuba, e incluso los inmigrantes al Estados Unidos de la Edad de Oro, mientras que prosperó mucho menos que el marxismo convencional en los países protestantes, industriales y semidemocráticos del norte de Europa.



Errico Malatesta.

En todo caso, a finales de la lúgubre década de 1870 surgió en los círculos anarquistas intelectuales el concepto teórico de «propaganda por el hecho»: atentados espectaculares contra autoridades y capitalistas reaccionarios, pensados para intimidar a éstos y animar a los oprimidos a volver a prepararse para la revolución. Los historiadores tienden a marcar el comienzo de esta nueva fase con el casi cómicamente fracasado levantamiento de abril de 1877 en Benevento, al noreste de Nápoles, organizado por dos jóvenes napolitanos, Errico Malatesta y su rico amigo Carlo Cafiero (que antes había financiado a Bakunin desde la segura orilla del lago Maggiore), y el joven de veinticinco años Sergei Mijailovitch Kravchinski, alias Stepniak (1852-1895), que en 1875 había participado en el levantamiento de los bosnios contra los turcos, y acabaría, como hemos visto, matando al jefe de la policía secreta del zar[33]. Juzgados, los dos italianos salieron absueltos en la eufórica atmósfera creada por el acceso del joven Humberto i al trono en 1878 (el mismo ambiente permitió al joven cocinero anarquista Giovanni Passanante salir bastante bien parado cuando estuvo a punto de matar con un cuchillo al joven rey al grito de «larga vida a la república internacional»)[34]. Dos meses después del asunto

Benevento, Andrea Costa, colaborador cercano de Malatesta, dio una charla en Ginebra teorizando sobre la nueva táctica. A comienzos de agosto, Paul Brousse publicaba en el radical *Bulletin de la Fédération Jurassienne* un artículo explicando que las palabras sobre el papel ya no bastaban para despertar la *conscience populaire;* los rusos habían demostrado la necesidad de ser tan despiadados como el régimen zarista. Entonces, el amable Kropotkin pasó a la acción en la edición de *Le Révolté* del 25 de diciembre de 1880, definiendo teóricamente el anarquismo como «la révolte permanente par la parole, par l'écrit, par le poignard, le fusil, la dynamite… Tout est bon pour nous qui n'est pas la légalité» [«la revuelta permanente por medio de la palabra hablada, la escritura, la daga, la pistola y la dinamita […] Todo lo que esté fuera de la legalidad es bueno para nosotros»][35]. Sólo quedaba que *Le Drapeau Noir* publicara clandestinamente el 2 de septiembre de 1883 un «Manifeste des Nihilistes Français» en el que se afirmaba lo siguiente:

> Depuis trois ans que la ligue existe, plusieurs centaines de familles bourgeoises ont payé le fatal tribut, dévorées par un mal mystérieux que la médicine est impuissante á définir et á conjurer [En los tres años de existencia de la liga, varios cientos de familias burguesas han pagado el tributo fatal, devorados por una enfermedad misteriosa que la medicina es incapaz de definir y exorcizar].

A los revolucionarios se les animó a continuar la campaña de envenenamientos masivos insinuada (Rizal acababa de hacer su primer y feliz viaje a París unos meses antes)[36]. Todos éstos eran signos de que algunos anarquistas pensaban en un nuevo tipo de violencia no dirigida ya exclusivamente, *à la Russe,* contra los líderes estatales, sino también contra las consideradas clases enemigas.

Más adelante observaremos con mayor detalle diferentes casos de «terrorismo precoz» por parte de jóvenes anarquistas. Pero una mirada rápida a la oleada de asesinatos espectaculares perpetrados en los veinte años anteriores al estallido de la Gran Guerra mostrará algunos rasgos interesantes.

Cuadro 1. Asesinatos

[illegible] asesinato
[illegible] Caserio
[illegible] tiroteado
[illegible] apuñalado
[illegible]
[illegible]
[illegible] tiroteado
[illegible] atentado bomba
[illegible] atentado bomba
[illegible] Manuel Buiça
[illegible]
[illegible] tiroteado
[illegible] «loco»
[illegible]

Lo primero que debe observarse es que todos los grandes países están en la lista, excepto Reino Unido y Alemania en Europa, y China y el imperio otomano fuera[37]. En

segundo lugar, los asesinatos anarquistas de 1894-1901 fueron más tarde copiados por los nacionalistas radicales. En tercer lugar, mientras que los nacionalistas mataban en general a sus propios gobernantes, los asesinos anarquistas servían a su causa sin tener en cuenta las fronteras nacionales. Por último, la importancia de los italianos entre los anarquistas es muy llamativa, y parece confirmar la referencia de Pernicone al «papel específico desempeñado por los italianos como misioneros del ideal anarquista. Refugiados políticos y emigrantes establecieron enclaves libertarios entre las comunidades italianas en Francia, Suiza, Inglaterra, España, Estados Unidos, Argentina, Brasil, Egipto y Túnez»[38]. El propio Malatesta pasó los años 1885-1889 haciendo proselitismo dentro y fuera de Buenos Aires[39].

Asesinatos.

Fotografías policiales de François Ravachol tras su detención en marzo de 1892.



Vera Zazulitch (izquierda); Sante Caserio, asesino del presidente francés Sadi Carnot, en cautividad, junio de 1894 (derecha).

Asesinato del presidente William McKinley por el anarquista polaco Czogolsz en la Exposición Panamericana de Buffalo, Nueva York, el 6 de septiembre de 1901.

¿Y Rizal? Había salido de España en 1885, mucho antes de que empezara la primera oleada de «atrocidades» anarquistas, en 1888. Lo mismo se puede decir del tiempo que pasó en París. La mayor parte de su experiencia en Europa después de 1885 tuvo lugar en Alemania, Inglaterra y Bélgica, países en los que la actividad anarquista fue muy insignificante. Pero era un ávido lector de periódicos, y seguía las tendencias políticas mundiales con ansioso interés. La pregunta obvia que surge es: ¿realmente conocía en persona a algunos de los radicales europeos? Las pruebas son circunstanciales, pero interesantes.

En su vejez, Trinidad Pardo de Tavera, el buen amigo de Rizal, escribió un artículo describiendo sus buenas relaciones con dos generaciones de nihilistas rusos en París. Decía que como otros muchos había sido admirador de Alejandro ii.

> También admiraba la osadía y el enorme sentimiento de responsabilidad de los nihilistas de quienes tenía referencias que me parecían muy apasionadas por proceder de mi profesor de ruso, Michael [Mijail] Atchinatski, famoso nihilista condenado ya en aquella época tres veces á la pena de muerte por atentados contra la vida de aquel mismo Tsar […].

El «terrible nihilista» había huido a París para escapar del verdugo, pero, por desgracia, comentaba Pardo, la tuberculosis lo mató sólo tres meses después de que destruyesen a su gran enemigo.

El resto del artículo lo dedica a dos muchachas rusas que el profesor de medicina, el «famoso Tardieu», le había presentado a Pardo. Cuando el sorprendido filipino aventuró que tendrían muy poco en común, el gran hombre respondió:



Dibujo contemporáneo del asesinato de la emperatriz Isabel de Austria por Luigi Lucheni, septiembre de 1898 (izquierda); Cánovas (derecha).



El 4 de febrero de 1905, el carruaje del gran duque Sergei Alexandrovich fue objeto de un atentado con bomba perpetrado por Ivan Kaliayev en Moscú.

> Lo sé, lo sé, pero son vuestros hermanos espirituales, de pueblos dominados por las tiranías religiosas y políticas, presentes aquí en esta patria, porque unos y otros venían en la seguridad de nuestra libertad.

Pardo las visitaba con bastante frecuencia y les tomó mucho cariño. Ambas eran de familias adineradas de Kazan, y habían ido a San Petersburgo a estudiar Medicina. Allí se convirtieron en nihilistas activas en su tiempo libre, denunciando la autocracia zarista, el terrorismo policial, y «Siberia». Cuando la Ojrana estrechó el cerco sobre ellas, sus familias les ordenaron volver a casa, amenazando con retirarles la asignación si no lo hacían, pero las chicas, de unos veinte años ambas, decidieron huir a París y continuar allí sus estudios. Terriblemente pobres, sobrevivían a base de trabajos eventuales y traducciones ocasionales. Vigiladas por la policía francesa y la embajada rusa, nunca se quejaban, y atendían con cariño a los nihilistas mayores y moribundos a los que conocían. Pardo comentaba que nadie podía dudar de la bondad de sus corazones y de su altruismo, y esto les valió «el aprecio y el respeto de los estudiantes de todas las Facultades que constituyen el pueblo soberano del Arrabal Latino». Se quedaron en París hasta la subida al trono de Nicolás ii en 1894, cuando regresaron a su país. Pero al año siguiente fueron juzgadas por participar en un atentado contra el nuevo zar, y sentenciadas a cadena perpetua en Siberia. Maria Michaelovna Lujine murió de camino a Siberia, de la tuberculosis contraída en París, y Luise Ivanovna Krilof murió unos meses después, de la misma enfermedad, en la cárcel de Tobolsk[40].

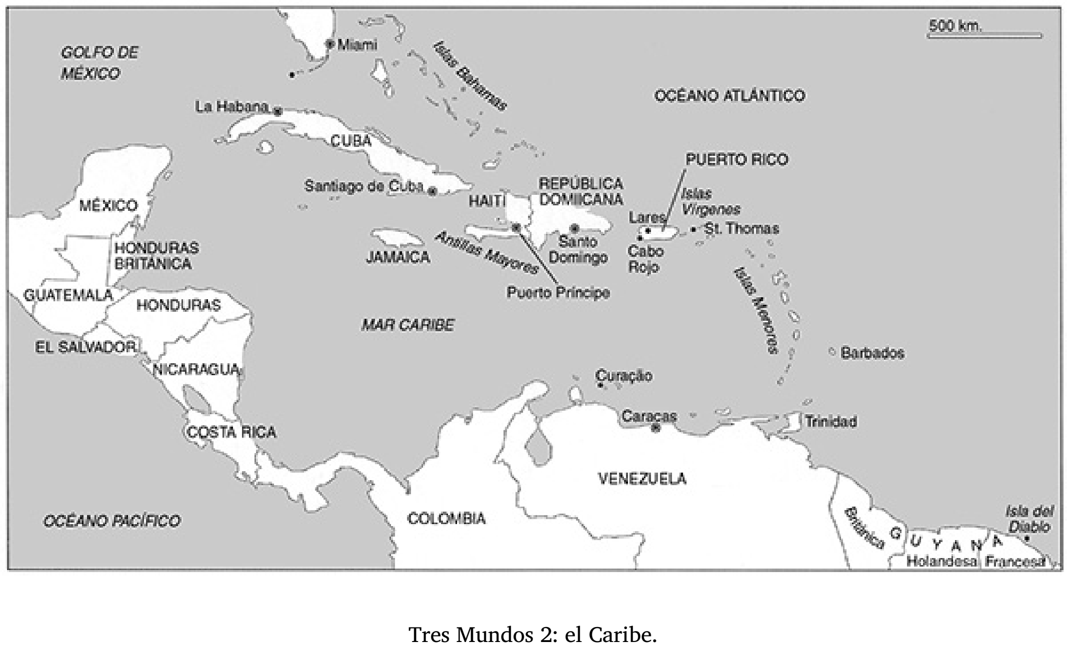
Rizal llegó a Europa después de que el profesor ruso de Pardo falleciese, pero seguramente oyó hablar a su amigo del famoso nihilista. Y parece muy improbable que no hubiera visitado con Pardo las habitaciones de las dos chicas rusas y charlado con ellas mientras tomaba el samovar que ellas ofrecían siempre a los invitados. Lo que está menos claro es que las muchachas fuesen estrictamente nihilistas. Sospecho que en un

París probablemente no muy bien informado sobre la intrincada evolución de los nuevos movimientos subversivos de Rusia, el término «nihilista» servía para abarcar una amplia gama de grupos de ese tipo.

La España caciquil

El tercer mundo de Rizal fue el de España y su otrora vasto imperio; lo que quedaba en la década de 1880 era sólo Cuba, Puerto Rico, Filipinas, las Marianas y las Carolinas, el Marruecos español y Río de Oro, un territorio adquirido por Berlín y carente de oro. En el siglo XIX, este mundo fue único en cuanto al zigzag de las explosiones insurreccionales tanto en la metrópoli como en las colonias. (No se encontrará nada remotamente comparable hasta después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Francia: la mecha la puso la victoria política de Ho Chi Minh y la victoria militar de Vo Nguyen Giap en Dien Bien Phu, y la encendió la revuelta del FLN argelino que condujo a la caída de la Cuarta República, la vuelta de De Gaulle al poder, y el terrorismo de represalia de la OAS. En el de Portugal: los fracasos militares en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau condujeron al golpe incruento contra la autocracia salazarista en Lisboa en abril de 1974). Vale la pena considerar brevemente los principales rasgos de este zigzagueo interactivo, porque fue un fenómeno del que José Rizal estaba bien informado y que modeló su pensamiento.

En 1808, el futuro y odioso Fernando VII había organizado en Aranjuez una revuelta militar que alcanzó su principal objetivo: la abdicación forzosa de su padre, Carlos IV. Pero Napoleón, en el momento culminante de su poder, aprovechó esta oportunidad para enviar tropas a España (ocupando Madrid), con el pretexto de una gran intervención en Portugal. Fernando, que se había apresurado a Bayona para negociar la legitimación de su sucesión con el Secretario del Espíritu Mundial, fue encarcelado de inmediato. Napoleón puso entonces en el trono a José Bonaparte. La resistencia y la rebelión estallaron casi simultáneamente en Andalucía y en el México de Hidalgo. En 1810 se reunieron en Cádiz unas Cortes dominadas por los liberales, las cuales instauraron el primer orden constitucional español. A las colonias, incluidas las Filipinas, se les dio representación legislativa[41]. La derrota de Napoleón devolvió el poder a Fernando en Madrid con pleno apoyo de la Perversa Alianza. En 1814, el rey se negó a reconocer la constitución, inauguró un nuevo absolutismo reaccionario, y, a pesar de que la economía estaba arruinada, intentó detener las revoluciones americanas, para las cuales el nacionalismo y el liberalismo reprimido en España eran los dos principios básicos. Fernando fracasó por completo en la América española, pero conservó la lealtad de los peninsulares y los criollos esclavistas en el Caribe español, que estaban situados fuera de la órbita de Bolívar y petrificados por el éxito de la revolución de los esclavos en Haití.



Tres Mundos 2: el Caribe.

¿Y Filipinas? La revuelta de Sarrat en 1815, llamada así por un pueblo del extremo noroccidental de Luzón poblado por ilocanos, fue rápida y violentamente reprimida. En 1820, una revuelta militar en Andalucía, dirigida por el alcalde de Cádiz, obligó a Fernando a aceptar brevemente un orden constitucional liberal. Pero la Londres de Castlereagh, la Viena de Metternich, la San Petersburgo de Alejandro i y el pariente de Fernando en París no se mostraron dispuestos a consentirlo. Una expedición militar francesa restauró la autocracia en 1823, al alcalde de Cádiz lo colgaron, ahogaron y descuartizaron, y cientos de liberales y republicanos fueron ejecutados, brutalmente encarcelados u obligados a huir para salvar la vida. El mismo año, como respuesta a los acontecimientos de la metrópoli, se produjo en el ejército colonial un motín liderado por criollos que a punto estuvieron de capturar Manila y lo habrían hecho de no ser por una traición interna[42]. Su líder, el capitán Andrés Novales, había luchado anteriormente a favor de Madrid contra los movimientos independentistas hispanoamericanos[43].

Es fácil detectar una coyuntura comparable en los años 1868-1874. El régimen isabelino fue derrocado en septiembre de 1868 por un golpe civil y militar en el que fueron actores clave el general Prim y Prats, el maquiavélico político liberal Práxedes Sagasta, y el republicano radical con mente conspiradora Ruiz Zorrilla. Ya hemos visto las consecuencias de esta explosión en Cuba y Filipinas. Pero en la propia España siguieron seis años de extraordinaria turbulencia política. El asesinato de Prim y Prats a finales de 1870 condenó a la monarquía de Amadeo de Saboya, lo cual condujo a la proclamación de la Primera República española el 11 de febrero de 1873. El nuevo régimen sólo duró en realidad once meses –tiempo durante el cual experimentó la rotación de cuatro presidentes al estilo suizo– hasta que llegaron los generales (guiados entre bambalinas por el astuto político conservador andaluz Antonio Cánovas del Castillo), disolviendo las Cortes en enero de 1874 y restaurando la monarquía de los Borbones en la persona de Alfonso xii a finales de dicho año. Una de las razones

principales de esta *démarche* fue, como sería de suponer, la inminente amenaza planteada por la revuelta cubana de Céspedes a la integridad de lo que quedaba del antiguo imperio español. Mientras tanto, sin embargo, se produjo en la esfera pública española una extraordinaria efervescencia. Los republicanos fueron brevemente legales por primera vez desde que se recordaba. El radicalismo bakuninista y marxista empezó a afianzarse políticamente, y en el ampliamente popular movimiento político «cantonalista» de 1873, favorable a la descentralización radical de la forma de gobierno, muchos jóvenes anarquistas y otros radicales experimentaron por primera vez la política de masas abierta.

Con este telón de fondo podemos analizar la Restauración encontrada por Rizal al llegar a España, a comienzos de la década de 1880. Su político dominante, Antonio Cánovas del Castillo, nació en 1828 –el mismo año que Tolstói– en el seno de una familia pequeñoburguesa malagueña. Historiador prolífico y cabal, fue también un político astuto y despiadado[44]. Ministro de un gobierno liberal a los treinta y dos, se pasó enseguida a la derecha tras la caída de Isabel, y se convirtió en el principal arquitecto de la Restauración borbónica. Su ambición, aparte de acumular poder, era la de crear un orden estable en un país notorio por décadas de caótica vida interna. El orden significaba acabar con las guerras civiles y eliminar el caudillismo; lo consiguió durante su vida, pero volvieron con creces más tarde. También suponía reprimir a la izquierda radical y cualquier síntoma serio de separatismo anticolonial en el imperio. De hecho, podría considerársele una especie de Bismarck español. Tras el asesinato de Cánovas en 1897, el antiguo Reichskanzler diría: «Era el único europeo con el que yo podía mantener una conversación»[45]. Pero Cánovas reconocía que el bismarckismo dependía del favor real, y que en último término era efímero. Detectó un orden más profundo y duradero en Reino Unido, donde las elites conservadoras y liberales se traspasaban tranquilamente el poder de modo sistemático, mientras la industrialización avanzaba a toda prisa y el imperialismo a pasos agigantados. Por eso no se cansaba de decir que era un gran admirador del gobierno parlamentario británico, y por eso se dispuso a establecer, con ayuda de Sagasta, una peculiar parodia del diunvirato Gladstone-Disraeli. Schumacher ha descrito concisamente como sigue ese régimen corrupto, plagado de caciques, que duró en esencia hasta el final del siglo:

> Los dos líderes permitieron que todo el sistema se viciase a través de elecciones amañadas […] A medida que surgían nuevas crisis graves que resolver, se cedían el poder uno a otro y el gobierno sucesor procedía *entonces* a amañar unas elecciones en las que se elegiría a una minoría respetable de candidatos con un número disperso de republicanos y carlistas destacados para dar verosimilitud a las Cortes[46].

Salvador de Madariaga hizo el mismo juicio en términos locales. El canovismo, observó, pretendía crear una política de «corrida de toros», en la que se manipulaban las elecciones, el caciquismo estaba a la orden del día, y las Cortes eran un monumental teatro, capaz de interpretar géneros clásicos, cíngaros o de comedia musical dependiendo de la dirección y del guión de Cánovas[47]. El Disraeli español gobernó en 1875-1881, 1883-1885, 1890-1892 y 1895-1897, mientras que su Gladstone ocupó la mayoría de los espacios intermedios. Las peores represiones internas y coloniales se produjeron en general bajo el mandato de Cánovas, mientras que las ocasionales y tímidas reformas se establecieron bajo el de Sagasta.

Las órdenes: desposeídas y restituidas

Para lo que sigue a continuación, es crucial entender las políticas de Cánovas hacia la Iglesia española, en general reaccionaria. En 1836, el presidente de la regente, Juan Mendizábal, había decretado y llevado a cabo la expropiación de todas las propiedades de las órdenes religiosas españolas; durante la Revolución Gloriosa de 1868, Antonio Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, había abolido las propias órdenes en la España metropolitana. Mendizábal no era un Thomas Cromwell, de modo que compensó a las órdenes poniéndolas en la nómina del Estado. Las propiedades monacales se sacaron a subasta, y, en especial en la rica Andalucía rural, fueron compradas por los miembros de la nobleza, altos cargos civiles y militares, y burgueses ricos, muchos de ellos propietarios absentistas. A la explotación relativamente benigna de la Iglesia le sucedieron los métodos implacables de las empresas agrarias. Cientos de miles de campesinos perdieron el acceso a la tierra y engrosaron el número de indigentes, de jornaleros medio famélicos y de los bandoleros por los que la región se hizo famosa después de 1840. El andaluz Cánovas no hizo ningún intento por deshacer lo que Mendizábal había decretado, aunque buscó y obtuvo un respaldo fuerte de la Iglesia contra la creciente marea de liberalismo, masonería, republicanismo, socialismo y anarquismo[48]. (Fue él quien en 1884 envió la policía a la Universidad Central a petición de los obispos.) Y tampoco restauró la independencia de las órdenes, que, después de todo, respondían directamente ante Roma, no ante él. Pero hubo una llamativa excepción a todos estos cambios: la Filipinas colonial.

Había empezado siglos antes, en tiempos de Felipe ii. La conciencia del anciano monarca había sido suficientemente aguijoneada por las revelaciones de Las Casas y otros acerca de las depredaciones inhumanas de los conquistadores en América y decidió confiar su última gran adquisición imperial en gran parte a las órdenes religiosas, que de hecho gestionaron la conversión relativamente pacífica del grueso de la población local. Las remotas Filipinas no tenían atracciones «laicas» comparables a Potosí, y por lo tanto las órdenes rigieron en gran medida la colonia, en especial fuera de Manila. Con el transcurso del tiempo, los dominicos y los agustinos en especial adquirieron vastas propiedades en Manila y en la agricultura de hacienda[49]. Además, desde el comienzo las órdenes habían insistido en practicar la conversión mediante las docenas de lenguas nativas (sólo entonces serían las conversiones profundas y sinceras, se decía) que asiduamente intentaban aprender. Este monopolio del acceso lingüístico a los nativos les dio un enorme poder que ningún grupo seglar compartía; plenamente conscientes de esto, los frailes se oponían persistentemente a la expansión del español. Incluso en tiempos de Rizal, se calcula que sólo alrededor del 3 por 100 de la población del archipiélago conocía bien la lengua metropolitana, algo único en el imperio español (con la excepción parcial del Paraguay ex jesuita). En el siglo XIX, la clase política española comprendía muy bien esta situación y, tal vez con acierto, opinaba que sin las órdenes el dominio español en Filipinas se hundiría[50]. De ahí que los únicos seminarios controlados por órdenes tolerados en España después de la *démarche* de Ortiz sirvieran simplemente para proporcionar nuevos frailes a Filipinas. Al mismo tiempo, muchos religiosos traumatizados por su «defenestración» en España se dirigieron en busca de seguridad y poder al otro lado del mundo. Así, en la época de Cánovas el poder de los frailes era tan peculiar de Filipinas como la esclavitud de Cuba. Pero la esclavitud se

abolió finalmente en 1886, mientras que en Manila el poder de las órdenes religiosas no se debilitó seriamente hasta la caída de todo el sistema en 1898. Desde otro ángulo, se puede ver que los activistas anticoloniales se enfrentaban inevitablemente a una difícil decisión que no estaba abierta a cubanos y puertorriqueños: rechazar el español o extenderlo. Veremos más tarde cómo modeló esta cuestión el relato de *El Filibusterismo*.

Alas negras

Cuando el alarmado gobernador general Izquierdo sospechaba que las maquinaciones de la Internacional estaban detrás de la extraordinaria huelga de Cavite en el otoño de 1872, ¿qué hizo que la idea le resultase verosímil? Después de que Isabel huyera de Madrid en septiembre de 1868, Bakunin se movió con mucha más rapidez que Marx. De inmediato envió a su íntimo amigo italiano, el antiguo mazzinista y antiguo garibaldista Giuseppe Fanelli, a Barcelona y Madrid a informar y organizar a los activistas radicales locales más avanzados[51]. A pesar de que Fanelli no sabía español, produjo un impacto instantáneo y fuerte. (Probablemente le ayudasen miembros de la comunidad italiana en Barcelona). A principios del año siguiente se creó el Centro Federal de las Sociedades, que envió dos delegados bakuninistas para engrosar la mayoría rusa en el Congreso de la Internacional en Basilea, organizado en septiembre. A comienzos de 1870, la Federación Regional Española (FRE), sección española de la Internacional, publicaba *La Solidaridad,* y poco después celebró su primer y único Congreso en una Barcelona que comenzaba a industrializarse[52].

Mientras tanto, el yerno cubano de Marx, Paul Lafargue, que había participado con la Comuna en París pero después se trasladó a Burdeos para ampliar el respaldo a los insurrectos parisinos, escapó por fin atravesando los Pirineos con su familia (su niñito recién nacido murió por el camino)[53]. Una vez instalado en Madrid (junio de 1871) bajo el pseudónimo de Pablo Fargas, siguió las instrucciones de Marx de combatir la influencia de los bakuninistas. Pero ya era muy tarde. En diciembre, las Cortes prohibieron la Internacional. Durante el año aproximado que pasó en España, Lafargue no tuvo suerte en Barcelona, pero sí ayudó a crear un grupo marxista en Madrid. Fue el único delegado pro marxista «español» en el desastroso Congreso de la Internacional organizado en 1872 en La Haya. Hasta 1879 no se creó un Partido Socialista Marxista semiclandestino, que no salió a la luz hasta que Sagasti asumió la presidencia a comienzos de la década de 1880. Su órgano, *El Obrero,* apareció en 1882[54]. Muchos más años pasarían antes de que se convirtiera en un actor fundamental de la política de la izquierda española. No hay razón especial para pensar que Rizal hubiera oído hablar de él cuando estudiaba en Madrid.

Pero ciertamente conoció muy bien la evolución inmediatamente posterior, de lo cual hallaremos trazas en *El Filibusterismo*. Los seis años de régimen represivo de Cánovas fueron sustituidos por el régimen más suave de Sagasta en 1881, muy poco después del asesinato de Alejandro ii y después de que una reunión de varios anarquistas en Londres hubiera llevado a confirmar la necesidad de la violenta «propaganda por el hecho». El cambio de gobierno en España permitió a los altos cargos de la FRE, la mayoría catalanes, creer que ahora tenían vía abierta para organizar de manera más amplia, y legal, a la clase obrera, y en septiembre sustituyeron la FRE por la FTRE (Federación de Trabajadores de la Región Española). Dado que esta política divergía de las resoluciones

radicales aprobadas en Londres, hicieron lo que pudieron por mantenerlas ocultas. Pero la noticia se filtró de todos modos. A pesar de un espectacular aumento de afiliados –58.000 en un año– pronto aumentó la tensión entre los legalistas de la Barcelona industrial y los radicales con base en la Andalucía rural. En el Congreso de 1882 celebrado en Sevilla, la mayoría de los andaluces se escindieron para crear un grupo que denominaron Los Desheredados. 1883 fue en cualquier caso un año difícil. Se había instalado una depresión mundial, con consecuencias especialmente graves en Andalucía, donde el hambre y la miseria aumentaban con rapidez. Además, Cánovas volvió al poder. Una nueva oleada de incendios premeditados y asaltos se extendió por toda la región natal del primer ministro, causando verdadero pánico en muchos lugares[55]. La policía detuvo y torturó a cientos de personas, anarquistas, campesinos y bandoleros, afirmando poco después haber descubierto una vasta conspiración insurrecta denominada La Mano Negra[56]. Lejos de ofrecer su apoyo, la FTRE, esperando evitar la represión, se disoció con firmeza de lo que denominaba actividades delictivas. Esta actitud no le sirvió, y la organización fue declinando hasta su disolución en 1888[57]. Veremos, sin embargo, que el espectro de La Mano Negra y el pánico andaluz se reflejan en la segunda mitad de *El Filibusterismo*.

Un amigo del alma

Sagasta volvió al poder en 1885, y se mantuvo hasta 1890. Fue este gobierno el que abolió definitivamente la esclavitud en Cuba, promulgó una ley de asociación bastante liberal que permitió a los radicales empezar a organizarse legalmente de nuevo, y amplió sustancialmente la libertad de prensa. Incluso intentó hacer reformas serias en Filipinas. En 1887, el Código Penal español se extendió al archipiélago, seguido en 1889 por una ampliación similar del Código Mercantil español, la ley sobre litigación administrativa, y el Código Civil, excepto con respecto al matrimonio (la Iglesia en Filipinas insistió duramente en esto). Pero fue exactamente en julio de 1885 cuando Rizal salió de España más o menos para siempre, con dirección a Francia y Alemania, y ocupándose en nuevos estudios médicos y en la terminación de su primera novela. Cuando se publicó, en la primavera de 1887, decidió que había llegado el momento de volver a Filipinas. Antes de hacerlo, sin embargo, viajó a Austria para ver por primera y última vez a Ferdinand Blumentritt, su corresponsal favorito y sin duda su mejor amigo y consejero. Como más adelante hablaremos mucho sobre el austriaco, parece importante describirlos tanto a él como la naturaleza de la amistad entre ambos.

Hijo de un pequeños funcionario imperial, Blumentritt nació en Praga en 1853 (por consiguiente, ocho años antes que Rizal), y vivió allí hasta que se licenció en Geografía e Historia en la Universidad Chárles en 1877. De allí se trasladó a la también ciudad bohemia de Leitmeritz, donde el resto de su vida dio clases de enseñanzas no clásicas en secundaria. Sus responsabilidades –y una visible hipocondría– le impidieron el viaje físico fuera de Bohemia para el resto de su vida. Pero mientras aún era un niño, una tía paterna casada con un criollo peruano volvió de Perú después de que las fuerzas de Bolívar mataran a su marido monárquico en la culminante batalla de Ayacucho en 1824. Al niño le encantaron los libros exóticos y la parafernalia colonial española que había en casa de la tía. Siendo como Rizal un dotado lingüista, adquirió pronto un nivel de lectura de español, portugués, holandés e inglés. Dentro del imperio español, le fascinaba en

especial Filipinas, y publicó su primer libro sobre el país en 1879. Tres años después, al mismo tiempo que Rizal llegaba a Europa, Blumentritt publicaba un libro que marcó un hito, *Versuch einer Ethnographie der Philippinen,* primer tratado profesional sistemático sobre todas las docenas de grupos etnolingüísticos de las islas Filipinas. En los siguientes treinta años siguieron más de doscientas publicaciones acerca de los idiomas, la historia, la geografía y la política del país. En efecto, se convirtió rápidamente en la principal autoridad europea sobre el archipiélago.

Ésta no era ni mucho menos la única razón por la que los filipinos jóvenes e inteligentes se sentían atraídos por él, e intentaban atraerlo a su causa. Era perfectamente leal al emperador Francisco José, pero el de Austria-Hungría era el único imperio europeo en el que, como sardónicamente decía Musil, «la palabra "colonia" y "ultramar" sonaban a algo todavía remoto y no experimentado». Católico practicante, le interesaba poco la reaccionaria Iglesia española. Constitucionalista liberal y demócrata en política, se sintió atraído de inmediato por los problemas de Filipinas. No siendo un pedante, se dedicaba a la política municipal, organizaba representaciones teatrales aficionadas, disfrutaba con el dibujo y tenía una pluma afilada y aguda. Era muy buen cocinero, y dejó a Rizal atónito organizándole, cuando llegó a Leitmeritz, un festín compuesto por los principales platos filipinos. Y su casa parecía una mezcla de biblioteca y museo llenos de objetos filipinos.

Estos dos hombres de baja estatura estaban hechos el uno para el otro, y se dieron cuenta poco después de que Rizal enviara su primera carta formal de presentación desde Heidelberg, en septiembre de 1886. A los dieciocho meses habían pasado del *Sie* al *Du*. Rizal proporcionaba al otro un torrente de información sobre Filipinas, en especial su región tagala; Blumentritt le presentó a eruditos importantes de Berlín, Leiden y Londres, y le mostró fuentes sobre la historia antigua de Filipinas desconocidas para el filipino. En 1891, era natural que Rizal le pidiera a su amigo que escribiese el prefacio de *El Filibusterismo*[58].

Primer regreso a Filipinas

Al llegar al poder por segunda vez, Sagasta había nombrado a un gobernador general de Filipinas relativamente moderado, el teniente general Emilio Terrero y Perinat, que a su vez se apoyó fuertemente en dos capaces subordinados anticlericales, ambos masones: el gobernador civil de Manila, José Centeno García, ingeniero de minas con tendencias republicanas y una inusual experiencia de veinte años en Filipinas; y el director general de la administración civil, Benigno Quiroga López Ballesteros, un hombre más joven que había sido diputado liberal en las Cortes. (Centeno aparecería, sin nombre pero honrado, en *El Filibusterismo.*) Los dos hombres aplicaron con vigor las leyes que retiraban la justicia municipal a los alcaldes y se la daban a los nuevos jueces de paz, y de igual modo trasladaron las competencias judiciales de los gobernadores provinciales a los jueces de primera instancia. El efecto deseado de ambas medidas era reducir el poder de los frailes, que tradicionalmente mantenían una ascendencia indiscutida sobre el gobierno local a través del control de los ejecutivos locales[59].

Rizal era consciente de esta atmósfera prometedora. Después de dejar a Blumentritt, realizó una rápida gira por Suiza, visitó Roma y se dispuso a zarpar desde Marsella. Estaba de vuelta en Manila el 5 de agosto de 1887. La noticia de *Noli me tangere* (y unos

cuantos ejemplares) lo había precedido, y se vio convertido en un hombre famoso e infame. Las órdenes y el arzobispo de Manila exigieron que el libro se prohibiera por herético, subversivo y calumnioso, y que se castigara severamente al autor. Pero, quizá para su propia sorpresa, Rizal fue convocado a una entrevista personal con el propio Terrero, quien dijo que quería leer la novela y le pidió un ejemplar. No sabemos qué le pareció al gobernador general, pero el libro no fue prohibido durante su mandato[60]. Tras unos días en Manila, Rizal volvió a su Calamba natal para estar con la familia, y abrió un consultorio médico. Después sus enemigos se pusieron manos a la obra. En una carta escrita a Blumentritt el 5 de septiembre de 1887, escribió lo siguiente:

> […] man droht jeden Tag […] Mein Vater lässt mich nie allein spazieren, noch bei einer anderen Familie essen; der Alte fürchtet und zittert. Man hält mich für einen deutschen Espion oder Agent; man sagt ich sei Bismarck Agent, Protestant, Freimason, Zauberer, Halbverdammte Seele u.s.w. Darum bleibe ich zu Hause [Recibo amenazas a diario […] Mi padre nunca me deja salir solo a caminar o a cenar con otra familia. Me toman por un espía o agente alemán; dicen que soy agente de Bismarck, protestante, francmasón, hechicero, un alma semicondenada, etcétera. Así que me quedo en casa][61].

Lo peor estaba por llegar. Como ya se ha señalado, la riqueza de la familia de Rizal descansaba en las extensas tierras que le arrendaba la hacienda dominica local. Desde la depresión de 1883-1886, los frailes habían empezado a subir las rentas drásticamente, a pesar de que los precios mundiales del azúcar bajaban. Además, se apropiaron de otras tierras que, consideraban los habitantes del pueblo, no les pertenecían en justicia. Aproximadamente cuando Rizal volvió, varios arrendatarios, incluidos parientes suyos, dejaron de pagar la renta y pidieron a Manila que interviniese a su favor. Sospechando que los dominicos cometían fraude fiscal, Terrero envió una comisión a investigar, pero ésta no hizo nada. En ese punto, los frailes pasaron al ataque, obteniendo órdenes judiciales de desahucio. La familia de Rizal fue deliberadamente escogida como principal blanco. Ambas partes acudieron a la jerarquía judicial en los siguientes cuatro años, llegando al Tribunal Supremo de España, pero como era de esperar vencieron los dominicos. Mientras tanto, miembros de la familia de Rizal fueron desahuciados de sus casas, y otros habitantes recalcitrantes del pueblo recibieron pronto el mismo trato. Para entonces a Rizal le habían aconsejado que saliera del país, porque lo acusaban de organizar la resistencia. Parece ser que el propio gobernador general lo avisó de que ya no podía seguir protegiéndolo. En consecuencia, en febrero de 1888, Rizal salió del país, dirigiéndose primero a Japón para echar una rápida ojeada de primera mano a una potencia asiática independiente y en rápida modernización, después a Estados Unidos durante unos días, y por último a Inglaterra.

Aproximadamente al mismo tiempo, terminó el mandato de Terrero, y el gobierno de Sagasta, sometido a una fuerte presión política de los conservadores en el interior y en la colonia, tomó la fatídica decisión de nombrar en su lugar al general Valeriano Weyler, un hombre con fama de severidad que además había servido previamente en La Habana, y a mediados de la década de 1890 había alcanzado fama mundial, gracias a la prensa estadounidense, que lo denominó el «Carnicero de Cuba»[62]. Los asesores liberales de Terrero fueron pronto cesados o trasladados. En 1891, Weyler sería el hombre que finalmente «resolviera» el problema de los recalcitrantes arrendatarios de Calamba enviando un destacamento de artillería a quemar varias casas hasta los cimientos y

despejar parcelas ocupadas «ilegalmente». En *El Filibusterismo*, Weyler aparece, sin nombrarlo, como blanco principal de la bomba Fabergé de Simoun. No sorprende, por lo tanto, que Rizal retrasase su vuelta definitiva a Filipinas hasta terminado el mandato del sombrío general.

Un cisma en el nacionalismo emigrado

Durante la primera y larga estancia en Europa, Rizal había ocupado su tiempo principalmente con los estudios y la redacción de la novela. Todo esto quedaba ya atrás, y debía decidir qué hacer a continuación. Amargado por el desastre de Calamba, del que se sentía profundamente responsable, y completamente desilusionado por el hecho de que Sagasta enviase a Weyler a Manila, vio que la respuesta era sumergirse más directamente en la política (cultural) nacionalista. Su decisión de vivir en Londres se debió en parte a la recopilación de investigaciones en el Museo Británico sobre la que Blumentritt y sus amigos eruditos le habían llamado la atención. Por periódicos y revistas podía observar la creciente marea de nacionalismo dentro de los imperios dinásticos de Europa, por no hablar de Cuba, el imperio otomano y Oriente. Fundamental en esta articulación de los nacionalismos eran los esfuerzos de folcloristas, historiadores, lexicógrafos, poetas, novelistas y músicos por resucitar pasados gloriosos tras presentes humillantes, y, en especial, sustituir los idiomas imperiales por lenguas vernáculas, para construir y consolidar las identidades nacionales. Nunca había olvidado el primer trauma de ser considerado chino, japonés o *americano,* y de darse cuenta que su país era prácticamente desconocido en Europa. Además, era consciente de que al contrario, por ejemplo, que Malasia, Birmania, India, Ceilán, Camboya y Vietnam, ningún documento escrito de su país anterior a la colonia había sobrevivido a la conquista europea. La historia filipina existente era producto principalmente de miembros de las órdenes o, más tarde, de españoles conservadores y racistas. También es probable que su interés a este respecto se viese estimulado –con rivalidad– por el ligeramente más joven Isabelo de los Reyes que, como hemos visto, había sido premiado en la Exposición de Madrid de 1887 por un libro señero, *El folk-lore filipino*[63].

En el Museo Británico, Rizal encontró lo que buscaba: un ejemplar muy raro de *Sucesos de las Islas Filipinas,* escrito por el Dr. Antonio de Morga y publicado en México en 1609. Morga había llegado a Filipinas en 1595, a los treinta y cuatro años, para asumir los cargos de juez de la Audiencia de Manila y teniente gobernador. Fue una rareza en su tiempo, un funcionario colonial austeramente honrado y cuya perspectiva realista no estaba nublada por prejuicios clericales. Tras copiar laboriosamente a mano este libro, Rizal decidió reeditarlo con extensas anotaciones y comentarios propios, la mayoría pensados para demostrar la relativa fiabilidad, en comparación con las crónicas clericales, del relato más favorable que Morga hacía de la sociedad nativa: su nivel de civilización, su productividad pacífica y sus relaciones comerciales con China, Japón y partes del sureste asiático. Consiguió publicar el libro en Garnier de París, oficialmente en 1890, pero de hecho a finales de 1889[64].

Aunque el *Morga* de Rizal no fue muy leído en su época, ni después, claramente representa un punto de inflexión en la trayectoria política de éste. Se estaba convirtiendo en un *filibustero,* un patriota decidido a obtener a cualquier precio la independencia de su país. (Como veremos, *El Filibusterismo* muestra con extrema claridad esta nueva

actitud.) Una consecuencia –dado el prestigio que había alcanzado entre los filipinos gracias a *Noli me tangere* y a una multitud de artículos escritos con convicción y publicados en diversos periódicos republicanos españoles– fue el creciente cisma dentro de la comunidad filipina residente en la metrópoli. Ya durante sus años de estudiante en España, Rizal había criticado con frecuencia a sus paisanos por su frivolidad, su dedicación a perseguir mujeres, su indolencia, su tendencia al cotilleo, su afición a la bebida y demás. Aunque conservó varios amigos íntimos en la Península, los años pasados en el norte de Europa habían profundizado su irritación y su sensación de alejamiento.

Pero hubo un interesante momento de reconvergencia parcial. A finales de 1888, varios de los filipinos más serios de Barcelona habían decidido aprovechar una ley que liberalizaba el espacio político, promulgada por Sagasta en 1887, para convertirse en una nueva y enérgica formación política y publicar su propia revista, que llamarían *La Solidaridad*. El ambiente barcelonés fue un elemento significativo en estas decisiones. La influyente revista anarquista *La Acracia* ya había empezado a publicarse en Barcelona en 1886, al mismo tiempo que en Madrid el Partido Socialista (marxista) de Pablo Iglesias fundaba *El Socialista*. Pero en 1887, los anarquistas de Barcelona pudieron por fin crear con éxito su propio diario, *El Productor*[65]. Las organizaciones republicanas y anarquistas proliferaban junto con muchas otras. Las iniciativas filipinas se centraron con la llegada en enero de 1889 de Marcelo del Pilar, el político filipino más capaz de su generación. Su hermano mayor, sacerdote nativo, había sido detenido y deportado a las Marianas durante la represión de Izquierdo en 1872, y Marcelo fue un ágil nacionalista y organizador contra los frailes bajo el gobierno permisivo de Terrero, Centeno y Quiroga. Pero al llegar Weyler sabía que era un hombre marcado, y huyó a España. De inmediato asumió el liderazgo de los activistas filipinos y de su revista, trasladándose finalmente a Madrid para estar cerca del centro del poder estatal. A partir de entonces, hasta su muerte en Barcelona en julio de 1896, no salió de España.

Aunque su objetivo máximo era ciertamente la independencia filipina, y aunque promovía activamente unos vínculos estrechos con Manila y fomentaba la organización allí, Del Pilar estaba convencido de que los primeros grandes pasos debían darse en la propia España. Era necesario presionar con los medios disponibles a los gobiernos «liberales», así como a los parlamentarios liberales y republicanos, para crear espacios institucionales en los que al final pudiera alcanzarse la independencia; y al mismo tiempo ocultar este objetivo supremo tanto como fuera posible. La medida táctica que debía tomarse era básicamente la de ponerse a la altura de Cuba con un programa de asimilación. Cuba tenía desde hacía tiempo representación en las Cortes, pero Filipinas había perdido su derecho en 1837. Tras la abolición de la esclavitud en 1886, Cuba básicamente tenía el mismo sistema jurídico que España. La colonia caribeña hablaba español, su sistema educativo era básicamente laico y estatal, y el poder educativo de la Iglesia era relativamente reducido. Aunque Del Pilar era un consumado escritor en tagalo (más que Rizal, de hecho), y aunque en privado hablaba de política lingüística en una futura Filipinas independiente, estaba seguro de que en esta fase sólo la asimilación y la hispanización podían crear la atmósfera política en la que Madrid permitiera a Filipinas asumir la misma condición jurídica que Cuba. Conseguir que se aprobase un serio sistema educativo estatal en español en Filipinas también serviría para destruir los cimientos del peculiar dominio de las órdenes en su país[66]. Del Pilar y su círculo

cultivaron con audacia lazos con la prensa liberal-republicana moderada, polemizaron contra los periódicos y los periodistas conservadores, y parecen haberse mantenido completamente alejados de la izquierda anarquista. Había razones tácticas para esta precaución, pero el hecho es que, en una época sin becas para los coloniales pobres, sólo los hijos de los ricos y de los que tenían buenas conexiones podían permitirse recibir educación en la metrópoli.



Marcelo Del Pilar (centro), flanqueado por José Rizal (izquierda) e Isabelo de los Reyes (derecha).

Aunque completamente distintos en cuanto a temperamento y talentos, Rizal y Del Pilar se respetaban mutuamente, y, durante un tiempo, el primero escribió con energía para la nueva revista. Pero gradualmente su relación se fue volviendo más tensa. Del Pilar tenía once años más que Rizal, había pasado años en la arriesgada tarea organizativa en Filipinas, y en España presionaba con sagacidad e insistencia a favor de una reforma práctica y detallada de la política estatal hacia su país. Como Blumentritt,

de hecho, con quien también mantenía excelentes relaciones, no veía alternativa verosímil a este curso de acción. Pero su postura tenía tres fallos. El primero y mayor era que debía demostrar que sus políticas daban resultados significativos, de lo contrario era probable que cundiese la desilusión. Vemos este patrón en el asunto Calamba, en el que trabajó incansable a favor de la causa de la familia Rizal y de la gente del pueblo, pero no consiguió nada. El segundo, que la posible eficacia de su presión dependía de que persuadiese a los políticos y a los publicistas españoles de que la comunidad filipina en España lo respaldaba con solidez, lo cual lo obligaba a tolerar el juego, el donjuanismo sexual, la bebida y pequeñas rivalidades que Rizal tanto desaprobaba. Tercero, la política editorial de *La Solidaridad* debía ser la de evitar todo aquello que pudiera ofender innecesariamente a sus lectores españoles o ser aprovechado por la prensa derechista de Madrid. Rizal, por el contrario, lejos en el norte de Europa, no tenía ninguna experiencia política práctica, ni en Filipinas ni en España. No tenía que obtener resultados prácticos, tolerar lo que consideraba defectos morales de muchos miembros de la comunidad filipina, ni preocuparse demasiado por las sensibilidades personales de los políticos y los periodistas españoles a los que despreciaba o detestaba. Escribía y pensaba para lectores filipinos, no para el público español.

Tres Mundos 3: el Pacífico.

Es llamativo que en abril de 1890, cuando las cosas les iban bien a ambos, Rizal devolviera el ejemplar editado de uno de sus artículos, diciendo que había efectuado todos los cambios recomendados, pero añadiendo una frase cargada de significado: todos los cambios eran aceptables «samantalang hindi mababago ang pagiisip, o hindi masisira kaya ang takbo ñg pananalita» [«siempre que no se altere mi idea o, en consecuencia, no se arruine mi modo de expresarme»][67]. Pero el 26 de mayo escribió a Del Pilar que había decidido por el momento dejar de escribir para *La Solidaridad,* explicando de

manera muy inverosímil que los lectores necesitaban «descansar» de sus artículos y que otros filipinos necesitaban más oportunidad de demostrar su valía. Once días después, Del Pilar respondía preocupado, también en tagalo, pidiendo una explicación clara de qué había hecho mal, para poder arrepentirse, añadiendo con tristeza: «Maniwala kang sa mga kasaliwaang palad na nag sususon-suson sa buhay ko ay hindi makapayag yaring loob sa ganitong pañguñgulila» [«Créame que, entre las acumuladas miserias y desgracias de mi vida, no puedo soportar la perspectiva de quedar tan huérfano»]. Evidentemente conmovido por este llamamiento, Rizal respondió que Del Pilar exageraba y no tomaba en serio sus razones para interrumpir la colaboración con *La Solidaridad*.

> Ako'y sinisglahan ñg malulungkot na pagiísip, bagama't di lubos ang aking paniwala. Niaong kabataan ko'y paniwala akong lubos na di ako sasapit sa tatlong pung taon, aywan kung bakit gayon ang isipan ko. Mayroon na ngayong halos dalawang buan na halos gabi gabi'y wala akong ibang pangarap kundi ang mga patay kong kaibigan at kamaganak [Los pensamientos melancólicos despiertan mi imaginación. Cuando era niño, estaba seguro de que no llegaría a los treinta, no sé por qué. Ya hace dos meses que todas las noches sólo sueño con amigos y parientes muertos][68].

Avanzado 1890, Del Pilar, demasiado ocupado para dirigir *La Solidaridad,* cometió el error táctico de ceder la tarea al vanidoso y ambicioso criollo Eduardo de Lete, que de adolescente había sido amigo de Rizal pero se estaba volviendo en su contra, quizá celoso del prestigio que éste había alcanzado con *Noli me tangere*. Siempre enojadizo, el novelista sintió que sus artículos eran cada vez más censurados si se publicaban en *La Solidaridad* y pasados por alto o menospreciados si aparecían en otra publicación. Se estaba haciendo visible una rivalidad faccionaria entre pilaristas y rizalistas, arraigada en conflictos personales, pero expresada en discusiones internas sobre «asimilación» contra «separatismo».

Las cosas hicieron crisis al final del año, cuando Rizal acudió a Madrid a instar a la comunidad a redactar una constitución propia, y elegir un líder con capacidad para establecer una política[69]. Aparentemente convencido por las cartas que estaba recibiendo de Manila de que sus escritos eran responsables de un gran aumento de la actividad patriótica, parece haberse escandalizado cuando tres votaciones sucesivas quedaron divididas casi con igualdad de votos entre él y Del Pilar, que desde hacía tiempo era líder *de facto* de los filipinos en España. Al fin, ansioso por evitar una escisión desastrosa, Del Pilar dio a sus seguidores instrucciones de cambiar sus votos a Rizal que, enojado por lo ocurrido, amenazó entonces con dimitir si se permitía asumir el cargo a un hombre del que él desconfiaba, pero que había sido elegido como uno de los dos vicelíderes. Aunque formalmente triunfante, Rizal reconoció que el respaldo unificado que esperaba era una farsa para ablandarlo, no una aceptación de sus objetivos. Por lo tanto, regresó a Bruselas, y dimitió de su cargo. En mayo de 1891 le dijo por carta a Del Pilar que no volvería a escribir para *La Solidaridad,* pero que no se opondría a ella. Por el contrario, se dedicaría a completar su nueva novela. La amargura por este asunto, que él mismo había precipitado neciamente, tuvo dos consecuencias distintas. La primera, como veremos, que modeló de manera fundamental la forma y el estilo de *El Filibusterismo*. La segunda, que agudizó drásticamente la hostilidad entre las facciones pilarista y rizalista, cada una de las cuales colaboraba con sus líderes simbólicos por diversas razones, tanto

buenas y deshonrosas.

Es notable que Rizal no le contara nada sobre esto a Blumentritt hasta el 9 de octubre, la víspera de su partida definitiva de Europa, y que la carta tomara forma de defensa de su decisión de romper con *La Solidaridad,* la cual había contrariado a su amigo:

> Du möchtest dass ich einen Artikel auf die Soli schriebe: leider muss ich dir gestehen, dass ich die Abzicht habe keinen Artikel mehr für jenes Zeitung zu arbeiten. Dass hätte ich dir früher sagen können, aber ich wollte die unannehmlichen Angriffe gegen mich dir verbergen. Es haben viele Sachen unter uns passirt. Du schreibst ja, und ich stimme ganz überein was du schreiben kannst. Was Blumentritt und Rizal thun können, das kann Blumentritt allein. Ich habe viele Entwürfe vergeschlagen, die haben gegen mich einen geheimen Krieg zugeführt; sie nannten mich Idol, sie sagten ich sei Despote u.s.w. als ich die Philippiner zum Arbeiten bringen wollten Darüber schrieben sie nach Manila, alle Sachen ändern, under sagten ich wollte so und so, was nicht genau wahr ist. Von Manchem weiis ich dass ehe mein Filibusterismo in Druck gegangen, sagte er schon es taugte nichts und sei dem Noli tief unterliegend. Da sind viele geheime Kleinigkeiten als ob man wünschte, meinem kleinen Ruhm zu vernichten. Ich ziehe mich zurück um das Schisma zu verhinderen: mögen Andere die Politik zuführen. Sie sagte Rizal sei eine zu schwere Personalität; gut, der Rizal weicht ab Hindernisse sollen nicht aus mits kommen. Es kann möglich sein dass man dir das Geschehene anders erzählen als ist gegangen, wie es schon passirt, aber du hast einen scharfen Blick, und versteht mehr als was man dir sagty [Te gustaría que escribiese un artículo para *Soli,* pero debo confesarte que mi intención es no trabajar en ningún artículo más para esa revista. Podría habértelo dicho antes, pero quería ocultarte los desagradables ataques de los que he sido objeto. Hemos pasado por muchas cosas juntos. Ya escribes tú (para ella), y estoy completamente de acuerdo con lo que puedas escribir. Lo que Blumentritt y Rizal pueden hacer, Blumentritt lo puede hacer solo. He sugerido muchos proyectos, pero mantienen una guerra secreta contra mí; me llaman «ídolo», dicen que soy un déspota, etcétera, cuando lo que yo deseaba era poner a los filipinos a trabajar. Escribieron acerca de todo esto a Manila, tergiversando los hechos, diciendo que yo quería esto y aquello, algo que no se acerca a la verdad. He sabido por varias personas que incluso antes de que mi *Filibusterismo* entrara en prensa, ya decían que no valía la pena y era muy inferior a *Noli.* Se están dando muchas mezquidades secretas, como si deseasen destruir la poca reputación que tengo. Me retiro para evitar un cisma; que otros tomen las riendas políticas. Dicen que Rizal es una personalidad demasiado difícil; bien, entonces, Rizal sigue su propio camino; no debería haber obstáculos por mi parte. Es posible que te cuenten otra versión de lo ocurrido, pero tienes buena vista y entiendes más allá de lo que oigas] [70].

La respuesta inmediata de Blumentritt se ha perdido, pero se puede deducir el fondo de la misma a partir de una carta escrita el 4 de julio de 1892, que, por razones que explicaremos más adelante, probablemente Rizal nunca recibiese. El austriaco se mostraba inusualmente contundente. Decía que todas las cartas que le había mandado Del Pilar expresaban gran aprecio por Rizal. Él mismo había instado a pilaristas y rizalistas a olvidar pequeñas diferencias personales, y evitar conflictos que sólo podían beneficiar al enemigo común y debilitar al movimiento. No abogaba por una paz total, sino sólo por una tregua inteligente. Además, disentía por completo de la opinión que Rizal tenía de *La Solidaridad,* cuyo valor estaba demostrado por el hecho de que recientemente el enemigo había creado una publicación quincenal precisamente para

combatir su influencia. Pero, añadía, no debían esperarse milagros de la revista, y mucho menos que pudiera conseguir en cuatro años lo que a otros pueblos les había costado cuatro décadas alcanzar. Los filipinos no debían despreciarla, porque defendía el honor de su país y de su gente. «Quizá mis palabras sean ásperas y contundentes, pero mi corazón es afectuoso y bueno, nunca abandonaré a mis pobres filipinos; nunca seré un desertor»[71].

Rizal estaba cada vez más convencido de que toda la campaña asimilacionista era vana. La representación cubana en las Cortes era insignificante bajo el sistema electoral corrupto de Cánovas y Sagasta. No había impedido a España mantener la explotación despiadada de la producción cubana mediante la manipulación de los aranceles, los monopolios y el sometimiento a los intereses empresariales vascos y catalanes[72]. Además, creía Rizal, no había posibilidad alguna, a finales del siglo XIX, de convertir a millones de filipinos en hablantes de español asimilados. El envío del brutal Weyler a Manila en 1888 por parte de Sagasta, y la sustitución a su vez de éste por Cánovas en 1890, profundizaba aún más la convicción que Rizal tenía de que nada útil se podía obtener en España. El trabajo de emancipación debía hacerse en su propio país.

En este estado mental abandonó en 1891 el periodismo para centrarse por completo en *El Filibusterismo,* novela que vio frenéticamente salir de prensa en agosto, tras lo cual se dirigió de inmediato a Filipinas. Si *Noli me tangere* estaba dirigida a múltiples lectores de Europa y Filipinas, *El Filibusterismo* sólo estaba pensado para éstos. Envió unos cuantos ejemplares a amigos residentes en España y en otras partes, pero el resto de la edición la mandó a Hong Kong, donde tenía intención de instalarse hasta que finalizase el mandato de Weyler. A Basa, amigo de confianza algo mayor que él, que siendo veinte años antes una de las víctimas deportadas por Izquierdo se había instalado en Hong Kong y convertido en próspero hombre de negocios (y ágil contrabandista), le escribió desde Ghent el 9 de julio una importante carta en la que le confiaba los libros y lo instaba a mantener completo secreto, porque el espionaje clerical también se extendía a la colonia británica. La carta habla con mucha amargura de su extrema pobreza, y de las interminables promesas de ayuda económica hechas por algunos miembros ricos de la comunidad filipina en España e incumplidas[73].

> Estoy cansado ya de creer en nuestros paisanos; todos parece que se han unido para amargarme la vida [...] ¡Ah! ¡Le digo á V., que si no fuera por V., si no fuera porque creo que hay todavía verdaderos buenos filipinos, me dan ganas de enviar al diablo paisanos y todo! ¿Por quién me han tomado? ¡Precisamente, cuando uno necesita tener su espíritu tranquilo y su imaginación libre, venirle á uno con engaños y mezquindades![74].

¿Una biblioteca perdida?

Antes de pasar a considerar algunos de los enigmas a los que se enfrenta el lector de la segunda novela de Rizal, en especial sus aspectos aparentemente prolépticos, es necesario analizar brevemente una seria dificultad investigativa: el problema de la formación filosófica de Rizal en la esfera política. La lista de su biblioteca de Calamba no incluye libros de pensadores políticos posteriores al tiempo de Voltaire, Rousseau y Herder, a no ser que incluyamos a Herbert Spencer. El carácter de esta lista podría explicarse razonablemente por los riesgos que implicaba, en especial para su familia,

intentar introducir en el estado policial de la colonia libros de teoría política contemporáneos. Pero la enorme correspondencia de Rizal publicada dentro de Europa muestra una ausencia comparable. No menciona a Constant, Hegel, Fichte, Marx, Tocqueville, Comte, Saint-Simon, Fourier, Bentham, Mill, Bakunin o Kropotkin; sólo alusiones casuales de una frase a Proudhon y Tolstói. ¿Es posible que en los casi diez años que pasó en Madrid, París, Londres y Berlín consiguiera evitar o pasar por alto a todos estos pensadores políticos influyentes?



Autorretrato de Juan Luna a los veintidós años.

Por el momento sólo hay una clave directa, aunque ambigua: una carta que le escribió el 13 de marzo de 1891 a Bruselas su íntimo amigo el pintor Juan Luna, que residía en París. Vale la pena citarla ampliamente.

> Mañana se inaugura el Salón del Campo de Marte. Es la primera vez que tengo los dos

> cuadros en la *cimaise* ó zócalo. Me puedo dar por satisfecho (por ahora) que sabes cómo mando yo los cuadros, como patatas al mercado. A mi cuadro del entierro le titulé *Les Ignorés* y como habrás visto me ocupo ahora de los humildes y desheredados. ¿Qué libro me aconsejarías que lea para inspirarme en lo mismo? ¡De alguno que hubiese escrito en contra de este tan desnudo materialismo y de esta explotación infame del pobre; de la lucha del rico con el miserable! Estoy buscando un asunto digno de ser desarrollado en una tela de ocho metros. Estoy leyendo *Le Socialisme contemporaire* de E. de Lavelaye, en donde he recopilado las teorías de Carl Marx, Lasalle, *[sic],* etcétera, el socialismo católico, el conservador, el evangélico, etc. Me interesa muchísimo. Pero yo lo que quisiera es un libro que pusiera en relieve las miserias de nuestra sociedad contemporánea; una especie de *Divina Comedia,* un Dante que se paseare por los talleres en donde apenas se respira y en donde vería á hombres, chiquillos y mujeres en el estado más miserable que imaginar se puede. Chico, yo mismo he ido á ver una fundición de hierro; he pasado allí cinco horas y créeme que por más duro que tenga el corazón, el espectáculo que yo vi allí me ha impresionado muchísimo. Nuestros compatriotas, con todo lo malo que hacen allí los frailes, son felices comparados con esta miseria y muerte. Había un taller en donde se molía arena y carbón, éste al convertirse en polvo finísimo por la acción de los molinos se levantaba en grandes nubarrones, y toda la pieza parecía envuelta en humo: allí todo estaba lleno de polvo, y los diez ó doce trabajadores que se ocupaban en rellenar con sus palas el molino tenían el aspecto de cadáveres; ¡tal era la facha miserable de los pobres! Yo estuve 3 ó 4 minutos y me parecía que había tragado arena y polvo toda mi vida: se me metía por las narices, por la boca, por los ojos […] y pensar que aquellos infelices respiraban 12 horas carbón y polvo; yo creo que infaliblemente están condenados á muerte y que es un crimen el abandonar así á tan pobre gente[75].

Por desgracia, no disponemos de la respuesta de Rizal a esta misiva. Pero Luna se refiere a Marx y Lasalle sin más explicación, dando a entender que Rizal no la necesitaba. Además, aunque era mayor que el novelista, le pedía que le recomendara alguna lectura inspiradora sobre los estragos del capitalismo industrial contemporáneo.

Otra posible clave, mucho menos instructiva, es un artículo publicado en Madrid en enero de 1890 por Vicente Barrantes, antiguo alto cargo en Manila y después autoproclamado experto conocedor de Filipinas. (Probablemente, Barrantes se reconociera en el retrato que en *Noli me tangere* se da de un alto funcionario civil que encarcela a mestizos e *indios* ricos para extorsionarlos.) Tras calificar a Blumentritt de agente del «fondo de reptiles» de Bismarck, tachaba a Rizal de «anticatólico, protestante, socialista y proudhoniano»[76]. El término «proudhoniano» se utilizaba posiblemente sólo para menospreciar a Rizal, considerándolo un mero acólito del admirable demócrata y federalista republicano catalán Francisco Pi y Margall, que en 1868 había publicado una traducción de *Du principe fédératif* de Proudhon[77]. A Rizal le divirtió esta invectiva y en una carta escrita a Blumentritt el 6 de marzo decía con sarcasmo que si Barrantes se moría de ira por la abrasadora respuesta de Rizal en *La Solidaridad*: «Es ware eine grosse Verlust in meinier Menagerie; er ist einer der schönsten Exemplaren meines Schlangen und Hippopotames» [«sería una gran pérdida para mi colección de animales. Es uno de mis mejores ejemplares de serpientes e hipopótamos»][78].

Pero probablemente el indicio más revelador –que puede indicar por qué no se ha encontrado respuesta a Luna– sea la propia *El Filibusterismo*. Porque mientras Del Pilar y *La solidaridad* seguían atacando a las órdenes, a las que consideraban el principal

enemigo de las aspiraciones filipinas, y buscaban apoyos entre las filas de los liberales de Sagasta (entre otros), la segunda novela de Rizal no da mucha importancia a los frailes. Se permite la aparición de uno o dos razonables, y fray Salví, el lascivo maquinador de *Noli me tangere,* es aquí una presencia menor, incluso irrisoria. La figura más salvajemente ridiculizada esta vez es Don Custodio, el liberal condescendiente, incompetente y completamente oportunista que traiciona a los estudiantes que le piden apoyo.

Resulta por lo tanto difícil evitar concluir que si bien *El Filibusterismo* era altamente inflamatoria y subversiva en un aspecto, en otro era limitada y carecía de una postura política coherente. Muy probablemente la principal razón de dicha peculiaridad esté en que Rizal era novelista y moralista, no un pensador político. Quizá hubiera leído de hecho a algunos de los escritores tan visiblemente ausentes de su biblioteca y correspondencia, pero no parecen haberle causado mucha impresión. Y es bastante probable, también, que su obsesión, en especial durante la segunda estancia en Europa, con su propio país, y las calamidades que habían caído sobre su familia y la gente de su pueblo, lo dejaran en buena medida inconsciente de la miseria social de la propia Europa, o indiferente a ella. En los escritos de Rizal no hay nada parecido a la horrorizada descripción que Luna hace de la fundición parisina; el comentario ingenuamente expresado pero revelador que el pintor hace de que en Filipinas eran afortunados en comparación con los trabajadores industriales de París parece completamente fuera del marco de referencia del novelista.

Interpretación de El Filibusterismo: transcontinentalismo y prolepsis

En sus primeros capítulos, *El Filibusterismo* parece firmemente ambientado en el tiempo y en el lugar reales del mandato de Valeriano Weyler en Filipinas (desde marzo de 1888 hasta abril de 1891). El torpe, brutal y cínico Su Excelencia se basa claramente en el futuro Carnicero de Cuba[79], mientras que el alto funcionario innombrado, de mente liberal y favorable a los nativos que se opone al gobernador general y es cesado por sus esfuerzos, es un retrato apenas velado de Centeno, el gobernador civil de Manila. Este emplazamiento temporal lo confirma agudamente uno de los argumentos secundarios, que comienza en el capítulo iv e introduce al lector en el melancólico relato del honrado campesino Tales. Este hombre limpia y siembra una pequeña parcela de tierra en los confines boscosos del pueblo natal de Ibarra, San Diego (basado en el pueblo natal de Rizal, Calamba)[80]. Cuando prospera, los agentes de la hacienda cercana de una orden no identificada le informan de que el terreno está dentro de los límites legales de la hacienda, pero que puede quedarse pagando una pequeña renta. Cada año le suben la renta enormemente, hasta que Tales no puede pagar, y tampoco estaría dispuesto a hacerlo; amenazado con el desahucio, se niega a mudarse y se arma para defender sus tierras. Mientras tanto, pierde todo su dinero en el vano intento de que se le reconozcan sus derechos en los tribunales. Por último, es capturado por bandidos y extorsionado. Cuando por fin se paga el rescate, vuelve y encuentra su propiedad ocupada por la hacienda y un nuevo arrendatario en su lugar. Esa noche, el nuevo arrendatario, su esposa y el fraile encargado de las rentas mueren brutalmente asesinados, con el nombre de Tales escrito con sangre sobre su cuerpo.

En ese momento ocurre algo bastante extraordinario. El narrador grita de repente,

como si lo hiciese desde Bélgica:

> ¡Tranquilizaos, pacíficos vecinos de Kalamba! ¡Ninguno de vosotros se llama Tales, ninguno de vosotros ha cometido el crimen! ¡Vosotros os llamáis [sigue una lista de nombres que acaba con] Silvestre Ubaldo, Manuel Hidalgo, Paciano Mercado, os llamáis todo el pueblo de Kalamba![81].

Ubaldo e Hidalgo eran los cuñados de Rizal, mientras que Paciano era su querido hermano mayor. Todos fueron duramente sancionados por resistirse a los dominicos en 1888-1890. Y «San Diego» se descubre tranquilamente como «Kalamba»[82]. Más avanzada la novela, descubrimos que Tales se ha unido a los bandidos, y después de que su hija Juli se suicide para huir de la lascivia del padre Camorra, se alía con Simoun y finalmente se convierte en Matanglawin (en tagalo, *Ojo de Halcón*), el libre jefe de los bandidos que aterrorizan los campos que rodean Manila. Históricamente no parece haber habido ninguna figura similar a la de Matanglawin en la Filipinas de aquel tiempo, aunque había muchos pequeños bandidos en la zona montañosa situada al sur de la capital colonial. ¿Pero sí había tal vez uno o dos en la violenta y hambrienta Andalucía de los años estudiantiles de Rizal?

Transposiciones

El principal argumento secundario de *El Filibusterismo* es, como ya se ha mencionado, la fracasada campaña estudiantil para conseguir que el Estado funde una academia para la instrucción (laica) en español, primer paso para hispanizar a la población. Desde el punto de vista histórico, nunca se produjo tal campaña en Manila, y Weyler no la habría tolerado ni por un momento. Pero el argumento secundario es visiblemente una versión microcósmica de la campaña de asimilación táctica dirigida por Del Pilar en España a partir de 1889, en la que Rizal había perdido toda fe. La imagen detallada de los estudiantes parece completamente distinta a la que podemos obtener de otras fuentes sobre el mundo estudiantil de secundaria y universitario que Rizal había experimentado a finales de la década de 1870, prácticamente desconocedor de la política. La mayoría de los estudiantes se describen satíricamente como jóvenes oportunistas, jactanciosos, escépticos, ricos incompetentes o gorrones. El único descrito como plenamente bondadoso y patriota, el *indio* Isagani, no es sino un firme e ingenuo creyente en la campaña, sin ideas políticas serias. No es, por consiguiente, fácil evitar la conclusión de que casi todo el argumento secundario no es sino el Madrid de la década de 1880 trasladado oceánicamente a una imaginaria Manila en la 1890.

Pero esto no es todo, en absoluto. En el crucial primer capítulo («Simoun») en el que el lector descubre –porque accidentalmente Basilio lo reconoce– que Simoun es de hecho Ibarra, el ingenuo protagonista de *Noli me tangere*, la cuestión de la campaña entra en la conversación. Para probable sorpresa del lector, el cínico conspirador nihilista Simoun toca, por así decirlo, una nota violentamente vasca[83].

> ¡Ah, la juventud siempre inexperta y soñadora, siempre corriendo tras las mariposas y las flores! ¡Os ligáis para con vuestros esfuerzos unir vuestra patria á la España con guirnaldas de rosas cuando en realidad forjáis cadenas más duras que el diamante! ¡Pedís igualdad de derechos, españolización de vuestras costumbres y no veis que lo que pedís es la muerte, la

> destrucción de vuestra nacionalidad, la aniquilación de vuestra patria, la consagración de la tiranía! ¿Qué seréis en el futuro? Pueblo sin carácter, nación sin libertad; todo en vosotros será prestado hasta los mismos defectos. ¡Pedís españolización y no palidecéis de vergüenza cuando os la niegan! Y aunque os la concedieran, ¿qué queréis? ¿Qué vais a ganar? ¡Cuando más feliz, país de pronunciamientos, país de guerras civiles, república de rapaces y descontentos como algunas repúblicas de la América del Sur! […] El español nunca será lenguaje general en el país, el pueblo nunca lo hablará porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma: cada pueblo tiene el suyo, como tiene su manera de sentir. ¿Qué vais á conseguir con el castellano, los pocos que lo habéis de hablar? ¡Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos á otros cerebros y en vez de haceros libres haceros verdaderamente esclavos! Nueve por diez de los que os presumís de ilustrados sois renegados de vuestra patria. El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo que ni lo escribe ni lo entiende, y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra! Por fortuna tenéis un gobierno imbécil. Mientras la Rusia para esclavizar á Polonia le impone el ruso, mientras la Alemania prohíbe el francés en las provincias conquistadas, ¡vuestro gobierno pugna por conservaros el vuestro y vosotros en cambio, pueblo maravilloso bajo un gobierno increíble, vosotros os esforzáis en despojaros de vuestra nacionalidad! Uno y otro os olvidáis de que mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar. El idioma es el pensamiento de los pueblos[84].

El ataque es suficientemente duro como para permitir que el lector olvide que Ibarra-Simoun tenía un inescrupuloso y cruel abuelo vasco, y que para disfrazarse finge un tagalo malo y con fuerte acento; o que su denuncia contra la hispanización se expresa en un español excelente. También podría pasar por alto un argumento contradictorio de Simoun unas cuantas líneas antes: «¿Queréis añadir un idioma más á los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entenderos cada vez menos?»[85]. Pero lo importante es que en Europa Rizal nunca escribió públicamente en estos mordaces términos nativistas, que habrían horrorizado a sus camaradas de *La Solidaridad*. En España habría hablado del presente, pero trasladado a Manila habla del futuro, con Polonia y Alsacia como advertencias.

A medida que la novela avanza hacia su clímax, se perciben similares cambios espacio-temporales. Después de que fracase la campaña a favor de una enseñanza en español, una noche aparecen por toda la universidad misteriosos carteles *[pasquinades]* subversivos, llevando al régimen a efectuar detenciones indiscriminadas (clara réplica de las redadas de Canovas en la Universidad Central de Madrid al comienzo del último curso de Rizal). Los misteriosos pasquines provocan rápidamente un pánico general, alimentado por rumores enloquecidos de insurrección e invasiones de feroces bandoleros, que recuerdan al pánico provocado por la Mano Negra en Andalucía en 1883, y presagio del denominado ataque «revolucionario» campesino en Jerez a comienzos de 1892. Es interesante que Rizal trabaje para introducir estas tramas en Filipinas dando al capítulo pertinente el título en tagalo (no traducido) de *Tatakut,* que significa «pánico».

Dansons la Ravachole

Por último, llegamos a la trama del atentado en sí, que irá unido a ataques armados de los hombres de Tales y otros forajidos, los cuales han aceptado coordinarse con el misterioso joyero.

Hay en esta conspiración fracasada una serie de rasgos curiosos. En primer lugar, imaginada en 1890-1891, es anterior, no posterior, a la espectacular oleada de atentados con bomba que sacudió España y Francia en 1892-1894. A partir de 1888, sin embargo, se habían producido cada vez más explosiones de bombas y petardos, por lo general en la Barcelona industrial, pero también en Madrid, Valencia y Cádiz. La mayoría se ponían en fábricas, pocos causaron pérdidas de vidas o heridos graves, y en casi ninguno se consiguió desenmascarar a los perpetradores. Hay incluso muchas razones para suponer que los pusieran trabajadores furiosos e influidos por las ideas anarquistas, aunque tal vez algunos estuviesen organizados por agentes provocadores de la policía. Pero el número y la gravedad de los atentados aumentaron marcadamente después del «levantamiento de Jerez», el 8 de febrero de 1892. Esa noche, unos cincuenta o sesenta campesinos entraron en la ciudad para asaltar la cárcel en la que habían sido encerrados y torturados algunos de sus compañeros. Parece que esperaban, ingenuamente, que la guarnición militar local los apoyaría. La policía los dispersó, y un campesino y dos jerezanos resultaron muertos. Casi al final de su tercer periodo de mandato, Cánovas lanzó una oleada indiscriminada de represión contra campesinos y obreros, y el 10 de febrero fueron sometidos a garrote vil cuatro de los supuestos líderes del «levantamiento»[86].

Un mes después, empezó en París una serie de explosiones fuertes, obra del medio holandés, medio alsaciano François-Calude Koenigstein, más conocido como Ravachol, un criminal con un expediente de asesinatos y robos. Enseguida lo capturaron y lo juzgaron. Afirmando que había actuado en venganza por la anterior represión violenta de la policía contra una manifestación obrera en Clichy, seguida por el juicio a varios obreros en el que el fiscal exigió (aunque sin obtenerla) la pena de muerte, Ravachol declaró ante el tribunal que había actuado de acuerdo con los principios revolucionarios anarquistas. El 11 de julio fue a la guillotina gritando «Vive l'Anarchie!» y prometiendo que su muerte sería vengada[87]. La suya fue la primera ejecución política en Francia desde las masacres de los *communards*.

A pesar de su dudoso pasado, la muerte de Ravachol lo convirtió en un héroe instantáneo para la izquierda *anarquisant* de ambos lados de los Pirineos. Núñez cita una conocida canción del momento, «La Ravachole», que decía lo siguiente:

Dansons la Ravachole!
Vive le son, vive le son!
Dansons la Ravachole!
Vive le son
De l'explosion!

En la prensa anarquista española se citaba a Elisée Reclus, el famoso teórico del anarquismo, diciendo, «soy uno de los que ve en Ravachol un héroe con una rara grandeza de espíritu», mientras que el escritor Paul Adam, miembro del círculo de Mallarmé, escribió un «Éloge de Ravachol» en el que afirmaba que «Ravachol vio el sufrimiento y la miseria de quienes lo rodeaban, y sacrificó su vida en un holocausto. Su caridad, su desinterés, el vigor de sus acciones, su valentía ante la muerte ineludible, lo elevaron al esplendor de la leyenda. En estos tiempos de cinismo e ironía, nos ha nacido

un santo». La prensa anarquista española describía a Ravachol como un «Cristo violento» y un «revolucionario valiente y dedicado», y unos cuantos anarquistas sacaron publicaciones de poca duración en su honor: *Ravachol,* a finales de 1892, y *El Eco de Ravachol,* a comienzos de 1893[88].

El otoño de 1893 contempló grandes repercusiones del asunto Ravachol. El 24 de septiembre, Paulino Pallás arrojó dos bombas contra el capitán general de Cataluña, general Arsenio Martínez Campos (firmante del Pacto de Zanjón, que puso fin pacífico a los diez años de insurrección de Céspedes en Cuba)[89]. Este atentado provocó un muerto y varios heridos graves, pero Martínez Campos sólo sufrió unos rasguños. Pallás no intentó ocultarse ni huir, sino que arrojando la gorra al aire gritó «¡Viva la anarquía!». Lo fusilaron un mes después en Montjuïc, una fortaleza que pronto adquiriría notoriedad[90]. El 7 de noviembre, Santiago Salvador, de treinta y dos años, arrojó una enorme bomba en el Teatro del Liceo de Barcelona durante una representación de la ópera de Rossini *Guillermo Tell,* causando gran número de muertos y heridos graves entre buena parte de la elite adinerada de la ciudad. Detuvieron y torturaron a muchos sospechosos inocentes antes de encontrar en su escondite a Salvador[91]. Tras declarar que había actuado para vengar a Pallás, a quien conocía y admiraba, fue ejecutado mediante garrote vil en Montjuïc el día 24[92]. Sagasta (en el poder de nuevo desde 1892) proclamó en Barcelona la ley marcial, que duró un año. Su ejecutor no fue otro que Weyler, que acababa de regresar de Filipinas. La prensa anarquista tuvo que cerrar.

Entonces, el 9 de diciembre, Auguste Vaillant arrojó en el Parlamento francés una gran bomba que no mató a nadie pero hirió a varios diputados. El 5 de febrero de 1894 fue guillotinado, el primer ejemplo en la historia de Francia en que se usó la pena de muerte en un caso sin víctimas mortales[93]. (El presidente Sadi Carnot, mediocre nieto de Lazare Carnot, el gran jefe militar de la Revolución, se negó a conmutar la pena, y murió apuñalado en Lyon el 24 de junio de 1894. A su asesino, el joven anarquista italiano Sante Jeronimo Caserio, lo guillotinaron dos meses después.) La culminación de esta oleada de atentados anarquistas (aunque ni mucho menos su fin) se produjo con una serie de explosiones mortíferas en París inmediatamente después de la ejecución de Vaillant, y claramente en parte como venganza. Se descubrió que el perpetrador era Émile Henry, joven intelectual hijo de *communards* exiliados en España[94]. También a él lo capturaron enseguida, y lo guillotinaron el 21 de mayo[95]. (Para este estudio, el único atentado importante no se produjo hasta la «atrocidad» del día de Corpus Christi, el 7 de junio de 1896, en Barcelona, pero su consideración se dejará para el capítulo 4.)

Ninguno de estos cinco terroristas famosos de 1892-1894 encaja con el perfil personal de Simoun. Todos ellos eran muy jóvenes, pobres, semieducados (excepto Henry), y se autoproclamaban anarquistas. Ninguna de sus bombas tenía en sí nada huysmanesco. Pero considérense algunas de las palabras pronunciadas por Émile Henry en su juicio, de acuerdo con lo dicho por Joll[96]. Al preguntarle por qué había matado a tantos inocentes, Henry respondió con sorna, «Il n'y a pas d'innocents» [«No hay inocentes»]. Después:

> Estaba convencido de que la organización existente [de la sociedad] era mala; quería luchar contra ella para acelerar su desaparición. Aporté a la lucha un profundo odio, intensificado cada día por el nauseabundo espectáculo de una sociedad en la que todos son soeces, todos son cobardes, donde todo es un obstáculo al desarrollo de las pasiones humanas, a las tendencias generosas del corazón, al libre vuelo del pensamiento [...] Quería

demostrarle a la burguesía que sus placeres serían interrumpidos, que su becerro de oro temblaría con violencia en el pedestal, hasta que el golpe final lo convirtiera en barro y sangre.

Y a continuación declaró que los anarquistas

no se apiadan de las mujeres y los niños burgueses, porque nadie se apiada de las esposas y los hijos de sus seres queridos. ¿No son víctimas inocentes esos niños que, en los suburbios, mueren lentamente de anemia porque el pan escasea en casa; o esas mujeres que palidecen en vuestros talleres y se agotan para ganar cuarenta sous al día, y sin embargo tienen suerte cuando la pobreza no las convierte en prostitutas; esos ancianos a quienes había convertido en máquinas de producir toda su vida, y a quienes arrojáis al cubo de la basura y al asilo de pobres cuando se les agotan las fuerzas? Al menos tened la valentía de vuestros delitos, caballeros de la burguesía, y aceptad que nuestras represalias son plenamente legítimas.

Habéis colgado hombres en Chicago, cortado cabezas en Alemania, los habéis estrangulado en Jerez, los habéis matado a tiros en Barcelona, guillotinado en Montbrisons y París, pero lo que nunca destruiréis será el anarquismo. Sus raíces son demasiado profundas; ha nacido en el corazón de una sociedad corrupta que se está despedazando; es una reacción violenta contra el orden establecido. Representa las aspiraciones igualitarias y libertarias que están derribando a golpes la autoridad existente; está en todas partes, lo cual imposibilita su captura. Acabará matándoos.

La retórica de Henry reproduce extrañamente la de Simoun: apresurar el rápido avance de un sistema corrupto hacia el abismo, la venganza violenta contra la clase dominante (incluidos sus «inocentes») por sus crímenes contra los desventurados y los pobres, y la visión de una sociedad libre e igualitaria en el futuro. Aunque los campesinos tagalos tenían sus propias tradiciones utópicas y mesiánicas, insertas en el catolicismo popular[97], el discurso de Simoun no las refleja, sino que por el contrario utiliza un lenguaje de la furia social europea que se retrotraía al menos a la Revolución francesa, o incluso antes. Pero Simoun se imagina de un modo más complejo y también contradictorio. Hay en él una fotografía en negativo del «socialista» aristocrático Rodolphe, que practica su propia justicia vigilante sobre los malhechores y los explotadores, de Des Esseintes, que añade un enemigo más a una sociedad execrable, y quizá incluso de Necháiev[98]. Al mismo tiempo, sin embargo, Simoun es un nacionalista anticolonial, con una especie de revolución en mente. Pero si uno planteara la ilegítima pregunta de «suponiendo que la trama hubiera tenido éxito, ¿qué pasaría después?», la respuesta ilegítima tendría que ser, «nihil». Simoun no tiene planes para después de su venganza con éxito, y nada en *El Filibusterismo* sugiere que otros los tengan: sólo un sueño de «libertad», informe y utópico. (Ésta debe de ser una de las razones por las que la conspiración tiene que fracasar). Es aquí exactamente donde Rizal marcó el cruce del nacionalismo anticolonial y la «propaganda por el hecho», con su utopismo sin planes y su gusto por la autoinmolación. A partir de mi hazaña y mi muerte llegará algo mejor que el presente invivible.

La misma temática aparece en escena cuando Basilio, enterándose de la «máquina infernal» que hay dentro de la granada, exclama: «¿Qué dirá el mundo, á la vista de tanta carnicería?». Simoun responde con sarcasmo lo siguiente:

¡El mundo aplaudirá como siempre, dando la razón al más fuerte, al más violento! Europa

> ha aplaudido cuando las naciones del occidente sacrificaron en América millones de indios y no por cierto para fundar naciones mucho más morales ni más pacíficas; allí está el Norte con su libertad egoísta, su ley de Lynch, sus engaños políticos; allí está el Sur con sus repúblicas intranquilas, sus revoluciones bárbaras, guerras civiles, pronunciamientos, ¡como en su madre España! Europa ha aplaudido cuando la poderosa Portugal despojó á las islas Molucas, aplaude cuando Inglaterra destruye en el Pacífico las razas primitivas para implantar la de sus emigrados. Europa aplaudirá como se aplaude al fin de un drama, al fin de una tragedia; ¡el vulgo se fija poco en el fondo, sólo mira el efecto!»[99]

Los ejemplos dados por Simoun son ingleses, portugueses y estadounidenses, pero su lógica es igualmente aplicable a Argentina, Colombia, Venezuela y Perú, en representación de esas repúblicas latinoamericanas posrevolucionarias, plagadas de caudillos, de las que con tanto desprecio ha hablado antes. Al mismo tiempo, sin embargo, todos los ejemplos, declarados y no declarados, son de «éxitos» violentos. Visto a la luz de esta retórica, un «éxito» de este tipo se estaba volviendo imaginable en Filipinas. Cinco años después de la publicación de *El Filibusterismo,* Andrés Bonifacio comenzaría una insurrección armada a las afueras de Manila, apenas dieciocho meses después de que Martí liderase el camino en Cuba.

Una sonrisa enigmática

Esto nos lleva a otro aspecto político de *El Filibusterismo*. Las últimas páginas de la novela están ocupadas por un largo diálogo entre el moribundo Simoun y el amable sacerdote nativo, padre Florentino, con quien ha encontrado refugio temporal. Simoun plantea al sacerdote la pregunta de Iván Karamazov: si *vuestro Dios* exige unos sacrificios tan inhumanos, esas humillaciones, torturas, expropiaciones, miseria y explotación de los buenos e inocentes, diciéndoles sin más que sufran y trabajen, *¿Qué Dios es ése?*[100], Florentino responde con una larga homilía que justifica la actitud de la divinidad hacia los hombres. Le dice a Simoun que Dios entiende todos sus sufrimientos y le perdonará, pero que ha escogido métodos malignos para alcanzar fines respetables, y eso es inadmisible. La mayoría de los comentaristas asumen que el viejo sacerdote representa la última palabra de Rizal en el drama político y moral de la novela. Pero sacar esta conclusión tan fácil exige pasar por alto dos cosas. En primer lugar, Simoun no dice nada durante la homilía ni después de ella, y podría no estar escuchando siquiera. No hace una confesión propiamente dicha, y no pide la absolución. Momentos después fallece. En segundo lugar, el extraño y breve capítulo cerca del final, titulado «El misterio», de cuyas siete páginas del manuscrito original tres fueron eliminadas por el autor.

Nos encontramos en la casa de la rica familia Orenda, a la que han llegado tres visitantes, en el caos que sigue a la explosión y a las incursiones armadas fallidas. Uno de los visitantes es el apuesto y joven Momoy (pretendiente de Sensia, hija mayor de los Orenda), que asistió a la fatídica boda de Paulita Gómez y fue un testigo confuso de lo ocurrido. Otro es el estudiante Isagani que, para salvar la vida de Paulita, tomó la lámpara mortal y se lanzó con ella al río Pasig. Momoy le cuenta a la familia que un ladrón desconocido escapó con la lámpara, y se sumergió con ella en el agua. Sensia interrumpe para decir destacablemente: «¿Un ladrón? ¿Uno de la Mano Negra?». «Nadie sabe –continúa Momoy– si era español, chino o indio». El tercer visitante, un platero que

ayudó en las decoraciones de la boda, añade que se rumorea que la lámpara estaba a punto de explotar y que la casa de la novia también estaba llena de pólvora. Momoy se queda atónito y paralizado por el pánico ante esto, y en su expresión muestra el temor. Entonces, viendo que Sensia se ha dado cuenta, y mortificado en su masculinidad, dice: «¡Qué lástima! –exclamó haciendo un esfuerzo– ¡qué mal ha hecho el ladrón! ¡Hubieran muerto todos!». Las mujeres se quedan completamente petrificadas. Entonces:

> Siempre es malo apoderarse de lo que no es suyo, contestó Isagani con enigmática sonrisa; si ese ladrón hubiese sabido de qué se trataba y hubiese podido reflexionar, de seguro que no lo habría hecho. Y añadió después de una pausa: por nada del mundo quisiera estar en su lugar.

Una hora después, Isagani pide permiso para «retirarse por siempre» al hogar de su tío (el padre Florentino), y desaparece de la novela[101]. El bondadoso y patriótico estudiante, que nunca antes había sonreído enigmáticamente (ésa es la especialidad del melancólico Simoun), lamenta haber arruinado el plan del joyero. El español deja claro que retirarse *por siempre* no es más que su intención en el momento de partir. ¿Qué pasos seguirá? Es como si se invitase al lector a esperar una continuación de *El Filibusterismo*.

Estamos ahora quizá mejor situados para entender el carácter proléptico del libro y la importancia de que Rizal la calificase de novela filipina. La prolepsis se diseña principalmente mediante una enorme e ingeniosa transferencia desde España a Filipinas de acontecimientos, experiencias y sentimientos reales que después aparecen como sombras de un futuro inminente; la inminencia a su vez está garantizada por una firme inserción en tiempos del gobernador general Weyler, todavía en el poder cuando se editó el libro. Pero Simoun es algo completamente distinto. Tiene sus orígenes en relatos de ficción anteriores, incluida *Noli me tangere,* y no entra en la novela procedente de España, sino de una Cuba imaginada, y después de vagar por toda la Tierra. Es una especie de *espectro mundial* venido a hechizar a Filipinas, reflejando lo que en una ocasión Izquierdo había fantaseado como la maquiavélica red invisible de la Internacional. Que todavía no existía en la realidad, pero, dado que ya estaba imaginada, al igual que su nación, se encontraba de camino.

El imperio español siempre había sido principalmente americano, y su práctica desaparición entre 1810 y 1830 prometía una liquidación definitiva de los restos, aunque también lanzaba advertencias sobre las consecuencias de la precocidad. La propia Europa, pensaba Rizal, estaba amenazada por una enorme conflagración entre sus belicosas potencias, pero también por violentos movimientos desde abajo. *El Filibusterismo* se escribió desde las alas de un proscenio mundial en el que todos, Bismarck y Vera Zazulitch, las manipulaciones yanquis y las insurrecciones cubanas, el Japón Meiji y el Museo Británico, Huysmans y la Comuna, Cataluña y las Carolinas, los nihilistas y los anarquistas, tenían su lugar. *Cochers* y «homeópatas» también.

A finales de 1945, apenas dos meses después de que se viniera abajo la ocupación japonesa de su país, pero en un momento en que el colonialismo holandés aún volvería con fuerza, el joven primer ministro de Indonesia, Sutan Sjahrir, calificó la situación de sus paisanos que empezaban la revolución de *gelisah*. No es una palabra fácil de traducir: hay que imaginar una gama semántica que cubre «ansioso», «estremecido» y «expectante». Ésa es la sensación de *El Filibusterismo*. Algo se acerca.

[1] W. H. Scott, *The Unión Obrera Democrática: First Filipino Trade Union,* Quezon City, New Day, 1992, pp. 6-7.

[2] L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 9-11.

[3] J. N. Schumacher, SI, *The Propaganda Movement, 1880-1895,* ed. rev., Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1997, p. 7.

[4] Guerrero observa que la guerra, que acabó en tregua armada, le costó a España 700 millones de pesos y 140.000 bajas (principalmente por enfermedades), la promesa de amnistía y otras reformas, una amnistía general, y un acuerdo humillante con Estados Unidos que permitía a los cubanos adquirir la ciudadanía estadounidense. L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 283. Los acontecimientos de Cuba se tratarán con más detalle en el capítulo 4.

[5] Recuérdese que la crisis sucesoria creada por la huida de Isabel se convirtió en el *casus belli* de la Guerra Franco-Prusiana. El gobierno español, buscando un sustituto adecuado, decidió aproximarse al príncipe Leopoldo, primo lejano del rey de Prusia, y Bismarck, comprendiendo todas las ventajas de tener a un Hohenzollern en el trono de Madrid, presionó a Leopoldo para que aceptase la invitación. Cuando la noticia se filtró a París, el ministro de Exteriores francés perdió la cabeza. Se dirigió con premura a Ems, donde Guillermo i pasaba sus vacaciones, y no sólo exigió la retirada de Leopoldo, sino también una declaración pública de que no se presentaría ningún candidato Hohenzollern. No dispuesto a dejarse humillar, Guillermo se negó. Bismarck, al recibir un informe telegrafiado de la reunión, hizo que las exigencias de París pareciesen más perentorias, y el rechazo de Guillermo más brusco, de lo que realmente habían sido. La publicación sesgada del telegrama consiguió exactamente lo que el Canciller de Hierro esperaba: que Luis Napoleón declarase imprudentemente la guerra.

[6] Como otros de su generación, Izquierdo estaba seguro de que los nativos eran incapaces de organizar una insurrección por sí solos. Se pensaba que criollos y mestizos, no nativos, habían costado a España su imperio americano continental, y eran la principal fuerza que respaldaba los alarmantes éxitos contemporáneos de Céspedes en Cuba.

[7] *Ibid.,* pp. 8-9; L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 3-6, 13.

[8] W. H. Scott, *op. cit.,* pp. 6-7.

[9] J. Rizal, carta a su amigo Mariano Ponce y al personal de *La Solidaridad* –órgano en la década de 1890 de los nacionalistas filipinos residentes en España– citada en L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 608, citado en la n. 13.

[10] *The Rizal-Blumentritt Correspondence, Vol. 1, 1886-1889,* Manila, National Historical Institute, 1992, quinta y sexta páginas no numeradas después de la p. 65. Carta fechada en Berlín el 29 de marzo de 1887.

[11] F. Tarrida del Mármol, «Aux Inquisiteurs d'Espagne», *La Revue Blanche* 82/12 (1 de febrero de 1897), pp. 117-120. En la p. 117 escribía, de los «inquisiteurs modernes» de España, que «leurs procédés sont toujours les mêmes: la torture, les exécutions, les calomnies. Si le malheureux qu'ils veulent perdre demeure à Cuba, cést un flibustier; si dans la péninsule, un anarchiste; si aux Philippines, un franc-maçon» [Los métodos de estos modernos inquisidores son siempre los mismos: la tortura, las ejecuciones, las calumnias. Si el desgraciado a quien pretenden destruir vive en Cuba, es un filibustero; si vive en la Península, un anarquista; si en Filipinas, un francmasón]. Más adelante hablaremos del temible Tarrida. Baste decir aquí que sabía de qué hablaba, dado que nació en Cuba en 1861 –año en el que también nació Rizal– y decía de sí mismo en este artículo «je suis cubain». Véase G. R. Esenwein, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898,* Berkeley, University of California Press, 1989, p. 135.

Es interesante saber como acabó el término *filibustero,* derivado del holandés *vrijbuiter* (más tarde el inglés *freebooter*), que originalmente significaba «bucanero» o «pirata», convertido en una palabra positiva y completamente política. Un punto de inflexión significativo tal vez pueda encontrarse en el cap. 52 («Les flibustiers désolent les mers d'Amérique. Origine, moeurs, expeditions, décadence de ces corsairs») de un estimulante libro de G.-T. Raynal y D. Diderot, *Histoire philosophique et politique des établissements & du commerce des Européens dans les deux Indes,* Ginebra, Libraires Associés, 1775. Sin disimular la brutalidad de los bucaneros, los autores escriben no obstante con admiración sobre su amor a la libertad y su propio código de honor. «Filibustero» en todo su sentido político parecen haberlo creado en torno a 1850 los criollos de Nueva Orleáns, que lo usaban para describir a los diversos mercenarios e idealistas que en esa ciudad se unieron al venezolano Narciso López en cuatro intentos fallidos de invadir Cuba (1848-1850), para liberarla del yugo español y conseguir la anexión de la isla a Estados Unidos. Tipos como el notable aventurero estadounidense William Walker, que brevemente se declaró presidente de Nicaragua a mediados

de la década de 1850, ya se llamaban a sí mismos con orgullo filibusteros. Lo más probable es que la palabra viajara a Manila en el equipaje de los oficiales militares de alta graduación que habían servido en el Caribe antes de ser destinados a Filipinas. Cuatro de los cinco últimos capitanes generales del archipiélago, Valeriano Weyler (1888-1891) –mallorquín de padres prusianos–, Eulogio Despujol (1891-1893), Ramón Blanco (1893-1896) y Camilo Polavieja (1896-1897) habían obtenido sus espuelas represivas en el Caribe, Despujol en Santo Domingo y los otros en Cuba.

Es una extraña ironía histórica que López –que ofreció el mando de su segunda expedición a Jefferson Davis y a Robert E. Lee, destacó por su «severidad» hacia los negros, se alió con la esclavocracia sureña y los expansionistas del Norte, y reclutó hombres principalmente entre los veteranos de la Guerra de México– encontrase rehabilitación patriótica póstuma gracias a haber sido sometido a garrote público en La Habana. La bandera roja, blanca y azul con barras y estrellas que él diseñó por razones anexionistas sigue siendo la actual bandera nacional de Cuba. Véase H. Thomas, *Cuba, The Pursuit of Freedom,* New Brunswick, Nueva Jersey, Harper & Row, 1971, pp. 212-217 [ed. cast.: *Cuba. La lucha por la libertad,* Barcelona, Grijalbo, 1973].

[12] En su *Diario de Viaje. De Calamba á Barcelona,* incluido en *Diarios y memorias,* cit., p. 57, el Rizal de veinte años escribía que Aden (de Rimbaud) «me recordó del infierno de Dante». Por una carta enviada a casa desde Barcelona el 23 de junio, sabemos que paró a disfrutar de los placeres de Pompeya y Herculano, y admiró desde cubierta la isla de If, donde Edmond Dantès había permanecido tanto tiempo encarcelado. *Cartas entre Rizal y los miembros de la familia, 1886-1887,* incluidas en *Correspondencia epistolar,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961, t. ii, lib. i, pp. 20-21.

[13] *One Hundred Letters of José Rizal,* Manila, National Historial Society, 1959, p. 26. Carta enviada el 23 de junio de 1882 desde Barcelona. Estas cartas no estaban disponibles cuando se publicó la gran *Correspondencia epistolar*.

[14] «Que nos toman por chinos, americanos ó mulatos y muchos aun de los jóvenes estudiantes no saben si Filipinas perteneciese á los ingleses o á los españoles. Un día preguntaban á uno de nuestros paisanos si Filipinas estaba muy lejos de Manila».

[15] En el genial *Avant-Propos* que incluyó en su nueva traducción de *Noli me tangere* al francés, Jovita Ventura de Castro señalaba que hasta 1863 no se permitió a los estudiantes filipinos estudiar en las universidades metropolitanas. Los primeros en matricularse fueron criollos físicamente indistinguibles de los españoles de la Península. Mestizos e indígenas de diferentes étnias sólo parecen haber llegado a finales de la década de 1870. Eran, por lo tanto, visiblemente nuevos. Véase *N'y touchez pas!,* París, Gallimard, 1980; la edición fue patrocinada por la UNESCO.

[16] Véase mi libro *Imagined Communities,* Londres, Verso, 1991, p. 57 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1993].

[17] Véase *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1889,* cit., p. 72. Es importante reconocer que la palabra alemana *Philippiner* no está contaminada por las ambigüedades que rodean al término *filipino*. Es clara y sencillamente (proto)nacional.

[18] Es muy llamativo que las palabras *mestizo chino* no aparezcan en *Noli me tangere* y sólo una vez, de pasada, en *El Filibusterismo*. Hay muchos personajes de los que uno puede suponer que son ese tipo de mestizos, pero Rizal tiene cuidado de no mencionar los apellidos que los delatarían. Por desgracia, los prejuicios españoles contra los chinos estaban muy arraigados en la joven elite anticolonial.

[19] Mencionado en la ilustradora introducción del mexicano Leopoldo Zea a la edición venezolana de *Noli me tangere,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. xviii, citando el «elogio» del filósofo, ensayista, poeta y novelista vasco Miguel de Unamuno y Jugo incluido en W. E. Retana, *Vida y escritos del Dr José Rizal,* Madrid, Victoriano Suárez, 1907.

[20] Morayta enfureció en especial a la jerarquía al recalcar que el Rig-Veda era mucho más antiguo que el Antiguo Testamento, proclamar que los egipcios habían sido precursores de la idea de retribución en la otra vida y analizar con escepticismo el Diluvio y la Creación que Roma todavía insistía en que se había producido en el año 4404 a.C. M. Sarkisyanz, *Rizal and Republican Spain,* Manila, National Historical Institute, 1995, p. 205.

[21] J. Rizal, *El Filibusterismo,* cit., nn. al final, pp. 38-39. Los editores añaden que llegaron felicitaciones y protestas de apoyo de estudiantes de Bolonia, Roma, Pisa, París, Lisboa, Coimbra y diversos lugares de Alemania.

[22] Véase el animado relato que Rizal hace a su familia en una carta escrita el 26 de noviembre de 1884,

en *One Hundred Letters of José Rizal,* cit., pp. 197-200.

[23] De acuerdo con el censo de 1860, la mayoría de la población trabajadora adulta se distribuía por ocupaciones como sigue: 2.345.000 jornaleros rurales, 1.466.000 pequeños propietarios, 808.000 criados, 665.000 artesanos, 330.000 pequeños empresarios, 262.000 indigentes, 150.000 obreros fabriles, 100.000 profesionales liberales y ocupaciones afines, 70.000 «empleados» (¿funcionarios estatales?), 63.000 religiosos (incluidas 20.000 mujeres) y 23.000 mineros. J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne,* vol. i, París, André Balland, 1970, pp. 14-15. Cuarenta años después, en 1901, Barcelona tenía por sí sola 500.000 obreros, pero la mitad eran analfabetos. Véase J. Romero Maura, «Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics, 1904-1909», *Past and Present* 41 (diciembre de 1968), p. 164.

[24] Véase la útil cronología incluida en las pp. 63-64 de K.-H. Wionsek (ed.), *Germany, the Philippines, and the Spanish-American War,* traducido al inglés por T. Clark, Manila, National Historical Institute, 2000.

[25] Véase el animado relato y el soberbio análisis de K. Ross, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988; también J. Joll, *The Anarchists,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1980, pp. 148-149.

[26] Véase la descripción detallada en L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 198.

[27] *One Hundred Letters of José Rizal,* cit., p. 174. Carta enviada a casa desde Madrid, fechada el 28 de octubre de 1883. ¡Parece que España no vale la pena mencionarla!

[28] Se puede hallar un *tableau vivant* en R. Sempau, *Los victimarios,* Barcelona, Manent, 1901, p. 5. Una impresionante lista de los atentados realizados y fallidos en Rusia entre 1877 y 1890 se puede hallar en R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909,* Madrid, Siglo xxi de España, 1983, pp. 19-20.

[29] El grupúsculo se denominaba característicamente La Retribución del Pueblo. Nechayev volvió a huir a Suiza, pero fue extraditado en 1873 y condenado a veinte años de cárcel. En 1882 fue «hallado muerto en su celda», al estilo Baader-Meinhof.

[30] R. Núñez Florencio, *op. cit.,* pp. 66-67; N. Naimark, *Terrorists and Social Democrats: The Russian Revolutionary Movement under Alexander iii,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1983, cap. 1; D. Offord, *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s,* Cambridge, Cambridge University Press, 1986, cap. 1; y en especial D. Footman, *Red Prelude,* y Londres, Barrie & Rockleff, [2]1968, *passim*. La primera bomba no tocó al zar. Dándose cuenta de esto, una figura a quien Sempau llama «Miguel Ivanovitch Elnikof», pero que en realidad era Ignatei Grinevitski, se acercó lo suficiente antes de lanzar otra bomba en la que murieron víctima y asesino. Uno de los primeros terroristas suicidas, podría decirse. Un rasgo valioso del libro de Footman es un apéndice biográfico sobre cincuenta y cinco activistas de Narodnaia Volia. Trece fueron ejecutados, catorce murieron en la cárcel, catorce sobrevivieron al encarcelamiento, ocho huyeron al extranjero, cuatro se suicidaron durante los atentados o después de ellos, y dos pasaron a colaborar con la policía secreta.

[31] Véase la sucinta crónica incluida en J. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France,* vol. i *(Dès origines à 1914),* París, Maspéro, 1975, pp. 42-51.

[32] Maitron ofrece datos interesantes a este respecto. La publicación anarquista teórica más importante era la de Jean Grave, *Le Révolté,* publicada por primera vez en la segura Ginebra en febrero de 1879 con una tirada que aumentó de 1.300 a 2.000 ejemplares antes de que Grave considerase posible trasladarla a París (1885) y cambiarle el nombre a *La Révolte*. En 1894, cuando fue aplastada por el Estado tras el asesinato del presidente Sadi Carnot, tenía una tirada de 7.000 ejemplares, con suscriptores en Francia, Argelia, Estados Unidos, Reino Unido, Suiza, Bélgica, España, Italia, Holanda, Rumania, Uruguay, India, Egipto, Guatemala, Brasil, Chile y Argentina. Ningún ruso. Su número opuesto «Apache», la revista satírica de Émile Pouget, *Le Père Peinard («Bons bougres, lisez tous les dimanches»),* tenía un alcance más reducido, que no obstante, dado que se escribía en argot parisino, es incluso más asombroso: Argelia, Reino Unido, Túnez, Argentina, Bélgica, España, Estados Unidos, Italia, Suiza y Mónaco. J. Maitron, *op. cit.,* pp. 141-146.

[33] Véase la crónica detallada en N. Pernicone, *Italian Anarchism, 1864-1892,* Princeton, Princeton University Press, 1993, pp. 118-128. Bakunin se había instalado en Florencia en 1864, pero se trasladó a Nápoles en 1865, quedándose en la zona hasta 1867. (Escribió lo siguiente a un seguidor florentino: «Hay infinitamente más energía y más vida social y política verdadera [aquí] que en Florencia»). Instituyó allí la primera sección italiana de la Internacional, y Malatesta fue uno de sus primeros reclutas. Malatesta recordaba más tarde que el ruso había sido «el hombre que trajo un soplo de aire fresco al estanque de las tradiciones napolitanas, el que abrió vastos horizontes a los jóvenes que se aproximaban a él». De hecho, el Mezzogiorno era un buen lugar para empezar la actividad revolucionaria, ya que su economía fuertemente

campesina se arruinó debido a las políticas de libre comercio mantenidas por Cavour y sus sucesores, mientras que su clase política sentía que había sido conquistada por la Casa de Piamonte (tras la reunificación italiana de 1861) en la misma medida que antes lo habían sido por los Borbones españoles. Pernicone también explica de manera excelente que Bakunin superó por completo a Marx y Engels en Italia, con ayuda de algunas estupideces de Engels y los ataques histéricos de Mazzini a la Comuna, por la que los progresistas italianos sentían gran respeto. Como Bakunin dijo de manera concisa, Mazzini «siempre ha querido *al pueblo para Italia,* y no *Italia para el pueblo*», *ibid.,* pp. 17, 27, 44-53 y 24.

[34] J. Joll, *op. cit.,* pp. 102-105.

[35] J. Maitron, *op. cit.,* pp. 77-78.

[36] *Ibid.,* p. 206.

[37] De hecho se dieron dos verdaderos intentos anarquistas de asesinar al Kaiser Guillermo i en 1878, por parte de Max Hödel el 11 de mayo y Karl Nobiling el 2 de junio (N. Pernicone, *op. cit.,* p. 148). Otro se descubrió después de una explosión en la sede central de la policía en Fráncfort. Su supuesto líder «anarquista», August Reinsdorf, fue rápidamente ejecutado, mientras que el jefe de policía Rumpf era asesinado poco después: un asunto turbio en el que es bastante probable la mano manipuladora de Rumpf. En los años 1883 y 1885 se descubrieron tramas de atentado con bomba en Londres contra la Torre, la Estación Victoria y la Cámara de los Comunes. Véase R. Núñez Florencio, *op. cit.,* p. 18. Estos «sucesos» se reflejaron rápidamente en *Princesa Casamassina* (1886) de Henry James, y mucho más tarde en *The Secret Agent* (1907) y *Under Western Eyes* (1911) de Conrad. También debería hacerse mención al asesinato feniano en mayo de 1882 de lord Cavendish, nuevo secretario jefe para Irlanda, y su subsecretario, aunque la categoría de ambos estaba muy por debajo de la de las figuras arriba mencionadas, y aunque los fenianos, como los nacionalistas que mataron a Francisco Fernando, distaban mucho de ser anarquistas.

[38] N. Pernicone, *op. cit.,* p. 3. Una explicación complementaria y contemporánea la proporciona Francesco Nitti, entonces profesor de economía política en la Universidad de Nápoles, y mucho más tarde primer ministro, que lamentaba jocosamente: «Debemos añadir que en las escuelas de Italia, un error nunca demasiado lamentado, hacen apología del regicidio. Los ignorantes maestros no explican la diferencia entre mártir y asesino. La historia de la antigua Roma está llena de asesinos de tiranos o aspirantes a tiranos. Un individuo se convierte así en vengador y libertador de la sociedad. Tomé por casualidad un manual de historia, usado en gran número de escuelas italianas. Es asombroso observar cuántos tiranicidios justifican, desde Bruto hasta Agesilao Milano. Hay elogios para todos. Hubo un tiempo en el que Italia, en especial la Italia Central, estaba llena de pequeños tiranos; el regicidio se convirtió en un emancipador. Por desgracia, la tradición se ha perpetuado. Ni los poetas, de igual modo, han renunciado a aplaudir el asesinato político, no sólo a los regicidas menos odiosos, sino también a los peores "anarquistas italianos"», *North American Review* 167/5 (noviembre de 1898), pp. 598-607, en p. 607.

[39] *Ibid.,* p. 7.

[40] Texto mecanografiado de un artículo escrito por Trinidad Pardo de Tavera para *The Women's Outlook* de Manila, fechado en 1922 y titulado «Las nihilistas». Encontré el texto entre los documentos de Pardo de Tavera que se conservan en el Ateneo de Manila, mencionados en el capítulo anterior. No está completamente claro cuándo llegó Pardo a París, donde su tío Joaquín vivía exiliado desde 1874, pero probablemente no mucho después. Como Rizal en Madrid, estudió Medicina y Letras, titulándose por la Sorbona en la primera y por la École Nationale des Langues Orientales Vivantes en la segunda, en 1885. Aunque su especialidad filológica fueron las lenguas del mundo malayo, sabía ruso y era experto en sánscrito. Es curioso que Pardo diga que Tardieu saludó a sus alumnas rusas con el término «Zdrazvuite» antes de cambiar al francés.

[41] Filipinas conservó su representación en todos los momentos constitucionales posteriores, hasta que sus derechos fueron abolidos –mucho después de la caída del imperio americano– en 1837. Rizal le contó a su amigo Blumentritt que de hecho su abuelo materno había sido representante filipino en el legislativo metropolitano. Véase *The Rizal-Blumentritt Correspondence,* cit., vol. 1, tercera página sin numerar después de la p. 268 (Carta escrita el 8 de noviembre de 1888 desde Londres).

[42] D. G. E. Hall, *A History of South-East Asia,* Londres y Nueva York, St. Martin's Press, [3]1968, p. 721. Se pueden encontrar detalles de estas conmociones, en general organizadas por criollos, en M. Sarkisyanz, *op. cit.,* pp. 76-69.

[43] L. Cámara Dery, «When the World Loved the Filipinos: Foreign Freedom Fighters in the Filipino Army during the Filipino-American War», *Kasaysayan* 1/4 (diciembre de 2001), pp. 55-69, en p. 57.

Absurdamente, también se proclamó emperador de Filipinas.

[44] Su lugarteniente más capaz al final de su carrera, el futuro presidente Antonio Maura, dijo de él: «Da frío oírlo y espanto leerle». F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda. Angiolillo, Betances y Cánovas,* Miami, Ediciones Universal, 1994, p. 4.

[45] *Ibid.,* p. 1.

[46] J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 21-22. Las cursivas son mías.

[47] F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda. Angiolillo, Betances y Cánovas,* cit., p. 5.

[48] Sobre Mendizábal y Ortiz, véase *ibid.,* p. 134, n. 16. Más en general sobre las consecuencias de la desamortización, especialmente en Andalucía, véase J. Bécarud y G. Lapouge, *op. cit.,* pp. 14-20.

[49] La excepción fueron los jesuitas, expulsados de sus esferas por Carlos III en 1768. Una coalición de los monarcas de Francia, España, Portugal y Nápoles consiguió presionar a Clemente XIV para que suprimiera la orden en todo el mundo en 1773. Pío VII volvió a darle estatuto legal en 1814, pero sus miembros habían perdido mucho terreno. En Filipinas no reaparecen hasta 1859, y durante mucho tiempo fueron los parientes pobres de sus demás rivales religiosos.

[50] Compárense las Indias Orientales Holandesas, posesión de otro viejo imperio en rápida decadencia. La educación seria en holandés no empezó allí hasta comienzos del siglo XX, después de trescientos años de injerencia holandesa en el archipiélago, y después de que el dominio español en Filipinas se hundiera. La Compañía de las Indias Orientales, una gran «multinacional» que dominó durante los primeros dos siglos, no veía necesidad de gastar dinero en colegios. El Estado colonial del siglo XIX estaba demasiado ocupado explotando la colonia (para recuperarse económicamente de las Guerras Napoleónicas y de la enorme rebelión de Diponegoro en la década de 1820) para hacer más que su predecesora. La enseñanza en lenguas nativas no empezó seriamente hasta la década de 1870 y sólo se concentró en los javaneses. Además, en la propia Holanda, la clase dominante todavía usaba el holandés principalmente para hablar con criadas y tenderos. La democratización, en especial la expansión del sufragio, después de 1880 empezó a ejercer presión nacionalista sobre la política colonial, de modo que cuando empezó a aparecer un sistema educativo colonial el medio fue finalmente el holandés. En la década de 1920 había por lo tanto una pequeña elite nacionalista *ilustrada* –cuatro décadas después que en Filipinas– que inició la agitación nacionalista y socialista. Pero era demasiado tarde. La llegada de los japoneses en 1942 puso fin administrativo al holandés, y la última novela indonesia de cierta importancia escrita en holandés fue un producto de la década de 1930. De los 70 millones de habitantes de la colonia en 1930, casi nativos en su totalidad, como máximo el 0,5 por 100 entendía la lengua colonial. Pero en el largo intermedio, desde los días de la Compañía de las Indias Orientales, se encontraba en uso una especie de pidgin malayo, no sólo en el comercio interisleño, sino también en la práctica administrativa de los propios gobernantes. (La localización geográfica de las Indias en la senda del comercio transoceánico era más favorable que la posición marginal de Filipinas.) Cuando empezó a crearse una prensa vernácula, a partir de la década de 1890, el «malayo» superaba tanto en el mercado a sus competidores, el holandés, el javanés y el árabe, que estaba listo para ser inscrito por los jóvenes nacionalistas en 1928 no como malayo pidgin, sino como «lengua indonesia». El holandés sobrevivió hasta la década de 1960 como lengua privada de la elite *ilustrada,* pero nadie lo hablaba en público después de 1942.

[51] Sobre Fannelli y sus comienzos, véase E. Pernicone, *op. cit.,* pp. 19-20. También napolitano, y por si fuera poco arquitecto e ingeniero, había destacado en las actividades revolucionarias de Lombardía y Roma en 1848-1849, y había luchado en Sicilia con los Mil de Garibaldi que vencieron al régimen Borbón del sur de Italia. Elegido para el nuevo parlamento nacional en 1865, se negó a tomar parte en las deliberaciones de la institución, pero aprovechó el pase ferroviario que era prebenda del cargo para recorrer el país sin cesar, difundiendo propaganda radical.

[52] G. R. Esenwein, *op. cit.,* pp. 14-18; J. Bécarud y G. Lapouge, *op. cit.,* pp. 27-29.

[53] ¿Cómo consiguió un cubano tener un nombre tan francés? Sus abuelos por ambas partes eran «haitianos franceses» y se habían trasladado a Cuba para huir de la revolución de Toussaint. Uno de los abuelos (Lafargue) era un pequeño plantador esclavista y el otro (Abraham Armagnac) un comerciante judío. Una de las abuelas era una mulata haitiana, y la otra una caribe jamaicana. Tanto Paul como sus padres nacieron en Santiago de Cuba. La familia volvió al Burdeos natal de los abuelos en 1851, huyendo esta vez de la rebelión cubana y de la represión española. Paul tenía pasaporte español y era bilingüe de francés y español.

[54] J. Bécarud y G. Lapouge, *op. cit.,* pp. 29-34; D. Ortiz, Jr., *Paper Liberals. Press and Politics in*

Restoration Spain, Westport, CT, Westwood Press, 2000, p. 58.

[55] De acuerdo con J. Bécarud y G. Lapouge, *op. cit.,* p. 36, en 1878-1880 se había producido una oleada similar.

[56] Ramón Sempau observaba que ahora «se renovaron prácticas olvidadas [es decir, inquisitoriales]». R. Sempau, *Los victimarios,* cit., p. 275. Dos famosas novelas españolas publicadas un cuarto de siglo después bajo un régimen liberalizado ofrecen buenas evocaciones de los movimientos clandestinos de Barcelona y Andalucía en ese periodo: *Aurora roja* de Pío Baroja y *La bodega* de Vicente Blasco Ibáñez, ambas publicadas originalmente en Madrid en 1905.

Desde la publicación original de este libro he descubierto algo fascinante y misterioso en la novela de Baroja. En la p. 219, después de una pesada reunión en el madrileño Círculo del Centro, Manuel, el protagonista, sale a pasear con el *Libertario,* el *Madrileño* y Prats. El *Libertario,* de origen catalán, describe como sigue la factura de algunas bombas que ha visto en Barcelona: «Y eran bonitas las bombas […] había unas en forma de naranja, otras de pera, otras eran de cristal, redondas, con balas también de cristal, que pesaban muy poco». (Es probable que con la palabra «balas» hiciera referencia a la metralla.) Dado que ninguno de los del grupo muestra sorpresa por esta extraña intervención, tal vez debamos creer que dichas *bombas bonitas* no eran nada fuera de lo común. Si recordamos que la granada (bomba) recibe su nombre irónico por el parecido con la fruta, el cambio a «naranjas» y «peras» apunta a la inventiva artesanal y al humor negro. ¿Y entonces?

En *El Filibusterismo,* Rizal escribe que la bomba de Simoun tiene forma de granada, haciendo uso del juego de palabras español o francés que se pierde en otros idiomas. Esto sugiere que su bomba tenía dobles orígenes; su forma básica se retrotrae al siglo XV, cuando los soldados franceses, finalmente llamados granaderos, empezaron a usar pequeñas bombas con formas parecidas a las del fruto del granado; aunque la fantástica ornamentación «Fabergé» sigue apuntando a Huysmans. ¿Pero estaban ya los anarquistas catalanes fabricando granadas con forma de naranja y de pera cuando Rizal inventó su *bomba bonita*? De ser así, ¿lo sabía él? ¿O estaba previendo un desarrollo posterior? No sé. La otra posibilidad es que Pío, que ambientó su novela poco después de que Angiolillo fuese ejecutado por el asesinato del presidente Cánovas, y menciona a Rizal, simplemente inventase las *bombas bonitas* como homenaje al *El Filibusterismo*. Pero dado que Rizal envió casi toda la edición para introducirla de contrabando en Filipinas, esta posibilidad debe de ser remota.

[57] Véase el sucinto relato de estos acontecimientos en R. Nuñez Florencio, *op. cit.,* pp. 38-42.

[58] Estos párrafos proceden en parte de los primeros tres capítulos breves de H. Sichrovsky, *Ferdinand Blumentritt: An Austrian Life for the Philippines,* Manila, National Historical Institute, 1987, una traducción de *Der Revolutionär von Leitmeritz,* publicado originalmente en Viena en 1983.

[59] Compárese L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 178-180, con J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 109-114.

[60] L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 180.

[61] *The Rizal-Blumentritt Correspondence,* cit., vol. 1, quinta página no numerada a partir de la 133. En los círculos clericales, Bismarck era considerado un ogro por la *Kulturkampf* de la década de 1870, pensada para obligar a los católicos a conceder su principal lealtad al Reich. (Fue en parte su reacción a la promulgación de la infalibilidad papal). Pero también existía un temor más amplio a sus planes para la Oceanía española. Parece que en 1885 el Reichskanzler había anunciado que la armada imperial garantizaría la seguridad de los empresarios alemanes en las islas Carolinas. España envió tropas con premura para eliminar la resistencia a la plena imposición de la soberanía de Madrid.

[62] Weyler (n. 1838) pasó en el Caribe casi la totalidad de sus primeros diez años (1863-1873) de carrera. Se recordará que la Primera República dominicana había conseguido escindirse de Haití en 1844, pero en 1861, a iniciativa del presidente Pedro Santana, había vuelto al imperio español. En 1863 estalló una revuelta popular –ayudada por Haití– contra esta traición. Weyler se encontraba entre los primeros jóvenes oficiales enviados desde Cuba para aplastar la insurrección. Presionada por Estados Unidos, y por los reveses militares, Madrid se vio obligada dos años después a retirar sus tropas y reconocer la Segunda República dominicana.

Weyler adquirió fama de oficial destacado (fue el más joven de su tiempo que alcanzó el grado de general) por sus éxitos contra la revuelta de Céspedes en Cuba. Recibió el sobrenombre de «el Sanguinario» por estar al mando de despiadadas unidades de *cazadores* compuestas por voluntarios delincuentes o marginados. Hasta su ferviente admirador admite que mató a más prisioneros que cualquier otro oficial español. A su vuelta a Madrid, le asignaron la tarea de aplastar a las fuerzas carlistas en Valencia, y lo consiguió (sin los métodos empleados en Cuba). Véase la divertidísima hagiografía *franquista* escrita por el general H. Martín

Jiménez, *Valeriano Weyler, de su vida y personalidad, 1838-1930,* Santa Cruz de Tenerife, Ediciones del Umbral, 1998, cap. 2-6, y en especial sobre los prisioneros muertos, p. 247. Hugh Thomas dice que Weyler fue agregado militar en Washington durante la Guerra Civil estadounidense, y se convirtió en admirador del despiadado Sherman. Véase H. Thomas, *op. cit.,* p. 328. En su libro *El desterrado de París, Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898),* San Juan, Ediciones Puerto Rico, 2001, p. 351, Félix Ojeda Reyes confirma este nombramiento, en referencia a *Mi mando en Cuba,* publicado por Weyler en 1910.

[63] Probablemente a Rizal le molestó que Blumentritt hubiera mantenido correspondencia con Isabelo. El 30 de abril de 1888 le escribió irritado desde San Francisco a su amigo lo siguiente: «Wie ich sehe, viele Folkloristen oder zukunftige Anthropologen tauchen in Ilokos auf. Da ist ein Herr Delosserre, mit dem Sie verkehren. Ich bemerke eine Sache: Da die meisten philippinischen Folkloristen Ilokaner sind, und weil diese das Epithet Ilokanisch gebrauche, werden ide Anthropologen nach her angegen für ilocanische Gebräuche und Sitten was richig Philippinisch sind; aber es ist unsere Schuld. Ich habe die Werke Isabelo's, überdessen Bemerkungen will ich Sie aufmerksam von Europa aus machen. Er sind einige Fehler darin, vielleicht weil er die tagalische Sprache nicht vollständig kennt» [«Por lo que veo, muchos folcloristas o futuros antropólogos proceden de Ilocos. He aquí al Sr. Delosserre (pseudónimo de Isabelo) con quien usted se trata. Me fijo en una cosa: la mayoría de los folcloristas filipinos son ilocanos, y dado que usan el epíteto «ilocano», los antropólogos acabarán clasificando como ilocanas costumbres y modos propiamente filipinos; pero es un error nuestro. Tengo en mi poder la obra de Isabelo, sobre la cual le enviaré comentarios desde Europa. Hay en ella algunos errores, tal vez porque no entiende completamente el tagalo»]. *The Rizal-Blumentritt Correspondence,* vol. 1, página no numerada siguiente a la 165. Se percibe el tono brusco de «con quien usted se trata». También es revelador que el que Rizal llamase a su primera novela «novela tagala» y no entendiese nada de ilocano, estaba bien, ¡pero al pobre Isabelo lo criticaba por usar el término ilocano en lugar de filipino, y por no dominar el tagalo!

[64] En su obra *The First Filipino, a Biography of José Rizal,* Guerrero ofrece un largo e interesante análisis sobre el original de Morga y las anotaciones de Rizal (pp. 205-223). En 1890, Isabelo escribió una apreciativa reseña sobre el libro en *La Solidaridad,* aunque sugería que en algunos lugares el patriotismo había llevado a Rizal a exagerar. Rizal se indignó, y escribió una réplica desdeñosa y ácida, acusando básicamente a Isabelo de ser un mero diletante aficionado. Juan Luna, amigo de ambos, le escribió a Rizal diciendo que, aunque muchas de sus alegaciones eran ciertas, un ataque de este tipo sólo servía para que los españoles de Manila se muriesen de risa ante la desunión en el bando filipino; Isabelo en realidad no atacó con dureza, y Rizal debería haberlo dejado pasar. Carta del 8 de noviembre de 1890. *Cartas entre Rizal y sus colegas de la propaganda,* Manila, José Rizal Centennial Commission, 1961, t. ii, lib. 3, parte 2.ª, pp. 587-588.

[65] Véase D. Ortiz, *op. cit.,* pp. 57-60. Ortiz comenta que estas producciones, así como la posterior *La Revista Blanca,* demostraban que la vital prensa anarquista «superaba a la socialista en rigor intelectual, circulación y longevidad». También señala la masiva popularidad de los clubes de lectura, en los que –dado el extendido analfabetismo de la clase obrera catalana– los *lectores* leían en alto la prensa. Es bastante notable que el mismo año aparecieran dos *El Productor,* uno en Barcelona y el otro en La Habana, bajo la dirección del enérgico anarquista catalán Enrique Roig y de San Martín, cuyo Círculo de Trabajadores también publicaba una revista bakuninista bimensual llamada *Hijos del Mundo*. Debo esta información a un artículo inédito, «Leaves of Change: Cuban Tobacco Workers and the Struggle against Slavery and Spanish Imperial Rule, 1880s-1890s», de Evan Daniel (2003), pp. 23-24. Mi agradecimiento a Evan Daniel y Robin Blackburn por permitirme leerlo. Daniel explica que *El Productor* de La Habana reimprimía con regularidad artículos publicados en *La Acracia* de Barcelona, así como traducciones de *Le Révolté* (de hecho, para entonces, el nombre había cambiado a *La Révolte*) y otros periódicos anarquistas no españoles, pero no menciona a su gemelo de Barcelona, algo paradójico. Daniel también resalta la enorme importancia de los *lectores* para los muchos trabajadores analfabetos del sector tabaquero. Todo esto ofrece un asombroso contraste entre La Habana y Manila en dicho periodo: en Cuba consiguió florecer una vigorosa prensa anarquista legal, mientras que nada remotamente comparable se habría tolerado en Filipinas.

[66] J. N. Schumacher, *op. cit.,* ofrece un análisis sagaz y en general comprensivo de la vida, las ideas, los objetivos y las actividades políticas de Del Pilar. El párrafo anterior es una microversión inadecuada de su argumento. Éste podría ser el lugar idóneo para decir algo breve acerca de los contactos cubano-filipinos en España, tal como fueron. La mayoría de los filipinos que se hicieron masones en la metrópoli se unieron a logias compuestas en gran medida por cubanos, probablemente porque los cubanos se mostraban más amistosos y los recibían mejor que los españoles. Rafael Labra, importante cubano criollo y parlamentario

republicano en las Cortes (en representación de Puerto Rico y Asturias, al extraño modo de la Restauración), con un fuerte programa autonomista, no sólo fue intelectualmente influyente con sus voluminosos escritos sobre cuestiones coloniales, sino que también asistía con regularidad a los banquetes políticos organizados por los activistas filipinos, en los que hablaba. Antes había dirigido el primer movimiento abolicionista en España (¡en la década de 1860!) (H. Thomas, *op. cit.,* p. 240). Aparte de esto, los vínculos parecen haber sido bastante limitados hasta mediados de la década de 1890. La condición política de Cuba estaba mucho más avanzada que la de Filipinas, sus representantes en España tenían más probabilidad de ser peninsulares y criollos (no mestizos ni «nativos»), y los problemas de las dos colonias eran muy distintos. No conozco ningún cubano que visitara la Filipinas española hasta la década de 1890, y no más de uno o dos filipinos que, al final del periodo colonial, conocieran Cuba de primera mano.

[67] *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., p. 517. Toda la carta está en tagalo, algo infrecuente en Rizal, pero claramente pensado para transmitir intimidad y cordialidad. La escribió en Bruselas, adonde se había trasladado a finales de enero por haber oído a sus amigos que la vida y la impresión de libros estaban mucho más baratas que en París. Allí empezó a trabajar en serio en *El Filibusterismo*.

[68] *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 539-541, 547-551. Las dos últimas cartas están fechadas el 8 y el 11 de junio de 1890.

[69] Las complejidades del conflicto entre Rizal y Del Pilar se encuentran plena e imparcialmente elaboradas en el excelente capítulo 12 de *The Propaganda Movement, 1880-1895* de Schumacher.

[70] *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1890-1896,* cit., páginas no numeradas entre la 416 y la 417. La carta fue enviada desde París el 9 de octubre de 1891.

[71] *Ibid.,* pp. 47-48. El volumen no incluye el texto original de Blumentritt en alemán.

[72] Cuando supo por Mariano Ponce que su bondadoso pero errático camarada Graciano López Jaena pensaba ir a Cuba, le contestó: «Es inútil, Cuba está exhausta; es una cáscara de nuez». Carta fechada el 9 de julio de 1890, en *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 559-560.

[73] De hecho, la factura de impresión de *El Filibusterismo* la pagó un buen amigo, el adinerado papangueño Valentín Ventura. Rizal vivía normalmente con mucha sencillez, y a menudo sus amigos lo consideraban un tacaño, pero hemos tenido ocasión de observar que cuando viajaba normalmente lo hacía en primera clase y se hospedaba en hoteles opulentos, no tanto por el lujo como por orgullo colonial.

[74] *Epistolario Rizalino,* vol. 3 (1890-1892), ed. de T. M. Kalaw, Manila, Bureau of Printing, 1935, pp. 200-201.

[75] *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., p. 660. Agradezco a Ambeth Ocampo que me enviase el texto. Véase también su comentario sobre la carta de Luna en su libro *Rizal without the Overcoat,* Pasig City (Manila), Anvil, 2000, pp. 62-63. Laveleye (1822-1892) era un reconocido erudito belga y un economista político bimetálico.

[76] El artículo se publicó en el risiblemente titulado *La España Moderna* el 2 de enero.

[77] Aunque Pi y Margall tenía casi cuarenta año más que Rizal, era un buen amigo, y una de las pocas figuras políticas destacadas de España que apoyaban las aspiraciones filipinas. Véase C. M. Sarkisyanz, *op. cit.,* p. 112 y cap. 8 (dedicado a la relación de ambos hombres).

[78] *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1890-1896,* cit., vol. 2, tercera página no numerada después de la 336.

[79] En el último capítulo de *El Filibusterismo* (p. 281), Simoun describe cómo, disfrazado de Ibarra, huyó en secreto de Filipinas con objetos de valor ancestrales, y se dedicó a comerciar con piedras preciosas. Entonces: «Tomó parte en la guerra de Cuba, ayudando ya á un partido ya á otro, pero ganando siempre. Allí conoció al General, entonces comandante, cuya voluntad se captó primero por medio de adelantos de dinero y haciéndose su amigo después gracias á crímenes cuyo secreto el joyero poseía [...]». Weyler ascendió al grado de comandante en marzo de 1863 en Cuba. No está claro a qué equivalen estos «crímenes secretos» ¿crueldad, corrupción o libertinaje? Una parte curiosa de la hagiografía de Martín habla de los crueles y voraces apetitos sexuales del general. De una mujer casada con la que había tenido una aventura secreta cuando mandaba en Cuba, el propio Weyler comentaba: «Aquella mujer me gustaba tanto que si un batallón insurrecto hubiera intentado impedir estas citas, yo hubiera atravesado para llegar a ella un bosque de bayonetas», H. Martín Jiménez, *op. cit.,* p. 257.

[80] Caps. IV («Cabesang Tales») y X («Riqueza y Miseria»).

[81] Con este apóstrofe termina el capítulo X. Recuerda al famoso final de *Max Havelaar* de Dekker, en el que el autor aparta explícitamente a sus personajes y su argumento para lanzar un espeluznante ataque en su

propio nombre contra el régimen colonial holandés en las Indias y contra quienes lo apoyan en Holanda.

[82] Una de las aficiones políticas de Rizal en aquel momento era insistir en escribir las palabras tagalas incluso, o quizá especialmente, cuando derivaban del español, con el sistema ortográfico creado por él mismo. Una de las provocaciones era sustituir la *c* por la agresivamente no castellana *k* o la *ue* por *w*. En consecuencia, escribía *pwede* en lugar de *puede* y, aquí, *Kalamba* en lugar de *Calamba*.

[83] La comparación no es ociosa. Zea cita del «Elogio» de Unamuno (véase n. 19) lo siguiente: «El castellano es en Filipinas, como lo es en mi País Vasco, un lenguaje advenedizo y de reciente implantación […] Yo aprendía a balbucir en castellano, y castellano se hablaba en mi casa, pero castellano de Bilbao, es decir, un castellano pobre y tímido […] nos vemos forzados a remodelarlo, a hacernos con esfuerzo una lengua. Y esto, que es en cierto respecto nuestro flanco *[sic]* como escritores, es a la vez nuestro fuerte» (p. xxix).

[84] J. Rizal, *El Filibusterismo,* cit., cap. vii («Simoun»), pp. 47-48.

[85] *Ibid.,* p. 47. Lógicamente, esto indica que hay cuarenta y tantos pueblos en Filipinas, no uno. También olvida la decisiva función del español como lengua franca, el lazo comunicativo entre las otras más de cuarenta. Rizal había tomado demasiado en serio a Herder. Incluso hoy, el tagalo se extiende más rápidamente como lengua franca comercial que como *idioma* nacional.

[86] R. Núñez Florencio, *op. cit.,* p. 49; G. R. Esenwein, *op. cit.,* pp. 175-180. La España del siglo XIX practicaba tres tipos de penas capitales: el fusilamiento, la horca y el garrote vil. De los dos primeros se creía que causaban la muerte casi instantánea; el garrote, un instrumento de tortura medieval, necesitaba más tiempo, y, por lo tanto, se reservaba a los delincuentes «peores» (es decir, los políticos). La excelente investigación de Esenwein, por cierto, ha sacado a la luz varias cosas extrañas. Desde un punto de vista, la cadena de acontecimientos empezó con la «Revuelta» de Haymarket en Chicago a comienzos de mayo de 1886. En una atmósfera de histeria «anticomunista» y antiinmigrante, y tras un juicio falsamente justo, cuatro anarquistas fueron ahorcados en noviembre de 1887. Las ejecuciones provocaron indignación en toda Europa (y por supuesto también en todo Estados Unidos) y a iniciativa de las organizaciones obreras francesas, el Primero de Mayo empezó a celebrarse anualmente (excepto en Estados Unidos) en conmemoración de las víctimas. Toda la izquierda española apoyó con fuerza la nueva tradición, especialmente mientras Sagasta siguió en el poder. Inmediatamente después de las conmemoraciones del Primero de Mayo de 1891, explotaron en Cádiz dos bombas, matando a un obrero e hiriendo a varios más. La policía detuvo a 157 personas, pero nunca descubrió un perpetrador probable, por lo que no puede descartarse la posibilidad de que se tratase de agentes provocadores. Los hombres de Jerez querían liberar a algunos de estos presos. Lo curioso es que fue exactamente en esta coyuntura cuando ni más ni menos que Malatesta, acompañado por la estrella intelectual anarquista en alza, Tarrida del Mármol, estaba en una gira de conferencias y organización por España, y debía hablar en Jerez. Al conocer la noticia de los sucesos violentos, Malatesta decidió con mucha valentía seguir hacia Cádiz, pero disfrazado de rico empresario italiano. Parece que no consiguió nada. Esenwein considera significativo que ni en aquel momento ni después los anarquistas proclamaran los sucesos del 8 de enero «propaganda por el hecho». Por el contrario, siempre insistieron en que no tenían nada que ver con ellos.

[87] Véase J. Maitron, *op. cit.,* pp. 213-214. ¡En su celda, Koenigstein dijo a los entrevistadores que había perdido la fe religiosa después de leer *Le juif errant* de Eugène Sue! Maitron señala que el anarquismo francés de ese periodo era en gran parte asunto de células diminutas, clandestinas o semiclandestinas sin verdaderos lazos organizativos entre sí. Esta característica hacía difícil que la policía las siguiera con eficacia, y también hacía relativamente fácil que en ellas penetrasen elementos criminales. El anarquismo francés no se convirtió en verdadera fuerza política hasta finales de la década de 1890, con el abandono de la propaganda por el hecho y el nacimiento del sindicalismo en la vida política de la clase obrera. El anarquismo español tenía unos cimientos sociales mucho más fuertes y amplios. Que Ravachol era parcialmente alsaciano lo deduzco yo del testimonio de Ramón Sempau en su libro *Los victimarios,* cit., p. 15.

[88] R. Núñez Florencio, *op. cit.,* pp. 121-123.

[89] De acuerdo con la noticia publicada en un periódico contemporáneo, Pallás no usó la «bomba Orsini» habitual, sino una denominada «feniana». *Ibid.,* p. 53. Felice Orsini (n. 1819) era un veterano de las revoluciones de 1848, diputado en la efímera República romana, y comprometido nacionalista italiano. Encarcelado por el régimen austriaco en la fortaleza de Mantua en 1855, efectuó una espectacular fuga y se dirigió al Londres de Palmerston, donde Mazzini tramaba la insurrección desde su sórdido alojamiento en Fulham Road. Las sensacionales memorias de Orsini publicadas en 1856, *The Austrian Dungeons in Italy: a*

narrative of fifteen months of imprisonment and final escape from the fortress of S. Giorgio, Londres, G. Routledge, 1856, pronto vendieron 35.000 ejemplares, y su «byrónica» buena suerte junto con su ferviente retórica lo hicieron enormemente popular en el circuito de lecturas. Mientras tanto, estaba inventando un nuevo tipo de bomba, fabricada principalmente con fulminante de mercurio, que no necesitaba fusible, sino que explotaba con el impacto. La probó en Putney y en canteras en desuso de Devonshire y Sheffield. Después, creyendo que el asesinato de Luis Napoleón encendería una revolución en Francia que haría a Italia seguir el ejemplo de París, cruzó el Canal y probó su invento el 14 de enero de 1858. Su objetivo apenas sufrió unos rasguños, pero hubo 156 heridos y finalmente ocho muertos. Orsini fue guillotinado el 13 de marzo. Palmerston intentó aprobar una Ley de Conspiración para Asesinar, convirtiendo la trama de asesinar a gobernantes extranjeros en delito grave, pero manejó incorrectamente el trámite de aprobación y perdió el cargo. Véase J. Adam, «Striking a Blow for Freedom», *History Today* 53/9 (septiembre de 2003), pp. 18-19.

[90] En España, éste fue el primer ejemplo claro de «propaganda por el hecho». En octubre de 1878, un joven tonelero catalán llamado Juan Oliva había disparado con una pistola contra Alfonso xii, pero fallado. Un año después, Francisco Otero, de diecinueve años, intentó hacer lo mismo, pero resultó tener una puntería igualmente mala. Ninguno de ellos estaba claramente conectado con los círculos anarquistas, y ambos fueron rápidamente ejecutados. R. Núñez Florencio, *op. cit.,* p. 38.

Pallás era un pobre litógrafo de Tarragona emigrado a Argentina; allí se casó, después se trasladó a Brasil en busca de un mejor medio de vida para mantener a su familia. Se había convertido en radical y anarquista mientras trabajaba de compositor tipográfico en Santa Fe. El Primero de Mayo de 1892 arrojó un petardo en el teatro Alcantara de Río gritando «¡Viva la anarquía!». No hubo heridos y la multitud estalló en vítores. ¿Le sorprendió? Cuando la policía española registró su casa, descubrió periódicos anarquistas, un ejemplar de *La conquista del pan* de Kropotkin, y una litografía de los Mártires de Haymarket. La mayoría de los historiadores sostienen que actuó en parte indignado por las ejecuciones de Jerez, pero Núñez afirma que no hay documentos de la mano de Pallás que respalden esta afirmación. Compárese G. R. Esenwein, *op. cit.,* pp. 184-185; R. Núñez Florencio, *op. cit.,* pp. 49 y 53; y J. Romero Maura, *op. cit.,* p. 130 (dice que hubo dos muertos y doce heridos).

[91] Tal vez, la ópera no se eligiera al azar. En su primer congreso de 1879, el Narodnaia Volia sacó un programa que, entre otras cosas, establecía: «Lucharemos con los medios empleados por Guillermo Tell»; los radicales europeos de finales del siglo XIX consideraban en general al legendario arquero suizo como un héroe ancestral. Veáse W. Laqueur, *A History of Terrorism,* ed. rev., New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction, 2002, p. 22.

[92] Santiago había empezado siendo carlista y católico ferviente, pero la pobreza, la pequeña delincuencia (contrabando) y las deudas impagables habían despertado su interés por el anarquismo. Con él fueron ejecutadas otras cinco personas, aunque no hay pruebas convincentes de que, como Pallás, no hubiera actuado solo. Véase, en especial, G. R. Esenwein, *op. cit.,* pp. 186-187, y J. Romero Maura, *op. cit.,* p. 130. De acuerdo con J. Bécarud y G. Lapouge, *op. cit.,* p. 44, cuando le preguntaron qué les pasaría a sus hijas cuando lo ejecutaran, Santiago Salvador dijo: «Si son bonitas, los burgueses cuidarán de ellas». ¿Ocurrencia anarquista, o mito?

[93] J. Maitron afirma que Vaillant llegó en buen momento para ciertos *dirigeants* de la Tercera República, que se tambaleaban por las revelaciones públicas acerca del escándalo de la burbuja del Canal de Panamá, y encontraron en él un modo maravilloso de desviar la atención ciudadana, así como para promulgar duras leyes contra cualquier tipo de «propaganda revolucionaria». J. Maitron, *op. cit.,* p. 237.

[94] Henry tenía tres años cuando la familia huyó. En España, su padre se vio obligado a trabajar en una mina, y tuvo una muerte atroz por intoxicación con mercurio. Volviendo a Francia después de la amnistía de 1880, el muchacho resultó un alumno brillante que llegó a la École Polytechnique. Pero lo dejó en 1891 (a los veintitrés años) por el anarquismo. Véase el fascinante libro de J. U. Halperin, *Félix Fénéon: Aesthete and Anarchist in Fin-de-Siècle Paris,* New Haven, Yale University Press, 1988, p. 268.

[95] Clémenceau, profundamente conmovido por la ejecución de Henry, escribió: «Le forfait Henry est d'un sauvage. L'acte de la société m'apparaît comme une basse vengeance […] Que les partisans de la peine de mort aillent, s'ils l'osent, renifler le sang de la Roquette. Nous causerons après» [«El delito de Henry fue el de un salvaje. Pero el acto de la sociedad me parece vil venganza (…) Que los partidarios de la pena de muerte vayan, si tienen el coraje, a oler la sangre a La Roquette (después de 1851, la cárcel donde se ejecutaban todas las sentencias de muerte de París). Después hablaremos»]. Citado en J. Maitron, *op. cit.,* p. 246.

[96] *Ibid.,* pp. 115-119. Obsérvense las referencias de Henry a Jerez y Chicago, así como a Pallás y Vaillant.

[97] El *locus classicus* es R. Clemeña Ileto, *Pasyon and Revolution: Popular Movements in The Philippines, 1840-1910,* Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1989.

[98] No debería descartarse a Necháiev. El *Catecismo revolucionario* del que fue autor, junto con Bakunin, en 1869 se leyó ampliamente por toda Europa. En los números de *La Solidaridad* publicados el 15 y el 31 de enero de 1893, hay un curioso artículo en dos partes escrito por Blumentritt y titulado «Una visita», que describe a un visitante inesperado en forma de Simoun, que explica que Rizal hizo que muriese en la novela para ocultar a las autoridades coloniales su supervivencia y su enorme multiplicación política entre la población filipina. Entre ellos se desarrolla un largo y acalorado debate sobre el futuro de Filipinas, y sobre los métodos que deben adoptarse en la lucha política. En un momento, el indignado etnólogo dice: «Señor Simoun, usted es no solo filibustero, sino también nihilista». A esto, mientras efectúa su misteriosa partida, Simoun responde sardónicamente: «Me marcho á Rusia para estudiar allí en la escuela de nihilistas». Necháiev había muerto antes de que Rizal llegase a Europa. Pero Blumentritt era el amigo más íntimo de Rizal, y me parece improbable que hubiera asociado a Simoun con el nihilismo si ambos no hubieran hablado de éste en serio. Además, *Los poseídos* de Dostoievski se había publicada en traducción al francés en París en 1886, poco después de que Rizal abandonase la capital francesa para dirigirse a Alemania. También sabemos, gracias a De Ocampo, que Rizal había leído (¿cuándo exactamente?) *Padres e hijos* de Turguéniev en traducción al alemán. (Agradezco a Megan Thomas por llamar mi atención sobre los artículos de Blumentritt.)

[99] J. Rizal, *El Filibusterismo*, cit., cap. xxiii («La última razón»), p. 250.

[100] *Ibid.,* cap. xxxix (sin título), p. 283.

[101] *Ibid.,* pp. 271-272.

IV. Los padecimientos de un novelista

La pregunta de Chernichievski

Habiendo enviado prácticamente toda la edición de *El Filibusterismo* a Hong Kong, a la atención de su viejo amigo José Basa, en quien tenía plena confianza, y solucionado el resto de sus asuntos, Rizal dejó Europa el 19 de octubre de 1891. Excepto por un solo día sombrío, nunca volvería a pisarla. El momento estaba bien elegido. A Valeriano Weyler le faltaba un mes para terminar su mandato de cuatro años como gobernador general. Se creía que su sucesor, el general Eulogio Despujol, un capaz oficial que había hecho casi toda su carrera en el Estado Mayor, era mucho menos feroz. (De hecho, pronto se hizo muy popular entre sus súbditos colonizados por despedir públicamente a muchos funcionarios corruptos y devolverlos a España, así como por distanciarse de las poderosas órdenes religiosas)[1].

La familia de Rizal le había advertido repetidamente que no volviese, instándolo por el contrario a asentarse en la plácida seguridad de Hong Kong, a sólo 800 millas de Manila, donde intentarían visitarlo. Pocos días después de su llegada a la colonia británica, llegaron también su anciano padre, su hermano Paciano y uno de sus cuñados, los dos últimos «huidos» del exilio interno en la isla de Mindoro[2]. Antes de que acabase el año, los siguieron la madre casi ciega y dos de sus hermanas. El joven novelista abrió una próspera consulta de oftalmología, y su familia felizmente reunida parecía recibir bien la idea de instalarse bajo el dominio británico. Pero la fama de ser el principal líder intelectual de su país, y las condiciones en que abandonó Europa, hacían que le resultase difícil cumplir los deseos de su familia. Lo asediaban las cartas de los camaradas más radicales, todavía en Europa, preguntándole qué iba a hacer «después», y prometiéndole pleno apoyo, fuese cual fuese ese «después». Habiendo dicho a Del Pilar y sus seguidores que estaban perdiendo el tiempo en Europa, Rizal sabía lo devastadoramente en su contra que se podría volver que considerasen que estaba perdiendo el tiempo en Hong Kong.

Chto Dyelat? Podemos ver en negativo fotográfico una alternativa fundamental de una carta alarmada y enérgica de Ferninand Blumentrit, con fecha de 30 de junio de 1892.

> Vor allen bitte ich Dich, lass Dich in keine revolutionären Agitationen ein! Denn, wer eine Revolution inszeniert, muss wenigstens die Wahrscheinlichkeit eines Erfolges für sich haben, wenn er sein Gewissen nicht mit dem unnütz vergossenen Blute belasten will. So oft ein Volk gegen ein anderes herrschendes, eine Kolonie gegen das Mutterland sich empörten, hat die Revolution nie durch eigene Kraft gesiegt. Die amerikanische Union wurde frei, weil Frankreich, Spanien und Holland sich mit ihr allierten. Die spanischen Republiken wurden frei, weil im Mutterlande Bürgerkrieg herrschte u. England u. Nordamerika sie mit Geld und Waffen versorgten. Die Griechen wurden frei, weil England, Frankreich u. Russland sie unterstützten, Rumänen, Serben, Bulgaren wurden durch Russland frei. Italien wurde frei durch Frankreich u. Preussen, Belgien durch England und Frankreich. Überall, wo die Volker auf die eigene Kraft vertrauten, erlagen sie der Soldatesca der Legitimen Gewalt: so die Italiener 1830, 1848 u. 1849, die Polen 1831, 1845 und 1863, die Ungara 1848 u. 1849, die Kider 1868 [¡Sobre todo, te ruego que no te involucres en agitación revolucionaria! Porque

quien inicia una revolución debería tener al menos ante él la probabilidad de éxito, si no desea cargar su conciencia con un derramamiento de sangre inútil. Cuando un pueblo se ha revelado contra otro que lo domina, [o] una colonia contra la Madre Patria, la revolución nunca ha salido adelante basándose sólo en su propia fuerza. La Unión Americana obtuvo su libertad porque Francia, España y Holanda se aliaron con ella. Las repúblicas españolas se liberaron porque la guerra civil asolaba la Madre Patria, e Inglaterra y Norteamérica les proporcionaron dinero y armas. Los griegos consiguieron liberarse porque Inglaterra, Francia y Rusia les ofrecieron su apoyo. Los rumanos, los serbios y los búlgaros fueron liberados por Rusia. Los italianos se liberaron gracias a Francia y Prusia, y los belgas gracias a Inglaterra y Francia. En todas partes, los pueblos que confiaron sólo en su fuerza fueron aplastados por los soldados de la legitimidad: los italianos en 1830, 1848 y 1849; los polacos en 1831, 1845 y 1863, los húngaros en 1848 y 1849, y los cretenses en 1868] [3].

A continuación, Blumentritt decía que ninguna revolución de este tipo tenía posibilidad de prosperar a no ser que: (1) parte del ejército y la armada del enemigo se amotinasen; (2) la Madre Patria [ilegible, probablemente «sufra una guerra civil o un ataque externo»]; (3) se hayan preparado de antemano dinero y armas; (4) una potencia extranjera apoye la insurrección oficialmente o en secreto. Y añade: «Ninguna de estas condiciones se cumple en Filipinas [hoy]»[4]. Enseñando en Leitmeritz, en el corazón de un imperio Habsburgo que nunca ayudó a ningún pueblo a ser libre, pero en torno al cual orbitaban polacos, húngaros, italianos, serbios, búlgaros, rumanos, griegos e incluso cretenses, Blumentritt parecía tenía la historia reciente y las normas de la estrategia firmemente de su parte. También tenía razón en que en 1891 no estaba presente ninguna de sus cuatro prerrequisitos para el éxito de Filipinas. ¿Pero se mantendría mucho tiempo esta situación?

Por otra parte, el enérgico Edilberto Evangelista, amigo de Rizal más joven que él (más tarde héroe asesinado de la insurrección armada de 1896-1898 contra España) le escribía lo siguiente el 29 de abril de 1892 desde Ghent, entonces de habla francesa[5]:

> Pourquoi ne tentez-vous pas un effort pur savoir au moins le nombre de ceux qui suivrent vos idées et qui sont allumés du même élan; je veux dire qu'il faut donner une forme à vos pensées, en organisant en dépit. du Gouvernement un Club Revolutionnaire dont la direction vous en auriez à Hongkong ou à autre part n'importe quoi. Ne l'ont-ils pas les Séparatistes de Cuba? N'ont-ils pas les Progresistes *[sic]* d'Espagne? [Por qué no intenta usted al menos descubrir el número de quienes aceptan sus ideas o están incendiados por el mismo espíritu; quiero decir que debe dar forma a sus ideas organizando, en desafío al gobierno, un club revolucionario, que podría dirigir desde Hong Kong o desde cualquier otro lugar. ¿No es esto lo que han hecho los separatistas cubanos? ¿O los progresistas de España?] [6].

El país de Conrad

El primer plan de Rizal para resolver, o eludir, estas presiones contradictorias fue el de crear un asentamiento para su familia y amigos de tendencias similares en la bahía de Sandakan, en el actual estado federal malasio de Sabah. Geográficamente, estaba tan cerca de Filipinas como era posible: a 250 millas de Joló, sede del otrora poderoso sultanato musulmán de Sulu y todavía intranquila bajo el laxo control supremo español,

y a poco más de 600 millas de Manila. Las mismas distancias separaban a La Habana de Miami y de Tampa, donde Martí reclutaba revolucionarios entre las comunidades tabaqueras cubanas. También políticamente podía parecer prometedor. El litoral norte de Borneo era, en la década de 1890, un lugar conradiano muy peculiar. En la parte occidental se situaba el reino de los denominados Rajás Blancos, fundado por el aventurero inglés James Brooke en la década de 1840 y bajo la protección no intervencionista de Londres desde la de 1880. Los restos del otrora poderoso sultanato de Brunei ocupaban una pequeña parte en la mitad, mientras que la parte occidental, incluido Sandakan, estaba regida desde 1882 por una empresa privada, la British North Borneo Chartered Company. Mejór aún, en 1885, los españoles habían sido inducidos a abandonar cualquier reivindicación semilegal sobre el territorio derivada del cambiante protectorado de Joló. Por lo tanto, mientras que Hong Kong se situaba bajo la mirada suspicaz del cónsul español y de las delegaciones locales de las órdenes católicas, Sandakan estaba libre de ambos. No sorprende, por lo tanto, que a algunos de los camaradas más combativos de Rizal, como Evangelista y Antonio Luna, soñando con la Florida de Martí, les entusiasmara el asentamiento planeado. En algún momento de enero de 1892, Luna escribió a Rizal a Hong Kong que «Borneo será un Cayo Hueso para nosotros, y muy probable sea yo también uno de sus habitantes, si las circunstancias me obligan»[7]. Por otro lado, Sandakan también prometía una vida sin acosos para la familia de Rizal, y para el propio novelista, su biblioteca y su escritura[8]. También esperaba que muchos desposeídos de su Calamba natal se le unieran en este refugio borneano[9].

A finales de marzo, Rizal hizo la primera de varias visitas al norte de Borneo tras establecer negociaciones preliminares con el representante de la British North Borneo Chartered Company en Hong Kong. Al comienzo, las perspectivas parecían bastante buenas. Le ofrecieron 2.000 hectáreas de terreno no cultivado de ocupación gratuita durante tres años, con la posibilidad de compra a bajo precio. La British North Borneo Chartered Company, ansiosa de colonos en una región muy poco poblada, aceptó además que la comunidad filipina estuviera regida por sus propios miembros y de acuerdo con sus propias costumbres, y no estuviera sometida ni a corvea ni a impuestos desmedidos. Pero a los pocos meses todo el proyecto comenzó a venirse abajo. Rizal empezó a darse cuenta de que no podría reunir ni mucho menos el dinero necesario para poner en marcha la pequeña colonia. Además, para poblarla haría falta que España aceptara una emigración sustancial. Rizal le escribió al nuevo gobernador general explicándole que quería asentarse tranquilamente con su familia y gente de su pueblo, pero Despujol no se dejó convencer. Una emigración de esta escala haría que su gobierno fuese visto con malos ojos; además, era probable que la prensa conservadora de España lo considerase el comienzo de una Tampa borneana situada fuera del alcance político y militar de Manila[10].

La alternativa de Rizal, más alarmante para su familia, fue crear la primera organización política legal para filipinos en la propia Filipinas. Es difícil determinar a qué equivalía este plan. No sobrevive ningún documento del puño y letra del novelista. Prácticamente todas las pruebas escritas, a menudo contradictorias, proceden de los testimonios dados a los interrogadores y a los torturadores policiales, o más bien extraídos por ellos, cuatro años después, tras el estallido de la Revolución[11]. (A Rizal no lo interrogaron en 1892 aunque, como pronto veremos, lo detuvieron diez días

después de regresar a Manila, e inmediatamente después de un banquete privado ofrecido para proclamar la fundación de lo que él denominaba la Liga Filipina.)

La Liga Filipina

Los cinco objetivos declarados de la Liga Filipina parecían compatibles con el pensamiento evidente en los escritos y en la correspondencia de Rizal después de 1890: (1) unión del archipiélago en un todo compacto, vigoroso y homogéneo; (2) protección mutua de todas las exigencias y necesidades; (3) defensa contra toda violencia e injusticia; (4) desarrollo de la educación, la agricultura y el comercio; y (5) estudio y aplicación de reformas[12]. El primer punto implicaba claramente que habría que cambiar radicalmente las leyes coloniales para eliminar los privilegios estratificados de peninsulares, criollos y mestizos. Los restantes puntos sugerían que el Estado colonial era a menudo anárquico y hacía muy poco por crear una sociedad moderna. En conjunto, sin embargo, el programa y el lenguaje educado que usaba se hallaban dentro de los límites de la legalidad colonial existente en Filipinas. Tras él se encontraba el ejemplo no declarado de la Cuba de la década de 1880 donde, como veremos con brevedad, se había abolido la esclavitud, se habían legalizado los partidos políticos, por no hablar de asociaciones cívicas e incluso de izquierda (con limitaciones concretas), y, dentro de límites comparables, había surgido una prensa vital y variada. Si todo esto era posible en Cuba, ¿por qué no también en Filipinas? Parecía razonable intentarlo.

Pero la organización interna de la Liga, en la medida en que la esbozaban las confesiones de 1896, estaba claramente diseñada para la clandestinidad parcial. Formalmente, debía basarse en los consejos municipales, cuyos jefes formarían consejos superiores a escala provincial; los jefes de los consejos provinciales formarían entonces un consejo supremo con poder de mando sobre toda la Liga. Pero cada miembro debía

> Sacrificar todos los intereses personales y obedecer a ciegas y al pie de la letra todas las órdenes y todas las instrucciones verbales o escritas de sus propios consejos o del jefe del consejo inmediatamente superior; y al momento, sin perder tiempo, informar a las autoridades de su consejo de todo lo que pudiera ver, observar u oír y que constituyese un peligro para la tranquilidad de la Liga […]; y mantener los hechos, los actos y las decisiones de su consejo y de la Liga […] en absoluto secreto frente a personas ajenas, aunque se tratase de padres, hermanos, hijos, etcétera, e incluso a costa de la propia vida.

Debería, además, «no someter a humillación», «acudir en ayuda de cualquier miembro en peligro, y también reclutar nuevos miembros». (Característicamente, quizá era evidente que no merecía la pena mencionar a esposas y hermanas)[13].

No es fácil creer que esta estructura autoritaria, evidentemente adaptada del espíritu ancestral masónico, fuera idea original de Rizal[14]. El novelista parece haberse hecho masón poco después de su regreso a Europa en 1888, pero la logia estaba en Madrid, donde permaneció brevemente. Nada sugiere que se mantuviese activo después de regresar al norte de Europa. Que se sepa, ningún nativo de la colonia se hizo masón hasta 1891, aunque su número aumentó con rapidez[15]. Es mucho más probable que la estructura fuese idea de Andrés Bonifacio, que poco después de la deportación de Rizal a Mindanao y de la abrupta desintegración de la Liga creó el grupo revolucionario

clandestino Katipunan[16]. A los *katipuneros* interrogados bajo tortura a finales de 1896 les habría sido fácil atribuir la forma de su organización a la Liga, tanto porque eso era lo que el interrogador quería oír, como porque Bonifacio siempre afirmaba que las dos asociaciones eran continuas.

¿Y después? La comparación con Martí es esclarecedora a este respecto[17]. Martí era un criollo de primera generación, cuya lengua nativa era el español y que se había casado, no muy felizmente, con la plantocracia cubana (es posible que fuese homosexual). La mayor parte de su vida adulta la había pasado en México y en Estados Unidos que, en 1892, a pesar de su voraz expansionismo intracontinental, aún no era una potencia colonial; era, en el sentido amplio de la palabra, un *americano*. Mantuvo extensos contactos con toda Latinoamérica, e incluso ejerció de cónsul honorario de Uruguay en Estados Unidos. A lo largo de muchos años alcanzó fama de orador, poeta y brillante publicista. Además, tenía amplia experiencia en la organización política, y podía basarse en las insurrecciones internas cubanas de décadas anteriores, así como en incursiones armadas lanzadas, con diversos grados de participación de grupos de presión estadounidenses interesados, desde Estados Unidos. No se hacía ilusiones acerca de qué le ocurriría si volvía legalmente a Cuba, y tenía ante él una serie de alternativas. Y como resultado de la rebelión de diez años (1868-1878) iniciada por Céspedes, y su breve continuación, la Guerra Chiquita de 1879-1880, había miles de veteranos endurecidos en la batalla, con larga experiencia en la guerrilla, disponibles para una nueva lucha armada.

Rizal era un mestizo, parte *indio,* parte chino y parte español, su idioma nativo no era el castellano, y muy probablemente nunca estuvo legalmente casado[18]. Su formación adulta se produjo en toda Europa Occidental, no en América. (Le enfurecía ser tomado por *americano* cuando llegó por primera vez a Marsella). Era un dotado publicista, aunque no un orador; pero era ante todo un asombroso novelista. Su rápido traslado al norte de Europa, beneficioso en tantos aspectos, le costó lo que Martí tenía en abundancia: experiencia política práctica. La región en la que se situaba su país era casi por completo, y muy variadamente, colonial: los británicos en India y Birmania, península Malaya, Singapur, y en menor grado en el norte de Borneo, los franceses en Vietnam, Camboya y Laos, los holandeses en las vastas Indias, y sólo Siam formalmente independiente. Aunque rizal leyó con intensidad sobre muchos de estos lugares, en especial los que usaban lenguas austronesias relacionadas con la suya, no había visitado ninguno, excepto Singapur y el norte de Borneo durante unos días. La China manchú se aproximaba a su agonía final. Para él no había un *point d'appui* cercano, al contrario que el enorme Nuevo Mundo republicano de Martí. Filipinas tenía su propia tradición de insurrecciones rurales locales y motines criollos, pero en su mayoría habían desaparecido hacía mucho tiempo, dejándole poco sobre lo que trabajar, excepto Cavite (1872) y su espantosa secuela de ejecuciones por garrote vil. A comienzos de la década de 1890, no había filipinos católicos con experiencia guerrillera.

A finales de la primavera de 1892, las opciones de Rizal eran limitadas. Había abandonado Europa definitivamente. Sandakan parecía cada vez más un espejismo. Hong Kong sólo era un refugio mientras los británicos lo tolerasen (y no tenían absolutamente ningún interés de turbar la Manila colonial). Para permanecer fiel a sus compromisos y a todos aquellos que lo consideraban un líder nacional, sólo tenía, al parecer, un camino: volver al país y sin disfraces.

Segundo regreso a Filipinas

El 19 de junio de 1892 Rizal cumplió treinta y un años. Al día siguiente acabó dos cartas, que confió a su amigo portugués el Dr. P. L. Márquez, director de prisiones de Hong Kong. Estaban selladas, con instrucciones de abrirlas y publicarlas en caso de fallecimiento[19]. El 21 escribió una carta personal al gobernador general Despujol, transportada en el mismo barco que lo llevaría a él a Manila.

De las dos cartas selladas, una iba dirigida a su familia y la otra a «los filipinos». Ambas pretendían explicar por qué había decidido realizar el peligroso viaje de retorno a Filipinas. Escribió que con sus acciones había provocado mucho sufrimiento a los inocentes, familiares y habitantes de su pueblo sobre todo, que habían sido duramente perseguidos por su culpa. No cambiaría el curso tomado, pero deseaba asumir la responsabilidad del mismo enfrentándose a las autoridades en persona, con la esperanza de que con ello dejasen tranquilas a las demás víctimas. La segunda carta proporciona una visión más amplia de su propósito:

> Quiero, además, hacer ver á los que nos niegan el patriotismo, que nosotros sabemos morir por nuestro deber y por nuestras convicciones. ¿Qué importa la muerte, si se muere por lo que se ama, por la patria y por los seres que se adoran? Si yo supiera que era el único punto de apoyo de la política de Filipinas, y si estuviese convencido de que mis paisanos iban á utilizar mis servicios, acaso dudara de dar este paso; pero hay otros aun que me pueden sustituir, que me sustituyen con ventaja; más todavía: hay quienes acaso me hallan de sobra, y mis servicios no se han de utilizar, puesto que me reducen á la inacción. He amado siempre á mi pobre patria y estoy seguro de que la amaré hasta el último momento, si acaso los hombres me son injustos; y mi porvenir, mi vida, mis alegrías, todo lo he sacrificado por amor á ella. Sea cual fuere mi suerte, moriré bendiciéndola y deseándole la aurora de su redención[20].

Esta extraña mezcla de espíritu patriótico y amargura personal necesita su propia explicación. Dos meses antes, *La Solidaridad* había publicado lo que Rizal consideraba un maligno ataque personal contra él y su política. El ataque venía en forma de cruda sátira titulada «Redentores de perra chica». En él, Rizal estaba seguro, se burlaban de él llamándolo «iluso de primera», un demagogo vano que posa al estilo de Napoleón, y se considera emisario de Dios para liberar la Ciudad de la Ilusión (es decir, Filipinas). Reúne a su alrededor un séquito de imbéciles, inocentes y fanáticos, y los insta a tomar las armas contra los opresores. Cuando una voz de su público pregunta cómo se puede hacer esto sin armas, barcos y dinero, el charlatán de feria responde:

> ¿Qué dices, desdichado? ¿Qué objetas? ¿Dinero? No es preciso. Un corazón y una espada; he ahí el secreto. ¡Buenos patriotas os hizo Dios! ¿La prensa? Hemos escrito ya bastante; no debemos esperar nada del gobernador, ni del alcalde, ni aun del señor cura. ¿Lo habéis oído? ¿Juzgáis que hago yo poco con vociferar? ¿Con enseñaros el camino? ¿Con impeliros á la lucha? Yo no debo combatir; mi vida es sagrada; ¡mi misión es más alta! […] ¿Necesitáis vituallas? Ya lloverán del cielo, que ampara a las causas justas, y si no, pasaos sin comer. ¿Armas? Compradlas. ¿Organización guerrera? Dáosla vosotros mismos. ¿Barcos? Id á nado. ¿Transportes? Llevad sobre vuestros hombros la impedimenta. ¿Equipo? Id en cueros. ¿Alojamientos? Dormid al raso. ¿Médicos? Moríos, que á todo obliga el patriotismo.

Las multitudes enfurecidas y desarmadas se dirigen a atacar a los opresores, pero son inmediatamente detenidas, para hilaridad universal, y enviadas a prisión o al exilio. Iluso Primero no está entre ellos. «¡Se había ido á llorar las desdichas de la patria! El ya demostró su patriotismo perorando». Se decía a sí mismo, «sentado en el Olimpo de sus grandiosidades»: «¡Yo estoy reservado para mayores empresas! ¡Y soy el único profeta; el único que ama á su país como se debe, soy yo!». Acaba en un manicomio[21].

Sigue sin saberse qué había ocurrido en Madrid. Del Pilar ciertamente estaba molesto por la pelea entre sus seguidores y los rizalistas, irritado por el lenguaje empleado por algunos como Luna, Alejandrino y Evangelista, y quizás alarmado por los rumores distorsionados acerca de las intenciones que ocultaba el asentamiento en Sandakan. Era plenamente consciente de que un estallido armado revolucionario a la desesperada sería desastroso para su campaña política asimilacionista. Sería difícil evitar censurarla después del suceso, con impredecibles consecuencias en Filipinas. Por lo tanto, tiene sentido que desease atajar esa posibilidad, y creyese que un artículo satírico contra los «fanáticos» funcionaría mejor que un artículo directo que tendría que tomarse como política y debería justificarse cuidadosamente. El objetivo plural de la sátira –los «redentores de perra chica»– es buena evidencia de las intenciones de Del Pilar. Al mismo tiempo, era un hombre calmado, un conciliador experto y un estratega sagaz, y no le interesaba arrinconar a Rizal. Todas las cartas que le escribió al novelista eran cordiales y razonables, algo que no siempre se puede decir de las él recibía como respuesta. Al mismo tiempo, la crítica en sí estaba dirigida a un solo Redentor –Rizal– («me llaman "Ídolo" y dicen que son un déspota»), no contra los fanáticos en general. La explicación más probable es que Del Pilar y Lete estuvieran de acuerdo en la idea de la sátira, pero la realización le correspondiera al segundo, redactor jefe de *La Solidaridad;* Lete aprovechó entonces la burda oportunidad de saldar cuentas personales con Rizal. No sabemos qué ocurrió entre Del Pilar y Lete después de que se publicara el artículo, pero al primero no debió de gustarle. Deberíamos por lo tanto interpretar su larga carta a Rizal como una equivocación torpe, aceptando su responsabilidad por una decisión de satirizar a los «fanáticos», pero fingiendo que lo escrito por Lete no era de hecho nada más que eso. La única alternativa habría sido una disculpa por escrito, que ciertamente circularía y que le habría obligado a romper con Lete.

Para el siempre susceptible Rizal, la sátira fue la gota que colmó el vaso. Una cosa era que lo tachasen de megalómano y redentor autonombrado, y otra que lo acusaran de cobarde dispuesto a enviar a sus conciudadanos a la muerte mientras él buscaba su propia seguridad. Aunque la principal razón para volver a Filipinas era la situación de sus parientes y paisanos, es más que probable que la sátira agudizase su voluntad. Lo desmentiría llegando a la capital colonial públicamente, desarmado y sin más compañeros que su familia más cercana[22].

La tercera carta de Rizal, escrita el 21 de junio, a punto de embarcarse hacia Manila, iba dirigida al gobernador general, diciéndole que volvía para arreglar asuntos personales y pidiendo a Despujol que pusiera fin a la persecución iniciada por Weyler contra su familia. Estaba dispuesto a aceptar todos los cargos a su propia y única responsabilidad. Desembarcó en Manila el domingo 26, tomó una habitación en un hotel nuevo y elegante del barrio chino de Binondo, y esa misma tarde se le concedió una breve entrevista con su corresponsal[23]. El general –que doblaba en edad a Rizal– «perdonó» de inmediato al padre del escritor, y le dijo a éste que volviera tres días

después.

Hay en todo esto algo destacable, al menos visto comparativamente. He aquí un joven súbdito colonial que nueve meses antes había publicado una novela en la que el gobernador general, no mencionado, y la más alta elite colonial habían estado a punto de acabar hechos añicos con el invento de Nobel. Además, el régimen colonial se había hecho con el libro seis meses antes. (José Basa había intentado introducir ejemplares de contrabando en el país usando pequeños puertos de entrada, y en el central puerto filipino de Ilo-Ilo habían descubierto un importante cargamento)[24]. Es imposible imaginar un encuentro similar en cualquier parte del imperio británico, francés, holandés o portugués; o incluso en la Cuba española. Una suposición o dos: la primera, que Despujol estaba demasiado ocupado como para leer la novela, o no era lector de novelas; la segunda, más cálida, que sabía distinguir una novela de la realidad.

Los acontecimientos avanzaron muy deprisa. Al día siguiente, lunes, Rizal tomó un tren de la recién inaugurada línea ferroviaria del norte de Manila, parando en varios pueblos y descubriendo que, aunque nadie lo reconocía, su nombre estaba en boca de todos y su llegada a Manila ya era sabida. Despujol lo recibió de nuevo el miércoles y el jueves, concediéndoles a sus hermanas permiso para regresar de Hong Kong. Las conversaciones trataron principalmente sobre el proyecto de Sandakan, que Rizal insistía que estaba aún en marcha, y al que el general se oponía con firmeza. Había otro encuentro previsto para el domingo 3 de julio. Mientras tanto, agentes policiales habían seguido a Rizal y esperaban para registrar todas las casas que visitaba. Ese mismo día, Rizal creó formalmente la Liga Filipina en la casa de un rico partidario político. Entre los muchos asistentes se encontraba Andrés Bonifacio, el joven artesano y agente comercial que cuatro años después daría comienzo a la Revolución. El propio Rizal parece no haber hecho más que esbozar los objetivos de la Liga, explicar por qué el centro de la lucha política debía trasladarse de España a Filipinas, y pedir diversos tipos de apoyo. El martes por la mañana se produjeron los registros policiales planeados, que poco más obtuvieron que ejemplares de novelas, tratados masónicos, panfletos contra los frailes y demás; nada que hubiera podido ser sancionable en la propia España. No se produjeron detenciones masivas.

Una Siberia tropical

El jueves, Rizal vio a Despujol por quinta vez en una semana, para asegurarle que estaba dispuesto a regresar a Hong Kong. Pero el general le pidió entonces que explicase la presencia oculta de panfletos contra los frailes –incluida una sátira contra el papa León xiii– en sus maletas. Rizal respondió que eso era imposible. Sus hermanas le habían preparado el equipaje, y nunca habrían hecho nada tan estúpido, en especial sin comunicárselo. Entonces, Despujol lo puso bajo arresto y lo confinó al Fuerte Santiago. Pero lo llevaron allí en el propio coche del gobernador general y escoltado por el propio hijo y el asistente de campo del gobernador general. Al día siguiente le entregaron una orden de destierro interno a Dapitan, un diminuto asentamiento en la costa noroccidental de la remota isla sureña de Mindanao[25]. Allí permanecería la mayor parte de los cuatro años que le restaban de vida. No era en absoluto malo. Lo habían tratado con asombrosa cortesía, y él había demostrado que no era ni mucho menos Iluso Primero. ¿Pero qué había ocurrido?

Podemos empezar por los panfletos clandestinos, que Despujol le dijo a Rizal que se habían descubierto a su llegada de Hong Kong, diez días antes de la orden de deportación. Si realmente ocurrió, se lo habrían comunicado de inmediato al gobernador general; si le hubieran parecido subversivos respecto al dominio español, no habría mantenido tantas reuniones cordiales con el contrabandista, ni lo habría tratado con esa cortesía expresiva después de la detención. En su primera biografía de Rizal (1907), Wenceslao Retana observa que el oficial de aduanas que declaró haber descubierto las calumnias impresas era sobrino de Bernardino Nozaleda, el archirreaccionario arzobispo dominico de Manila. También señala que un juez español, Miguel Rodríguez Berriz, había descubierto, poco después de la llegada de Rizal, que en un orfanato regentado por los agustinos se estaban imprimiendo en secreto folletos contra los frailes[26]. Además, a Rizal no le importaba en absoluto León xiii. Es, por lo tanto, prácticamente seguro que los panfletos eran falsificaciones, diseñadas para obligar al régimen a tratar con decisión al *filibustero* que, en el asunto Calamba, había arrastrado a los avasalladores dominicos hasta el tribunal más alto de España. También es muy probable que Despujol supiera o sospechase que así era. Aun así, los panfletos fueron muy útiles.

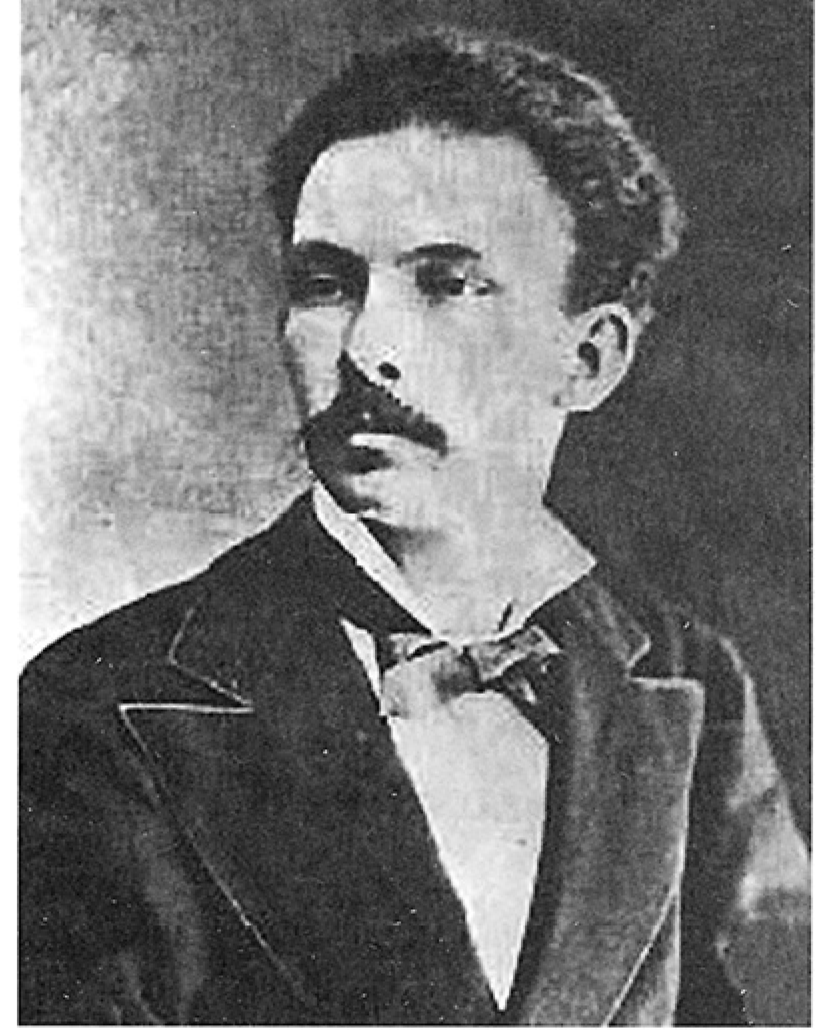
Lo que realmente preocupaba a Despujol era otra cosa. En primer lugar, el Cayo Hueso del este. Rizal le había asegurado repetidamente que hablaba en serio respecto al asentamiento de Sandakan, y que, si se le permitía volver a Hong Kong, seguiría trabajando en el proyecto. ¿Podría estar seguro de que en algún momento posterior el novelista no iba a encontrar partidarios? En cualquier caso, Borneo estaba fuera del imperio español, pero al mismo tiempo muy cerca. Por otra parte, si permitía al joven entrar y salir libremente de Manila, el entusiasmo que su fama despertaba podía provocar disturbios entre los colonizados o el asesinato de Rizal a manos de sus enemigos *colonos* o clericales. Cualquiera de las cosas, desde el punto de vista de Despujol, sería un desastre político. La lógica de la situación decía claramente: mantenlo dentro de Filipinas, pero fuera de peligro; y también trátalo de tal manera que no se convierta en mártir, en especial en la prensa metropolitana. Además, el general, aunque católico convencional, era un caballero de la antigua escuela y, en el peculiar sentido de la palabra española en el siglo XIX, una especie de liberal[27]. Es incluso posible que de verdad le gustase Rizal, un hombre lleno de encanto.

El destino de Rizal y cómo se escogió confirman esta suposición. En Dapitan estaba situada una misión jesuita, y la decisión de desterrar allí a Rizal era, antes de su anuncio, un secreto conocido sólo por Despujal y el provincial jesuita catalán Pablo Pastells. Cuando el absolutista ilustrado Carlos iii había expulsado a los jesuitas de su imperio, las parroquias, las propiedades y los bienes que controlaban fueron rápidamente tomados por sus rivales, en especial dominicos y agustinos. Cuando se les permitió volver, en 1859, poco antes del nacimiento de Rizal, fue sólo a condición de que aceptasen las expropiaciones efectuadas por sus camaradas religiosos, y se limitaran principalmente al trabajo misionero en la incierta periferia situada entre el ámbito colonial y los dominios musulmanes del extremo sur (Sulu y Mindanao). Cuando la Compañía de Jesús intentó establecer su propio colegio de secundaria elitista en Manila, el Ateneo que a menudo hemos mencionado, sólo se impuso a la venenosa oposición dominica gracias al gobernador laico de Manila. Si en la Europa del siglo XIX a menudo se los consideraba la vanguardia intelectual, politizada y astuta de la Iglesia, en la Filipinas colonial, sin valiosos intereses que proteger, se manifestaban liberales. En 1892, el Ateneo aún tenía

profesores, como Pastells, que profesaban cariño hacia su antiguo alumno, reconocían que *Noli me tangere* atacaba principalmente a dominicos y franciscanos y en cualquier caso estaban encantados con la oportunidad de criticar al enemigo. En cuanto al provincial, parece haber tenido otro motivo para esta connivencia con Despujol: la confianza en que, aislado en el Dapitan jesuita, Rizal recuperaría el sentimiento católico gracias a las persuasiones de la Compañía de Jesús. ¡Qué triunfo para echarles en cara a las otras órdenes![28]¿Qué podía causarle más placer al caballerosamente maquiavélico Despujol que enfrentar la reina de corazones jesuita contra la sota de bastos dominica?[29].

La insurrección de Martí

Exactamente en esta coyuntura, al otro lado del planeta, Martí formaba su partido revolucionario en el exilio y se esforzaba sistemáticamente en prepararse para una guerra revolucionaria definitiva. Hacia finales de 1894, creyó que había llegado la hora, y decidió iniciar las hostilidades el siguiente febrero. Cuba había cambiado drásticamente en las dos décadas anteriores, de un modo que parecía propicio para sus objetivos. (Nada comparable ocurrió en Filipinas entre la insurrección de Cavite en 1872 y la de Bonifacio en 1896.) La Guerra de los Diez años fue la principal causa de esta transformación. Como ya se ha señalado, no acabó con una victoria aplastante de Madrid, sino con concesiones políticas mutuas. Durante años, Céspedes (que liberó a sus propios esclavos el día que declaró la república) había controlado en gran parte las quebrantadas zonas rurales del este de Cuba, donde había relativamente pocos esclavos y la economía se basaba sobre todo en la ganadería. Pero había sido incapaz de lanzar un ataque decisivo sobre la Cuba occidental, donde se situaba la capital colonial y donde predominaban las ricas plantaciones de caña azucarera, con enormes poblaciones de esclavos controladas por lo que algunos historiadores han denominado, sin pizca de ironía, la «aristocracia colonial». Durante la guerra, el régimen colonial, con el respaldo de Madrid, había explotado sin cesar el fantasma sanguinario de Haití para movilizar el apoyo entre las elites peninsulares y criollas de la isla: en efecto, si la rebelión se imponía, los «blancos» serían masacrados, y la prosperidad de la isla, construida sobre las «ruinas de Santo Domingo», se desvanecería en el abismo. El hecho de que algunos de los comandantes guerrilleros más importantes de Céspedes fuesen *negros,* como el legendario Antonio Maceo, fue manipulado por los españoles, no meramente para solidificar el apoyo en el oeste, sino también para debilitar la solidaridad del este rebelde.



José Martí.

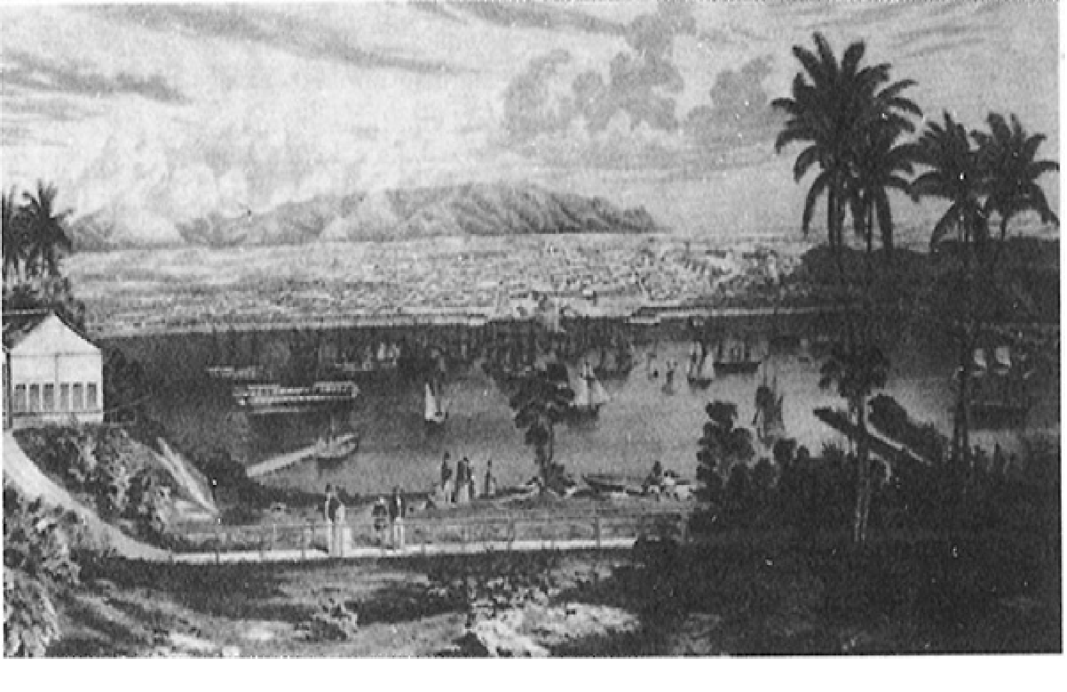
No obstante, en la década de 1880, Madrid reconocía que la época de la esclavitud había terminado. El aplastamiento de la Confederación por Grant y Sherman y el éxito del abolicionismo en los imperios británico, francés y holandés, significaba que en 1878 sólo Brasil y Cuba se mantenían como estados esclavistas serios[30]. Por lo tanto, tras el acuerdo de Zanjón, por el que los rebeldes deponían las armas a cambio de amnistía y reforma, Madrid se movió con rapidez y puso con habilidad un fin pacífico a la esclavitud cubana. Este fin pacífico resultó ser una bendición a medias, sin embargo, porque demostró que el espectro haitiano no era más que un duende. En segundo lugar, el Disraeli y el Galdstone de Madrid reconocieron que las reformas políticas eran inevitables, y que debían tomarse medidas serias para revitalizar la economía. La larga guerra había devastado físicamente el este, y el oeste se tambaleaba en la década de 1880 debido a la depresión mundial y a la superior eficacia de las empresas agrícolas de remolacha y caña azucarera estadounidenses y europeas. Las reformas políticas, que por

primera vez permitieron en Cuba partidos políticos y una prensa relativamente libre, así como la racionalización y la reforma de la administración, no generaron, sin embargo, la esperada consolidación del apoyo al decrépito imperio. Por otro lado, la apertura a las empresas agrarias metropolitanas puso fin a buena parte de la plantocracia ineficaz, mientras que el fomento de la emigración masiva desde España tuvo unas consecuencias completamente inesperadas. Entre 1882 y 1894 (las cifras disponibles sólo excluyen 1888), al menos 224.000 peninsulares emigraron a Cuba, cuya población era entonces inferior a 2 millones. De ellos sólo volvieron 140.000[31]. Ada Ferrer destaca que, de acuerdo con el censo de 1887, sólo el 35 por 100 de los descritos como «blancos» sabían leer o escribir, mientras que la proporción entre los «de color» era del 12 por 100. (El porcentaje de ambos grupos sólo era significativamente superior en La Habana)[32]. Que dos tercios de los «blancos» de Cuba fueran entonces analfabetos es suficiente prueba de que la mayoría de los nuevos inmigrantes eran antiguos campesinos o proletarios de la metrópoli, especialmente de Cataluña. Así llegaron el marxismo y el anarquismo a Cuba. El impresionante fundador del anarquismo cubano, el emigrado catalán Enrique Roig, mencionado en el capítulo 3, fue un elemento clave en esta marea de inmigrantes pobres y a veces radicales, y hasta su muerte prematura en 1889 un firme partidario de la empresa de Martí[33].



El legendario Antonio Maceo, segundo al mando del ejército de independencia cubano y uno de los comandantes guerrilleros más sobresalientes del siglo XIX.

La transformación demográfica, combinada con el fin gradual y nada alarmante de la esclavitud, permitieron a Martí convertir la empresa revolucionaria en una empresa nacionalista que trascendía, o parecía trascender, el discurso de la raza. Por así decirlo, los varones blancos y negros de Cuba se abrazarían (metafóricamente, o en el campo de batalla) como iguales en la lucha contra el dominio imperial[34]. La gradual desaparición de «Haití» y el hundimiento de la «aristocracia» azucarera dejaron a Madrid cada vez con menos partidarios fanáticos. Después de 1888, el nacionalismo general al estilo Rizal se extendió con rapidez en casi todos los sectores[35]. Estos cambios permitieron a su vez a los revolucionarios de 1895 romper con éxito la línea entre el este y el oeste. Maceo, el comandante mulato, héroe de la Guerra de los Diez Años, consiguió recorrer la isla de este a oeste, provocando admiración y apoyo a medida que avanzaba.



Santiago de Cuba, 1856.

La guerra empezó en serio en abril, cuando Martí, Maceo y el otro héroe de cinco estrellas de 1868-1878, Máximo Gómez, entraron subrepticiamente en la isla. En marzo, en Madrid, el primer ministro liberal Sagasta había proclamado solemnemente ante el Senado que España estaba dispuesta «a gastar hasta la última peseta, y ofrecer hasta la última gota de sangre de sus hijos» para aplastar la rebelión, pero no estaba hecho para mandar en tiempos de guerra; su gobierno cayó menos de ocho semanas después[36]. De vuelta en el poder por sexta y última vez, Cánovas convenció pronto al capaz político y general Arsenio Martínez Campos, arquitecto del fin negociado de la Guerra de los Diez Años, para que volviera a Cuba como gobernador y capitán general. Recordemos que Martínez Campos fue el objetivo del atentado frustrado del anarquista Paulino Pallás el 24 de septiembre de 1893, cuando era capitán general de Barcelona. Ileso, lo habían mandado a aplastar la rebelión en el Marruecos español. Era la única figura con la experiencia y el prestigio necesarios para alcanzar lo que se pretendía, un acuerdo político y militar dentro del imperio. Ocho meses después, salía de suelo cubano.

Ya en junio de 1895, a pesar de que Martí había muerto en batalla el mes anterior, el nuevo gobernador general describía sin ilusiones las nuevas realidades. Escribió a Cánovas lo siguiente:

> Los pocos españoles que hay en la Isla sólo se atreven a proclamarse tales en las ciudades: el resto de los habitantes odia a España [...]
>
> No puedo yo, representante de una nación culta, ser el primero que dé ejemplo de crueldad é intransigencia; debo esperar á que ellos empiecen [...]
>
> Podría reconcentrar las familias de los campos en los poblados, pero necesitaría mucha

fuerza para defenderlos; segundo, la miseria y el hambre serían horribles y me vería precisado á dar ración y en la última guerra llegué á dar 40.000 diarias; aislaría los poblados del campo, pero no impediría el espionaje; me lo harían las mujeres y chicos; tal vez llegue a ello, pero en caso supremo y creo que no tengo condiciones para el caso: Sólo Weyler las tiene en España, porque además reúne las de inteligencia, valor y conocimiento de la guerra; reflexione usted, mi querido amigo, y si hablando con él el sistema lo prefiere usted, no vacile en que me reemplace; estamos jugando la suerte de España, pero yo tengo creencias que son superiores á todo, y que me impiden los fusilamientos y otros actos análogos […]

Vencidos en el campo ó sometidos los insurrectos, como el país no quiere pagar ni nos puede ver, *con reformas ó sin reformas,* con perdón ó con exterminio, mi opinión leal y sincera es que antes de doce años tenemos otra guerra[37].

El experimentado gobernador general, pensando a largo plazo, reconocía que la causa imperial estaba perdida (y se apresuró a retirarse). Las reformas serían inútiles contra la marea nacionalista; la victoria militar supondría un sufrimiento colosal, y no impediría una nueva guerra en los siguientes doce años. Es probable que Cánovas entendiese el mensaje, pero también estaba convencido de que la caída de Cuba no sólo lo sacaría a él del poder, sino que casi con seguridad destruiría la democracia caciquil que él y Sagasta habían establecido en España durante la generación anterior; también sería, al reducir a España a un país europeo menor, un golpe devastador para el orgullo nacional y la confianza de España en sí misma. En consecuencia, envió a Weyler a La Habana con plenos poderes[38]. El general llegó a Cuba el 10 de febrero de 1896, y permaneció allí los siguientes dieciocho meses. Cánovas cumplió su palabra. Para apoyar a Weyler, envió en un corto espacio de tiempo 200.000 soldados españoles a la isla caribeña, en aquel momento la mayor fuerza militar que jamás hubiera atravesado el Atlántico[39].



El gobernador militar español de Cuba, Valeriano «el Carnicero» Weyler.

Weyler cumplió plenamente con las expectativas de Cánovas. Con su acerada eficacia prusiana, invirtió en el transcurso de 1896 la marea militar. En diciembre, Maceo y «Pancho», el hijo de Máximo Gómez, murieron en batalla, y el desolado padre estaba en retirada. Pero el precio fue enorme. Hugh Thomas, en conjunto comprensivo con Cánovas y Weyler (principalmente por desprecio hacia lo que los hipócritas estadounidenses tramaron antes, durante y después de la guerra), comenta que «toda la isla se había convertido en un inmenso campo de concentración». Entre 1895 y 1899, la población cubana disminuyó de 1.800.000 a 1.500.000 de habitantes. La mayoría de las bajas del campo de concentración isleño fueron niños muertos de hambre y enfermedades parasitarias provocadas por la misma. En 1899, Cuba tenía, afirma Thomas, la menor proporción de niños menores de cinco años de las partes censadas del mundo; ningún otro país del siglo XIX sufrió la pérdida de la sexta parte de la población[40]. La economía quedó arruinada, un proceso en el que también influyó la despiadada campaña de tierra quemada que Gómez desató contra las haciendas de la plantocracia[41]. Pero el problema más profundo era que ni Cánovas ni Weyler disponían de una solución política, en lugar de militar. Como veremos, este punto muerto lo resolvería un italiano vagabundo que apenas había superado la adolescencia.

¿Rizal a Cuba?

Reconociendo que probablemente su destierro en el diminuto Dapitan durase mucho, Rizal se instaló poco después de su llegada. Se construyó una sencilla casa sobre pilotes con tejado de paja a la orilla de la que todavía hoy es una bahía hermosa y serena; después abrió una consulta médica y una pequeña escuela para los niños de la localidad, se interesó por la agricultura y la botánica, y leía todo lo que a su familia y sus amigos les permitían enviarle. Su correspondencia estaba, por supuesto, censurada, y las cartas que han sobrevivido son calmadas, pero vigilantes. Tenía libertad para moverse a su antojo por el asentamiento y el comandante lo trataba en general con cortesía. En el verano de 1893, llegó a Manila un nuevo gobernador general, Ramón Blanco, para sustituir antes de tiempo a un Despujol cada vez más detestado por la comunidad peninsular de Manila y las órdenes religiosas. Aunque veterano de las Guerras Carlistas y de la Guerra de los Diez Años en Cuba, Blanco tenía fama de hombre flexible. Mientras tanto, varios de los amigos de Rizal habían preparado planes fallidos para acudir en su rescate: planes para contratar un barco que lo liberase y lo trasladase a Hong Kong, y otros para hacerlo perdonar por el presidente Sagasta y después presentarse a un escaño en las Cortes españolas. En noviembre de 1894, el propio Blanco se dejó caer por Dapitan en su viaje de vuelta de una guerrita con éxito contra la Maranao musulmana, en la parte norcentral de Mindanao. Se dice que primero le propuso a Rizal volver a España (Rizal rechazó la idea) y que después le ofreció volver a Luzón, a una de las provincias ilocanas en el extremo norte. Pero al final no pasó nada[42].

En 1895, sin embargo, la insurrección en Cuba estaba cambiando todo el contexto político de Filipinas. Las «condiciones previas» de Blumentritt empezaban a materializarse. Regidor, viejo amigo de Rizal que se había enriquecido en Londres como

asesor jurídico de empresarios ingleses que comerciaban e invertían en España, y que tenía muchos amigos en las altas instancias madrileñas, descubrió que había una grave escasez de médicos adjuntos al ejército en la Cuba asolada por la fiebre amarilla. Por lo tanto, presionó a Blumentritt y Basa para que convencieran a Rizal de presentarse voluntario. Por último, tras muchas dudas, éste accedió, y en noviembre, mientras Martínez Campos todavía gobernaba en La Habana, envió a Blanco una carta pidiéndole permiso para ofrecer sus servicios médicos a los heridos de Cuba. Basa creía que esta oferta se tomaría como prueba de la lealtad básica de Rizal al imperio. En todo caso, lo principal era salir del exilio filipino. La ruta a La Habana pasaba por España; una vez allí, Rizal podría quedarse a salvo bajo la protección de amigos y aliados políticos influyentes. Los propios motivos del novelista están mucho menos claros. Era un hombre con un puntilloso sentido del honor, y habría retrocedido ante la idea de mentir sin más a Blanco, que, después de todo, antes le había ofrecido permitirle viajar honorablemente a España. Hay muchas posibilidades de que en noviembre de 1895 el escritor fuera sincero respecto a sus intenciones de dirigirse a Cuba.

¿Pero por qué razón? No podemos sino conjeturar. Sabía que Martínez Campos era el arquitecto incruento del Pacto de Zanjón que había puesto fin a la Guerra de los Diez Años. Médico al fin, se tomaba en serio el deber hipocrático de atender a los heridos, sin importar el bando al que perteneciesen. Había conocido en España a cubanos admirables, primero y ante todo el abolicionista criollo Rafael Labra, y estaba en general enterado de la historia política «avanzada» de Cuba hasta el final de la década de 1880. Quizá sentía curiosidad por lo que pudiera aprender de la experiencia en la colonia hermana de Filipinas. Lo probable, en cualquier caso, es que sus años de aislamiento en Mindanao lo tuvieran mal informado sobre lo que a esas alturas ocurría en la isla caribeña bajo «Su Excelencia» Weyler.

Como fuese, Blanco envió con premura la carta de Rizal a Madrid con su sello de aprobación personal. Pero durante meses no hubo reacción de la capital imperial. Mientras tanto, en Cuba, Weyler y el *weylerismo* habían sustituido a Martínez Campos.

Nuevas coyunturas

La deportación de Rizal a Dapitan en julio de 1892 había provocado el inmediato colapso de la naciente Liga Filipina. Pero poco después un grupo muy pequeño de activistas situados en la órbita de la Liga decidió en una reunión secreta celebrada en Manila sustituirla por una organización revolucionaria clandestina que denominaron la Kataastaasan, Kagalanggalang Katipunan ng mga Anak ng Bayan (quizá Ilustrísima y Respetable Liga de los Hijos y las Hijas del Pueblo). Su líder, Andrés Bonifacio, dos años menor que Rizal, tenía entonces veintinueve años. El Katipunan no parece haber alcanzado mucho, aparte de la supervivencia, hasta finales de 1895, cuando tenía aún menos de 300 socios[43]. Pero las nuevas coyunturas internacionales de ese año fomentaron una enérgica expansión de sus cuadros, que de acuerdo con algunos entusiastas alcanzaron los 10.000 en agosto[44].

La coyuntura clave para la clandestinidad del Katipunan la simboliza mejor el hecho de que el desembarco de Martí en Cuba el 11 de abril de 1895 ocurriera sólo seis días antes de que se firmase el Tratado de Shimonoseki entre Tokio y Pekín, tras la victoria aplastante de Japón en la Guerra Chino-Japonesa de 1894-1895 en Corea. En el caso de

Cuba no se trataba sólo del ejemplo electrizante de Martí ni de los espectaculares éxitos militares iniciales de Maceo y Gómez. Bonifacio y sus camaradas eran profundamente conscientes de las dificultades a las que España se enfrentaría si tuviera que afrontar dos insurrecciones anticoloniales en extremos opuestos del mundo. También sabía que en dicho caso Madrid daría una abrumadora prioridad militar a Cuba, de donde obtenía tanto dinero, frente a Filipinas, que, por lo general, daba pérdidas. Por otra parte, Formosa, cuyo extremo sur se situaba a sólo 250 millas de la costa norte de Luzón, era ahora propiedad del Estado japonés. Si los cubanos podían conseguir el respaldo del vecino Estados Unidos, ¿no podría ser que los filipinos consiguieran lo mismo del Imperio del Sol Naciente?

De hecho, la posición geopolítica de ambos «vecinos» era muy distinta. Estados Unidos era para entonces la potencia hegemónica casi indiscutible del hemisferio occidental, mientras que el Asia oriental era un área llena de imperialismos «blancos» rivales y ambiciosos: británico, francés, alemán, ruso y estadounidense. Casi inmediatamente después de la firma del Tratado de Shimonoseki, la intervención de Alemania, Francia y Rusia obligó al gobierno japonés a devolver la recién adquirida península de Liaotung al régimen Ch'ing. Además, Japón seguía cargado de tratados desiguales que le habían sido impuestos en las tres décadas anteriores y que daban a sus competidores sustanciales derechos extraterritoriales. Un acuerdo anglo-japonés firmado poco antes de que estallase la Guerra Chino-Japonesa preveía la eliminación de dichos tratados, aunque no antes de 1899. Pero si Londres lideraba el camino, inevitablemente las demás capitales imperiales la seguirían. El final de la década de 1890 no era aún, por lo tanto, momento para aventuras incautas de los japoneses.

Aunque las relaciones oficiales entre Tokio y Manila eran en general correctas, a las autoridades españolas les preocupaba cada vez más el futuro[45]. Los barcos japoneses se adentraban en aguas filipinas, y la balanza comercial se inclinaba cada vez más a favor de Japón[46]. Los japoneses empezaban a emigrar a Filipinas, y Tokio presionaba con fuerza para que se relajasen las leyes de inmigración de la colonia. Las elites japonesas estaban cada vez más informadas sobre Filipinas, mientras que el cuerpo diplomático español, sin un solo miembro que supiera leer o hablar japonés, se veía obligado a confiar en la opinión de británicos y estadounidenses acerca de las políticas y las intenciones japonesas. A comienzos de la década de 1890, un grupo de presión cada vez más elocuente –compuesto por parlamentarios de la oposición, periódicos, militaristas, intereses empresariales e ideólogos– instaba a la expansión japonesa en el Pacífico y en el sur de Asia (en parte para impedir los avances alemanes y estadounidenses). La debilidad y la decrepitud del colonialismo español en Filipinas eran cada vez más conocidas[47]. Y aventureros, civiles y militares vagamente conectados entraban y salían de la colonia.

En la propia España, el triunfo militar de Japón sobre China llevó el *espantajo japonés* al centro de la atención pública[48]. En febrero de 1895, Moret, ex ministro de Ultramar en tiempos de Sagasta, escribió que el ascenso de Japón a potencia de primera clase

> implica una transformación radical en las relaciones de Europa con el mundo oriental, y especialmente con las posesiones que España tiene en aquellos mares. Negarse á reconocerlo, esperando acontecimientos que no tardarían en presentarse, sería dormirse sobre los raíles fiado en que la vibración producida sobre ellos por la locomotora avisara á tiempo del peligro[49].

El periódico republicano radical *La Justicia* comentaba con sarcasmo poco después: «Un hermoso futuro de guerra simultánea en Cuba, Filipinas [...] basta para que el gobierno de la Restauración [es decir, de Cánovas] pueda escribir sobre las ruinas de la nación española el histórico epitafio de Finis Hispaniae»[50].

Bajo estas circunstancias, no sorprende que los nacionalistas filipinos empezaran a intentar establecer un contacto útil con los japoneses. El primero fue José Ramos, de familia suficientemente rica como para educarlo en Londres. En el verano de 1895, tras recibir el soplo de que estaban a punto de detenerlo por difundir propaganda nacionalista, huyó de Filipinas, fingiendo ser inglés, en un barco británico que se dirigía a Yokohama. Allí se casó con una japonesa, tomó el apellido de ella (Ishikawa), y acabó convirtiéndose en súbito nacionalizado del emperador Meiji. Dedicó buena parte de su tiempo a los infructuosos intentos de comprar los fusiles sobrantes de la guerra de Corea y enviarlos a Filipinas[51]. Otros filipinos ricos lo siguieron, con pretextos como el turismo o la ampliación de estudios.

Entonces, el 4 de mayo de 1896, el *Kongo,* buque escuela de la armada japonesa con treinta y tres cadetes y veinte estudiantes de una escuela naval japonesa a bordo, entró en el puerto de Manila, donde rápidamente las autoridades españolas lo secuestraron con el pretexto de que podría estar infringiendo las normas sobre cuarentena[52]. Aunque los relatos japoneses, españoles y filipinos existentes varían en sus detalles, todos coinciden en que los líderes del Katipunan, Bonifacio, el Dr. Pío Valenzuela, el joven instigador Emilio Jacinto y Daniel Tirona, establecieron contacto personal con el capitán del *Kongo* y le presentaron por escrito una solicitud de ayuda y asesoramiento japoneses en su «deseo de levantarse contra el gobierno». Los acompañaba «José» Tagawa Moritaro, residente en la colonia desde hacía mucho tiempo y casado con una filipina, el cual había alertado a Bonifacio de la llegada del *Kongo* y actuado de intérprete. De este encuentro no surgió nada significativo, salvo que la policía colonial se enteró y redobló la vigilancia[53]. El capitán Serada no mencionó la reunión cuando presentó el informe ante sus superiores.

La partida de Dapitan

Ése fue el telón de fondo inmediato en una reunión de los principales dirigentes del Katipunan a finales de mayo, en la que se decidió que era factible un levantamiento armado, que se enviaría una misión a Japón para pedir ayuda sustancial, y que mandarían un emisario a Dapitan para conseguir el respaldo de Rizal. (Sin que el novelista lo supiera, lo habían convertido en presidente honorario del Katipunan; y se dice que los discursos de la organización terminaban habitualmente con un apasionado «¡Viva Filipinas! ¡Viva la libertad! ¡Viva el Dr. Rizal!».) Al final del mes, el único *ilustrado* que había entre ellos, el Dr. Pío Valenzuela, se embarcó hacia Mindanao con el pretexto de llevar un criado suyo a que lo tratase. Es importante señalar que Rizal no conocía a Valenzuela, ni en persona ni de nombre, y que debió de pasársele por la cabeza que se trataba de un agente provocador. Cuando más tarde los interrogadores le pidieron detalles, la respuesta registrada de Rizal fue la siguiente:

> El médico D. Pío le habló al declarante de que iba á llevarse á cabo un levamiento y que les tenía con cuidado lo que pudiera ocurrirle al declarante en Dapitan. El dicente le

> manifestó que la ocasión no era oportuna para intentar aventuras, porque no existía unión entre los diversos elementos de Filipinas, ni tenían armas, ni barcos, ni ilustración, ni los demás elementos de resistencia, y que tomaran ejemplo de lo que ocurría en Cuba, donde á pesar de contar con grandes medios, con el apoyo de una gran Potencia y de estar avezados á la lucha, no podían alcanzar sus deseos, y que cualquiera que fuera el resultado de la lucha, á España le convendría hacer concesiones á Filipinas, por lo que opinaba el declarante debía de esperarse[54].

Éste es el lenguaje artificial de un estenógrafo militar, pero Rizal presentó al tribunal una breves «Adiciones a mi defensa», escritas en su estilo característicamente elegante. En ellas escribía:

> Avisado por Don Pío Valenzuela de que se intentaba un levamiento, aconsejé lo contrario tratando de convencerle con razones. D. Pío Valenzuela se separó de mí convencido al parecer, tanto que en vez de tomar parte después en la rebelión, se presentó á indulto á las Autoridades.

Una frase posterior añade una complicada ambigüedad:

> D. Pío Valenzuela venía á avisarme para que me pusiese en seguro, pues según él, era posible que me complicaran[55].

Este testimonio es muy verosímil. En el consejo negativo de Rizal al médico se perciben ecos de las advertencias comparativas razonadas que le hizo Blumentritt contra las aventuras revolucionarias. No está claro cuánto sabía de lo que realmente sucedía en Cuba, pero las dificultades de la lucha en la isla se despliegan retóricamente para reforzar el consejo. Es perceptible, sin embargo, que Valenzuela no se presentó ante él pidiéndole el respaldo para la insurrección, sino meramente consejo acerca de si sería oportuna. Lo convencieran o no los argumentos del novelista, pareció aceptarlos aunque fuese porque no podía estar seguro de que Rizal no les comentase algo a otros visitantes, a su familia o incluso a las autoridades de Dapitan[56]. Lo que Valenzuela dijo exactamente a sus camaradas al regresar a Manila no está en absoluto claro: ¿informó con precisión de que Rizal aconsejaba esperar porque las condiciones para un levantamiento con éxito aún no estaban presentes, o simplemente dijo que Rizal se negaba de plano a respaldar el proyecto de Bonifacio? Tal vez, esto último fuese lo más probable, dado que se dice que Bonifacio se mostró al principio incrédulo y después se puso lívido, tachando a Rizal de cobarde. Pero tal era el prestigio de Rizal que ambos hombres acordaron ocultar su «rechazo» a los camaradas del Katipunan[57].

Después, de la nada, el 1 de julio, Blanco recibió una carta del ministro de la Guerra Azcárraga diciéndole que ya que Weyler no había puesto objeción al viaje de Rizal a Cuba para trabajar como médico, debería permitirle partir hacia el Caribe. La carta oficial del gobernador general a Rizal llegó a Dapitan el día 30. Al día siguiente, Rizal partió hacia Manila en el mismo barco que había llevado la misiva de Blanco. La abrupta velocidad de esta decisión no puede explicarse simplemente por su ansiedad de huir del aburrimiento y el aislamiento de la misión jesuita, ni por una urgencia en el mensaje de Blanco. En su juicio, Rizal explicó que la firme decisión de viajar a Cuba derivaba puramente de razones personales que le habían causado dificultades con un sacerdote misionero[58]. Esto debe de referirse a la negativa del sacerdote a casar a Rizal con

Josephine Bracken a no ser que el primero repudiara todas sus opiniones heréticas. Pero seguramente la verdadera razón era el temor a que lo implicaran en un inminente levantamiento del Katipunan que él estaba seguro de que sería un sangriento fracaso. En ese momento, sin embargo, le falló la suerte[59].

El 7 de junio, sólo siete semanas antes, se había lanzado en la procesión del Corpus Christi de Barcelona una enorme bomba. Seis personas murieron en el acto y varios de los cuarenta y dos heridos fallecieron más tarde en el hospital. Al día siguiente se declaró el estado de excepción en la ciudad, entonces bajo el control ni más ni menos que del general Despujol. Se mantendría en vigor un año. La bomba causó un especial terror, porque no parecía destinada contra ningún político destacado o contra una personalidad religiosa, y sus víctimas fueron ciudadanos comunes[60]. La policía, azuzada con histeria o artimañas por la Iglesia y por diversos grupos derechistas y su prensa, se desbocó, deteniendo a unas trescientas personas: anarquistas de todo tipo, anticlericales, republicanos radicales, intelectuales y periodistas progresistas, y demás. A la mayoría los encarcelaron en la sombría fortaleza de Montjuïc, que pronto adquiriría fama en toda Europa por las torturas practicadas en sus mazmorras[61]. El principal sospechoso (al final) resultó ser un francés de veintiseis años. Thomas Ascheri, nacido en Marsella, antiguo seminarista y antiguo marinero, desertor del ejército francés y confidente de la policía francesa, también afirmaba ser en realidad un espía anarquista con la tarea de dar a la policía información falsa y advertir a los camaradas de las inminentes redadas[62]. Tras soportar torturas atroces, y ser juzgado por un tribunal militar, él y cuatro españoles casi con seguridad inocentes fueron ejecutados el 5 de mayo del año siguiente.

Cuba estaba de hecho sometida a la ley marcial, ahora Barcelona, y pronto las seguiría Filipinas. La represión interna, la más severa de Europa, así como la expansión del conocimiento interior sobre los sombríos métodos empleados por Weyler en La Habana, polarizaron la política española. Cánovas era admirado u odiado por ambas y, entre sus muchos enemigos, la furia por lo acaecido en Montjuïc se convirtió pronto en una simpatía más firme por Cuba.

Los últimos viajes

Rizal zarpó hacia Manila el 31 de julio de 1896, esperando tomar el barco correo que oficialmente zarpaba todos los meses hacia España. Pero su nave experimentó dificultades, y cuando llegó a la capital filipina, el 6 de agosto, el barco correo había salido. Pendiente de la partida del siguiente, prevista para el 3 de septiembre, lo mantuvieron cómodamente embarcado frente al muelle de Cavite, apartado, a petición propia, de todo contacto con cualquiera que no fuese un familiar inmediato. Si el Katipunan se levantaba mientras él estaba en Manila, quería estar seguro de que no podrían implicarlo. No hay modo de saber con seguridad si conocía los acontecimientos que se estaban produciendo en Manila, y mucho menos en Cuba, Madrid o Barcelona. Pero es improbable que entendiese lo que Bonifacio tenía claro: que con 200.000 soldados implicados en Cuba, Madrid no tenía capacidad para enviar una fuerza militar abrumadora a Filipinas. La hora de la guerra de liberación anunciada por Blumentritt aparecía ahora en el horizonte de los rebeldes.

Desde finales de 1895, los agentes secretos del gobernador general Blanco habían

recibido informaciones de que el Katipunan clandestino y revolucionario se estaba volviendo seriamente activo. Dado el reducido número de soldados a su disposición, y ansioso por no provocar el pánico en la comunidad española en Manila, Blanco ordenó vigilar a los sospechosos y registrar discretamente los lugares donde se reuniesen. En la primavera de 1896, los miembros del Katipunan habían empezado a desaparecer, deportados con discreción a islas remotas. La creciente conciencia que los líderes del Katipunan tenían de esto fue una de las razones para el envío de Valenzuela a Dapitan. A mediados del mes de julio, los agentes de Blanco encontraron una lista secreta de todos los miembros de una de las secciones, y los detuvieron o persiguieron a todos. Algunos de los detenidos empezaron a hablar. El plan del gobernador general de descomponer el Katipunan con discreción, sin embargo, no había tenido en cuenta a las mujeres. Algunas esposas y madres de detenidos acudieron a sus párrocos con la esperanza de que los liberasen. El 19 de agosto, *El Español* publicó la sensacional historia de un párroco que decía haber descubierto en el confesionario –¡hasta ahí llegó el secreto de confesión en la colonia!– que estaba a punto de producirse un levantamiento revolucionario. La comunidad española entró en un pánico furioso. Blanco se vio obligado entonces a efectuar enormes redadas y registros públicos mientras, para su indignación, las órdenes empezaban a afirmar que sólo la patriótica vigilancia ejercida por ellas había evitado una masacre, y que el débil gobernador general no había hecho nada[63]. Bonifacio, huido, tenía que adelantar su calendario, y convocó una reunión general de *katipuneros* para el día 24, en Balintawak, una aldea situada al norte de Manila, para decidir qué hacer a continuación. Pero la presión era tal que tuvieron que adelantar la reunión al 23, y trasladarla a la aldea de Pugadlawin. La junta acordó empezar la insurrección el 29, y en ella los presentes rompieron sus *cédulas* (los recibos de pago de impuestos que todos los nativos debían portar como forma de identificación) y gritaron «¡Viva Filipinas! ¡Viva el Katipunan!». Se llamó a las provincias vecinas a levantarse y a converger en la capital colonial al mismo tiempo[64].

El día acordado, Bonifacio dirigió un ataque contra el arsenal situado en el suburbio manileño de Marikina. Dos días después, la provincia de Cavite pasó a manos de los rebeldes mal armados, y las demás provincias que rodeaban Manila pronto cayeron –durante un tiempo– en manos rebeldes.

Blanco se encontró en una posición difícil. Los aterrados españoles de la colonia (unos 15.000 en total, contando mujeres y niños, en una población aproximada de siete millones), e incluso más las poderosas órdenes, exigían una represión inmediata y violenta[65]. En gran medida, y quizá contra su mejor juicio (el ejército colonial era muy pequeño, y tuvo que cablegrafiar a Madrid solicitando refuerzos), el gobernador general cedió[66]. Cientos de filipinos fueron detenidos y algunos ejecutados, mientras las propiedades «rebeldes» eran incautadas. Se ordenó el fusilamiento de aquellos a quienes los tribunales militares sentenciasen que habían colaborado con los hombres de Bonifacio. Pero para enfurecimiento de la elite colonial, Blanco siguió la anterior política de Martínez Campos en Cuba, ofreciendo de inmediato amnistía plena a cualquier rebelde que se rindiese con prontitud y repitiendo esta oferta en otro decreto al mes siguiente. A finales de octubre, el arzobispo Nozaleda cablegrafió a la sede central dominica en Madrid (para mayor difusión en la clase política de España): «Situación, agrávase. Rebelión, extiéndese. Apatía Blanco, inexplicable. Para conjurar peligro es necesidad apremiante nombramiento de nuevo jefe». Menos de seis semanas después,

Blanco fue cesado[67].

¿Y Rizal? Lo sorprendente es que el 30 de agosto, el día *siguiente* al estallido de la insurrección de Bonifacio, con su ataque al arsenal de Marikina, el novelista recibió dos cartas de presentación personales de parte del gobernador general, una dirigida al ministro de la Guerra y la otra al ministro de Ultramar. El lenguaje es notable. En la primera, Blanco escribía:

> Su comportamiento [el de Rizal] durante los cuatro años que ha permanecido en Dapitan ha sido ejemplar; y es, á mi juicio, tanto más digno de perdón y benevolencia, cuanto que no resulta en manera alguna complicado en la intentona que estos días lamentamos, ni en conspiración ni en Sociedad secreta ninguna de las que la venían tramando[68].

La redacción indica que Blanco pretendía demostrarle al gobierno de Cánovas y al alto mando militar en Madrid que Rizal no tenía nada que ver con el levantamiento, y lo hacía elogiando su conducta en Dapitan y refiriéndose a los diversos grupos conspirativos de cuyas actividades él llevaba varios meses informando a Madrid.

El barco correo partió el día establecido. Cuando atracó en Singapur, partidarios expatriados visitaron a Rizal a bordo y lo conminaron a desembarcar; estaban dispuestos a solicitar un procedimiento de *habeas corpus* de las autoridades coloniales británicas a su favor. Pero le había dado a Blanco palabra de honor de que llegaría a España, y rechazó su ayuda. Frente a Aden se cruzó, el 25 de septiembre, con un buque de tropas español lleno de reclutas, algo nuevo para Filipinas pero que la guerra de Cuba había hecho necesario. Cuando su barco llegó a Malta, tres días después, lo confinaron en el camarote, aunque consiguió pasar de contrabando una carta angustiada a Blumentritt. El 3 de octubre llegó a la Barcelona del estado de excepción. Después de tres días de confinamiento en su camarote, fue trasladado bajo arresto a la fortaleza de Montjuïc y encarcelado. Al día siguiente lo llevaron ante el gobernador general Despujol, que le habló con amabilidad y tristeza, pero le dijo que tendría que retornar a Manila ese día a bordo de otro buque de tropas lleno de refuerzos. A su llegada a Manila lo encarcelaron en el fuerte Santiago.

¿Qué había ocurrido? Mientras Filipinas estuviera en paz, Cánovas no tenía que preocuparse por el contraste entre las duras políticas de Weyler en La Habana y la moderación de Blanco en Manila. Pero con el estallido del levantamiento armado del Katipunan, el contraste ya no era tolerable. Mucho menos cuando recibió cables de Blanco pidiendo sustanciales refuerzos militares, que hacían peligrar los recursos humanos y económicos que Weyler precisaba. Además, el gobernador general solicitaba tropas peninsulares, no mercenarios nativos locales, y éstas sólo se podían enviar mediante reclutamiento forzoso, algo que ya era muy impopular y exigía una constante justificación pública. Por último, la debilidad que se percibía hacia Filipinas socavaría la razón dada para la extrema dureza empleada por *el Sanguinario* en Cuba. En efecto, se estaba volviendo políticamente imposible mantener distintas políticas en las dos últimas grandes colonias de España.

Había además otros problemas. Legalmente hablando, estaba descartado, incluso en la Barcelona del estado de excepción, juzgar a Rizal, no sólo porque sus «delitos» no se habían cometido en España, sino también porque no había allí testigos disponibles. Políticamente hablando, un juicio capital en España habría sido un desastre. Rizal era aquí una figura reconocida. Una cosa era crucificar a anarquistas desconocidos, y otra

hacer lo mismo con un hombre que era amigo personal de Moret, Morayta y Pi y Margall. Excepto Barcelona, España no estaba bajo el estado de excepción, y un caso de este tipo habría generado enorme publicidad indeseada, ciertamente amplificada por la prensa internacional, dando comienzo a una acometida contra lo que Tarrida del Mármol pronto denominaría la nueva Inquisición española. Ni siquiera la Barcelona del estado de excepción era necesariamente fiable. El gobierno era consciente de la anterior relación de Despujol con Rizal, y no podía estar seguro de que a aquél pudiera confiársele un juicio militar amañado del joven filipino. Pero el régimen estaba decidido a golpear con dureza al líder simbólico del movimiento independentista filipino, y para ello tenía que devolverlo a su lugar de origen. Por suerte, disponía de los instrumentos necesarios.

Poco después de que estallase la insurrección de Bonifacio, Blanco había nombrado jefe de una poderosa comisión para investigar los orígenes, los planes y los recursos de dicha insurrección a un cierto coronel Francisco Olivé, desconociendo que ese hombre, media década antes, había sido enviado por Weyler a Calamba con órdenes de emplear toda la fuerza necesaria para expulsar a los recalcitrantes arrendatarios de los dominicos, incluida la familia y los parientes de Rizal. El coronel, y Madrid con él, insistió en que se interrogara y juzgara de inmediato a Rizal, y Blanco, paralizado por la nueva política de Madrid, el odio de los españoles residentes en Manila y la inminencia de su propio cese, se sintió impotente. El profundamente católico general Camilo Polavieja llegó a la capital colonial con un enjambre de subordinados de confianza el 2 de diciembre, y diez días después tomaba el poder y el mando político de manos de Blanco.

El weylerismo en Manila

El nuevo gobernador general no había servido con anterioridad en Filipinas, pero era un capaz veterano de la Guerra de los Diez Años contra Céspedes en Cuba. Durante la Guerra Chiquita había sido gobernador general en La Habana, pero había dimitido antes de terminar su mandato, frustrado ante la enorme y profundamente arraigada corrupción de la burocracia colonial[69]. Y tampoco carecía de previsión política. En Cuba había declarado abiertamente que

> en vez de querer impedir a todo trance y en todo tiempo la independencia de Cuba, que empeño vano sería, [debemos] prepararnos para ella, permanecer en la isla sólo el tiempo que en ella racionalmente podamos estar y tomar las medidas convenientes para no ser arrojados violentamente, con perjuicio de nuestros intereses y merma de nuestra honra, antes de la época en que, amigablemente, debamos abandonarla[70].

Llegó a Manila después de ocupar el cargo de jefe de la guardia militar de la reina regente, y parece haber sido elegido por su honradez, su lealtad y su dureza militar. Se pensaba que estaría dispuesto a seguir las órdenes de Cánovas *sin contemplaciones*.

No puede determinarse claramente si, en su celda, Rizal comprendía las consecuencias de estos acontecimientos. Pero es llamativo que el 10 de diciembre, dos días antes de que Blanco cayera del poder, escribiera una petición al gobernador general, enviada a través del juez instructor que preparaba el expediente para su juicio. El núcleo de esta petición, recogida por su interrogador, era el siguiente:

> Suplica á Vuestra Señoría se sirva manifestarle si, en el estado en que se encuentra, le sería

> permitido manifestar de una manera ó de otra que condena semejantes medios criminales y que nunca ha permitido que se usase de su nombre. Este paso sólo tiene por objeto desengañar á algunos desgraciados y acaso salvarlos, y el que suscribe no desea en ninguna manera que influya en la causa que se le sigue[71].

Blanco aprobó esta petición al día siguiente, la última en el cargo. El mismo día, el funcionario instructor tomó la decisión formal de «omitir los careos del procesado y los testigos por considerarlos de ningún resultado para la comprobación del delito, por encontrarse éste convencimiento probado»[72].

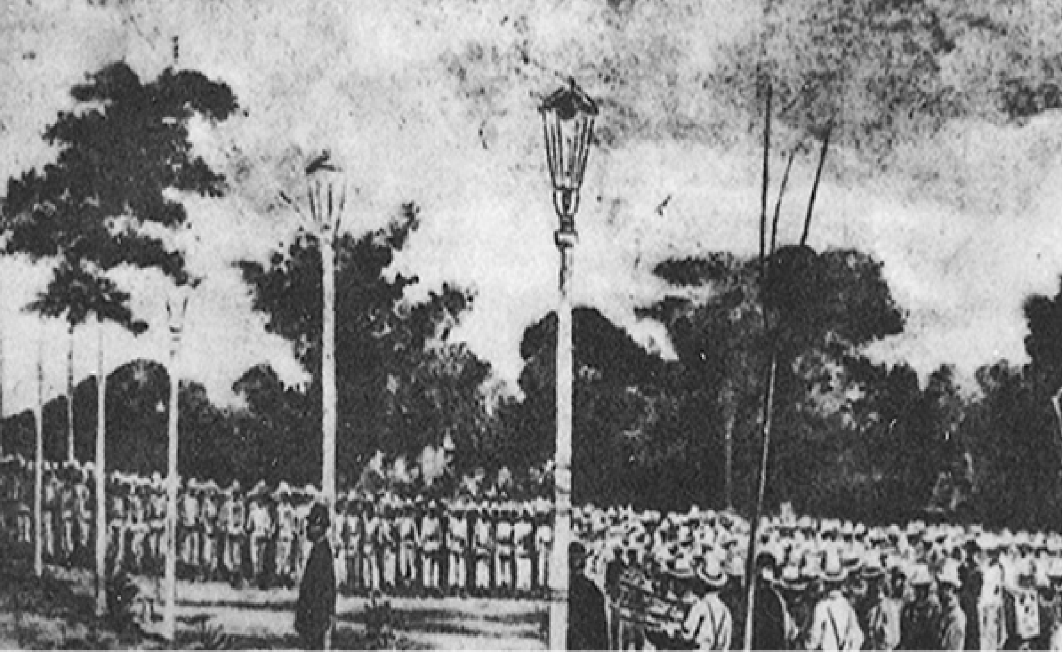
No podemos estar seguros de cuándo supo Rizal que Blanco se había ido, y quizá cuando escribió su «manifiesto», el 15 de diciembre, aún lo ignorase. O tal vez le hubieran dicho que Polavieja había respaldado la carta de permiso de Blanco. El *Manifiesto á Algunos Filipinos* fue el último texto político que escribió, y por esta razón, así como por su contenido, vale la pena citarlo en su totalidad:

> Paisanos: Á mi vuelta de España he sabido que mi nombre se había usado entre algunos que estaban en armas como grito de guerra. La noticia me sorprendió dolorosamente; pero, creyendo ya todo terminado, me callé ante un hecho que consideraba irremediable. Ahora percibo rumores de que continúan los disturbios; y por si algunos siguen aún valiéndose de mi nombre de mala ó de buena fe, para remediar este abuso y desengañar á los incautos, me apresuro á dirigiros estas líneas, para que se sepa la verdad. Desde un principio, cuando tuve noticia de lo que se proyectaba, me opuse á ello, lo combatí y demostré su absoluta imposibilidad. Esta es la verdad, y viven los testigos de mis palabras. Estaba convencido de que la idea era altamente absurda y, lo que era peor, funesta. Hice más. Cuando más tarde, á pesar de mis consejos, estalló el movimiento, ofrecí espontáneamente, no sólo mis servicios, sino mi vida, y hasta mi nombre, para que usasen de ellos de la manera como creyeren oportuno á fin de sofocar la rebelión; pues convencido de los males que iba á acarrear, me consideraba feliz si con cualquier sacrificio podía impedir tantas inútiles desgracias. Esto consta igualmente.
>
> Paisanos: He dado pruebas como el que más de querer libertades para nuestro país, y sigo queriéndolas. Pero yo ponía como premisa la educación del pueblo para que por medio de la instrucción y del trabajo tuviese personalidad propia y se hiciese digno de las mismas. He recomendado en mis escritos el estudio, las virtudes cívicas, sin las cuales no existe redención. He escrito también (y se han repetido mis palabras) que las reformas, para ser fructíferas, tenían que venir de *arriba,* que las que venían de *abajo* eran sacudidas irregulares é inseguras. Nutrido en estas ideas, no puedo menos de condenar y condeno esa sublevación absurda, salvaje, tramada á espaldas mías, que nos deshonra á los filipinos y desacredita á los que pueden abogar por nosotros; abomino de sus procedimientos criminales y rechazo toda clase de participaciones, deplorando con todo el dolor de mi corazón á los incautos que se han dejado engañar. Vuélvanse pues á sus casas, y que Dios perdone á los que han obrado de mala fe[73].

Si Rizal creía que este manifiesto sería difundido entre la población filipina, se engañaba. El auditor general del Ejército, Nicolás de la Peña, en carta a Polavieja, observaba con sequedad: «Su manifiesto pudiera condensarse en estas palabras: ante la evidencia de la derrota, deponed las armas, paisanos: después yo os conduciré á la tierra de promisión. Sin ser beneficioso á la paz, pudiera alentar en el porvenir el espíritu de la

rebelión». Por lo tanto, propuso la supresión del manifiesto, y el gobernador general aceptó la propuesta[74].

El 19 de diciembre, Polavieja ordenó que se juzgase expeditamente a Rizal por sedición y traición ante un tribunal militar. El juicio propiamente dicho comenzó el 16 y, tras una vista sumaria que duró un día, los jueces militares recomendaron ejecutar al reo. Polavieja aprobó la recomendación el 18. Cuando le entregaron la sentencia de muerte para que la firmara, el preso la miró por encima, y observó que en ella lo calificaban de chino. Tachó la palabra y no la sustituyó por *filipino,* sino por *indio*[75]. En sus últimas horas, cuando su hermana Trinidad acudió a verlo, le dio una pequeña lámpara, susurrándole que contenía algo para ella. Cuando llegó a casa, Trinidad encontró oculto en el interior un pequeño papel en el que había escrito en letras diminutas un poema de adiós a su país de 70 versos. Conocido como «Mi último adiós», este hermoso y melancólico poema pronto fue traducido al tagalo, irónicamente, por Bonifacio. (A lo largo del siguiente siglo se publicaron traducciones en unos sesenta y cinco idiomas extranjeros y cuarenta y nueve filipinos)[76]. En la madrugada del 30 de diciembre, Rizal fue conducido desde su celda al espacio abierto llamado Bagumbayan –hoy Luneta Park– donde los tres sacerdotes secularizados habían sido sometidos a garrote veinticinco años antes. Allí lo fusiló un escuadrón compuesto por nativos y mandado por un oficial español, ante los ojos de miles de espectadores. Con sólo treinta y seis años, afrontó la muerte con dignidad y ecuanimidad. El cuerpo no fue devuelto a la familia, sino enterrado en secreto, por temor a que una tumba visible se convirtiera en meca para los peregrinos nacionalistas.



La madrugada del 30 de diciembre, trasladaron a Rizal a Bagumbayan (hoy Luneta Park) y un pelotón lo fusiló.

Pero el mezquino cálculo fue de hecho irrelevante. La ejecución pública de Rizal produjo el efecto opuesto al que Cánovas había esperado alcanzar. Lejos de extinguir la insurrección y mucho menos las aspiraciones independentistas filipinas, la muerte ejemplar de Rizal creó al instante un mártir nacional, profundizó y amplió el movimiento revolucionario, condujo indirectamente al propio asesinato de Cánovas al año siguiente, y abrió la senda que puso fin al imperio español.

Tres reflexiones

A modo de reflexión sobre este capítulo, y para concluirlo, se podrían hacer tres observaciones.

En primer lugar, ¿qué esperaba Rizal cuando volvió a su país en 1892 con casi toda la edición de *El Filibusterismo*? Lo más llamativo de los cuatro años que pasó en Dapitan es que este escritor tan dotado apenas escribió nada aparte de unas cuantas cartas vigiladas por el censor. Pero no cabe duda de que podría haber escrito manuscritos y después ocultarlos en el lugar o enviarlos clandestinamente con las hermanas que acudían a visitarlo. La proyectada tercera novela «hermosa» y «artística» quedó en nada, y los fragmentos de *Makamisa* sólo marcan una reversión a *Noli me tangere,* no un paso más allá de *El Filibusterismo*. Posiblemente, la escritura de otra gran novela estuviese fuera de sus posibilidades. Mientras tanto, el régimen había abortado rápidamente los proyectos de Sandakan y de la Liga Filipina. Cuando Regidor le ofreció la posibilidad de rescatarlo con un barco, la rechazó, al igual que la oferta de Blanco de enviarlo de vuelta a España. Estaba seguro de que no tendrían ninguna utilidad. Hasta la visita de Valenzuela, no le entusiasmaba el viaje a Cuba. Y cuando decidió apresuradamente aceptar la oferta de Blanco, no fue tanto por hacer algo como por huir de algo.

Podría decirse que en el verano de 1896 experimentaba lo que les ocurre a un buen número de escritores originales: que en cuanto sus obras salen de la imprenta y alcanzan la esfera pública ya no les pertenecen y no las controlan. Rizal se consideraba equivocadamente un maestro político de su gente, pero la fuerza no le venía de sus sermones o de sus artículos críticos, que no se diferenciaban demasiado de la producción de otros grandes *ilustrados*. Le venía de sus novelas; nadie más había intentado hacerlas. Lo que había hecho en *Noli me tangere* era crear en la imaginación toda una «sociedad» filipina (y contemporánea), con sus autoridades coloniales mestizas, jugadores de aldea, intelectuales disidentes, sepultureros, frailes, confidentes policiales, trepadores sociales, acólitos infantiles, actrices, caciques de pueblo, bandidos, reformadores, carpinteros, muchachas adolescentes, y revolucionarios. Y su verdadero héroe, Elías el revolucionario, al final sacrifica su vida por el reformador Ibarra. Lo que Rizal había hecho en *El Filibusterismo* era imaginar el hundimiento político de esta sociedad y la casi eliminación de sus fuerzas dominantes. Quizá ningún filipino hubiera soñado jamás con dicha posibilidad hasta entonces, y mucho menos introducido el sueño en el ámbito público. Era como si el genio del ingenio hubiera salido de la botella, y las figuras opuestas de Elías y Simoun hubieran empezado a cobrar vida propia. Rizal no conocía a Bonifacio en persona, y quizá Bonifacio no hubiera oído hablar a Rizal más que una sola noche. Pero si el Katipunan nombró a Rizal presidente honorario, y acababa sus debates con el grito de «¡Viva el Dr. Rizal!», seguramente era porque se habían adueñado ya de Elías y Simoun, y de muchas de las otras figuras de acción presentes en las novelas de

Rizal[77]. El novelista y las novelas se había separado. Una cosa era José Rizal y otra el Dr. Rizal. Quizá fuese el descubrimiento de esta distancia lo que tanto enfureció a Bonifacio al recibir el informe de Valenzuela. Seguramente fue la razón profunda de la ansiedad airada que en los últimos meses de vida Rizal sintió por su *nombre*. Por así decirlo, *Simoun, ce n'est pas moi*.

Avanzando un poco, se descubre una particular ironía. Rizal les había repetido a los pilaristas que en España no se podía alcanzar nada, y que la asimilación era una fantasía. Pero en la colonia, descubrió que tampoco él podía alcanzar casi nada. Le dijo a Valenzuela que la guerra cubana obligaría a Madrid a hacer concesiones a Filipinas, no volvió a hablar de los peligros del castellano, y se disoció de hecho del levantamiento del Katipunan, una postura pilarista. Al mismo tiempo, la guerra cubana destruyó el futuro de la campaña de Del Pilar, ya debilitada por el fracaso económico de *La Solidaridad*. En los últimos meses de vida, Del Pilar había planeado regresar a Hong Kong, un lugar donde la asimilación carecía de importancia. No está más allá de toda probabilidad que, de haber vivido, este político experimentado y práctico acabase por apoyar al Katipunan. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

La segunda reflexión está relacionada con Cuba. La insurrección de Martí en 1895 no sólo constituyó un estimulante ejemplo para los nacionalistas filipinos, también fue un golpe mortal para el sistema político de la Restauración y para el imperio en su totalidad. El enorme número de soldados que Cánovas tuvo que enviar a la isla, acompañado de enormes pérdidas de vidas humanas, recursos económicos y respetabilidad internacional hacían extremadamente difícil que Madrid actuara con eficacia en Filipinas, como descubriremos en el siguiente capítulo. El rápido crecimiento del Katipunan a partir de finales de 1895 indica que la conciencia de la debilidad de Madrid se estaba extendiendo en la prensa, a la que Bonifacio y sus amigos, mas no Rizal en Dapitan, tenían fácil acceso. Que Rizal calificara el levantamiento del Ratipunan de «absurdo» y una «absoluta imposibilidad» muestra a las claras cuánto desconocía las coyunturas reales de 1895-1896. Es extremadamente improbable que el Katipunan se hubiera rebelado en agosto de 1896 si la sangrienta guerra entre Weyler y Gómez no estuviera en su punto culminante. Si no obstante se hubieran rebelado, habrían sido aplastados con rapidez por un poder militar similar al puesto a disposición de Weyler. Una vez que el Katipunan se rebeló, sin embargo, era prácticamente inevitable que el *weylerismo* sin Weyler llegara a Manila. Rizal fue judicialmente asesinado sólo por esta *raison d'état,* por ser un ejemplo amenazador, no por revolucionario. Las cartas de Blanco en nombre de Rizal tenían como objetivo demostrar a las más altas autoridades que el novelista no estaba en absoluto implicado en la insurrección. Pero entre líneas se percibía el temor de que al final a Madrid no le importase lo más mínimo. Se podría decir que Polavieja actuó con estupidez, u obedeció órdenes estúpidas. ¿No habría sido más astuto salvar la vida de Rizal, pero insistir en que recorriese el área tagala proclamando el manifiesto que escribió desde la cárcel? ¿No habría arruinado esto la fama de Rizal? La respuesta es que probablemente sí, pero habría llegado demasiado tarde; la insurrección popular llevaba en marcha tres meses y tenía su impulso propio. En todo caso, muchos habrían creído que el manifiesto había sido escrito bajo coacción. Además, las cuestiones no tienen en cuenta a Cuba. La decisión tomada por Madrid de matar a Rizal estaba pensada para que se supiera también en la isla caribeña y en todo el mundo. Polavieja no fue enviado a sustituir a Blanco porque fuese mejor general, sino

porque el Estado español, en su lucha por mantener un imperio transcontinental moribundo, lo consideraba un hombre de acero como Weyler.

Por último, a pesar de su importancia crucial para el destino de Rizal, la guerra de independencia cubana no fue sino parte de una creciente turbulencia mundial que alcanzaría su clímax en 1914. Asia Oriental, dominada durante medio siglo por los británicos, se estaba volviendo altamente inestable a medida que surgía la nueva competencia de Japón, Estados Unidos y Alemania. En el sur de África, la Guerra de los Boers estaba a punto de empezar. Las luchas nacionalistas en Europa central y oriental debilitaban los dominantes imperios multiétnicos terrestres controlados por Estambul, Viena, San Petersburgo e incluso Berlín. El socialismo en el sentido más amplio también avanzaba en el plano nacional e internacional, como pronto veremos. La Barcelona del estado de excepción, donde Rizal pasó su última noche en Europa, fue un lugar clave en torno al cual giró este movimiento en expansión.

[1] En J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 274-275, se pueden encontrar detalles sobre las políticas y la personalidad de Despujol.

[2] Parece improbable que todos ellos abandonasen Filipinas como pasajeros regulares de vapor sin el conocimiento de las autoridades coloniales. Quizá era más fácil hacer la vista gorda que rescindir formalmente los decretos de secuestro emitidos por Weyler.

[3] *Cartas entre Rizal y El Profesor Fernando Blumentritt, 1890-1896,* cit., pp. 783-784. El texto trascrito presenta errores. Ungara debería ser *Ungarn*. Ciertamente *Kider* era en principio *Kreter*. El levantamiento de los cretenses cristianos contra el dominio turco en 1868 fue de hecho aplastado sangrientamente. Es curioso que las múltiples biografías de Rizal que citan esta carta famosa siempre ofrezcan al lector el incomprensible «the Kider» o «los Kider», aparentemente inconscientes de ninguna rareza. Más extraño aún, el texto *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1890-1896* editado por el National Historical Institute de Manila en 1992, p. 430, ofrece como traducción «the Irish» [«los irlandeses»]. Lo que debió de pasar es que el confuso transcriptor interpretase el apretado *et* como una *d,* dejando un impenetrable *Krder*. Hacía falta una vocal para interpretar la primera *r* de Kreter, y sólo la *i* tenía la forma vertical necesaria.

[4] Obsérvese la expresión de «lass Dich nicht in keine revolutionären Agitationen ein» en el extracto citado, que no da a entender liderazgo, sino enredo. En la carta a Rizal anteriormente citada, fechada el 4 de julio de 1892, el austriaco escribía: «No han sido pilaristas sino rizalistas los que me han escrito para decirme que Rizal debería fundar un periódico revolucionario o iniciar un movimiento revolucionario. Les advertí que no te aconsejaran hacer tal cosa, y por ello te escribo de inmediato». Estas cartas de Blumentritt parecen no haber sobrevivido.

[5] Rizal convenció a Evangelista, José Abreu y José Alejandrino de que abandonasen la «atrasada» España y estudiasen ingeniería (por consejo de Blumentritt) en Ghent. Alejandrino, que más tarde se convertiría en general de la Revolución, vivió con Rizal en Bruselas durante la redacción de *El Filibusterismo,* le encontró editor en Ghent, y le ayudó a corregir las pruebas de imprenta. Evangelista, Alejandrino y Antonio Luna defendían con firmeza a Rizal frente a lo que Alejandrino denominaba «la política lamentable» de Del Pilar. Véase J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 236, 271-272.

[6] *Cartas entre Rizal y sus colegas de la Propaganda,* cit., p. 800. Martí había creado su propio Partido Revolucionario de Cuba en Estados Unidos el enero anterior. La referencia española se refiere ciertamente a los seguidores republicanos radicales de Manuel Ruiz Zorrilla, que pasó buena parte de su vida política tramando la revolución en el exilio parisino. Una serie de amigos de Rizal colaboraban con los periódicos zorrillistas, *El Porvenir* y *El Progreso,* que en general se mostraban comprensivos con la causa filipina. Véase J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 46, 55 y 202.

[7] *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 771-772. Toda la carta es de gran interés, ya que Luna era muy inteligente. Le decía a Rizal que volvía a Manila para trabajar por la independencia. «Para todo eso será preciso mucho estudio, mucho tacto, prudencia y nada de alardes de ser fuertes [...] Con constancia y silencio seremos unos jesuitas para plantar una casa donde pongamos un clavo. Ofrezco, pues, en este sentido mi concurso, pero con la sola condición de que podré desligarme de la campaña activa si viera que

será sólo un motín. […] Creo que me comprendes bien, si nos vencen que cueste mucha sangre. Iré, pues, á Manila y en todos mis actos tendré siempre presente mi deber de separatista. Nada de desconfianzas, si las circunstancias me colocan al lado de los españoles en Manila, peor para ellos: me ganaré la vida e iré minando el suelo á costa de ellos hasta que la fruta esté madura. Tenéis ya, pues (si son vuestras ideas éstas), un satélite por aquí que trabaja con constancia.»

[8] Conmovedoramente, Rizal escribía lo siguiente a Blumentritt el 31 de enero de 1892: «Mientras descanso de mis labores profesionales, escribo la tercera parte de mi libro en tagalo. En él solamente se tratará de costumbres tagalas, exclusivamente de los usos, virtudes y defectos de los tagalos. Siento no poderla escribir en español porque he encontrado un hermoso tema; quiero escribir una novela en el sentido moderno de la palabra, una novela artística y literaria. Esta vez quiero sacrificar la política y todo por el arte; si la escribo en español, entonces, los pobres tagalos, á quienes la obra está dedicada, no la conocerán, aunque sean ellos los que más la necesitan […] Me causa mucho trabajo el libro, pues muchos de mis pensamientos no pueden expresarse libremente, sin que tenga que introducir neologismos; además me falta práctica en escribir el tagalo». *Cartas entre Rizal y el Profesor Fernando Blumentritt, 1890-1896,* cit., p. 791. Esta tercera novela quedó inconclusa. Lo poco que hay de ella ha sido cuidadosamente reconstruido por Ambeth Ocampo en su libro *The Search for Rizal's Third Novel, Makamisa,* Manila, Anvil, 1993. Rizal abandonó el tagalo después de veinte páginas manuscritas, y volvió al español. *Makamisa* significa «después de la misa», y el texto, centrado en los habitantes de Pili y en su párroco peninsular, recupera el estilo *costumbrista* y satírico de *Noli me tangere*. Quizá por eso la abandonó, o tal vez concluyó que no podía superar a *El Filibusterismo*. En cualquier caso, después de 1892 parece haber abandonado toda idea de seguir escribiéndola.

[9] Recuérdese que fue Rizal quien instó con firmeza a los arrendatarios y a los habitantes del pueblo a demandar a los dominicos ante los tribunales, y llevó el litigio hasta el Tribunal Supremo de Madrid. Como ya se ha señalado, cuando la vengativa orden ganó, y Weyler, además de quemar casas, prohibió a los recalcitrantes residir en cualquier lugar cercano a Calamba, Rizal se sintió destrozado y enormemente culpable por el sufrimiento que había provocado en su pueblo natal.

[10] La comparación entre Sandakan y Tampa es, en cierto sentido, injustificada. Los británicos no tenían intenciones acerca de Filipinas, mientras que poderosos grupos estadounidenses tenían desde hacía tiempo puestos sus avariciosos ojos en Cuba. Pero el contraste tal vez pareciera menos obvio en la década de 1890 que en la actualidad. Es difícil imaginar que Antonio Luna y Edilberto Evangelista prometiesen desde Europa unirse a Rizal en Sandakan si poco más esperasen que la oportunidad de cultivar verduras y leer unos cuantos libros.

[11] Véase L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 315-316. Guerrero cita como su principal fuente una obra de W. E. Retana, *Vida y escritos del Dr. José Rizal,* 1907, y Retana se basó casi por completo en informes policiales. Una excepción muy importante es la *Memoria* escrita por Isabelo de los Reyes mientras se encontraba preso en la cárcel de Bilibid, en Manila, acusado (injustamente) de complicidad con la insurrección iniciada por Bonifacio en agosto de 1896. Entrevistó a muchos presos *insurrectos*. Pronto fue publicada, con la adición de otros materiales, con el título de *La sensacional memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución Filipina de 1896-1897,* Madrid, Tip. Lit. de J. Corrales, 1899.

[12] L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 295, citando el libro de Retana (pp. 236 y ss.), en el que se dice que la fuente es un documento no identificado dado al autor por Epifanio de los Santos.

[13] Guerrero se inclina a creer en los interrogatorios, pero sólo hasta cierto punto. Una generación antes, Rafael Palma los había usado sin reservas en su obra titulada *Biografía de Rizal,* Manila, Bureau of Printing, 1849. El cambio es instructivo. En la década de 1840, Rizal seguía siendo un héroe revolucionario indiscutido. En la de 1860, empezó a ser acusado de titubeos burgueses, si no peor, y la obra de Guerrero es en parte una respuesta matizada.

[14] En diciembre de 1896, Rizal les dijo a sus interrogadores que, al llegar a Hong Kong, José Basa, masón activo, le había pedido que redactara estatutos para una Liga Filipina basada en las prácticas masónicas, pero no tenía idea de qué había hecho Basa con ellos. Parece tal vez demasiado casual, pero nunca han salido a la luz dichos estatutos de su puño y letra. Véase H. de la Costa, SI (ed. y trad.), *The Trial of Rizal: W.E. Retana's Transcription of the Official Spanish Documents,* Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 1961, p. 6: «Excitado por D. José Basa […] redactó los estatutos y reglamentos de una Sociedad denominada "Liga Filipina", bajo las bases de las prácticas masónicas […] que en este momento no recuerda el declarante haber indicado ningún fin político en los estatutos, que se los entregó á José Basa, no

recordando á la persona que se los remitió». Debería mencionarse que en España Del Pilar también se planteaba el establecimiento de una Liga Filipina; andaba en el ambiente, por así decirlo.

[15] J. N. Schumacher, *op. cit.,* pp. 174-175.

[16] A este respecto, los recuerdos de Isabelo son muy interesantes, aunque muchos historiadores lo han considerado un testigo poco fiable. «No es extraño, pues, que Rizal dejara encargo de invitarme á figurar en la Liga Filipina, cuando él fue deportado á Dapitan. El inspirado compositor musical, D. Julio Nakpil, fue el encargado de llevarme un ejemplar de los Estatutos de la Liga, diciéndome que Rizal en persona había estado en mi casa, antes de ser deportado, pero que no me encontró. Cuando leí en los Estatutos "obediencia ciega y pena de muerte al que descubriese algún secreto de la Liga", [me negué con tacto a unirme a ella, ofreciendo varias disculpas, de las cuales la más típica fue] soy de carácter y de opinión muy independiente, y acaso serviría yo sólo para perturbar la disciplina que es muy necesaria en toda sociedad.» I. de los Reyes, *La sensacional memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución Filipina de 1896-1897,* cit., p. 105. No hay una razón obvia para dudar de la veracidad de Isabelo, pero es inconcebible que Rizal hubiera redactado unos estatutos que exigieran «obediencia ciega» e impusieran la pena de muerte por revelar los secretos de la Liga. Si bien es cierto que Rizal fue a casa de Isabelo a hablar con él, pero no lo encontró, es inverosímil que hubiera enviado a Nakpil para transmitir la invitación. Isabelo era el periodista filipino más importante de Manila, y colaborador regular (bajo pseudónimo) de *La Solidaridad*. Nakpil era en aquel momento miembro del artesanado de Manila –no pertenecía en absoluto al medio de Rizal–, hijo de platero, y profesor, intérprete y reparador de pianos autodidacto. (Su carrera como compositor patriótico no empezó hasta después de muerto Rizal). Fue miembro activo del Katipunan de Bonifacio, y tras la ejecución del Supremo se casó con su viuda. Véase la entrada dedicada a él en *Filipinos in History,* cit., vol. ii, pp. 49-52. Hay, por lo tanto, firmes razones para sospechar que no fuera a ver a Isabelo en nombre de Rizal, sino de Bonifacio.

[17] Sobre los orígenes y la evolución de Martí, me baso principalmente en H. Thomas, *op. cit.,* cap. XXV. El padre de Martí era valenciano y la madre tinerfeña.

[18] Durante la última parte de su exilio interno (del que se hablará más adelante), vivió tranquilamente con una mujer llamada Josephine Bracken. Los orígenes de ella son un tanto oscuros. En la breve descripción de su vida que se dice que ella misma escribió en febrero de 1897, tras la muerte de Rizal, afirma que era hija de dos católicos de Belfast, y nacida el 9 de agosto de 1876 en los Cuarteles Victoria de Hong Kong, donde su padre era cabo. La madre, Elizabeth MacBride, murió en el parto y el padre consideró que no tenía más opción que darla en adopción a los Taufer, una pareja sin hijos a la que conocía. Taufer tuvo tres esposas hostiles hasta que, casi ciego, llegó con Josephine a pedir los servicios médicos de Rizal a la isla de Mindanao, donde éste estaba desterrado (en enero o febrero de 1895). Tras una semana de tratamiento, pareció mejorar, y ambos regresaron a Manila. Pero Josephine abandonó allí al anciano y volvió a Mindanao con el oftalmólogo. No tenían posibilidad de casarse, ya que la Iglesia insistía en que Rizal había repudiado anteriormente sus creencias y en la colonia no había matrimonio civil. El comandante militar encargado de él obviamente se encogió de hombros ante la típica *querida* al estilo ibérico. De 1,52 metros de estatura, Josephine medía 12 centímetros menos que Rizal. L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 360-367. Por desgracia, Ambeth Ocampo ha demostrado concluyentemente a partir de pruebas internas que este documento es una falsificación, aunque no identifica al falsificador o falsificadora ni sus motivos. Si bien las partes sobre los Taufer y la visita médica a Dapitan son verídicos, también cita la investigación efectuada por Austin Coates, biógrafo de Rizal, en varios archivos de Hong Kong, en la que se demuestra que el certificado de nacimiento de Josephine contiene una nota que indica «de padre desconocido», y la conjetura de Coates de que probablemente su madre fuese una lavandera china. El jesuita Vicente Balaguer decía haber casado a Rizal y Josephine aproximadamente una hora antes de que al primero lo ejecutasen, pero no se ha encontrado certificado de matrimonio, y, por lo tanto, no es seguro que Josephine visitase a Rizal en su celda de condenado a muerte. Véase A. Ocampo, *Rizal without the Overcoat,* cit., pp. 160-166. Respecto a la versión anterior, la habitual, véase L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 472-486. (Josephine vivió con las hermanas de Rizal después de llegar con él de Dapitan.)

[19] Sobre el admirable Márquez, véase R. Palma, *op. cit.,* p. 220. Es de imaginar que no confiaría las cartas a sus padres o a sus hermanas porque, como a menudo ocurre en las familias, no podía confiar en que no fueran a echarles un vistazo.

[20] *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 831-832.

[21] *La Solidaridad,* 15 de abril de 1892, pp. 685-687. En L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 289-292, se puede encontrar una vital aunque incompleta y no siempre precisa traducción al inglés de todo el artículo. Aunque

la sátira se publicó bajo pseudónimo, estaba claro que el autor era Lete, a quien Rizal consideraba desde hacía tiempo un intrigante sin escrúpulos. Al recibir el número del 15 de abril, Rizal escribió a Del Pilar para exigirle explicaciones, no sólo por el ataque personal, sino porque el artículo daba a entender en público que se planeaba un (necio) ataque armado contra los españoles. El 20 de julio, Del Pilar respondió con calma que la sátira no se dirigía en absoluto contra el propio Rizal, sino contra todos los imprudentes fanáticos que deseaban una rebelión inmediata sin pensar en serio las consecuencias probablemente devastadoras. Es casi seguro que Rizal nunca recibiese dicha carta ya que, como pronto veremos, fue enviado al exilio interno en Mindanao el 7 de julio. El texto de ambas cartas se puede encontrar en *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 809-811, 841-843.

[22] En su *Biografía de Rizal,* cit., p. 199, Palma cita un fragmento de la segunda página de las memorias publicadas por Alejandrino en 1933, *La senda del sacrificio,* como sigue: «Uno de los asuntos que con frecuencia discutía con nosotros eran los medios de que podríamos valernos para promover una revolución en Filipinas, y sus ideas sobre este particular las expresaba en estas ó parecidas palabras: "Yo nunca encabezaré una revolución descabellada y que no tenga probabilidad de éxito, pues no quiero cargar sobre mi conciencia un imprudente e inútil derramamiento de sangre; pero quien quiera que encabece en Filipinas una revolución, me tendrá á su lado». Es posible que este recuerdo sea correcto, pero se da cuarenta años después de que se produjese la discusión, y lo proporciona uno de los generales más conocidos de la Revolución, que luchó primero contra los españoles y después contra los estadounidenses, y en un momento en el que la elite nacionalista estaba unida en el deseo de hacer recordar a Rizal como un revolucionario, y como un mártir. En 1892, Alejandrino, que procedía de una rica familia terrateniente de Pampanga, al norte de Manila, se encontraba definitivamente entre los «fanáticos» rizalistas que enojaban y alarmaban a Del Pilar.

[23] Cuando el barco de Rizal zarpó del puerto de Hong Kong, el cónsul español cablegrafió a Despujol para comunicarle la noticia, añadiendo «la rata ha caído en la trampa». A. Coates, *Rizal –Philippine Nationalist and Patriot,* Manila, Solidaridad, 1992, p. 230. Este lenguaje se podría considerar prueba de que existía una conspiración elaboradamente preparada, pero es más probable que fuese un mero tópico de espionaje. Si hubiera existido dicha trampa, no es probable que Despujol se hubiera molestado en reunirse con Rizal seis veces durante la siguiente semana. (Además, una trampa tiene que tener un cebo, y en ésta no lo había). Como pronto veremos, la decisión de deportar a Rizal a Dapitan tiene todos los indicios de ser una improvisación.

[24] *Ibid.,* p. 217. La mayoría fueron quemados de inmediato.

[25] Es instructivo que las razones dadas para el exilio interno de Rizal no mencionaran la Liga Filipina ni el banquete en el que se fundó. Esa ausencia sugiere que o bien Despujol no se tomaba la Liga demasiado en serio, o que no estaba ansioso por presentar contra Rizal cargos de sedición contra el Estado. En cualquier caso, este plácido silencio respalda aún más la conclusión de que las confesiones de 1896 sobre la fundación de la Liga pertenecían al pánico español de ese año, no a la calma inducida por el relajado sucesor de Weyler en 1892.

[26] Citado en L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 337. Retana fue un ave rara. En las décadas de 1880 y 1890 había sido apasionado publicista de los frailes, de las ventajas del dominio colonial y de la *hispanidad,* un cáustico propagandista contra Rizal y sus camaradas. Pero el salvajismo de la ejecución de Rizal en 1896 y la caída del imperio español en 1898 provocaron una extraña conversión. Se convirtió en rizalófilo devoto, afirmando que el escritor era un ejemplo de todo lo mejor de la cultura española. Residente desde hacía mucho tiempo en Filipinas y aliado de la Iglesia, estaba en excelente posición para conocer las maquinaciones de los frailes. Pero exactamente la misma historia ya había aparecido ocho años antes en *La sensacional memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución filipina de 1896-1897,* cit., pp. 64-65.

[27] Ambeth Ocampo me ha sugerido que el trato inusualmente cortés recibido por Rizal tal vez fuese resultado de la hermandad masónica. Muchos generales españoles de la generación postisabelina de Despujol eran francmasones.

[28] En el análisis anterior, mi interpretación se basa en parte en el establecido por L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 333-335, así como en A. Coates, *op. cit.,* pp. 236-237 (por desgracia, sin fuentes). Durante sus años en Dapitan, Rizal se vio obligado a mantener una larga correspondencia teológica y política con Pastells, que, por fortuna para la posteridad, se ha publicado: R. K. Bonoan, SI (ed.), *The Rizal-Pastells Correspondence,* Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1994. No hace falta decir que, aunque siempre extremadamente educado, Rizal no tenía dificultades para darle mil vueltas al cómicamente provinciano provincial, que

consiguió, el año posterior al asesinato judicial de Rizal, publicar en su Barcelona natal un furioso *La masonización de Filipinas: Rizal y su obra*.

[29] Hay que concedérselo al general. Fue la única decisión genuinamente inteligente, bienintencionada y maquiavélica de cualquier gobernante del siglo XIX en Filipinas.

[30] Sería de esperar que Puerto Rico se situara junto a Brasil y Cuba. Pero en tiempos de la caída de Isabel y el comienzo del levantamiento de Céspedes, la isla sólo tenía 41.738 esclavos, es decir, sólo el 7 por 100 de la población. (En Cuba había diez veces más.) Por eso, la esclavitud ya se abolió allí en 1873. Como era predecible, se compensó a los propietarios de esclavos, pero no a los esclavos. F. Ojeda, *El desterrado de París, Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898),* cit., pp. 123 y 227.

[31] H. Thomas, *op. cit.,* p. 276.

[32] Véase su agudo libro titulado *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999, p. 116.

[33] Thomas dedica un párrafo (p. 291) a Roig en su libro de casi 1.700 páginas. Ferrer no lo menciona en absoluto.

[34] El atractivo libro de Ferrer, básicamente un convincente estudio sobre la cuestión de la raza y la nación en la Cuba del siglo XIX, no duda en inspeccionar los elementos de racismo y oportunismo, a menudo inconscientes, presentes en ella. Todo el tema se le escapa a la óptica inmensa de Thomas.

[35] La hostilidad cada vez más abierta al régimen colonial animó a los restos de la plantocracia a pensar que a largo plazo no podían esperar mucho de Madrid, y a ponderar cómo podían conservar su influencia en lo que fuese que lo siguiera, quizá con el adecuado apoyo estadounidense.

[36] F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda. Angiolillo, Betances y Cánovas,* cit., p. 125, citando de C. Serrano, *Final del imperio. España 1895-1898,* Madrid, Siglo xxi de España, 1984, p. 19. Fernández aprovecha para comentar que a menudo la famosa frase se atribuye a Cánovas. ¿Un caso de disonancia cognitiva de los liberales?

[37] Citado en H. Thomas, *op. cit.,* pp. 320-321. La cursiva es mía.

[38] Weyler fue capitán general de Cataluña desde el 29 de noviembre de 1893, dos meses demasiado tarde para la ejecución de Paulino Pallás, pero a tiempo de supervisar la de Santiago Salvador.

[39] H. Thomas, *op. cit.,* p. 349. Cuando Madrid se rindió (a los estadounidenses), en junio de 1898, la guerra le había costado a España más de quinientos millones de pesetas, y más de 40.000 bajas, la mayoría víctimas de las fiebre amarilla y otras enfermedades (p. 414).

[40] *Ibid.,* pp. 328 y 423. La afirmación comparativa de Thomas se desmiente al menos en un caso. En vísperas de la guerra declarada contra Brasil, Argentina y Uruguay en 1865, Paraguay tenía una población de 1.337.439 habitantes, la mayoría guaraníes. Cuando la guerra terminó, cinco años después, la población se había reducido a 28.746 varones adultos, 106.254 mujeres mayores de quince años, y 86.079 niños, un total de 221.079 habitantes. Las pérdidas equivalían a 1.115.320 habitantes, el 83 por 100 de la población. Los tres enemigos de Paraguay también perdieron un millón de vidas. Véase B. Farwell (ed.), *Encyclopedia of Ninetheenth Century Land Warfare,* Nueva York, Norton, 2001.

[41] F. Ojeda, *El desterrado de París, Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898),* cit., p. 340, cita la justificación proporcionada por el jefe dominicano de las fuerzas militares cubanas como sigue: «Cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo *trabajador* y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé que al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria y tanta pobreza mora; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca […] entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!». La cita está tomada de J. Bosch, *El Napoleón de las guerrillas,* Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1982, p. 13.

[42] L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 342.

[43] De hecho, la Liga había sido reconstituida sobre sus bases originales en abril de 1893. En palabras de Isabelo, Bonifacio, que dirigía la sección del vecindario de Trozo, «viendo que los trabajos de la Liga se esterilizaban con las continuas discusiones de sus ilustrados compañeros que parecían tener más egoísmo pueril que verdadero patriotismo, los mandó á paseo y elevó á Consejo Supremo del Katipunan [un desliz, se refiere a la Liga] el popular que él presidía». I. de los Reyes, *La sensacional memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución Filipina de 1896-1897,* cit., p. 87. Los alarmados *ilustrados* declararon a Bonifacio en

rebelión e intentaron disolver la sección de Trozo, pero no antes de entregar al gobernador general algunos de los archivos internos de la Liga. Lo que está claro de esto es que, en la medida de lo posible, Bonifacio intentaba usar la Liga, a la que despreciaba, como tapadera para consolidar el trabajo clandestino del Katipunan.

[44] Véase, para obtener un relato sucinto, T. A. Agoncillo, *A Short History of the Philippines,* Nueva York, Mentor, 1969, pp. 77-81. La cifra de 10.000 bien puede ser exagerada, pero tal vez no demasiado, dados los asombrosos éxitos iniciales de un movimiento insurrecto principalmente armado con machetes.

[45] En esta parte dedicada a Japón, me baso principalmente en el innovador libro de J. M. Saniel, *Japan and the Philippines, 1868-1898,* Manila, De La Salle University Press, 31998, que se basa en una profunda investigación de fuentes en japonés, español e inglés.

[46] Entre 1890 y 1898, el déficit comercial de Manila con Japón se multiplicó por sesenta. *Ibid.,* apéndice ix, p. 101.

[47] Fukumoto Makoto, destacado escritor y publicista meiji, efectuó dos extensos viajes a Filipinas en 1889 y 1891. En una serie de artículos escritos después del segundo viaje, describía la debilidad del ejército colonial español, dirigido por unos cuantos oficiales españoles que mandaban con dificultad sobre tropas nativas. En particular, señalaba que cuando en 1890 Weyler envió una segunda expedición a las Carolinas para reprimir la rebelión reanudada, se quedó durante un tiempo sin soldados en Manila. *Ibid.,* p. 68.

[48] Este «espantajo japonés» aparece en la sección titulada «El espantajo japonés y la revolución de 1896», en la recopilación de L. González Piquete, *Repertorio histórico, biográfico y bibliográfico,* Manila, Impr. del Día Filipino, 1930, citado en J. M. Saniel, *op. cit.,* p. 186.

[49] J. M. Saniel, *op. cit.,* citando «El Japón y las islas Filipinas» de Moret, publicado originalmente en *La España Moderna,* lxxiv, (febrero de 1895).

[50] *Ibid*. Obsérvese que por «guerra en […] Filipinas» no se refiere a una insurrección filipina, sino a una guerra entre Japón y España.

[51] *Ibid.,* pp. 180-182.

[52] El relato sobre el asunto del *Kongo* aquí incluido se ha tomada de la cuidadosa y prudente reconstrucción de Saniel. *Ibid.,* pp. 192-194.

[53] Tagawa, carpintero de Nagasaki, fue uno de los primeros japoneses que se instalaron en Filipinas, adonde llegó a comienzos de la década de 1870. Acabó convertido en un empresario relativamente próspero. Parece que en julio de 1895 Bonifacio le pidió que crease una empresa comercial para exportar cáñamo, azúcar, tabaco y otros productos, cuyos beneficios se usarían para comprar fusiles Murata en Japón. El Katipunan ofreció correr con los gastos si Tagawa estaba dispuesto a viajar a Japón para arreglar la compra. Pero de este plan no parece que surgiera nada. *Ibid.,* pp. 249-250.

[54] H. de la Costa, SI (ed. y trad.), *The Trial of Rizal: W.E. Retana's Transcription of the Official Spanish Documents,* cit., p. 9.

[55] *Ibid.,* pp. 67 y 68.

[56] Valenzuela fue uno de los *katipuneros* cuyas confesiones se usaron contra Rizal en el juicio. Cuando estalló la Revolución, se ocultó, y fue uno de los primeros en entregarse cuando Blanco ofreció la amnistía a los rebeldes que se rindieran. Le dijo a sus interrogadores todo lo que sabía y más, implicando a muchos antiguos camaradas. Sus memorias, publicadas muchos años después, son notorias por su falta de fiabilidad y su autocomplacencia.

[57] L. M. Guerrero, *op. cit.,* pp. 381-383.

[58] H. de la Costa, SI (ed. y trad.), *The Trial of Rizal: W.E. Retana's Transcription of the Official Spanish Documents,* cit., p. 68.

[59] Y también, por desgracia, la de Marcelo del Pilar, que murió de pobreza y mala salud en Barcelona el 4 de junio. Tenía sólo cuarenta y seis años. A pesar de las diferencias con Rizal, los filipinos siempre lo han incluido entre los principales héroes de la generación revolucionaria.

[60] Fuentes policiales afirmaban que el atentado estaba destinado a los dignatarios religiosos y militares que encabezaban la procesión, pero falló, matando por el contrario a personas situadas en la parte posterior. Ramón Sempau, en su obra *Los victimarios,* p. 282, da razones para dudar firmemente de esta teoría. Como veremos, el propio Sempau intentó más tarde cometer un asesinato, en el que apuntó al hombre correcto, el torturador policial jefe de Montjuïc, pero no consiguió matarlo.

[61] El origen de este curioso nombre es controvertido. La explicación más probable es que se trata de una corrupción del *Mons Jovis* [Monte de Juno] latino. La abrupta escarpadura que domina la ciudad era lugar

apropiado para los sacrificios del *capo di tutti capi* romano. Pero algunos catalanes creen que hace referencia a un antiguo cementerio judío ubicado en el lugar. Al final juzgaron a ochenta y siete presos, el primero el 15 de diciembre (como prontos veremos, el juicio militar de Rizal comenzó el 26). Los demás fueron en su mayoría deportados al África española. El en general cauto y cuidadoso Esenwein cree, como otros especialistas, que el verdadero cerebro fue un francés, Jean Girault, que huyó a Argentina. Véase G. R. Esenwein, *op. cit.,* p. 192; y R. Nuñez Florencio, *op. cit.,* pp. 96-97 y 161-164.

[62] La nacionalidad de Ascheri fue un verdadero activo para las autoridades. Hizo que la población española recordase a Ravachol, Vaillant y Emile Henry, y lanzó la fuente del odio al otro lado de los Pirineos. Además, siendo un extranjero indigente, podía contar con muy poca ayuda política en España.

[63] Véase el lúcido relato de O. Corpuz, *The Roots of the Filipino Nation,* vol. 2, Quezon City, Aklahi Foundation, 1989, pp. 217-219.

[64] Véase el vívido y detallado análisis efectuado en el parcial pero innovador libro de T. Agoncillo, *The Revolt of the Masses,* Quezon City, University of the Philippines Press, 1956, cap. 9. Este grito ha pasado a la historia nacionalista como el Grito de Balintawak, aunque se produjo en Pugadlawin. La terminología hace claramente referencia al *Grito de Yara,* la popular expresión cubana con la que Céspedes proclamó la insurrección, el 10 de octubre de 1896. En todo caso, en ese momento, Filipinas seguía «28 años por detrás de Cuba». Pero dos años después se volverían contemporáneas cercanas, como veremos.

[65] Los datos demográficos sobre la Filipinas española son notoriamente inseguros y contradictorios, porque el régimen nunca consiguió efectuar un buen censo moderno. El estudio más completo y detallado de los diversos cómputos puede encontrarse en un apéndice de 56 páginas al primer volumen del libro de O. Corpuz, *op. cit.,* pp. 515-570. La cifra de aproximadamente siete millones a la que llega para el país en vísperas de la Revolución incluye el sur musulmán y las poblaciones paganas de la Alta Cordillera de Luzón, sobre las que el control español era exiguo. En cuanto a los españoles, sugiere (p. 257) que en 1876 había 15.327 (incluidos peninsulares, criollos y mestizos de españoles), de los cuales 1.962 eran religiosos (aproximadamente el 15 por 100). Vivían mayoritariamente en Manila o en sus proximidades. Sin citar fuentes, Sichrovsky (*Ferdinand Blumentritt,* cit., p. 25) da las siguientes cifras verosímiles acerca de las diferentes órdenes a finales del siglo XIX: 346 agustinos, 327 recoletos, 233 dominicos, 107 franciscanos, 42 jesuitas, 16 capuchinos y 6 benedictinos. En total: 1.077.

[66] Cuando estalló la Revolución, Blanco sólo disponía de 3.000 soldados, con oficiales españoles y tropas mercenarias nativas. Cuatro barcos de reclutas españoles llegarían en el transcurso de octubre, dándole una fuerza de 8.000 hombres. O. Corpuz, *op. cit.,* vol. 2, cit., p. 233. Comparando Cuba con Filipinas, podemos concluir que la primera, con aproximadamente la cuarta parte de la población que la segunda, se enfrentaba a una fuerza de adversarios militares imperiales casi veinticinco veces mayor.

[67] L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 409.

[68] *Ibid.,* p. 391. He cambiado ligeramente la traducción de Guerrero al inglés, para corregir la gramática.

[69] H. Thomas, *op. cit.,* p. 299.

[70] L. M. Guerrero, *op. cit.,* p. 411.

[71] H. de la Costa, SI (ed. y trad.), *The Trial of Rizal: W.E. Retana's Transcription of the Official Spanish Documents,* cit., p. 32.

[72] *Ibid.,* p. 30.

[73] *Ibid.,* pp. 172-173. Las palabras en cursiva están subrayadas en el texto original.

[74] *Ibid.,* p. 173. Estas frases recuerdan curiosamente la sátira escrita por Lete en 1892.

[75] Información amablemente proporcionada por Ambeth Ocampo, que ha visto el documento original.

[76] Véase National Historical Institute, *Dr. José Rizal's Mi Último Adiós in Foreign and Local Translations,* 2 vols. Manila, National Historical Institute, 1989-1990.

[77] Como veremos en el siguiente capítulo, Bonifacio sólo sobrevivió cinco meses a Rizal. Hay extremadamente pocos documentos que puedan atribuírsele sin dudas, y su vida en las sombras de la clandestinidad ofrece espacio para incontables conjeturas. Pero al menos algunos ejemplares de *El Filibusterismo* circulaban discretamente por Manila antes incluso de que Rizal volviera a su país. Existe la certidumbre moral de que en algún momento entre 1892 y 1896 el líder del Katipunan encontró un modo de leerla.

V. Montjuïc

La cruzada de Tarrida

La mayoría de los más de 300 encarcelados en Montjuïc tras el atentado de Corpus Christi, el 7 de junio de 1896, seguían allí cuando Rizal se les unió una noche de comienzos de octubre. La excepción clave fue la de un notable criollo cubano llamado Fernando Tarrida del Mármol, de la misma edad que Rizal, a quien ya habíamos visto acompañando a Errico Malatesta en su malograda gira política por España en el momento del *émeute* de Jerez de 1892. Detenido tarde –el 21 de julio– en los escalones de la Academia Politécnica de Barcelona, donde era ingeniero, director y distinguido profesor de matemáticas, Tarrida fue liberado el 27 de agosto. Tuvo suerte de que un joven teniente de guardia, reconociendo a su antiguo profesor, se atreviera a bajar subrepticiamente a Barcelona con el pretexto de encontrarse enfermo y cablegrafiar a la prensa nacional y a toda figura influyente que se le ocurrió que Tarrida estaba preso. El cubano fue igualmente afortunado de que su primo, el marqués de Mont-Roig, senador conservador, usara después su influencia y sus contactos para liberarlo. (A Tarrida no le avergonzaba lo más mínimo esta ayuda de la derecha, pero podemos estar seguros de que le impelía a ser mucho más activo en nombre de sus compañeros presos menos conocidos.) Cuando lo liberaron, cruzó con mucha discreción los Pirineos para dirigirse a París, llevándose cartas y otros documentos de sus compañeros de cárcel que él u otros habían conseguido sacar clandestinamente.

El artículo de Tarrida titulado «Un mois dans les prisons d’Espagne» se publicó en *La Revue Blanche,* principal quincenario intelectual de Francia, exactamente en el momento en que a Rizal lo devolvían de Barcelona a Manila fuertemente custodiado. Fue el primero de los catorce artículos que Tarrida escribió para esta revista en los quince meses siguientes[1]. No sólo cubrieron con detalle las atrocidades practicadas en Montjuïc, sino también la Guerra de Independencia cubana, los movimientos nacionalistas de Filipinas y Puerto Rico, los malos tratos infligidos a los prisioneros caribeños en Ceuta, los ruidosos planes imperialistas de Estados Unidos, y, quizá sorprendentemente, un texto profesional lleno de ecuaciones, anterior a los hermanos Wright, sobre «navegación aérea». El segundo de la serie, publicado el 15 de diciembre, dos semanas antes de la ejecución de Rizal, estaba de hecho dedicado a «Le problème philippin» (el propio novelista estaba brevemente descrito como un deportado político). Se podría aventurar que en este periodo Tarrida fue el colaborador más frecuente de la revista. El extraordinario espacio que le concedieron se debió ciertamente al principio a su testimonio personal sobre Montjuïc. Fue el comienzo de lo que acabaría convirtiéndose en un movimiento atlántico de protesta contra el régimen de Cánovas, denominado por el escritor, con su habitual talento mediático, «los inquisidores de España». Tarrida fue un verdadero descubrimiento para *La Revue Blanche,* porque no sólo era una rara ave de mente abierta, un intelectual anarquista catalán que hablaba francés, sino que también, como patriota cubano, estaba perfectamente situado para relacionar sistemáticamente Montjuïc con las luchas independentistas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.



Ejecución de anarquistas en Barcelona.

¿Cómo se produjo esta coyuntura? La trayectoria profesional anterior de Tarrida tuvo una importancia decisiva[2]. Nació, como ya hemos señalado, en La Habana en 1861 y vivió allí hasta la espectacular caída de Isabel ii en 1868. No está claro por qué su padre, rico fabricante catalán de botas y zapatos al fin y al cabo, decidió irse a vivir a Cuba. Pero la fecha de regreso de la familia sugiere que tal vez fuera uno de los muchos blancos posibles del régimen en sus últimos años represores[3]. El joven Fernando fue entonces enviado al liceo de Pau, donde muchas décadas después sufriría Bordieu. En ese colegio un compañero, el futuro primer ministro francés Jean-Louis Barthou, convirtió a Tarrida al republicanismo. A su regreso a España, Fernando viró más a la izquierda, frecuentando reuniones y clubes obreros. En 1886 (un año antes de que se publicase *Noli me tangere*), se había convertido en anarquista confirmado, conferenciante magnético y articulista habitual en las principales publicaciones anarquistas, *Acracia* y *El Productor*. En julio de 1889, los obreros barceloneses lo eligieron para que los representase en el Congreso Internacional Socialista de París[4]. En una conferencia pública pronunciada en noviembre de ese año acuñó el inimitable lema de «anarquismo sin adjetivos», como parte de una campaña sostenida para superar los enfrentamientos sectarios de la izquierda. «De todas las teorías revolucionarias que afirman garantizar una completa emancipación social, la que más de cerca se adapta a la Naturaleza, la Ciencia y la Justicia, y que rechaza todos los dogmas, políticos, sociales, económicos y religiosos, se llama anarquismo sin adjetivos.» La idea era poner fin a las amargas peleas entre marxistas y bakuninistas: como él decía, el verdadero anarquismo nunca impondría a nadie un plan económico preconcebido, dado que esto trasgredía el principio de elección básico. Pero su campaña se dirigía en igual medida contra toda la idea de «propaganda

por el hecho» en solitario.

Tarrida fue enseguida acusado por Jean Grave –a menudo llamado en broma el papa del anarquismo– en *La Révolte* de representante de la obstinada tradición anarquista española del «colectivismo», es decir, el apego a una base obrera organizada. Dice mucho a favor del cuerdo rechazo de este papa a la infalibilidad el que publicase de inmediato la tajante respuesta de Tarrida. Éste, de veintiocho años y ya profesor de matemáticas, escribía convincentemente que grupos pequeños que utilizasen la propaganda por el hecho sin organización colectiva que los respaldase no tenían ninguna oportunidad contra el poder central de la burguesía. Los anarquistas españoles creían, basándose en la larga experiencia, que la coordinación era esencial, dado que la resistencia organizada de las clases obreras era el único instrumento productivo para enfrentarse a la represión estatal. Era completamente equivocado, por lo tanto, rechazar de plano los *centros obreros,* tachándolos de «jerarquías» autoritarias por naturaleza; por el contrario, se habían demostrado indispensables para el crecimiento del movimiento revolucionario en España. La exigencia planteada por Grave de que se abolieran las asociaciones obreras carecía de sentido. Al mismo tiempo, sin embargo, Tarrida estaba dispuesto a admitir que en la moribunda FTRE (Federación de Trabajadores de la Región Española, cenizas de la Primera Internacional) la burocratización había arraigado profundamente, y que había perdido su utilidad.

Los argumentos de Tarrida eran importantes por sí mismos (y muy pronto convencieron a Malatesta, Élie Reclus y otros), pero en el contexto presente lo fundamental es que se publicaron en *La Révolte,* a la que, como hemos visto, muchos de los principales novelistas, poetas y pintores de París eran suscriptores leales. Cuando Tarrida llegó a París tras ser liberado de Montjuïc, era por lo tanto una figura (impresa) conocida. El que fuese un cubano en el momento de la enormemente difundida represión de Weyler en su isla nativa aseguró aún más su entrada.

En segundo lugar, Tarrida no apareció en París como una víctima solitaria. Por violento que el estado de excepción fuese en Barcelona, Cánovas era suficientemente astuto como para no ampliarlo al resto de España; pero en septiembre hizo aprobar en las Cortes la legislación más punitiva de ese momento en la Europa occidental contra el terrorismo y la subversión. Aun así, de acuerdo con las estadísticas reunidas por Ricardo Mella (cuidadoso camarada de armas de Tarrida) para *L'Humanité Nouvelle* de París en 1897, la distribución de activistas y simpatizantes anarquistas serios en España era la siguiente: Andalucía, 12.400 anarquistas (+ 23.100 simpatizantes); Cataluña, 6.100 (+ 15.000); Valencia, 1.500 (+ 10.000); y Castilla la Nueva y la Vieja, 1.500 (+ 2.000). En total: 25.800 y 54.300[5]. Las isobaras sociales revelaban que las Guerras Carlistas no podían trazarse con más claridad: frío tiempo reaccionario y clerical en el norte y el noroeste, tórridas lluvias y tormentas en el sur y en el este, con la Andalucía del presidente, no Barcelona, de ojo. Además, a los enemigos de Cánovas –en su propio partido y entre los liberales, los federalistas, los republicanos y los marxistas– les pareció una buena ocasión, por razones de principios y oportunismo, para retomar el escándalo de Montjuïc, expuesto en términos ardientes en la «capital de la civilización». Ayudó que entre los encarcelados en Barcelona hubiera al menos un ex ministro y tres diputados parlamentarios.

Por otra parte, los súbditos del imperio español estaban convirtiendo a París en espacio de acción política cada vez más importante. El líder republicano radical Ruiz

Zorrilla llevaba mucho tiempo instalado en la ciudad, conspirando contra la Restauración. Su secretario personal, Francisco Ferrer Guardia, avezado izquierdista con el que volveremos a encontrarnos, daba clases de español en el famoso Lycée Condorcet parisino, donde Mallarmé trabajó hasta su temprana muerte, en 1898. Después de que Martí comenzase la guerra de independencia cubana en la primavera de 1895, España era demasiado complicada para los nacionalistas y los radicales caribeños, que se reunieron, bajo el enérgico liderazgo del revolucionario puertorriqueño Dr. Ramón Betances, en la capital francesa para hacer propaganda y conspirar contra Cánovas y Weyler. Por último, tras las persecuciones de Corpus Christi, muchos radicales metropolitanos cruzaron los Pirineos. Sólo los filipinos estaban mal representados en París. Rizal y Del Pilar habían muerto, y Mariano Ponce se había ido a Hong Kong. El pintor Juan Luna era la única personalidad nacionalista importante y conocida.

París radicalizada

Para captar por qué la París de 1897 estaba abierta a la campaña enormemente exitosa de Tarrida, hace falta retroceder en el tiempo para considerar la trayectoria inicial de dos hombres de distintas generaciones y fundamentales para crear un nuevo clima intelectual y político.

George Clémenceau nació en 1841 y creció bajo el régimen represivo e imperialista de Luis Napoleón[6]. En 1861, año en que nació Rizal, él se movía en los círculos de la izquierda republicana radical, en los que conoció a Henri Rochefort –el *ci-devant* marqués de Rochefort-Laçay– que más tarde se convertiría en cuñado suyo y en un periodista y editor famosamente errático. En 1862, Clémenceau fue encarcelado por el emperador por sus artículos críticos, y cuando lo liberaron trabajó en un hospital cercano a la cárcel para «políticos» de Sainte-Pélagie, donde conoció a Blanqui, que lo fascinó. Incluso introdujo de contrabando desde Bélgica una máquina de imprenta para el eterno conspirador. Después de Sedan, se convirtió en alcalde de Montmartre, la *arrondissement* en la que estallaría la Comuna la primavera siguiente. Clémenceau se oponía con firmeza al servilismo del gobierno posterior a Luis Napoleón ante Bismarck, y trabajó con firmeza contra el sitio alemán de París. Creó en el despacho municipal una fábrica de armas que llegó a fabricar 23.000 bombas Orsini que se utilizarían contra el invasor. En ese momento se acercó mucho a Louise Michel. Esta mujer notable, once años mayor que él, era hija ilegítima de un aristócrata de provincias y una doncella, y había empezado a enviarle sus poesías a Victor Hugo cuando sólo tenía catorce años. En la década de 1860 estaba en París, avanzando cada vez más hacia la izquierda políticamente, y en 1870-1871 se hizo famosa por su famoso trabajo en Montmartre con los heridos y los hambrientos. Clémenceau se mantuvo en el puesto hasta el último minuto, diciéndose –imagina Dallas– mientras abandonaba la capital: «Van a matar a todos mis electores. Pero no puedo permitir que me culpen de nada de eso».

Clémenceau se encontraba entre los primeros parlamentarios de la Tercera República que presionaron para que se concediera una amnistía general a los *communards*, intentaron sacar a Blanqui de la cárcel y ayudaron a Louise Michel después de que volviera de la cárcel de Nueva Caledonia en 1880. Cuando en 1883 sentenciaron a la Virgen Roja nuevamente a prisión, esta vez por anarquismo, Clémenceau lideró la campaña de prensa que obligó a la Tercera República a liberarla. Firme partidario de los

derechos de los trabajadores a organizarse y sindicarse, era también un comprometido opositor al colonialismo y al imperialismo, incluidas las brutales aventuras francesas en Indochina, África y Oceanía. Ningún destacado publicista y político francés simpatizó más con la causa cubana. Su periódico, *La Justice,* que no quebró hasta 1897, fue el órgano de oposición más poderoso y respetado de la época posterior a la Comuna. Clémencau se trasladó al nuevo *L'Aurore* de Ernest Vaughan justo a tiempo para la explosión del asunto Dreyfus.



Ramón Emeterio Betances (izquierda); su residencia en Rue Chateaudun, París (derecha).

Félix Fénéon, dos décadas más joven que Clémenceau, nació en Turín en 1861, diez días después del nacimiento de Rizal en Calamba. Brillante estudiante de provincias, se trasladó a París a los veinte años, consiguió un trabajo en el Ministerio de la Guerra, y empezó una asombrosa trayectoria de crítico de arte, editor literario y (a mediados de la década de 1880) anarquista activo[7]. A los veintitrés años fundó la vanguardista *Revue Indépendante* (en su primera encarnación duró un año), de la que los relatos de Huysmans constituyen el elemento central, pero que también publicaba los escritos de Proudhon, Blanqui, Bakunin y Kropotkin. Se mostraba extremadamente hostil al imperialismo francés en Indochina, así como al nacionalismo revanchista francés. Fénéon escribía con sarcasmo del ministro de la Guerra que estaba «enviando nuevas tropas a Extremo Oriente con la intención de diezmar y saquear a los chinos, que tienen nuestros mejores deseos»[8].

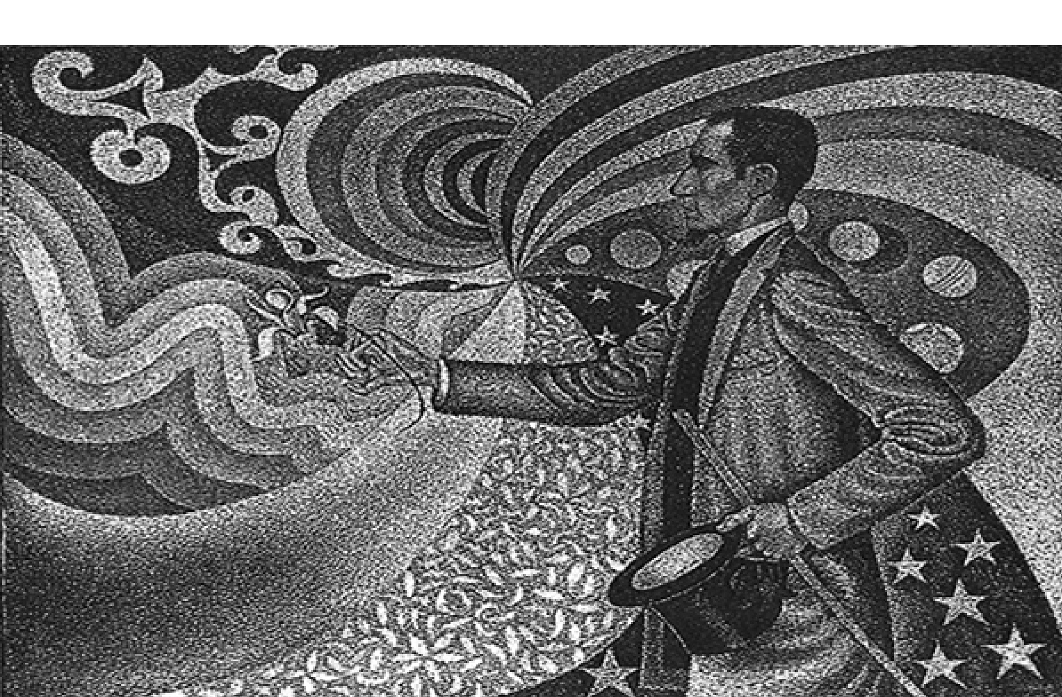


Fotografía policial de la admirada anarquista, maestra y trabajadora social francesa Louise Michel.

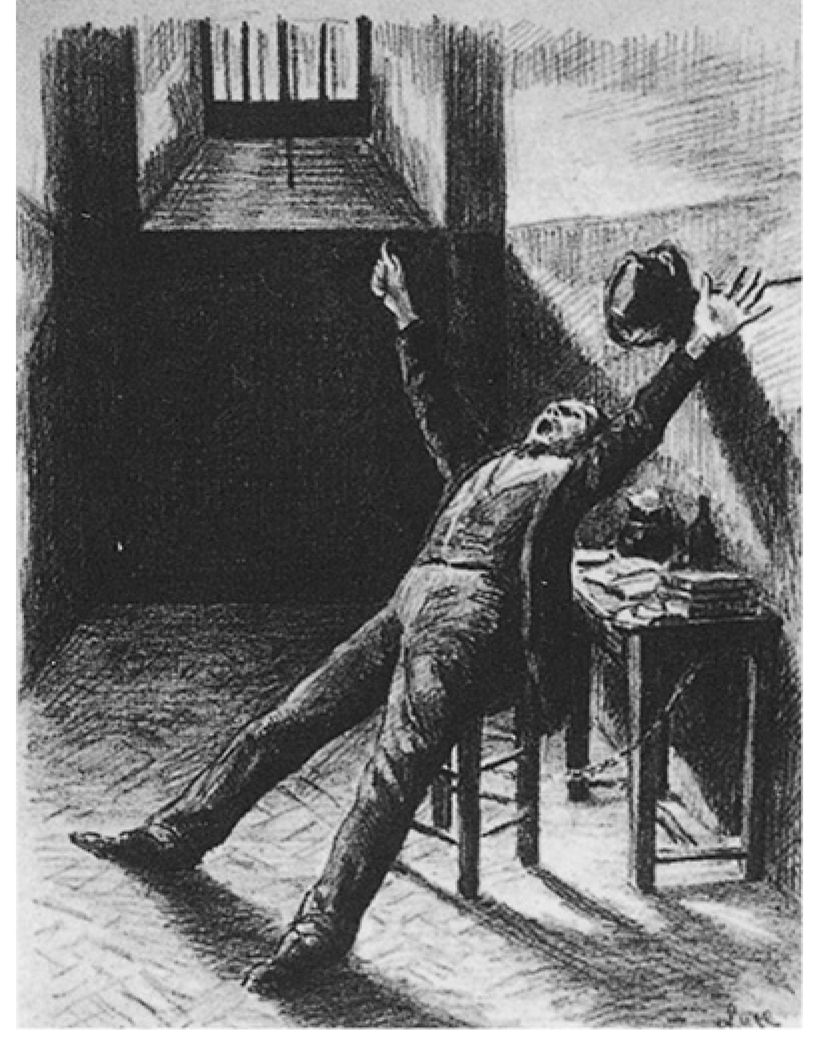
En la segunda mitad de la década de 1880, la época de *Noli me tangere* de Rizal y *El folk-lore filipino* de Isabelo de los Reyes, Fénéon se convirtió en una figura central –en ciertos aspectos la figura central, aunque él prefería trabajar entre bambalinas– de la vanguardia parisina. Consiguió dirigir simultáneamente (con ayuda de Laforgue entre otros) la original *La Vogue* (1885-1889) –que hacía todo lo posible por combatir el provincianismo nacionalista francés publicando a Kyats, Dostoievski y Whitman, así como la poesía más onírica de Laforgue– y una recuperada *Revue Indépendente* (1885-1889). Fue Fénéon quien editó y organizó meticulosamente el caos poético que Rimbaud había dejado tras de sí para convertirlo en el sorprendente *Illuminations* de 1886[9]. Ese mismo año, el Salon des Indépendents celebró su segunda exposición, la primera en la que Seurat (dos años mayor que Fénéon) y Signac (dos años más joven) estuvieron espectacularmente representados. Fénéon no sólo acuñó el término «posimpresionistas» para los jóvenes rebeldes, sino que se convirtió en su decidido y

brillante paladín[10]. Es característico de su punto de vista político que enviase su innovadora y «erudita» reseña sobre la exposición a la revista socialista y de vanguardia belga *L'Art Moderne,* y publicase otra, en jerga completamente parisina, para el periódico sensacionalista radical *Le Père Peinard*. Por si esto no bastara, asumió para *L'art Moderne* la tarea de crítico teatral desempeñada antes por su íntimo amigo Huysmans, defendiendo a los nuevos dramaturgos que escribían bajo la influencia de Ibsen.

A comienzos de la década de 1890 –por la época de *El Filibusterismo–,* Fénéon giró hacia la política radical sin abandonar sus otras vocaciones. En agosto de 1891 conoció una extraña figura que se presentaba como Zo d'Axa (también conocido como Alphonse Gallaud de La Pérouse), que tres meses antes había fundado *L'Endehors,* una revista tremendamente de vanguardia y anarquista[11] que duró menos de dos años. Seis meses después del lanzamiento, Zo fue procesado por «atentar contra la moral» debido a los artículos cáusticos que su revista publicaba sobre el ejército, el sistema judicial y el parlamento de Francia; huyó a Inglaterra, volvió a París preocupado por la fidelidad de su esposa, lo detuvieron y lo mantuvieron incomunicado dos semanas, lo liberaron pendiente de juicio, y desapareció para siempre[12]. Muchos de sus camaradas, sin embargo, permanecieron encarcelados muchos años. A Fénéon no lo detuvieron, pero ese año (1873) empezó su expediente policial. Se encargó de la revista el tiempo que ésta duró, introduciendo en el círculo de Mallarmé al gran poeta radical belga Emile Verhaeren, así como a Octave Mirabeau y Paul Adam, dos jóvenes escritores franceses que simpatizaban con el anarquismo[13].



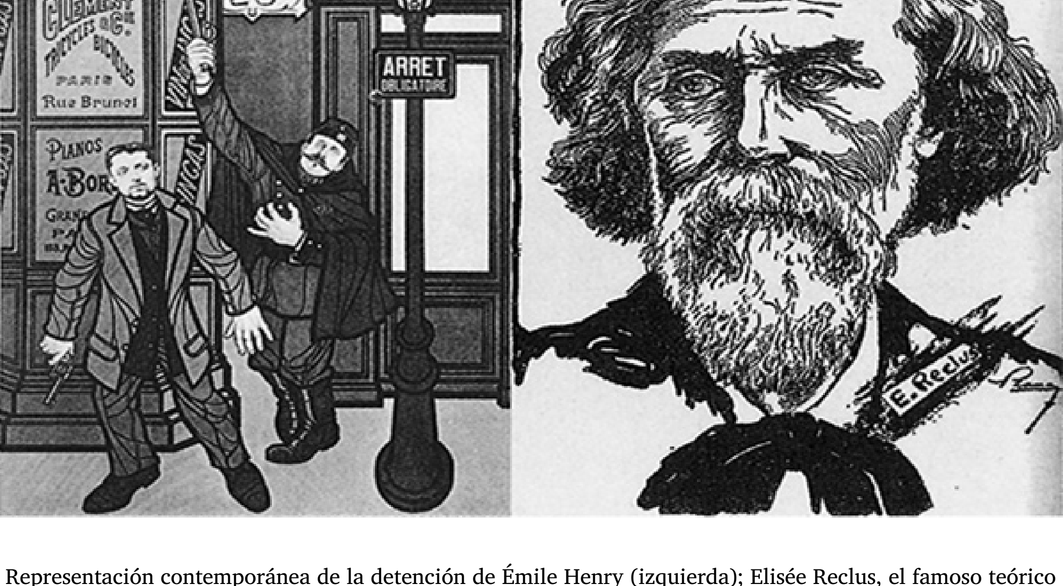
Retrato vanguardista de Félix Fénéon, pintado por Paul Signac.



En la celda, de Maximilien Luce, representa a Fénéon en la cárcel en 1894.

En las reuniones del grupo Zo fue donde conoció a Émile Henry, que le fascinó y de quien en una carta a Signac dice que era «el más anarquista de todos» porque sus actos iban dirigidos a los electores en último término responsables de la Tercera República. (Fénéon también escribió a Signac que «los actos anarquistas han hecho mucho más por la propaganda política que veinte años de panfletos de Reclus o Kropotkin»)[14]. El 4 de abril de 1894, tras la detención de Henry (y una rápida ejecución segura), Fénéon puso una bomba en el antepecho del Foyot, un restaurante de moda situado frente al Senado, que no mató a nadie, pero provocó heridos graves[15]. Como ya hemos visto, pronto lo detuvieron. Es típico de su *sang-froid* que, mientras esperaba juicio por cargos capitales, se dispusiera a traducir *Northanger Abbey,* de la cual encontró por casualidad un ejemplar en la biblioteca de la cárcel[16]. En el banquillo de los Treinta sediciosos lo absolvieron, después de darles cien vueltas brillantes y jocosas a los jueces, y de hacer que muchos intelectuales famosos, así como Clémenceau, testificasen a su favor[17]. Mallarmé

describió a Fénéon ante los jueces como *cet homme doux,* y cuando los periodistas le preguntaron cuál era su opinión general acerca del crítico de arte y los demás acusados –una extraña mezcla de intelectuales, delincuentes y anarquistas– respondió con calma que «no deseaba decir nada de estos santos»[18]. Pero en 1895 Valéry se acercó más a la verdad, al describirlo como «uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Es justo, despiadado y amable»[19]. Cuando lo liberaron, a Fénéon le resultó difícil encontrar trabajo descubierto que le gustase, y aceptó un cargo como editor a tiempo parcial encubierto de *La Revue Blanche*. No tardó en convertirse en la fuerza motriz de la revista[20].



Representación contemporánea de la detención de Émile Henry (izquierda); Elisée Reclus, el famoso teórico del anarquismo (derecha).

Clémenceau y Fénéon, desde diferentes generaciones, con personalidades fuertes pero opuestas y opiniones políticas coincidentes sólo en parte, estaban destinados a finales de la década de 1890 a convertirse en aliados y colaboradores. Una razón inmediata, aparte del odio a las brutalidades imperialistas de la Tercera República en Asia y África, fue la indignación por las llamadas *lois scélérates* promulgadas tras los atentados de Ravachol, Vaillant y Henry. Estas leyes prohibían toda propaganda revolucionaria, y establecían severos castigos para quienes colaborasen o incluso simpatizasen con los «revolucionarios. (Camille Pissarro, que tenía un largo expediente policial, huyó a tiempo a la seguridad de Bélgica)[21]. Pero había también en marcha una transformación política más amplia, simbolizada quizá por el nacimiento del Parti Ouvrier Belge en 1885 y la publicación de la novela *Germinal* de Zola al año siguiente.

El Parti Ouvrier Belge y *Germinal*

Durante buena parte del siglo XIX, Bélgica fue, tras Reino Unido, el segundo país más industrializado. Sin embargo, desde el punto de vista político, estaba en general atrasada, con un sufragio altamente restringido, y un poder interno sobre todo en manos de magnates liberales devotos del libre comercio. Su jefe de Estado a finales del siglo, Leopoldo ii, se compensó a sí mismo por esta situación con las notorias intervenciones diplomáticas y militares que lo convirtieron en gobernante personal absoluto en el Congo en 1885. Ese mismo año, sin embargo, el eminente Émile Vandervelde creó el Parti Ouvrier Belge y movilizó a la clase trabajadora con tanta eficacia que en cuestión de una década se amplió radicalmente el sufragio, y la presencia parlamentaria del partido superó a la de los antes todopoderosos liberales. Vandervelde se consideraba un marxista de mente abierta que respetaba las tradiciones proudhonianas de los trabajadores belgas, y mantuvo relaciones de amistad con muchos anarquistas pacifistas. Quizá más significativo, era un gran amante del arte, con buenos amigos entre la vanguardia radical de su país. En consecuencia, creó una Maison du Peuple muy frecuentada en Bruselas, y contrató a Émile Verhaeren para que dirigiera su Section d'Art. A su vez, Verhaeren atrajo a la órbita del partido a los pintores vanguardistas del país y los reunió en el grupo de Les Vingt, cuyo miembro más conocido fue el visionario *anarchisant* James Ensor. En el frente literario, Verhaeren tuvo el mismo éxito, obteniendo la adhesión entre otros de Maeterlinck, a quien más tarde Vandervelde recordaría con cariño como «un revolucionario agresivo»[22]. La revista de arte *L'Art Moderne* y el periódico literario *La Revue Rouge* no sólo apoyaron a los talentos locales, sino que fueron también firmemente internacionalistas. Huysmans y Fénéon fueron invitados bajo el auspicio de Verhaeren y Vandervelde a publicar reseñas, como ya hemos señalado, mientras que los impresionistas y los posimpresionistas franceses acudían con ansia a ofrecer su obra más reciente para que se expusiera en Bruselas. (Ésta era la Bruselas a la que Rizal llegó en enero de 1890 para redactar *El filibustero,* un mes después de que en Lieja naciese *La Revue Blanche.*) Escritores franceses y belgas publicaban unos en las revistas de los otros, y las ideas y el trabajo de William Morris recibieron una acogida muy cálida. El impacto de los líderes y de las políticas del Parti Ouvrier Belge en Francia fue sustancial. Si bien el gravemente ignorante Jean Guesde había evitado todo contacto con los intelectuales parisinos, a mediados de la década de 1890 empezaba a ser suplantado por Jean Jaurès, que se esforzó por emular el modelo belga[23].

Aunque en general los radicales literarios de París se burlaban de Zola, su *Germinal,* basado en una intensa investigación sobre la amarga y trágica huelga de las minas de carbón de Anzin, en el noreste, causó sensación política, con un impacto que siguió a cada traducción a otro idioma europeo. (Como a menudo ocurría en el siglo XIX, una novela «social» podía tener consecuencias políticas mucho más profundas y duraderas que el periodismo documental.) Aunque Zola describía a los mineros «revolucionarios» de un modo hostil, *Germinal* ofrecía a los lectores una imagen aterradora de la pobreza de los mineros del carbón, las enfermedades causadas por la industria, la ausencia de medidas de seguridad y la explotación por parte de los propietarios[24]. El propio Clémenceau visitó a los mineros en huelga y se horrorizó ante lo visto. Es notable que las minas de carbón estuvieran asimismo conectadas –tal vez también a través de Zola– con uno de los atentados más mortíferos de Henry en 1894. Disfrazado de mujer, dejó una

bomba en las oficinas de la Société des Mines Carmaux para castigar a los propietarios de las minas de Carmaux, los cuales habían respondido a una huelga en la que los mineros destrozaron maquinaria metiendo a la policía armada. A pesar de las promesas de mediación de los parlamentarios socialistas, los meses pasaron sin resultados, mientras los trabajadores morían de hambre. La bomba de Henry fue descubierta y llevada a una comisaría, donde explotó, matando a cinco policías y un muchacho[25].

El Asunto Dreyfus

Nada muestra mejor el cambio de atmósfera política en los menos de tres años que siguieron a la promulgación de las *lois scélérates* que la publicación por parte de *La Revue Blanche* a comienzos de la primavera de 1897 de una enorme «Enquête sur la Commune», con artículos de los conocidos anarquistas Élisée Reclus, Louise Michel y Jean Grave, así como uno del radical y aristocrático cuñado de Clémenceau, Henri Rochefort. Tarrida ocupaba también un lugar destacado, y había además textos de Mallarmé, Laforgue, Jarry, Daniel Halévy, Nietzsche y los fallecidos Eduard Douwes Dekker, Paul Adam y Jean Lorrain, el amigo homosexual de Huysmans. Muchos años después, Léon Blum, nacido en 1872, escribiría: «Toda la generación literaria de la que yo formaba parte estaba [...] impregnada de pensamiento anarquista»[26].

El arbitrario juicio militar contra el capitán Alfred Dreyfus, acusado de espiar para Alemania, y su posterior deportación a la Isla del Diablo, ocurrido en el otoño de 1894 –sólo tres meses antes de que guillotinaran al joven asesino de Carnot y se juzgase a los Treinta– había atraído muy poco interés, aunque al año siguiente Fénéon había cuestionado el veredicto en las páginas de *La Revue Blanche*. Pero en 1896 empezaron a filtrarse pruebas de que militares aristocráticos y antisemitas de alta graduación habían tendido una trampa al judío Dreyfus, y esto condujo con el tiempo a una intensa campaña de prensa que obligó al Estado a detener en octubre de 1897 al verdadero culpable, el mayor Marie-Charles Esterhazy, y juzgarlo el enero siguiente. Su descarada absolución al día siguiente de que comenzara el juicio llevó a Zola a escribir la famosa carta abierta titulada «J'accuse», publicada en *L'Aurore* de Clémenceau. El asediado régimen no vio más solución que juzgar a Zola en febrero de 1898. Multado y sentenciado a prisión, el «novelista burgués», como lo llamaban los intelectuales críticos de izquierdas, se vio convertido de repente en un héroe para la izquierda[27]. De todo esto surgió un enorme enfrentamiento político entre izquierda y derecha, en el que muchos intelectuales vanguardistas participaron por primera vez en su vida en política y los más comprometidos de ellos, como Octave Mirbeau, estuvieron a punto de ser asesinados por muchedumbres antisemitas[28].

Mientras tanto, tras el levantamiento de Martí, los cubanos exiliados aumentaron su actividad y presionaron (con creciente éxito) a importantes periodistas como Clémenceau para que dieran apoyo antiimperialista a la causa de su país[29].

Como ya se ha indicado, Tarrida no permaneció mucho tiempo en París. La presión diplomática española consiguió que lo expulsasen a Bélgica[30]. Desde allí cruzó los estrechos de Dover. Por eso, muchos de sus últimos artículos para *La Revue Blanche* procedían de Londres, políticamente aún la capital más importante del mundo, así como popular refugio para los anarquistas que huían de sus propios gobiernos represivos. Allí, los escándalos superpuestos de Montjuïc y Dreyfus causaron indignación generalizada, y

el joven anarquista cubano fue recibido con entusiasmo para dar una larga gira divulgativa organizada por Keir Hardie, Ramsay MacDonald y otros[31]. En un país con una larga historia de animosidad contra España, las informaciones sobre las actuaciones de la «Nueva Inquisición» encontraron oídos dispuestos. Tarrida hizo un buen uso de sus múltiples contactos intercontinentales e interestatales para fomentar la creación de una amplia coalición de prensa entre liberales, francmasones, socialistas, anarquistas, antiimperialistas y anticlericales contra el presidente español. Considérese la siguiente lista (muy parcial) de periódicos y revistas que se unieron a la campaña[32].

> Francia: *La Justice* de Clémenceau, *L'Intransigeant* de Rochefort, *Le Jour, L'Écho de Paris, Les Temps Nouveaux* de Jean Grave, *Le Libertaire, La Petite République* y *Le Père Peinard.*
>
> Reino Unido: *The Times, The Daily Chronicle, Freedom.*
>
> España: *El País, La Justicia, La Autonomía, El Imparcial* y *El Nuevo Régimen* de Pi y Margall
>
> Alemania: *Frankfurter Zeitung, Vorwärtz* y *Der Sozialist.*
>
> Italia: *La Tribuna* en Roma y *L'Avvenire* en Messina.
>
> Portugal: *A Libertade, O Caminho* y *O Trabalhador.*
>
> Rumania: *Miscarea Sociala.*
>
> Argentina: *El Oprimido, La Revolución,* y *L'Avvenire* en italiano.
>
> Estados Unidos: *Liberty* de Boston, el periódico cubano de Nueva York *El Despertar,* y el periódico cubano de Tampa *El Esclavo.*

Cánovas se encontró sin mucho apoyo externo efectivo, ni siquiera en la Europa católica. Austria-Hungría estaba preocupada por sus propios nacionalismos militantes y por los Balcanes, Francia por el asunto Dreyfus, e Italia por las consecuencias de la desastrosa derrota de marzo de 1896 en Adawa a manos del gobernante abisinio Menelik. Pero no le faltó arrojo. Como hemos visto, permitió que se exiliaran unos cuantos presos relativamente destacados de Montjuïc, pero la mayoría de los que no fueron juzgados por tribunales militares fueron deportados, junto con algunos «alborotadores» cubanos enviados desde La Habana, a duros campos situados en el África española. Ascheri y los cuatro españoles sentenciados a muerte por la «atrocidad» de Corpus Christi fueron ejecutados el 5 de mayo de 1897, pero no antes de que algunos de los liberados hubieran podido sacar clandestinamente cartas en las que describían las torturas a las que los habían sometido y proclamaban su inocencia. Tres meses después, le tocó a Cánovas encontrar una muerte política sangrienta en el balneario vasco de Santa Águeda.

Un patriota de las Antillas: Doctor Betances

Ramón Emeterio Betances nació en Cabo Rojo, Puerto Rico, el 8 de abril de 1827, año y medio antes que Tolstói. No está claro cómo se produjo su ascendencia en parte africana, en buena medida porque parece que era ilegítimo. En cualquier caso, su padre era suficientemente rico y moderno como para enviar al hijo precozmente inteligente a estudiar medicina al Collège de Toulouse, donde aprendió un francés fluido. Con posterioridad, continuó su formación médica en la Sorbona, graduándose en 1853. Al volver a Puerto Rico, se hizo famoso durante la epidemia de cólera de 1855. Hijo de Diderot y Byron, se dejó absorber por la Revolución de 1848 –que también abolió la

esclavitud en el Caribe francés– y quizá incluso luchara en las barricadas de la capital[33]. Los restantes cincuenta años de su vida los dedicó a la medicina (como Rizal se especializó en oftalmología) y a la política radical republicana y anticolonial. Abolicionista desde el comienzo, también se dejó atrapar por el sueño bolivariano de un enorme movimiento de liberación transcontinental, dirigido tanto contra el decrépito y brutal colonialismo de España como contra el imperialismo hambriento de lo que el denominaba el Minotauro Americano[34]. Aunque patriota puertorriqueño, estaba convencido de que las islas del Caribe, geográficamente dispersas, múltiplemente colonizadas y militarmente insignificantes, sólo podrían sobrevivir y progresar si se unían en una Federación de las Antillas «bolivariana», que incluyese a Haití, la colonia danesa de St. Thomas y otros territorios no anglosajones[35]. Una condición para que se realizase su sueño, creía, era lo que él denominaba la completa deshispanización de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo; de ahí su completa hostilidad a la ideología «asimilacionista» imperante entre los coloniales, y su completa falta de creencia en las buenas intenciones de españoles y estadounidenses[36].

De vuelta en el Caribe, en la década de 1860, apoyó activamente la lucha armada por la restauración de la independencia dominicana en 1863-1865 (véase el capítulo 3), e hizo circular propaganda radical en el propio Puerto Rico, hasta que se vio obligado a huir. Antes de regresar a París en 1872, se mantuvo en constante movimiento –Saint Thomas, Haití, República Dominicana, Venezuela e incluso Nueva York– perseguido por espías españoles, amenazado por los dictadores venales surgidos después de la independencia, y expulsado por autoridades coloniales no españolas que cedían ante las presiones de Madrid[37]. Pasaba el tiempo atendiendo a pacientes pobres, escribiendo convincentes y polémicos artículos, e intentando comprar y ocultar en lugar seguro, hasta que llegase el momento adecuado para la insurrección, todas las armas que podía conseguir. También inspiró en gran medida el primer levantamiento armado del propio Puerto Rico, que se dio en la población montañosa de Lares el 9 de septiembre de 1868 –sólo cuatro semanas antes de que Céspedes proclamase la independencia Cubana– y que duró apenas veinticuatro horas[38]. Nada funcionó realmente, en buena medida por su empeño obcecado en la insurrección armada y sus métodos de organización clandestina, en los que perduraba un aroma a masonería, *blanquismo* y 1848[39]. Pero en el proceso se convirtió en leyenda.

Betances volvió a París a finales de 1871, ocho meses después de que cayese la Comuna, y permaneció allí el resto de su vida[40]. Las investigaciones médicas le valieron la concesión de la Légiòn d'Honneur, pero nunca dejó de escribir artículos polémicos –ya hemos visto un buen ejemplo en el caso de las *princesas* de Manila– y cultivar aliados políticos en París y en otras partes de Europa Occidental. Entre 1879 y 1887, incluso ocupó un alto cargo en la legación dominicana en la capital francesa, con responsabilidad también para Londres y Berna[41]. Con el paso del tiempo se convirtió inevitablemente en el decano de la «comunidad latina» en París (y en menor grado en otros países vecinos). No era un papel fácil de interpretar para un hombre de las opiniones y el temperamento de Betances. A mediados de la década de 1890 había en la Ciudad de la Luz unos trescientos cubanos y puertorriqueños, además de cientos de latinoamericanos de otras nacionalidades. Casi todos eran muy ricos, hacendados rentistas, banqueros, médicos, industriales y donjuanes, de política completamente conservadora o, como mucho, asimilacionista liberal. Ojeda señala con sarcasmo: «No

hay un solo negro en su seno. Los artesanos brillan por su ausencia»[42]. Nada podía diferenciarse más de las comunidades cubanas en gran medida pobres, de clase obrera, en Tampa, Cayo Hueso y Nueva York, donde Martí encontraba sus partidarios. Pero Betances mantuvo la comunidad más o menos unida a fuerza de personalidad, servicios médicos y tertulias semanales en su espaciosa consulta del 6 *bis* Rue Chateaudun, curiosamente a sólo una o dos puertas de la residencia (4 *bis*) de Valentín Ventura, el amigo rico de Rizal que financió la publicación de *El Filibusterismo*[43].

A su modo, Betances era un hombre práctico y daba la bienvenida a todos los aliados que pudiera encontrar. Resultó, quizá para sorpresa de alguien muy alejado del anarquismo, que los más enérgicos de estos aliados eran los anarquistas o sus simpatizantes. Martí había atacado con frecuencia y mordacidad al anarquismo, por considerar que despreciaba la política en el sentido normal de la palabra y negaba el concepto de *patria*. Por otro lado, había muchos anarquistas que veían en el hambre de poder estatal de los líderes nacionalistas y en el fetichismo de las elecciones una señal de que la independencia no mejoraría mucho la vida real de los obreros[44]. En París, los amigos políticos de Betances eran antiguos *communards* e intelectuales anarquistas. Élie Reclus (nacido en 1830) y Louise Michel (nacida en 1833) eran de su generación, al igual que Henri Bauer, *communard,* hijo ilegítimo de Dumas y antiguo residente en el asentamiento penal de Nueva Caledonia. Rochefort estaba allí, y el anarquista francés Charles Malato, a quien Betances convenció de que viajase a Barcelona e intentase provocar un levantamiento obrero para debilitar la campaña de Weyler en Cuba[45]. (Malato no consiguió nada, por supuesto.) Ninguno de ellos había estado en Cuba o en Filipinas, y no sentían interés emocional por sus nacionalismos; pero sí tenían muchas experiencias amargas a manos del Estado francés, tanto interno como imperial (Nueva Caledonia, la Isla del Diablo). Cánovas y Weyler podían compararse con Thiers y Galliéni (respectivamente el presidente francés que aplastó la Comuna y el general que conquistó buena parte de lo que se convertiría en el África francesa) transplantados a la península Ibérica. Menos que las bellezas de la Cuba Libre y Filipinas Libre, lo que los atraía a la órbita de Betances era el odio hacia las barbaridades cometidas en Montjuïc, Cuba y Filipinas.

Fuera de Francia, Betances mantenía relaciones más estrechas con los anarquistas italianos de tradiciones garibaldianas, enfurecidos por el canovismo del primer ministro italiano Francesco Crispi y por el repulsivo fiasco de Etiopía. El espíritu de 1848, «la primavera de las naciones», también influía. El mismo hombre del 48, Betances apoyaba los intentos de algunos de estos camaradas de viajar a Cuba y librar una revolución de estilo garibaldiano, pero en general lo frustraba la política seguida por el cuartel general de la organización revolucionaria de Martí en Nueva York, dirigido por Tomás Estrada Palma, que era impedir que los «extranjeros» se inmiscuyesen en la lucha de la isla[46]. Curiosamente, uno de los subgrupos más enérgicos de Betances se hallaba en Bélgica, dirigido por el joven ingeniero cubano Pedro Herrera Sotolongo, compañero de clase y amigo de Alejandrino y Evangelista, los protegidos de Rizal[47]. No hace falta decir que la tarea de unir a una comunidad de ricos cubanos, que no sólo no tenía negros ni artesanos, sino que carecía de un solo anarquista, con sus amigos anarquistas no cubanos era bastante inútil, pero de algún modo el puertorriqueño lo consiguió mínimamente.

Por fin, el momento de Betances llegó con la declaración de la guerra de independencia por Martí en 1895. Parece que los dos hombres no llegaron a conocerse

en persona, y poco sobrevive de su correspondencia. Pero a pesar de que Betances le doblaba a Martí en edad y soportó una experiencia vital completamente distinta a la del joven, ambos se respetaban[48]. La sede revolucionaria de Martí en Nueva York siempre había incluido a puertorriqueños en las más altas instancias, y los puertorriqueños habían tenido su importancia en la Guerra de los Diez Años. En consecuencia, el 2 de abril de 1896, Betances fue nombrado oficialmente el principal agente diplomático de la Revolución cubana en París, no sólo en reconocimiento a su edad y reputación, sino también por su indiscutible conocimiento de Europa Occidental y las alianzas políticas de las que disfrutaba.

Sólo queda añadir, entre paréntesis, que Betances mantuvo un animado interés por la revolución filipina, en parte porque desviaba tropas españolas de Cuba, pero también por su propio valor nacionalista. Ya el 29 de septiembre de 1896, un mes después de que Bonifacio empezase su levantamiento, el buen médico le escribió a Estrada a Nueva York que la insurrección era mucho más seria de lo que la población española creía, y que ya había 15.000 soldados de camino para reprimirla[49]. El mismo mes, la revista de Betances, *La República Cubana,* publicó dos artículos sobre Filipinas –titulados «¡Viva Filipinas Libre!» y «¿Qué quieres Filipinas?»– que expresaban un firme apoyo al levantamiento[50]. Al saber por Herrera que los filipinos necesitaban desesperadamente armas, le transmitió la noticia a Estrada en Nueva York, instándolo a hacer lo posible por ayudarlos[51]. También envió por correo a Florida el último poema de Rizal, que se publicó en la *Revista de Cayo Hueso* el 7 de octubre de 1897 con el título de «Mi último pensamiento»[52].

Angiolillo: de Foggia a Santa Águeda

Michele («Miguel») Angiolillo nació el 5 de junio de 1871, inmediatamente después del sangriento final de la Comuna de París, en la ciudad de Foggia, en el *mezzogiorno,* 112 kilómetros al noreste del Nápoles de Malatesta[53]. Tenía, por lo tanto, cuarenta años menos que Betances. De estudiante en el instituto técnico adquirió una conciencia política militante, radical, republicana y profundamente hostil a la monarquía. Reclutado en 1892, alguien lo vio en una conmemoración de la República Partenopea de 1799 y sus superiores militares lo sancionaron brutalmente[54]. Volvió a la vida civil convertido en anarquista convencido. Durante las elecciones de 1895 publicó un manifiesto contra la versión de *lois scélérates* del primer ministro Crispi, por lo cual fue detenido y acusado de fomentar el odio clasista. Brevemente en libertad y pendiente de juicio, envió al ministro de Justicia una mordaz carta quejándose del fiscal. Por esto lo condenaron a dieciocho meses de cárcel y tres años de exilio interno. En ese momento fue a ver a un amigo y antiguo compañero de clase, Roberto d'Angiò, que ya era corresponsal de la revista de Jean Grave, *Les Temps Nouveaux* (el nuevo nombre de *La Révolte* tras el Proceso de los Treinta). D'Angiò lo llevó a ver a Oreste Ferrara, quien por entonces era un desconocido estudiante de derecho, pero pronto se haría famoso como recluta de la Revolución cubana, ayudante de confianza del general Máximo Gómez, y finalmente ministro de Exteriores cubano durante la brutal presidencia (1925-1933) del general Gerardo Machado[55]. Al aconsejarle Ferrara que huyese de Italia, a comienzos de 1896 llegó a Barcelona desde Marsella, con nombre falso. La ciudad tenía una considerable colonia de obreros y artesanos italianos, así como una merecida fama de activismo

anarquista. Angiolillo apenas había comenzado su negocio como impresor autónomo (y a aprender el español) cuando se produjo el atentado de Corpus Christi y se declaró el estado de excepción en la ciudad. Varios de sus amigos fueron encarcelados en Montjuïc, entre ellos Cayetano Oller, con quien había trabajado en la revista de Tarrida y Sempau, *La Ciencia Social*. Los sombríos rumores sobre las torturas infligidas allí a los presos convencieron al joven impresor de que debía huir de España a Francia. Lo detuvieron en Marsella por llevar documentos falsos, pasó un mes en la cárcel, y fue expulsado a Bélgica, donde encontró trabajo temporal en una imprenta de un alto cargo del Parti Ouvrier Belge de Vandervelde, antes de trasladarse a Londres en marzo de 1897: tres meses después de que ejecutasen a Rizal y con la cruzada de Tarrida contra el régimen de Cánovas en su punto culminante.



Michele Angiolillo (izq.); el influyente Fernando Tarrida del Mármol (dcha.).

Como ya se ha mencionado, Londres era el refugio más seguro para los anarquistas continentales en fuga. El contingente anarquista español aumentaba para entonces con algunos como «Federico Urales», además de Oller, que tras ser torturados terriblemente fueron liberados y expulsados del país. Angiolillo retomó su trabajo de impresor, ayudado por su pertenencia a una institución poco conocida, Typographia, una sección especial del sindicato británico de impresores reservada a los extranjeros. Ciertamente asistió el 30 de mayo a la enorme manifestación de diez mil personas organizada en Trafalgar Square por el Spanish Atrocities Committee, liderado por el anarquista inglés Joseph Perry. A la multitud se dirigió una amplia gama de notables políticos, incluido Tarrida, famoso en toda Europa, que no habló en nombre del anarquismo, sino como

representante de *La Revue Blanche* y en nombre de la Delegación Revolucionaria Cubana de Betances en París[56]. Malato pronunció un apasionado discurso preguntando quién vengaría a José Rizal y a tantos otros asesinados por el régimen de Cánovas. Pero los momentos más emotivos se dieron cuando las víctimas mutiladas de Montjuïc se levantaron para contar sus historias y desnudar sus cuerpos. Poco después, Angiolillo conoció en persona a Oller y Francisco Gana, otra víctima horriblemente mutilada, en la casa de un amistoso exiliado anarquista español. El anarquista alemán Rudolf Rocker, que estaba presente, describió la escena como sigue:

> Esa noche, cuando Gana mostró sus extremidades mutiladas, y las cicatrices de las torturas que le han quedado en todo el cuerpo, comprendimos que una cosa es leer sobre esos temas, y otra muy distinta escucharlos de labios de las víctimas […] Todos nos sentamos allí como petrificados, y tardamos varios minutos en poder emitir unas cuantas palabras de indignación. El único que no dijo nada fue Angiolillo. Al rato, se levantó de repente, emitió un lacónico adiós y abandonó la casa […] Fue la última vez que lo vi[57].

Poco después de ese suceso, Angiolillo conseguía de algún modo llegar a París, con la venganza en mente y una pistola adquirida en Londres en el bolsillo. Para entonces había leído el libro reunido a toda prisa por Tarrida, *Les Inquisiteurs d’Espagne*, que reunía más detalles de Manila, Montjuïc y La Habana que cualquier otro texto de su tiempo[58]. También se dice que acudió a conferencias de Rochefort y Betances sobre los crímenes intercontinentales del gobierno español. Fue entonces cuando acudió a ver al puertorriqueño a una de las *tertulias* regulares que se organizaban en la Rue Chateaudun. Inicialmente receloso de que se tratara de un infiltrado policial, Betances se tranquilizó con los informes de Tarrida y Malato, que habían hablado con Angiolillo en Londres. Lo que ocurrió de hecho cuando por fin Betances y Angiolillo se reunieron cara a cara está cubierto de incertidumbre. Betances dijo más tarde que Angiolillo le había confesado que planeaba viajar a España para asesinar a la reina regente y al niño Alfonso xiii. El buen médico le respondió que cometería un error: matar a una mujer y a un niño significaría «una publicidad terrible»; además, ninguno de ellos era responsable de la crueldad del régimen español. El verdadero villano era Cánovas[59]. Ante esto, el relato resulta un poco inverosímil. Angiolillo no era un ignorante. Había vivido en la Barcelona del estado de excepción, hablado con antiguos camaradas torturados, y asistido a la manifestación de Trafalgar Square. Sabía perfectamente bien que Cánovas era el señor el imperio español. Quizá el viejo puertorriqueño quisiera dejar para la posteridad la idea de que había salvado la vida de una mujer y su hijo, y al mismo tiempo atribuirse el mérito de dirigir a Angiolillo contra el presidente español[60]. Casi treinta años antes, había escrito a su gran amigo el patriota dominicano Gregorio Luperón acerca de la necesidad de detener y juzgar por traición al dictador corrupto Buenaventura Báez:

> No me parece imposible coger á Báez, y puesto que la República Dominicana necesita incontestablemente una reforma radical, yo digo como Diderot, que parecía prever la muerte de Luis xvi: «El suplicio de un Rey cambia el espíritu de una nación por siempre»[61].

En cualquier caso, Angiolillo consiguió después llegar a Madrid desde Burdeos, donde vivió brevemente con Antoine Antignac, un joven anarquista de tradición proudhoniana[62]. En la capital española se enteró de que Cánovas se encontraba en el

balneario de Santa Águeda con su nueva esposa peruana, mucho más joven. Instalándose en el mismo hotel, observó un día o dos los movimientos de su enemigo, y después, el 8 de agosto, lo mató con la pistola traída de Londres. No intentó huir. Su juicio de tres días, a puerta cerrada y por un tribunal militar, tuvo lugar la semana siguiente. En su alegato de defensa, habló principalmente de Montjuïc, con vagas alusiones también a las guerras de Cuba y Filipinas[63]. También declaró que Cánovas

> personificaba, en sus formas más repugnantes, la ferocidad religiosa, la crueldad militar, la implacabilidad del sistema judicial, la tiranía del poder, y la avaricia de las clases pudientes. He librado de él a España, a Europa y al mundo entero. Por eso no soy un asesino, sino un verdugo[64].

El tribunal lo condenó a muerte, y lo ejecutaron por garrote vil el 20 de agosto.

Se dice que en el último momento de vida gritó «¡Germinal!»[65]. Pío Baroja lo describía como sigue:

> Era un tipo delgado, muy largo, muy seco, y muy fino en sus ademanes, que hablaba con acento extranjero. Cuando supe lo que había hecho, me quedé asombrado. ¿Quién podría esperar aquello de un hombre tan suave y tan tímido?[66].

La muerte de Cánovas no sólo significó el toque de difuntos de la «democracia caciquil» en España, también provocó la caída de Weyler en La Habana, como el general entendió de inmediato[67]. El gobierno provisional presidido por el ministro de la Guerra, Azcárraga, duró sólo hasta el 4 de octubre, cuando fue sustituido por el eterno Sagasta, que nombró de nuevo a Segismundo Moret ministro de Ultramar. Ambos se habían opuesto con firmeza a la política de Cánovas en Cuba y Barcelona (aunque Sagasta, en el poder cuando empezó el levantamiento de Martí, había hablado al menos de un modo igualmente duro). El 31 de octubre, Weyler entregó el mando en Cuba nada menos que a Ramón Blanco, el hombre que había intentado salvar a Rizal y a quien el grupo de presión clerical que aconsejaba al gobierno de Cánovas y a la reina regente había obligado a abandonar Manila[68]. Blanco introdujo un mandato de indulgencia, negociación y reforma, pero ya era demasiado tarde. Los colonos endurecidos lo saludaron con la violencia organizada que Guy Mollet experimentaría seis décadas después en Argel; a los revolucionarios no les apetecía otro Zanjón; y el imperialismo estadounidense estaba en marcha. Ocho meses después, Estados Unidos se había adueñado de Cuba. Probablemente fuese cierto que sólo Weyler tenía la capacidad y la determinación para dar a McKinley, Roosevelt y Hearst un serio combate.

En el remolino

En los siete meses transcurridos entre la ejecución de Rizal y el asesinato de su verdugo político, ¿qué había ocurrido en Filipinas?

Camilo Polavieja permaneció allí sólo cuatro meses, pero su breve reinado tuvo consecuencias duraderas. Doce días después de la muerte de Rizal, doce eminentes filipinos «encabezados» por el millonario Francisco Roxas fueron fusilados en el mismo lugar en el que murió el novelista. El *weylerismo* había llegado a Manila[69].

Pero la principal tarea de Polavieja era aplastar militarmente la rebelión, y esto lo

consiguió excepto en la provincia montañosa de Cavite. Allí sus tropas se vieron atrapadas en un complejo sistema de trincheras y fortificaciones diseñadas y construidas bajo las órdenes de Edilberto Evangelista, el antiguo protegido de Rizal, que había regresado con un título de ingeniero en el bolsillo[70]. La consecuencia política de la ofensiva de Polavieja fue la de obligar a Bonifacio a trasladarse del área de Manila, donde su autoridad no se cuestionaba, a Cavite, una provincia desconocida para él y famosa por su organización en clanes[71]. Allí se enfrentó a un ambicioso círculo *caviteño* liderado por Emilio Aguinaldo, de veintisiete años y alcalde del pequeño pueblo de Kawit. Aguinaldo no pertenecía a la elite ilustrada ejemplificada por Rizal, ni al artesanado manileño a menudo autodidacto, como Bonifacio. Hablaba un español mediocre, pero era miembro de la clase agrícola comercial de medianos terratenientes y su familia estaba muy bien relacionada en la región de Cavite. Se había unido al Katipunan en marzo de 1895 en un puesto secundario, pero una vez comenzada la lucha demostró ser un soldado capaz.



El fundador de la sociedad revolucionaria Katipunan, Andrés Bonifacio.

En marzo se celebraron en la ciudad de Teceros elecciones para decidir quién sería el presidente de la Revolución y quiénes los miembros de su gobierno. Bonifacio bien podía afirmar que él había creado el Katipunan –al que se había unido Aguinaldo– y había empezado la insurrección. Mas los partidarios de Aguinaldo consideraban que el levantamiento de Bonifacio en Manila había resultado un fiasco y pertenecía al pasado; la tarea que tenían por delante era dirigir una guerra eficaz. Cavite había demostrado qué se debía hacer. Al final, Aguinaldo ganó las elecciones y escogió un gabinete compuesto casi por completo por *caviteños*. Además, el anterior Supremo fue

menospreciado abiertamente por su educación irregular y sus orígenes humildes. Bonifacio no tomó esta denigración con tranquilidad, y empezó a reunir todos los partidarios posibles. Entonces, el grupo de Aguinaldo lo arrestó, lo juzgó en abril y lo sentenció a muerte por traición a la Revolución que él mismo había iniciado. Él y su hermano fueron ejecutados el 10 de mayo.

No está claro si Polavieja conocía estos hechos y, en caso de conocerlos, si le importaban. En abril dimitió de su cargo (como había hecho en Cuba) asqueado por la falta de voluntad o la incapacidad de Madrid para enviar los refuerzos militares que creía necesarios para acabar con la rebelión. A finales de 1896, sus fuerzas habían aumentado a 16.000 hombres, y recibió 13.300 más en enero de 1897, alcanzando un total de 29.300. Después de eso, nada[72]. Si la insurrección se extendiese a otras partes del archipiélago, no tendría soldados para cumplir su misión. Parece que Cánovas entendía que en Filipinas había pasado el momento del weylerismo. Conociendo las condiciones que habían llevado a Polavieja a dimitir, ningún general importante asumiría el cargo de capitán general sin un cambio de política. En abril, Fernando Primo de Rivera asumió el cargo dejado por Polavieja. Había sido un capitán general moderadamente popular durante la calma de principios de la década de 1880, cuando Rizal partió hacia Europa. Con su conocimiento de la colonia, su experiencia militar y su flexibilidad política, podía esperarse que siguiera una política de atracción de las elites locales y de mantenimiento de la guerra, aunque ahora con *contemplaciones*. Una especie de *blanquismo* revitalizado, podría decirse. De hecho, el nuevo capitán general consiguió retomar Cavite, pero Aguinaldo y sus generales eludieron la captura, y, bordeando de lejos Manila, se refugiaron muy al norte de la capital, en una fortaleza rocosa desde la que ningún esfuerzo militar consiguió expulsarlos[73].

El 17 de mayo, una semana después de la ejecución de Bonifacio, Primo hizo lo que consideró un gran gesto conciliador, perdonando a 636 presos encarcelados por Blanco o por Polavieja. Invitó además a una delegación de ese grupo a su palacio, esperando expresiones de gratitud y de lealtad renovada. Recibió una sorpresa desagradable. En la delegación destacaba nada menos que Isabelo de los Reyes, detenido inmediatamente después de la insurrección de Bonifacio. Al atareado folclorista y periodista la insurrección lo había tomado completamente por sorpresa. La cárcel le supuso un horrible trauma. Mariano Ponce escribía a Blumentritt unos meses después:

> el pobre Isabelo, tan pacífico y de carácter tan calmoso, por la serie de desgracias por las que ha pasado, siendo la principal la muerte de su mujer, y los agudos sufrimientos morales y materiales que venía padeciendo, ha tenido accesos de irritabilidad nerviosa hasta el punto de maldecir en voz alta y en público lo que creía injusto y bárbaro y de las órdenes religiosas como origen de tamañas iniquidades[74].

De hecho, su esposa enferma había fallecido mientras él estaba encarcelado, y Polavieja no le había permitido asistir al entierro ni hacer nada por sus muchos hijos.

En todo caso, Isabelo llevó a la reunión un memorando incisivo, que ya había enviado a amigos de España, señalando las que a él le parecían las condiciones de los *ilustrados* para un acuerdo pacífico. Sobre todo, exigía la expulsión inmediata de las órdenes, cuyos abusos de poder enumeraba con gran detalle. Después insistía en que Primo explicara cómo planeaba el gobierno responder a las aspiraciones de la colonia, o como mínimo a las del «partido» (en el sentido decimonónico) asimilacionista al que él pertenecía. El

capitán general «saltó como picado por una culebra»[75]. Furioso por la insolencia de Isabelo –«la audacia de su temperamento y su amor por la notoriedad»– ordenó que volvieran a detener al folclorista tres días después y lo pusieran detrás de las rejas en la cárcel de Bilibid, en Manila[76]. Poco después, Isabelo fue deportado en secreto a la Barcelona del estado de excepción. Al capitán del barco le dijeron que mantuviera al joven villano aislado de cualquier contacto con filipinos «sobre los que ejerce considerable influencia»[77]. A su llegada a Barcelona un mes después –Cánovas seguía vivo y en buen estado–, Isabelo fue conducido a la cárcel municipal, donde, mediante el soborno, lo pusieron en contacto con otro preso, el veterano periodista anarco-republicano catalán Ignacio Bo y Singla. Esta figura admirable, que cumplía una sentencia de seis años por haber pedido la independencia cubana y protestado contra el envío de tropas españolas a La Habana de Weyler, dijo al desorientado joven filipino que «el partido republicano avanzado» apoyaba la independencia de Filipinas[78]. Pero éste era sólo el comienzo.

Después de una semana, Isabelo fue trasladado a Montjuïc, cuyo comandante le aseguró con calma (y en falso) que en sus celdas sólo se encerraba a quienes se enfrentaban a la pena de muerte. Él no era –ni mucho menos– el primer filipino secuestrado allí después de Rizal. El anarquista «Federico Urales» –detenido después del atentado de Corpus Christi por haber adoptado con valentía a la hija huérfana de Pallás, haber abierto una escuela laica para niños enormemente popular y haber publicado una crítica contra los juicios militares en Barcelona– hace, en sus memorias, este conmovedor relato. Dice que el sector «ultra»

> logró del gobierno que fuese destituido el general Blanco por demasiado transigente y que en su lugar se nombrase al general cristiano Polavieja, asesino del poeta y doctor filipino Rizal. Tan pronto Polavieja llegó á Filipinas, empezó á fusilar y á embarcar gente para España y un barco cargado de insurrectos llegó á Barcelona, siendo encerrados en la cárcel donde nosotros estábamos. Ello ocurría en invierno y aquellos pobres filipinos fueron deportados llevando el mismo traje del país, que consistía en unos pantalones que parecían calzonillos y en una camisa de telaraña. Y era vergonzoso y triste á la vez ver á los pobres filipinos en el patio de la cárcel de Barcelona, paseándose, formando círculo y dando patadas en el suelo para calentarse los pies y tiritando de frío […] Lo noble, lo hermoso fue ver á toda la población penal de la cárcel tirando al patio zapatos, alpargatas, pantalones, chalecos, chaquetas, gorras, calcetines para que se abrigaran los pobres deportados filipinos, en cuyo país no se conoce el frío[79].

En septiembre, Isabelo recibió un nuevo compañero de celda, Ramón Sempau, que el 4 de ese mes había intentado asesinar al teniente Narciso Portas, torturador en jefe de Montjuïc, apodado el «Trepov español», cuyo nombre Tarrida, a través de la prensa europea, había convertido en sinónimo de la nueva Inquisición. (Durante su mandato como capitán general de Cataluña, antes de que lo trasladaran de nuevo a La Habana, Weyler había nombrado al teniente jefe de una unidad especial de espionaje político.) Sempau era básicamente una figura literaria y bohemia, un periodista y poeta con inclinaciones anarquistas[80]. Si las memorias de Urales son ciertas, el plan de matar a Portas se ideó inicialmente en París y, tras la detención de Sempau, el anarquista francés Charles Malato viajó a Barcelona para llevar a cabo lo que resultó un intento de fuga fallido[81]. En cualquier caso, Isabelo quedó encantado con el asesino fracasado. En la

vejez escribió que el catalán era

> muy preparado; sabía de memoria el nombre científico de las plantas filipinas, y más tarde tradujo el *Noli me tangere* de Rizal al francés. En una pelea con unos cien policías mostró una absoluta falta de temor. Su mero nombre causaba terror en Europa. Pero en realidad era un niño honrado y bondadoso; sí, incluso un verdadero Cristo por naturaleza […] Repito, bajo palabra de honor, que los llamados anarquistas, nihilistas o, como dicen hoy, bolcheviques, son los verdaderos salvadores y defensores desinteresados de la justicia y de la hermandad universal. Cuando los prejuicios de estos días de imperialismo moribundo hayan desaparecido, ocuparán justamente nuestros altares[82].

Quizá con ayuda de Sempau, Isabelo consiguió que un guardia amistoso le pasara libros y periódicos que, como recordaría más tarde, «realmente me abrieron los ojos». Descubrió que el anarquismo «defendía la abolición de las fronteras; es decir, amor sin fronteras, ya sean geográficas o de distinción de clases […] y todos nosotros estaremos asociados sin necesidad de impuestos fraudulentos o leyes que atrapen a los desgraciados, pero dejen intactos a los verdaderos criminales»[83].

Con la muerte de Cánovas y la coalición opositora de Sagasta en el poder, mientras la campaña de Tarrida alcanzaba toda su fuerza[84], la situación de los presos de Montjuïc empezó a cambiar. El nuevo gobierno rechazó las exigencias militares y policiales de que a Sempau lo juzgara un tribunal militar, que sin duda lo habría condenado a muerte. Tal era el odio que se tenía a Portas, que ningún juez deseaba o se atrevía a declarar culpable al aspirante a asesino. El 8 de enero de 1898, Isabelo fue liberado. Gracias a las cartas de referencia de Pi y Margall, Alejandro Lerroux (presidente del Partido Republicano Radical de Barcelona) y Federico Urales, pronto consiguió una pequeña sinecura en la sección de propaganda del Ministerio de Ultramar de Moret. Los artículos de Isabelo sobre Filipinas, en especial sus ataques a las órdenes, los publicó el órgano del partido de Lerroux, con un lenguaje pulido por el profesor y gran masón Miguel Morayta. Lo mejor de todo es que, armado con revólver, Isabelo se sumergió tranquilamente en las manifestaciones radicales de la época, sin disparar contra nadie, pero no sin recibir algún golpe en la nariz que lo hiciera sangrar[85].

Váyase al este, joven

Mariano Ponce, dos años menor que Rizal y un año mayor que Isabelo de los Reyes, procedía de la provincia de Bulacan, lindante con Manila por el noreste (Biak-na-Bató, el escondite de la guerrilla de Aguinaldo, se sitúa en esa provincia). Siendo aún alumno en Santo Tomás se había convertido en activista nacionalista bajo el tutelaje de Del Pilar, y siguió con su activismo después de llegar a Madrid a estudiar Medicina, lo mismo que Rizal y Unamuno, en la Universidad Central. Ponce y su mentor fueron las fuerzas motrices de la fundación de *La Solidaridad* en Barcelona en 1889, y de su traslado a la capital nueve meses después. Aunque escribió artículos bajo diversos pseudónimos, descubrió que su verdadero talento era trabajar de director gerente, tesorero y archivista. Cada vez más, Del Pilar le fue cediendo la dirección de la revista. Dice mucho de su carácter calmo, honrado y modesto que, incluso cuando las relaciones entre Rizal y Del Pilar estaban en su punto más tenso, Ponce siguiera siendo un amigo cercano de ambos y

en el que los dos confiaban.

Tras la detención y la deportación de Rizal a Dapitan, *La Solidaridad* empezó una lenta decadencia, y el último número se publicó en octubre de 1895. Una de las dificultades se debía a que dependía económicamente de la contribución de simpatizantes ricos de Manila, y éstos eran cada vez más difíciles de obtener. Pero el principal problema era que, después de tres años de trabajo intenso, la política de asimilacionismo estratégico de Del Pilar aún tenía poca influencia en el gobierno español, y en la colonia filipina crecía la sensación de que se trataba de un callejón sin salida. En consecuencia, en la primavera de 1896, Ponce y Del Pilar decidieron trasladarse a Hong Kong, donde podían estar a salvo de la persecución, pero cerca de su país natal. Pero la salud de Del Pilar estaba para entonces quebrada y, como ya se ha señalado, tuvo una muerte miserable en la Barcelona del estado de excepción, el 4 de julio. Ponce, que lo había atendido fielmente, se quedó para resolver los asuntos pendientes de ambos. Cuando, a finales del mes siguiente, estalló el levantamiento de Bonifacio, la policía registró la casa donde vivía y las instalaciones de la Asociación Hispano-Filipina, llevándose muchos documentos. El propio Ponce fue encarcelado, pero sólo una noche, porque la policía no encontró nada seriamente comprometedor. Cuando las cosas se tranquilizaron, cruzó discretamente la frontera para llegar a Marsella y se embarcó hacia Extremo Oriente el 11 de octubre.



Reunión de Mariano Ponce (derecha) con el Dr. Sun Yat-Sen (izquierda) en la casa de Ponce en Yokohama.

En la primavera de 1897, a los treinta y cuatro años, empezó allí el trabajo que le ocupó los siguientes cuatro años: recaudar dinero para lo que entonces era el movimiento revolucionario de Aguinaldo, intentando comprar armas de fuego y munición e introducirlas de contrabando en Filipinas, y efectuando una incesante campaña propagandística a favor de la independencia de su país. (En junio de 1898, Aguinaldo envió a Ponce a representar a Filipinas en Japón.) En la primera de las dos tareas, Ponce tuvo poco éxito. Su *Cartas sobre la Revolución* contiene una serie de misivas a filipinos ricos que residían fuera del país, rogándoles que mostraran su patriotismo mediante sustanciosas contribuciones económicas, y otras cartas, a amigos íntimos, quejándose de lo odiosamente egoístas y antipatriotas que resultaban ser la mayoría de esos ricos. La búsqueda de armas fue incluso más infructuosa. Pero la correspondencia muestra con fascinante detalle cómo llevó a cabo Ponce su campaña propagandística, y cómo intentaba adaptarse a los frenéticos acontecimientos de 1897-1900. Antes de

asumir un análisis de los textos, hace falta una breve recapitulación de estos sucesos.

¿Quién es el enemigo?

Mientras Isabelo aún languidecía en Montjuïc, el punto muerto militar en Filipinas continuaba. Primo de Rivera no conseguía destruir a Aguinaldo, y el hombre de Cavite no conseguía romper el cerco a su reducto de Biak-na-Bató. Era el momento de las iniciativas políticas. Los socios políticos de Aguinaldo le indicaron que fortalecería mucho su posición promulgando una constitución democrática para crear un gobierno revolucionario legal en competencia con el régimen colonial. La tarea les fue encomendada a Félix Ferrer e Isabelo Artacho. Teodoro Agoncillo describe con sequedad la redacción como sigue:

> Ferrer y Artacho copiaron los contenidos de la Constitución de Jimaguayú, Cuba, redactada en 1895, y los hicieron pasar por suyos […] [Un] erudito contemporáneo, Clemente José Zulueta, dijo una vez con calma a un amigo que expresó el temor de que se perdiera el único ejemplar de la Constitución de Biak-na-Bató: «No te preocupes, tenemos un ejemplar de la Constitución de Jimaguayú»[86].

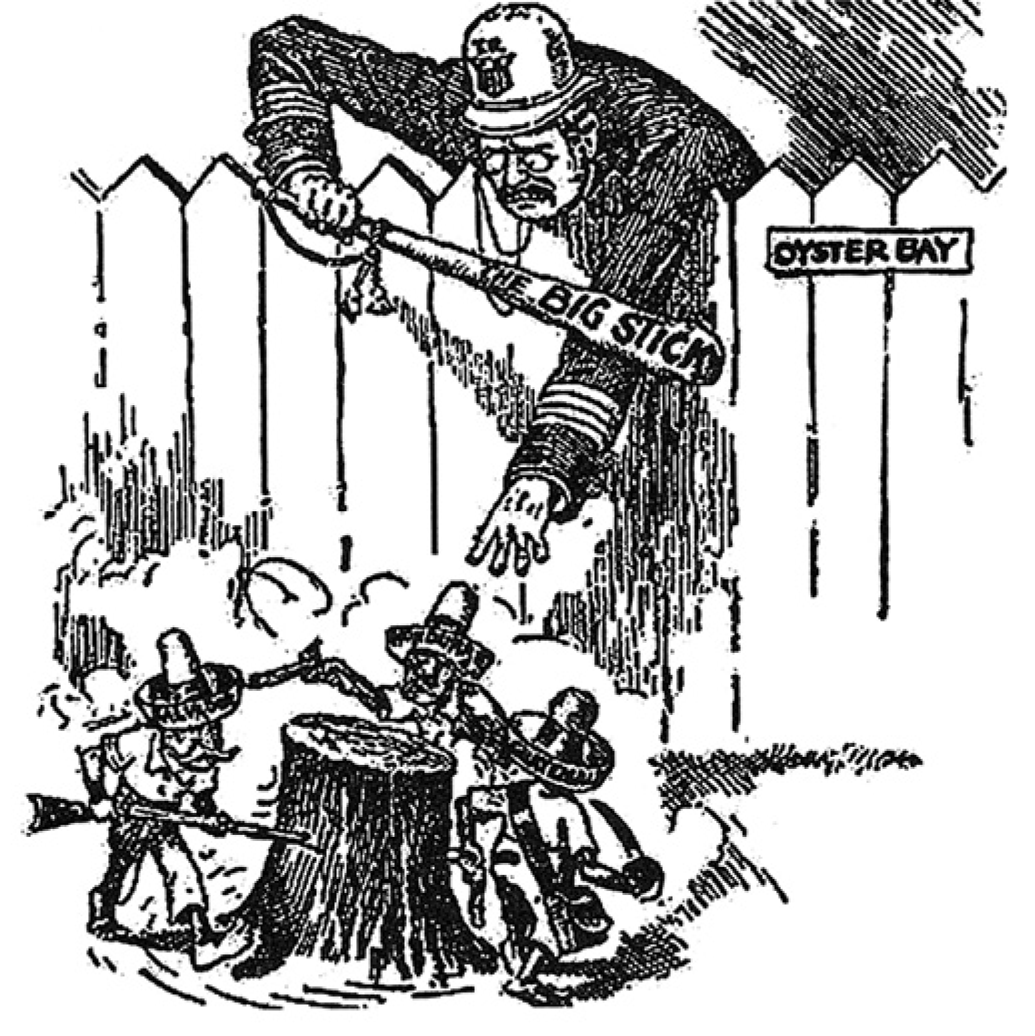
La única adición local fue una cláusula que entonces provocaba división y que convertía el tagalo en el idioma nacional. El caudillo, cuyo español era malo, y que sabía poco del mundo situado más allá de Filipinas, proclamó con orgullo la promulgación de esta constitución «filipina» el 1 de noviembre. Al día siguiente juró su cargo como presidente.

Pero ya antes de que se iniciase este gesto grandioso se establecieron negociaciones con Primo de Rivera, que parece haber esperado, tras la muerte de Cánovas, la caída de Weyler y la vuelta de Sagasta al poder, conseguir al menos una especie de versión inicial del Pacto de Zanjón. A finales de ese año, se había acordado que los rebeldes depondrían las armas y recibirían amnistía total; y que Aguinaldo y sus oficiales saldrían hacia Hong Kong con 400.000 pesetas en el bolsillo, y otras 400.000 que recibirían cuando se completase la entrega de las armas. Otras 900.000 pesetas se dedicarían a beneficio de los filipinos que habían sido víctimas inocentes de la guerra en los quince meses anteriores. Primo de Rivera, consciente del intenso recelo de los filipinos ante la traición española, envió a dos de sus generales a Biak-na-Bató como rehenes, mientras que su sobrino de veintisiete años, el coronel Miguel Primo de Rivera (futuro dictador de España en la década de 1920, mucho menos inteligente que su tío), acompañaría a Aguinaldo al otro lado del Mar de China. Como era de esperar, ninguno de los bandos cumplió plenamente el acuerdo: muchos rebeldes enterraron las armas en lugar de entregarlas, y la segunda *tranche* para el caudillo no llegó a materializarse[87].

Mientras tanto, Washington se movía, sobre todo en la persona de Theodore Roosevelt. Ya en noviembre de 1897 había escrito que, en caso de guerra contra España por el tema de Cuba, sería aconsejable enviar el Escuadrón Asiático Estadounidense, con base en Japón, a la Bahía de Manila; simultáneamente, consiguió que el comodoro George Dewey, de su misma opinión, obtuviera el mando del escuadrón. A finales de febrero de 1898, Roosevelt ordenó a Dewey que trasladara su base de operaciones a Hong Kong. Cuando por fin se declaró la guerra, el 25 de abril, tras la curiosa explosión del buque

estadounidense *Maine* en el puerto de La Habana –lo habían enviado para intimidar a los españoles–, Dewey zarpó hacia Filipinas una hora después de recibir el cable oficial. El 1 de mayo destruyó a la obsoleta armada española a la vista de la costa de Manila. (¡En ese momento aún no se había atacado a la propia Cuba!) Por invitación de Dewey, Aguinaldo y sus hombres partieron de Hong Kong el 19. Pero los verdaderos objetivos de Washington pronto quedaron claros. A Aguinaldo le prohibieron entrar en Manila, mientras la gente de Dewey empezaba a fraternizar con los españoles derrotados y las relaciones con los filipinos se deterioraban cada vez más. Aguinaldo se vio obligado a leer la declaración de independencia filipina el 12 de junio, no en la capital, sino desde el balcón de su sustancial casa de Kawit. Poco después, nombraba a Apolinario Mabini su principal asesor político.

Mabini fue una figura extraordinaria[88]. Nacido tres años después que Rizal, era hijo de campesinos pobres de la provincia de Batangas, y durante su breve vida nunca tuvo un solo céntimo a su nombre. Fue un brillante estudiante de derecho en Santo Tomás, así como miembro de la fallida Liga Filipina de Rizal. Buen conocedor del español, no tenía ni los medios para estudiar en el extranjero ni probablemente la inclinación a hacerlo. La única vez que salió de su país fue cuando los estadounidenses lo deportaron a una prisión política en Guam. En 1896 lo golpeó el desastre, dejándolo paralizado de cintura para abajo, tal vez por fiebres reumáticas o tal vez por la polio, pero la afección lo salvó de la furia de Polavieja. En la primera mitad de 1898, mientras Aguinaldo se refugiaba en Hong Kong, Mabini se hizo famoso por los apasionados manifiestos que escribió en defensa de la Revolución. Cuando el caudillo lo convocó a Cavite, cientos de personas se turnaron para transportar su litera desde el balneario de Los Baños hasta la sede del líder revolucionario. Mabini diseñó y redactó prácticamente todos los decretos del gobierno de Aguinaldo, y consiguió con eficacia su aplicación durante el año crucial en el que se mantuvo en el poder como primer ministro. Hombre con una voluntad de acero, Mabini era también un patriota dedicado, y uno de los muy pocos líderes de la época inmediatamente posterior a Rizal que reconocían que el movimiento popular era esencial para la supervivencia de la Revolución y que predijo muy pronto que la mayoría de los *ilustrados* y los ricos la traicionarían.



El asesinato del presidente William McKinley llevó a Theodore Roosevelt al poder. Su máxima sobre la política exterior estadounidense, «hablar bajo y llevar una vara grande», fue muy satirizada en las caricaturas contemporáneas.

Pero el ascenso de Mabini al poder se produjo en el preciso momento en el que desembarcaba en Cuba una gran cantidad de tropas estadounidenses. Seis semanas después, terminaban allí las hostilidades entre España y Estados Unidos, y Washington se convertía en el señor efectivo de la isla. A continuación le llegó el turno a Filipinas. A finales de ese año, Estados Unidos y España firmaron el Tratado de París por el que Madrid «vendía» la colonia a Washington por 20 millones de dólares. (Alemania adquirió la mayor parte de las Carolinas y las Marianas por un precio mucho menor.) Mientras tanto, la asamblea nacional filipina se había reunido en Malolos (provincia de Bulacan), la capital temporal de Aguinaldo, aprobado una nueva constitución, inaugurado la República de Filipinas y nombrado a Mabini primer ministro. Se hicieron todos los esfuerzos por movilizar el apoyo político de las demás islas, con resultados razonablemente buenos excepto en el extremo sur musulmán.

La Guerra Filipino-Estadounidense estalló en febrero de 1899. Los soldados filipinos lucharon con valentía pero, mal armados, en la guerra convencional no podían compararse con sus nuevos enemigos. Lo peor estaba por venir. Mabini fue expulsado del cargo en mayo por una cábala de *ilustrados* arteros y ansiosos por colaborar con los estadounidenses. Antonio Luna, jefe del Estado Mayor y el único general filipino con una visión estratégica clara de cómo dirigir la guerra de guerrillas contra los nuevos colonizadores, fue asesinado en junio por Aguinaldo y su camarilla, temerosos de que al final los ilocanos se hicieran con el poder. La guerra terminó oficialmente en marzo de 1901, cuando Aguinaldo fue traicionado y capturado en la alta cordillera de Luzón, y pronto juró fidelidad a Washington. Pero otros generales pelearon un año más, y la resistencia popular armada no se declaró extinguida hasta el final de la década. Todos los detalles han sido ampliamente estudiados y no necesitamos detenernos en ellos. Para el presente fin sólo deberíamos resaltar dos cosas.

Primero, en vísperas del segundo aniversario de la ejecución de Rizal, Aguinaldo emitió una proclama de que toda la población debía llorar, en cada aniversario de su muerte, al héroe nacional del país. El primer monumento, dos pequeños pilares masónicos con los títulos de las novelas de Rizal inscritos, aún sobrevive en la pequeña población perseguida por los huracanes de Dáet, en la península de Bicol, al suroeste de Luzón. En segundo lugar, los estadounidenses, que criticaron ferozmente la «concentración de poblaciones» practicada por Weyler en Cuba, acabaron adoptando la misma política –ampliada– en Filipinas. Quizá medio millón de filipinos murieran de desnutrición y enfermedad en esas zonas de concentración, así como en la implacable guerra contra la insurgencia, durante la cual fue habitual la tortura a los prisioneros[89].

Un caballero globalizado

Con este telón de fondo en mente, es posible volver productivamente a la correspondencia de Ponce como uno de los emisarios más importantes del régimen filipino en el extranjero. Antes, tenemos que resaltar que sus *Cartas*, publicadas mucho después de su muerte, sólo contienen misivas escritas por el propio Ponce. Tanto las cartas originales de las que se copiaron como todas las de sus corresponsales han desaparecido hace tiempo. No hay modo de determinar con seguridad si han sido censuradas o cuántas de ellas se han omitido. (El editor, Teodoro Kalaw, nacionalista y político convencional posrevolucionario, probablemente no estuviera ansioso por sacar a la luz pública los trapos sucios del movimiento revolucionario. La recopilación impresa es notable por la ausencia de cartas personales a su familia, de cartas que de algún modo critiquen a Aguinaldo, y de correspondencia sobre las intrigas y las manipulaciones económicas –bien conocidas por otras fuentes– de «líderes» sin escrúpulos, principalmente en Hong Kong, pero también en otras partes.)

Hay en total 243 cartas, desde mayo de 1897 hasta marzo de 1900. Dos cuadros darán al lector una imagen estadística general del carácter de los corresponsales de Ponce. Debería señalarse que algunos de estos destinatarios usaban uno o más pseudónimos (como hacía el propio Ponce) para eludir el seguimiento de los espías españoles, británicos y estadounidenses. No todas las personas físicas que hay tras estos pseudónimos se han identificado con seguridad.

Casi el 50 por 100 de las cartas estaban dirigidas a sólo cinco destinatarios: Galicano

Apacible (que sustituyó a Ponce en Hong Kong cuando éste se fue a Japón) 43; Blumentritt 39; Vergel de Dios (principal contacto de Ponce con los cubanos de París) 15; «Ifortel» (que debió de ser Rafael de Pan y cuya dirección no está clara) 12; y Francisco Agoncillo (representante frustrado de Aguinaldo en Estados Unidos) 11.

Los idiomas usados son también reveladores. Por lo general, Ponce empleaba el español cuando escribía a españoles, cubanos, puertorriqueños y filipinos, con tres adiciones interesantes. Toda la extensa correspondencia con Blumentritt era en español, así como la que mantenía con su propio traductor japonés, «Foujita», y con Miura Arajiro, el diplomático japonés al que escribía mientras éste se encontraba en misión de reconocimiento en Manila y después en México. Por otra parte, Ponce usaba un inglés adquirido con dificultad en Hong Kon para dirigirse a todos los destinatarios japoneses (excepto dos), así como a un británico, un holandés, un estadounidense, un canadiense, un alemán y un austrohúngaro. Lo más llamativo es que las dos únicas cartas escritas en tagalo son las enviadas a Aguinaldo (aunque también se pueden encontrar unas cuantas frases en otras cartas por lo demás escritas en español). Era claramente consciente de que el caudillo no dominaba el idioma del imperio.

Cuadro 2. Nacionalidad de los corresponsales (cuando se conoce):

[illegible] Holandesa						
[illegible] Portuguesa						
[illegible] Española / Británica						
[illegible] Estadounidense						
[illegible] Desconocida						
[illegible] Austrohúngara						

Cuadro 3. Dirección de los corresponsales por país o Estado:

[illegible] (Kobe, Yokohama [illegible] en Tokyo)						
[illegible] (divididos equitativamente entre Madrid y Barcelona)						
[illegible]						
[illegible] Desconocida						
[illegible] Hong Kong						
[illegible] (Montreal) [illegible] París)						
[illegible] (Nueva Orleáns, Nueva York, y «Pennsylvania»)						
[illegible] (Shanghai)						

La comparación entre los dos cuadros aclara otras cosas. En primer lugar, la medida de la diáspora filipina y cubana: Ponce se comunicaba con filipinos residentes en Nueva Orleáns, París, Hong Kong, Barcelona, Shanghai, Madrid, Yokohama y Macao, y con cubanos residentes en Nueva York y París, pero no en La Habana ni en medida importante en España. Hay algo más de especial interés. Cuando escribía en español, Ponce usaba por lo general los términos ultra corteses empleados en la España del siglo XIX. Pero a los dos antillanos por los que sentía más aprecio, Betances y José Izquierdo, residentes en París –y sólo a ellos– les dirigía las cartas con expresiones como *mi distinguidísimo correligionario* y *mi querido correligionario,* en las que el alegre «correligionario» significaba «compañero nacionalista (no filipino)».

Si salimos de las cartas y consideramos el ambiente que las rodeaba, los límites de su «globalización» se nos revelan por las ausencias. Ponce no tenía contactos en las capitales del Nuevo Mundo, ni siquiera La Habana o Washington. En Europa, la mayor

ausencia es Londres, seguida de Viena, Roma, Bruselas, Lisboa y Belgrado. En Asia, sus importantes contactos con los chinos se dieron en Japón, no en la propia China, mientras que India y el vecino sureste asiático son casi invisibles, aunque Ponce menciona a un cierto Matías González que trabaja para la causa en Java. Políticamente, está claro que mantenía muy poca comunicación con la izquierda. Nunca menciona a Clémenceau, Dreyfus, Tarrida, Vandervelde, Keir Hardie, así como Malatesta y los anarquistas de Cataluña y Andalucía, que parecen situarse fuera de su órbita. Escribía fundamentalmente a eruditos y periodistas liberales de Occidente, y a otros nacionalistas de la diáspora cubana y china. Sólo en el caso de los japoneses la imagen se vuelve más borrosa.

Blumentritt

El 16 de diciembre de 1896, Blumentritt escribía una carta, algo infrecuente en él, obtusa y emotiva a Pardo de Tavera, en París:

> Celebro también que le he gustado mi artículo que ha publicado en la *Política de España*, p[or/ara] q[ué] condenar los que ahora se han rebelado en Filipinas. No puedo hallar bastante numeros de voces en el diccionario castellano que pudieron expresar bien la indignación que me inspira aquella nefanda revolución. Sus instigadores merecen no solamente el castigo que pone la ley, sino también el odio y desprecio de parte de los filipinos, pues la felonía de aquéllos ha llevado al país á la sangre, desgracia y ruina. Todo la Europa simpatiza con la causa española y admira los esfuerzos heróicos con que España defende en el Occidente y el Oriente la gloriosa bandera de su nación. Espero que en el momento cuando V. habrá recibido esta carta, será suprimida por completo aquella loca rebelión[90].

Sin duda, a Blumentritt le preocupaba la idea de lo que pudiera ocurrirle a su amigo del alma, Rizal, preso en la Fortaleza de Santiago. Es posible que enviase otras cartas por el estilo a amigos y colegas de España con la esperanza de que le ayudaran a salvar la vida de Rizal. Pero en enero de 1897 recibió la última carta escrita por éste, diciéndole que a su recibo estaría muerto. Más que nada, la ejecución cambió la opinión del erudito austriaco, que a partir de entonces fue un inteligente e incansable defensor de la Revolución.

Aunque Ponce y Blumentritt no se conocían en persona, llevaban años carteándose, dado que éste escribía con frecuencia para *La Solidaridad* y siempre enviaba a los redactores ejemplares de sus textos especializados más recientes sobre Filipinas. Entonces, la relación se volvió extremadamente estrecha. Para Blumentritt, Ponce era desde Hong Kong una fuente de información detallada, bien informada y fiable de los altibajos de la Revolución, en un momento en el que la propia Filipinas estaba bajo el estado de excepción y la prensa europea se mantenía ignorante o indiferente. A cambio, Blumentritt parece haberle dado a Ponce buenos consejos sobre la situación política mundial, advirtiéndole en particular contra cualquier ingenuidad respecto a las intenciones y las ambiciones de los estadounidenses[91]. Blumentritt no sólo usó las noticias de Ponce para escribir con regularidad en prensa, sino que, consciente de que el filipino no estaba familiarizado con el mundo académico internacional, usó sus contactos

académicos –en Pennsylvania, Berlín, Dresde y Holanda– para ponerlo directamente en contacto con profesores simpatizantes y activos[92].

Los antillanos

La recopilación de *Cartas* de Ponce contiene once a los antillanos de la diáspora, fechadas entre mayo de 1897 y noviembre de 1898, la mayoría enviadas antes de la conquista estadounidense, en agosto de 1898. Se escribieron, por lo tanto, en el periodo en el que Cuba se consideraba un brillante ejemplo para los nacionalistas filipinos, España el enemigo, y Estados Unidos un aliado potencialmente benévolo. La mayoría iban dirigidas al cubano José Izquierdo, que evidentemente era un buen amigo personal: Ponce menciona el tiempo que pasaron juntos siendo socios del Ateneo de Madrid. Izquierdo era un joven abogado y liberal asimilacionista situado en el extremo exterior del círculo nacionalista de Betances en París[93]. Enviada el 11 de mayo de 1897, la primera carta muestra un patrón repetido después con regularidad: Ponce pone a su amigo al día sobre el avance de la Revolución filipina, y le pide publicaciones cubanas, en especial el Manifiesto de Martí y los escritos del general Máximo Gómez sobre los principios de la guerra (de guerrillas). Después procede a pedirle a Izquierdo que lo ponga en contacto con la Delegación Cubana en Nueva York, para que le indiquen si desde allí podría organizarse una expedición armada a Filipinas. Es revelador de cómo pensaba Ponce en aquel momento acerca de Estados Unidos el que escribiese: «No hemos dado aún pasos para conseguir la protección de los Estados Unidos». A continuación observaba:

> No se olvide de que son Vdes. nuestros hermanos mayores y que somos nuevos y sin experiencia aún en estas empresas colosales, ya por lo tanto muy necesitados de ayuda, consejos, instrucciones, que sólo podemos esperar de Vdes. Cuba y Filipinas han recorrido juntas el doloroso camino de su historia de vergonzosa esclavitud, juntas deben también pulverizar sus cadenas[94].

Seguramente Izquierdo lo desanimó acerca de las perspectivas en Estados Unidos, ya que en la segunda carta, del 8 de septiembre, Ponce pregunta si en tal caso México estaría dispuesto a permitir «expediciones» desde uno de sus puertos del Pacífico[95]. No tenemos hasta ahora pruebas de que los contactos entre Ponce e Izquierdo fueran la causa, pero es interesante que en junio de 1898, poco antes del asalto estadounidense a Cuba, la Oficina Cubana de Información General enviase una carta a Mabini –que acababa de subir al poder, por lo que los remitentes estaban *au courant*–, a la Habitación 45, New Street, Nueva York, ofreciendo vender a Filipinas armas *«de nueva invención»,* junto con manuales que enseñaban a usarlas. Los detalles tienen su interés melancólico: un mortero ligero con su carromato, por 125 dólares; una caja con diez bombas de dinamita con pólvora, por 40 dólares, a descuentos del 10-20 por 100. «La caja contiene además 12 cápsulas y 12 espoletas para las bombas. La tapa tiene broche y bisagras y está provista además de agarraderas y de una correa de cuero para cargarla al hombro ó á la espalda un hombre y trasportarla cómodamente»[96]. Las cartas posteriores de Ponce eran principalmente para solicitar ayuda a la Delegación Cubana en Nueva York (Gonzalo de Quezada) y a Izquierdo en París para Agoncillo, a quien Aguinaldo había

enviado a Estados Unidos para presionar a la prensa y a los legisladores, y a París para intentar hacerse oír en las conversaciones que condujeron al Tratado de París. Ninguna de las misiones obtuvo resultados fructíferos. Lo extraño es que la correspondencia más conmovedora surgiera de algo carente por completo de importancia política. El 13 de septiembre de 1898, Ponce escribió una carta desde Yokohama a Apacible en Hong Kong, dirigida a «Kanoy». (Hoy *kanoy* es un término despectivo en tagalo, derivado de *amerikano,* pero aquí es sólo una filipinización afectuosa de galicano). Le decía a Apacible que había recibido carta de Betances –fallecido pocos días después– con dos preguntas. La primera sobre un joven abogado puertorriqueño, Manuel Rovira Muñoz, que trabajaba de registrador de la propiedad en la provincia de Laguna, y cuyo largo silencio había preocupado a los padres del muchacho en Puerto Rico[97]. La segunda solicitud de Betances era más compleja y muestra maravillosamente cómo funcionaba la «globalización» a finales del siglo XIX. Le decía a Ponce que estaba muy preocupado después de conocer por un preso cubano la miseria de cinco cubanos, incluido él, y siete filipinos encarcelados en Valladolid. Betances decía que él mismo podía ayudar a los cubanos, pero que no encontraba representación de los filipinos en Londres ni en París, y por eso le pedía a Ponce que hiciera lo que pudiese. La misiva de Betances incluía la trascripción de la carta del preso «cubano», de por sí un documento maravilloso. Está escrita en español pero con una ortografía peculiar. Valladolid está escrito *Balladolid,* Capablanca como *Kapa-blanca,* aquí es *akí,* y cómo es *komo*. En tagalo no hay sonido «v» y en el alfabeto español estándar no existe la letra «k». Es imposible que los cubanos hablantes de español utilizasen esa ortografía, incluso con un bajo nivel de alfabetización, pero se acerca a la ya propugnada audazmente por Rizal en el momento de *El Filibusterismo* (como ya se ha señalado)[98]. El que escribió a Betances debía de ser filipino, probablemente siguiendo el dictado de un cubano analfabeto. Es una buena confirmación anecdótica de la afirmación hecha por Schumacher de que en 1900 la alfabetización en Filipinas era tan alta como en España, y *a priori* mucho más alta que en Cuba.

Los japoneses

Japón fue al principio una total conmoción para Ponce, aunque la conmoción se le pasó con el tiempo y acabó casándose con una japonesa. El 8 de julio de 1898 escribía a Blumentritt:

> Tiene razón. Destruye toda noción que hemos adquirido en Europa, pues todo esto revela un mundo desconocido, completamente extraño y exótico á todo lo que se podía imaginar antes de verlo[99].

Sin saber hablar japonés –Ponce escribía casi todas las cartas a sus corresponsales japoneses en inglés– y sin experiencia en los intrincados conflictos e intrigas que se daban entre la elite de la última época Meiji, fue una presa fácil, al comienzo, para los especuladores. Necesitó tiempo para entender que la oposición –independientemente de quién la compusiera en cada momento– disfrutaba culpando a cualquier coalición que estuviera en el poder de «debilidad» hacia las potencias «blancas» y falta de voluntad de ayudar a los «hermanos asiáticos» explotados, hasta que la rueda política giraba y la

oposición se convertía en gobierno. Ponce cultivó a altos cargos del gobierno (a menudo discretamente comprensivos), a políticos de la oposición (también comprensivos pero con menos discreción), a la prensa, a profesores universitarios y a aventureros sombríos, tanto militares como civiles, sin llegar muy lejos, aunque sí convenció a varios periódicos de que publicaran documentos clave para el régimen de Aguinaldo. (Las razones para la cautela japonesa se han indicado en el capítulo 4.)

Después, el 5 de abril de 1899, en el punto culminante de la guerra entre Filipinas y Estados Unidos, Ponce escribió a Apacible en Hong Kon que había encontrado la entrada continua que necesitaba. El periódico que llamó *Keikora Nippo [Kaika Nippo]* estaba publicando una larga serie de sus artículos bajo la rúbrica «Cuestiones Filipinas». El milagro no era sólo el contrato en sí, sino que la revista tenía entre su personal a un hombre al que él llamaba «Foujita Sonetaka» y que sabía español con suficiente fluidez[100]. El 25, Ponce escribió de nuevo a Apacible para contarle su placer por haber sido invitado a pronunciar una conferencia en lo que él denominó la Sociedad de Jóvenes Orientales, compuesta por *«indios [de India], koreanos, chinos y japoneses»*, después de la cual lo nombraron socio honorario[101]. Poco después, Ponce tuvo la sensata idea de convertir su serie de artículos en libro, revisando y eliminando repeticiones y demás. A «Foujita» le encomendó la tarea de traducir y publicar el texto, ofreciéndole a cambio los derechos de reproducción en japonés. Parece probable que los artículos, o las noticias sobre la inminencia de la publicación del libro, le causaron problemas a «Foujita», ya que Ponce le escribió el 3 de noviembre para disculparse de que la policía japonesa hubiera acosado a su amigo «por nuestra causa»[102]. Una semana antes había escrito una fría carta a Felipe Buencamino, líder de la camarilla que había tramado la caída de Mabini y después mano derecha de Aguinaldo, para decirle cortésmente que, debido a las limitaciones, no podría someter su manuscrito a «la censura de nuestro Gobierno»[103]. El libro no se publicó hasta el año siguiente, mucho después de que cesaran las *Cartas*[104]. (Pero tuvo consecuencias que se analizarán en este capítulo).



Suehiro Tettyo.

Cuando Ponce pidió a los traductores que incluyeran el último poema de Rizal en el español original –aquí titulado «Mi último pensamiento»– probablemente creyese que presentaba por primera vez el novelista martirizado al público japonés. Si era así, se equivocaba. A comienzos de 1888, cuando Rizal partió de Manila hacia Londres, pasó seis semanas en Japón (28 de febrero-13 de abril). Fascinado por el país, no sólo empezó de inmediato a estudiar el idioma, sino también la pintura y la caligrafía de Japón[105]. En el vapor que lo llevaba a San Francisco conoció y se hizo amigo de Suehiro Tettyo, que no sabía idiomas y se sentía terriblemente solo. Ambos recorrieron Estados Unidos juntos y siguieron por Liverpool hasta Londres, donde se separaron.

Suehiro era una figura asombrosa. Nacido doce años antes que Rizal en la legendaria ciudad pirata de Uwajima, en la costa suroriental de Shikoku, procedía de un bajo estrato samurai. En 1875, a los veintiséis años, se unió a la plantilla del periódico metropolitano liberal *Tokio Akatsuki Shimbun,* y acabó dirigiéndolo. Por sus ataques a la

represión gubernamental del movimiento en pro de la democracia y la libertad de prensa, fue encarcelado. De muy mala salud, acabó hospitalizado, pero desde su lecho de enfermo escribió la novela política *Setchubai [El ciruelo en la nieve]* que tuvo un enorme éxito entre los jóvenes. Fueron los derechos de reproducción de esta novela los que le pagaron su viaje de «estudio político» por Estados Unidos y Europa en 1888. Rizal le impresionó enormemente como persona, como extraordinario lingüista y como idealista político. El novelista filipino ocupa un lugar fundamental en el relato de sus viajes –titulados con sentido del humor *Oshi no Ryoko [Los viajes de un sordomudo]*–, tan popular que entre 1889 y 1894 se publicaron seis ediciones. Además, el mismo año que *El Filibusterismo*, Suehiro publicó dos novelas, *Nanyo no Daiharan [Tempestad en el Océano del Sur]* y *Arashi no Nagori [Los restos de la tempestad]*[106]. Tres años después los combinó en un solo libro titulado *Oonabara [El gran océano]*[107].

El joven protagonista de la novela, un filipino llamado Takayama que vive en Yamada-mura (aldea de Yamada), cerca de Manila, se compromete con Okiyo, hija de Takigawa, el amable mecenas del muchacho. Pero un funcionario de prisiones bien situado, llamado Joji, que también está enamorado de ella, cree que el compromiso es obra de Takigawa. Por eso, Joji ordena a Tsuyama, notorio convicto de su prisión, que mate al anciano, pero haciendo que parezca un robo ordinario, aunque sangriento. Por eso, el asesino roba una de las dos espadas elegantes y misteriosas que Takigawa poseía. El protagonista responde organizando una insurrección en la capital colonial, pero fracasa y lo encarcelan. Por fortuna, un gran terremoto causa desperfectos en la cárcel que le permiten escapar. Él y Okiyo, perseguidos por la policía colonial, planean huir al extranjero. Encuentran una barquita de remos en un pantano costero lleno de cocodrilos. En esa tesitura, la policía los alcanza, pero los útiles reptiles devoran a todos los perseguidores. En el tempestuoso océano, la barca de Takayama y Okiyo vuelca y la pareja se separa. A Takayama lo recoge un buque británico, y al amparo de un amable mercader lo lleva a Londres, creyendo que Okiyo ha perecido. Pero en realidad a ella la han rescatado otros filipinos que la meten discretamente en un barco con rumbo a Hong Kong, donde se refugia en un convento.

En Londres, Takayama se convierte en el conocido autor de una erudita historia crítica de Manila. Mientras tanto, Joji descubre el paradero de Okiyo, y consigue que Kyuzo, antiguo criado de la muchacha (y convertido en espía del funcionario) le lleve una carta falsa de Takayama en la que dice estar en una cárcel de Madrid y en situación desesperada. Ambos parten hacia la capital imperial, donde se les reúne Joji, que enseguida recluye a Okiyo en una aislada casa de las afueras. Por casualidad, ella descubre un artículo periodístico sobre el autor de la *Historia del gobierno colonial de Manila,* y comprende de inmediato que Takayama está vivo en Londres. Le escribe una carta cuya entrega encarga a Kyuzo, que informa al enamorado de que Okiyo está desesperadamente enferma en Bayona. Comprendiendo que Bayona está cerca de la frontera española, Takayama se muestra al principio reacio, pero al final parte de Charing Cross Road en compañía de Kyuzo. En el tren nocturno desde París, Kyuzo le administra al protagonista un sedante, de modo que éste no despierta hasta que el tren está a sólo unos kilómetros de la frontera, y se da cuenta de que lo han engañado. Por suerte, el tren sufre un terrible accidente y él consigue escapar de nuevo. Días después, Okiyo se entera del desastre por un periódico madrileño, que también informa de que la policía estaba esperando a Takayama en San Sebastián. El cadáver de Takayama no se ha

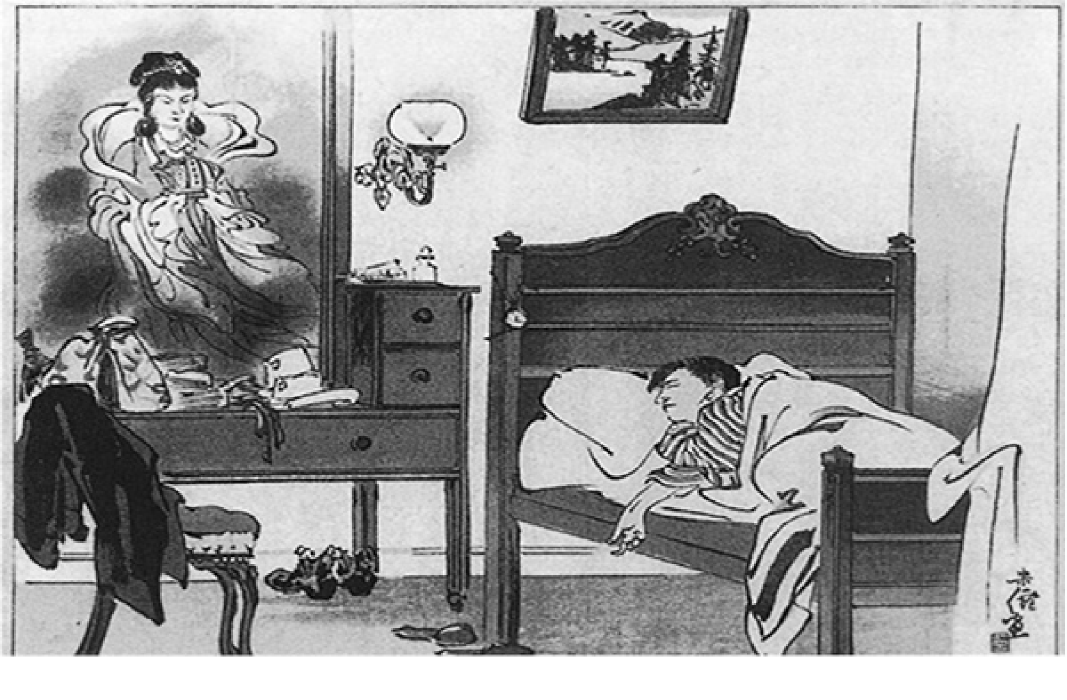
hallado, pero debe de estar muerto, como todos los demás pasajeros de su vagón. Con ayuda de un criado comprensivo, la muchacha escapa de su reclusión y acaba en París, donde por casualidad se encuentra con un Takayama completamente recuperado. Ambos parten de inmediato hacia Londres.

En la sección japonesa del Museo Británico descubren la espada perdida de Takigawa, y al enterarse de quién se la vendió al comisario consiguen hacer que se detenga al asesino. También encuentran un experto que sabe leer los misteriosos caracteres (chinos) escritos en un antiguo documento familiar heredado por Takayama. De él se deduce que el autor fue el celebrado «daimio cristiano», Takayama Ukon, desterrado a Manila en 1614 por Ieyasu, fundador del shogunato de Tokugawa. El texto también revela que Ukon había entregado dos magníficas espadas a un fiel vasallo llamado… ¡Takigawa!

Poco después de este feliz descubrimiento, el joven patriota filipino descubre que en su país ha estallado una enorme insurrección. Decide volver a Filipinas acompañado de su mejor amigo (filipino), Matsuki, que recluta a cuatro *soshi* japoneses «reales» para luchar por la causa[108]. Takayama consigue expulsar a los españoles y es nombrado gobernador general. Al tomar el cargo propone a los filipinos que su país se convierta en protectorado de Japón. Con pleno apoyo popular, le escribe al emperador Meiji, solicitándole que inste a la Dieta a aceptar el plan. Al final de la novela, Madrid reconoce a Filipinas como protectorado japonés.

En el prefacio de esta novela, Suehiro escribe que está basada en un relato oído a un caballero filipino anónimo al que había conocido unos años antes en Occidente. Pero en dos artículos referentes a sus viajes por Estados Unidos y Europa escribía que este «caballero» se llamaba Rizal. De hecho, aunque no hubiera otras indicaciones, Antonio de Morga y el daimio Takayama Ukon eran prácticamente contemporáneos, y el descubrimiento de sus descendientes personales por parte del joven Takayama y la búsqueda de los orígenes nacionales por parte de Rizal coinciden a la perfección: ¡en el Museo Británico!

Vale la pena señalar que las dos novelas reunidas en *Oonabara* se escribieron antes de la Guerra Chino-Japonesa que inauguró la era de expansión imperialista japonesa, y asimismo antes de las insurrecciones de Martí y Bonifacio. Es muy probable que Rizal le hubiese hablado a Suehiro de sus planes personales inmediatos, y de la ansiedad de sus compatriotas por librarse del yugo español. Las simpatías del antiguo preso político estaban firmemente comprometidas. Al mostrar a sus lectores que los patriotas filipinos tenían conexiones de sangre con las primeras víctimas japonesas de la persecución y que pensaban solicitar la ayuda desinteresada de voluntarios japoneses y la protección del Estado japonés, intentaba hacer sus simpatías personales ampliamente más populares[109]. Se podría decir que era exactamente lo que Blumentritt hacía en Austrohungría.



Takayama, el héroe filipino de Oonabara, la novela política de Suehiro, dormido en sus aposentos de estudiante. El relato se basa en parte en la vida y la experiencia de Rizal.

En cualquier caso, fiel a sus tendencias, Suehiro volvió de sus viajes para meterse en política. Fue elegido para la Dieta como (verdadero) demócrata liberal, e incluso ocupó brevemente el puesto de Portavoz. Por desgracia, murió de cáncer sólo unos meses antes de que ejecutasen a su amigo filipino[110].

Las conexiones chinas

En su segunda carta a Aguinaldo, fechada el 8 de junio de 1899, Ponce escribía:

> Malawi po ang tulong na ibinigay sa akin ng mga reformistang inchik, at si Dr Sun Yat-sen na siyang nangungulo sa kanila ang siya ko pong kasama at kagawad sa lahat [Los reformistas chinos me han prestado mucha ayuda, y el Dr. Sun Yat-sen, su líder, y ha sido mi compañero y colaborador en todo][111].

Dos años más joven que Ponce, Sun había llevado una vida audaz, pero hasta ese momento no muy fructífera. Salió de China en 1894 para dirigirse a Hawai, donde fundó la Hsing Chung Hui (Sociedad para la Revitalización de China); después trasladó su sede a Hong Kong, a comienzos de 1895. Ese octubre, en alianza con varias sociedades secretas locales, dirigió un desastroso levantamiento en Cantón. Hong Kong se volvió entonces demasiado peligroso para él, y partió hacia Europa. Al año siguiente alcanzó fama internacional cuando agentes del régimen Ch'ing intentaron secuestrarlo en Londres. Después pasó la mayor parte de su tiempo en Japón, haciendo propaganda y organizando la gran comunidad de estudiantes, exiliados políticos y empresarios chinos.

Ponce conoció a Sun a comienzos de marzo de 1899, cuando acababa de empezar la Guerra Filipino-Estadounidense y los filipinos aún resistían. Sun llegó a la casa de Ponce en Yokohama acompañando a Hirata Hyobei, abogado y negociador político de Tokio que antes había ayudado a José Ramos a obtener la nacionalidad japonesa[112]. Los dos jóvenes nacionalistas (de treinta y cinco y treinta y tres años), charlando en inglés, simpatizaron de inmediato y acabaron convirtiéndose en buenos amigos para toda la vida[113]. Algo notable es que Ponce, quizá de descendencia en parte china y en todo caso bastante familiarizado con los chinos por sus años de estudiante en Manila, no encontraba nada extraño o exótico en su nuevo camarada. Apenas cuatro meses después, Sun hizo posible el único gran envío de armas que estuvo a punto de conseguirse. Negoció un acuerdo por el cual Wan Chi, un rico amigo suyo, unió esfuerzos con Nakamura Yaroku, un nacionalista japonés simpatizante, para comprar un barco que después alquilaron a los revolucionarios filipinos. Cargado en Nagasaki, el *Nonubiki Maru* había almacenado en su interior seis millones de cartuchos, diez mil fusiles Murata, un cañón fijo, diez cañones de campaña, siete binoculares, una prensadora de pólvora y otra para fabricar munición[114]. Entre los pasajeros había militares japoneses expertos en armamento, ingeniería y fabricación de municiones[115]. Al salir de Nagasaki, el barco bordeó China para evitar sospechas, pero lo atrapó un tifón y se hundió el 19 de julio frente a las islas Sadde, a cien millas de Shanghai[116].

¿Por qué se preocupó Sun Yat-sen tanto por Filipinas? Aparte de la verdadera amistad entre ambos hombres, en el pensamiento de los intelectuales chinos se había producido una revolución, espléndidamente descrita por Rebecca Karl. Tales intelectuales se habían acostumbrado a ver a China muy por «detrás» de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón. Pero a partir de 1895, el telégrafo llevó a los periódicos locales noticias y fotografías de la insurrección cubana (1895-1898), la Revolución de Filipinas y su guerra contra el imperialismo estadounidense (1896-1902) y la lucha armada de los boers contra el avance del imperio británico (1899-1902). En tres continentes, por así decirlo, pueblos pequeños y antes olvidados o despreciados por los chinos educados se estaban mostrando, gracias a su unidad y valor, muy «por delante de» China. Karl muestra convincentemente que, como resultado del seguimiento de la cercana insurrección filipina, parte de los intelectuales empezaron a considerar anticolonial la lucha contra los manchúes, y a plantearse por primera vez la «revolución»[117]. A Ponce, hombre modesto, tal vez le sorprendiera que una vez publicada la versión japonesa de su libro lo publicaran de inmediato en chino y enseguida se hicieran varias reimpresiones. Pero no debería haberse sorprendido.

Pawa: la internacionalización de la guerra

En una carta escrita a «Ifortel» el 19 de febrero de 1898 desde Hong Kong, Ponce informaba de la llegada al círculo de Aguinaldo de tres excepcionales contribuyentes a la revolución armada. Dos eran nacionalistas *ilustrados* muy conocidos: Miguel Malvar y Gregorio Del Pilar, sobrino de Del Pilar. Pero el tercero no. Ponce lo describió con admiración como «el coronel Pawa, un chino sin coleta, más valiente que el Cid y muy entusiasta»[118]. José Ignacio Pawa nació en una pobre aldea de Fujian en 1872, con el nombre de Liu Heng-fu[119]. A los dieciocho años emigró con su tío a Manila, y se convirtió en un habilidoso herrero, al tiempo que aprendía artes marciales chinas. Fue

uno de los primeros y entusiastas reclutas de la Revolución, y se convirtió en gran favorito de Aguinaldo. Mientras el general aún luchaba en Cavite, el inmigrante de veinticuatro años reclutó a varios amigos herreros chinos para crear una fábrica de armas y servir a las mal armadas tropas filipinas. Teresita Ang See describe su actividad como sigue:

> Bajo su habilidosa supervisión, se reparaban viejos cañones y Mausers rotos capturados al enemigo, se fabricaban grandes cañones de bambú forrados con alambres, se hacían numerosas *paltiks* [armas de fuego rudimentarias], y se llenaban miles de cartuchos con pólvora casera.

Pawa también enseñó a los filipinos a fundir objetos de metal, especialmente campanas de iglesia (¡!), para crear armas, y resultó un comandante de campo recursivo y valiente. Véanse las citas de las memorias no publicadas del abogado filipino Teodoro González, que dicen lo siguiente: «Era extraño verlo en el campo: un elegante oficial con uniforme de coronel, pero peinado con trenza. Sus soldados eran tagalos, todos combatientes veteranos pero devotos de él, y estaban orgullosos de servir bajo su estandarte, a pesar de que fuese chino»[120]. Por último, enviado por Aguinaldo a Bicol a recaudar dinero para la Revolución entre los chinos y los mestizos de chinos, consiguió reunir la asombrosa cantidad de 386.000 pesos de plata.



José Ignacio Pawa, «un elegante oficial con uniforme de coronel, pero peinado con trenza».

Por notable que Pawa fuese como persona, se trataba sólo de uno entre los muchos no filipinos que, por diversas razones, se unió a la Revolución o la apoyó. Los chinos inmigrantes, introducidos en guetos, despreciados y a menudo maltratados por el régimen colonial, tenían muchas razones para desear que los españoles se fuesen. Y tras la conquista estadounidense de Cuba, un número sustancial de jóvenes oficiales españoles decidió «seguir la lucha» uniéndose a las fuerzas de Aguinaldo. Antonio Luna, como Jefe de Estado Mayor, aprovechó con gusto su formación profesional para ponerlos a trabajar como asistentes personales, instructores y constructores de fortificaciones. Muchos fueron buenos comandantes de campo cuando estalló la Guerra Filipino-Estadounidense. También había unos cuantos cubanos del ejército español que se unieron a la causa revolucionaria, junto con franceses, italianos (incluido un capitán que más tarde participó en la Guerra de los Boers del lado de Kruger), unos cuantos británicos y bastantes japoneses, e incluso desertores de las fuerzas estadounidenses,

principalmente negros[121].

Malatesta a Manila

Mientras tanto, en Madrid, Isabelo de los Reyes había conseguido reunir fondos para empezar a publicar un quincenario denominado *Filipinas ante Europa,* con un impecable lema editorial: «Contra Norte-América, no; contra el imperialismo, sí, hasta la muerte»[122]. Lo que Del Pilar había llamado en otro tiempo la «deplorable fecundidad» del folclorista resultó útil, ya que la mayoría de los contenidos procedían de su pluma[123]. La pérdida del imperio y las humillaciones infligidas por Washington provocaron un cambio sustancial en la opinión pública española. La ira contra los estadounidenses suscitó nuevas simpatías hacia la causa filipina. El cambio convino al libro de Isabelo, ya que tenía muchos amigos españoles, acababa de casarse con una periodista española y siempre había atribuido los males del dominio imperial principalmente al poder maligno de las órdenes. De ahí el objetivo que este quincenario tenía de fortalecer la convergencia mediante ataques mordaces contra el imperialismo estadounidense y lo que él maravillosamente denominaba *la codicia* que lo guiaba. McKinley era un objetivo favorito por sus afirmaciones tartufianas de que la conquista estaba pensada para llevar la libertad a los filipinos[124]. Isabelo atacaba con regularidad a Estados Unidos por su racismo y sus juicios sumarios, diciendo con razón que esto, sin duda, afectaría al trato dado a los filipinos, por no ser blancos[125]. Pero también hizo lo posible por publicar noticias entusiastas sobre las campañas de los antiimperialistas estadounidenses. El otro objetivo principal de Isabelo fue lo que él consideraba una traición de los *ilustrados* ricos que, habiendo sustituido a Mabini en el liderazgo de la Revolución, fueron los primeros en saltar del barco y arrastrarse ante los nuevos señores coloniales[126]. A Mabini lo ponía constantemente como brillante ejemplo de firme negativa patriótica a doblegarse ante los yanquis. El folclorista no olvidaba subrayar que la «independencia» cubana estaba resultando una completa mentira. En medio de esto, todavía encontró espacio para un artículo sobre cuánto habían aprendido los boers de los guerrilleros filipinos, y cuánto podían aprender los filipinos de la sobria disciplina de los boers[127].



Los boers: tema de un artículo de Isabelo, que resaltaba el beneficio mutuo que la guerrilla filipina y los boers habían obtenido de estudiar cada uno los métodos de los otros.

Pero en el verano de 1901, con la captura de Aguinaldo y su rápida jura de fidelidad a Washington, la Revolución se había acabado. Los hombres ilustres que se negaron a jurar –incluido el lisiado Mabini– fueron desterrados a la nueva Siberia tropical: Guam[128]. Isabelo no vio razones para permanecer en España. Llevaba cuatro años sin ver a los seis hijos tenidos con su primera esposa. Como Rizal en 1892, volvería a enfrentarse a los colonialistas, diciendo amablemente que retornaba para ver qué podía alcanzar públicamente, más o menos dentro de la ley[129].

Isabelo partió hacia Manila a comienzos de octubre de 1901[130]. En sus maletas había empacado una pequeña biblioteca idiosincrásica: Aquinas y Voltaire, Proudhon y la Biblia, Darwin y Marx, Kropotkin y Malatesta. Hay muchas razones para creer que éstos fueron los primeros textos de Marx y de los principales pensadores anarquistas, quizá incluso de Darwin, que entraron en Filipinas. La reputación que Isabelo tenía de firme adversario del imperialismo estadounidense lo había precedido. El *Manila Times*,

portavoz de la creciente población de buitres empresariales estadounidenses, lo acusó inmediatamente de agitador peligroso y anarquista sangriento. No era casualidad: el mes anterior el presidente McKinley había sido asesinado a tiros en Buffalo por el herrero anarquista estadounidense de origen polaco Leon Czolgosz, de veintiocho años. El nuevo régimen colonial prohibió de inmediato el periódico que Isabelo había planeado publicar, *El Defensor de Filipinas,* así como el Partido Nacionalista que había propuesto.

Pero no era un hombre que se dejase amilanar con facilidad. En la vejez recordaba lo siguiente: «Aproveché la ocasión para poner en práctica las buenas ideas que había aprendido de los anarquistas de Barcelona, encarcelados conmigo en la infame fortaleza de Montjuich». Por lo tanto se dispuso, bajo la nariz de los conquistadores protestantes, a radicalizar y organizar a la clase obrera de Manila. En este esfuerzo tenía quizá ventajas insospechadas. Nunca había pertenecido plenamente a la intelectualidad *ilustrada* nacionalista, abrumadoramente tagala: no exactamente aristocrática, ya que nunca había habido un Estado feudal indígena en Filipinas, pero con aspiraciones (sobre todo los propietarios) en esa dirección, en especial ante un imperialismo español con fuertes raíces feudales y que seguía teniendo aspecto feudal a pesar de vivir una realidad de corrupción desnuda, caciquismo sombrío y señorío de las órdenes religiosas. Isabelo era todo lo contrario: un honrado empresario, editor, impresor y periodista que tenía empleados en lugar de siervos y los trataba con espíritu democrático. Mejor aún, procedía, como hemos visto, de las montañas del norte de Luzón, zona de ilocanos, un grupo étnico legendario por su frugalidad, el amor al trabajo, la sinceridad al hablar y su apego al clan. (Ilocos sigue siendo la única área de Filipinas, aparte de las laderas montañosas al sur de la Calamba de Rizal, donde se ve a cada campesino pobre rodeado de un diminuto huerto hermosamente atendido y arbustos de flor.) No era el único ilocano perteneciente a la elite nacionalista, pero sí el único *provinciano* entre ellos. Los hermanos Luna también eran ilocanos: Juan, el pintor, que en un ataque de celos mató a su esposa y a su suegra, eludió un duro castigo en un París comprensivo con los *crimes passionelles,* en especial cometidos por artistas, y murió en la miseria en Hong Kong; y Antonio, que estudió Química, se convirtió en el más brillante general de la guerra contra los estadounidenses y fue asesinado por sus esfuerzos por la celosa camarilla de Aguinaldo. Pero ambos habían crecido en Manila y se habían asimilado a la cultura hispano-tagala de la elite.

Lo crucial era lo siguiente: como Rizal le había expresado con desdén a Blumentritt, los *Dienstleute* de la Manila de finales del siglo XIX eran sobre todo industriosos inmigrantes de la infructífera Ilocos. También la incipiente clase obrera, aunque nadie lo adivinaría a partir de la lectura de *Noli me tangere* y *El Filibusterismo*. Isabelo sabía hablar con estas personas en su propio idioma, que, en aquellos días, casi ningún tagalo educado conocía. (¿Conoció Rizal alguna vez a un obrero urbano filipino y habló con él o ella? En su novela no aparece ningún obrero.) Isabelo también conocía a la perfección su robusta cultura de calle y de *barrio*.

Al estilo clásico, Isabelo organizó primero a los tipógrafos. Pero el éxito de sus huelgas organizadas animó a otros sectores a imitarlos y el sindicato se convirtió bastante rápidamente en una central espontánea al estilo de la barcelonesa; una Unión Obrera Democrática que le habría encantado al Tarrida del *anarquismo sin adjetivos*. Los gobernantes estadounidenses observaron con incredulidad y alarma una enorme oleada de huelgas en Manila y sus alrededores, muchas de las cuales prosperaron porque eran

inesperadas tanto para los capitalistas como para los administradores[131]. A los estadounidenses también los confundieron algunos de los métodos empleados por Isabelo, las manifestaciones callejeras que había aprendido en sus días de revólver en mano, en la Barcelona de Lerroux. Pero cuando recaudaba dinero para los huelguistas y su organización dando una serie de bailes populares combinados con conferencias, y representando zarzuelas y otras obras teatrales con temas hostiles a los estadounidenses y su elite de colaboradores filipinos, acudía con perspicacia a la pasión de los filipinos por las fiestas, el baile, el teatro y la música[132]. Finalmente, los gobernantes encontraron varias formas de retirar a Isabelo de la escena laboral. A finales de junio de 1902 lo detuvieron y lo juzgaron por «conspiración obrera», pero sólo lo sentenciaron a dos meses de cárcel, porque hasta al juez le quedó claro que muchos testigos del fiscal habían sido sobornados. Antes de ir a la cárcel, dio una enorme fiesta en un club de trabajadores de reciente creación, en el barrio obrero de Tondo, y dimitió. Primero lo sucedió Dominador Gómez, también retornado de España, activo en el círculo de *La Solidaridad,* y colaborador de Isabelo en *Filipinas ante Europa,* que pronto hizo honor a su nombre autoritario[133]; y finalmente su secretario, Hermenegildo Cruz, un muchacho de los suburbios todavía analfabeto a los doce años, que se convirtió en admirable *obrero consciente* a base de leer la pequeña biblioteca de Isabelo. Aparte de sus actividades organizativas, Cruz publicaba notas detalladas sobre la traducción al español de *L'Homme et la terre,* la revista anarquista de Élisée Reclus, así como una traducción al tagalo de partes de *La Ilustración Obrera* de Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista Marxista español. Isabelo, mientras tanto, se alarmaba ante la posibilidad de que los estadounidenses devolvieran a las órdenes las fincas confiscadas por la Revolución. Por eso pasó a agitar contra el grupo de presión católico, ocupándose en la organización de una Iglesia aglipayana nacionalista y «cismática», formada por otro ilocano, el sacerdote revolucionario Gregorio Aglipay, durante la Primera República[134]. La UOD se disolvió en 1903, pero de sus cenizas surgieron muchas organizaciones obreras, y al final un Partido Socialista y un Partido Comunista que se fusionaron en 1938, dirigidos por el movimiento guerrillero Hukbalahap contra los invasores militares japoneses, y al fin llevaron a cabo una guerra revolucionaria contra la Segunda República organizada por los estadounidenses e inaugurada –¿cuándo si no?– el 4 de julio de 1946.

En 1912, quizá como forma de distraerse del dolor que le causó la muerte de su segunda esposa, Isabelo volvió al campo electoral y se presentó con éxito al Consejo Municipal de Manila, controlado por estadounidenses nombrados a dedo[135]. En su calidad de representante, fue un constante defensor de los pobres de la ciudad. En 1922 volvió a Ilocos para presentarse como candidato independiente al Senado. Insistiendo, como siempre hacía, al modo de sus viejos amigos anarquistas, en que era al mismo tiempo un individualista y un colectivista, fue elegido, para su propia sorpresa, contra la máquina bien engrasada del Partido Nacionalista dominante y caciquil de Manuel Quezon. Asombró a los demás senadores llegando a las sesiones de la asamblea en una *calesa* de caballos, diciendo que era mejor darle el dinero a un cochero que tirarlo en un coche y gasolina, algo que sólo beneficiaría a los estadounidenses. Al mismo tiempo, insistió en residir el resto de su vida en el barrio popular de Tondo, erigiendo un edificio de apartamentos para inquilinos pobres que nunca eran desahuciados por retrasarse en el pago. Después de 1929, cuando un ictus lo paralizó parcialmente, se retiró a trabajar para la Iglesia aglipayana. Murió el 10 de octubre de 1938.

Rescoldos en Occidente: Isabelo de los Reyes

Isabelo había sido en alguna ocasión tratado con desdén por Rizal, a quien le disgustaba su patriotismo ilocano y que consideraba que escribía demasiado, con demasiada rapidez, y sin profundidad alguna, pero el folclorista no era de esos que rumian los desprecios y la mayor parte de su vida admiró mucho los logros de Rizal. *Filipinas ante Europa* ofrecía a menudo artículos en los que se presentaba a Rizal como un patriota ejemplar, aunque rara vez mencionaban las novelas. Pero la apariencia siempre puede engañar. Ya en 1899 se publicó la primera traducción de *Noli me tangere* a un idioma no español, en París (algo que debió de encantar al espectro del mártir)[136]. Es muy improbable que Isabelo no hubiera influido en esto, ya que uno de los dos cotraductores fue Ramón Sempau, durante mucho tiempo su compañero de celda, mientras que el otro era un francés, Henri Lucas, probablemente también anarquista. Bajo el título ligeramente deprimente de *Au Pays des Moines,* esta traducción se anunciaba en *La Revue Blanche* como el volumen número 25 de la Bibliothèque Sociologique de Pierre-Victor Stock, que heredó una editorial fundada en 1708, pero entre 1892 y 1921 publicó una larga serie de títulos anarquistas bajo esta rúbrica. El catálogo es fascinante. El número 1 (1892) es *La Conquête du pain* de Kropotkin; lo siguió *La Société mourante et l'anarchie* (1894) de Jean Grave, *De la Commune á l'anarchie* (1895) de Charles Malato, el primer tomo de las *Oeuvres* (1895) de Bakunin, *La Société future* (1895) de Grave, *L'Anarchie: sa philosophie, son idéal* (1896) de Kropotkin, *Biribi: armée d'Afrique* (1898) de Georges Darien, *Le Socialisme en danger* (1897) del holandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis, *Les Inquisiteurs d'Espagne: Montjuich, Cuba, Philippines* (1897) de Tarrida, *L'Évolution, la révolution et l'idéal anarchique* (1897) de Elisée Reclus, y *La Commune* (s. f.) de Louise Michel. Después la novela de Rizal, completamente libre de anarquismo, aparece entre *Le militerisme et la société moderne* (1899) de Guglielmo Ferrero y *L'Amour libre* (1898) de Charles Albert.

¿Nos sorprendería que no la siguiera la cuando menos *anarchisant El Filibusterismo*? Probablemente no. Como señala Jovita Castro, el *Noli me tangere* de Lucas-Sempau no era en absoluto una traducción fiel. Se eliminaron los apartes seductoramente *narquois* del narrador al lector, así como las referencias a cuentos y leyendas populares filipinos, y todo lo remotamente erótico. También se rebajaron, por razones que no están claras, los cáusticos ataques contra las órdenes[137]. Como consecuencia, la novela se convirtió en una descripción planamente *sociologique* de «una» sociedad colonial. Si *Noli me tangere* tuvo que sufrir esta expurgación sin duda bienintencionada, podemos suponer que su incendiaria continuación sería difícil de tragar en un momento en el que el anarquismo (a la par que el sindicalismo) había, al menos en Francia, dejado atrás la época de la propaganda por el hecho.

Rescoldos en el Este: Mariano Ponce

Cientos de estatuas de Rizal decoran las plazas de las ciudades filipinas, coronadas por un impresionante monumento erigido en tiempo estadounidense –pero no por iniciativa estadounidense– en el lugar donde lo ejecutaron. En España y en la América española es común encontrar calles que llevan su nombre. En Estados Unidos, sin embargo, poco más hay que una pequeña estatua en un lugar apartado de San Francisco, y una algo mayor

en Chicago. Quizá esta ignorancia e indiferencia pueda interpretarse como la respuesta inconsciente de la potencia hegemónica mundial a la propia indiferencia y a la ignorancia del novelista hacia el país de Dios[138].

Sin embargo, hay ahora un gran parque temático, de reciente construcción, en Amoy, financiado principalmente por chino-filipinos ricos de Hokkien, cuyos antepasados viajaban a Manila desde ese puerto. Motivos comerciales aparte, hay algo más bastante interesante, incluso conmovedor, en especial si tenemos en cuenta que el último poema de Rizal ha sido objeto de casi cuarenta traducciones al chino, la mayoría obra de hokkieneses.

Pero probablemente la primera la hiciera nada menos que Liang Ch'i-ch'ao, ya en 1901. Es un poco llamativo darse cuenta de que Liang tenía doce años menos que Rizal, y sólo veintitrés cuando el filipino fue ejecutado. Joven brillante como Rizal, sus variados artículos críticos sobre el estado de China, revelado por la derrota aplastante a manos de los japoneses, lo llevaron a convertirse en una de las principales figuras de la famosa «Reforma de los 100 Días» en 1898. Pero cuando la emperatriz viuda Tz'ü Hsi contraatacó, Liang, como otros muchos liberales y progresistas, tuvo que huir para salvar su vida… a Japón. Cómo llegó a traducir el poema de Rizal es algo que no puede responderse de manera concluyente. Pero sí hay algunas cosas seguras. Liang era cantonés, no hokkienés, y además había vivido en Pekín desde la adolescencia. Es muy improbable, por lo tanto, que Amoy influyese en sus escritos. Por los periódicos sobre los que Rebecca Karl escribe tan informativamente, debió de conocer la muerte de Rizal, pero los periódicos no suelen publicar poemas largos, y menos aún en un idioma que muy pocos lectores entienden.

Las pruebas circunstanciales hacen pensar lo siguiente. Ponce era amigo íntimo de Rizal, y estaba profundamente empeñado en mantener su memoria. El 13 de octubre de 1898, le escribió al Dr. Eduard Soler (presumiblemente bilingüe en español y alemán) a Berlín, agradeciéndole la traducción al alemán del último poema de Rizal y su publicación en el boletín de la Anthropologische Gesellschaft, de la que Rizal había sido socio[139]. El 28 de febrero de 1899, Ponce escribía a Apacible sobre los planes de reimprimir las obras de Rizal en Japón, mencionando que el impresor más barato era Shueiba, y señalando que el uso de manuscritos en lugar de las ediciones existentes supondría un trabajo añadido y costaría más[140]. También sabemos que ya en noviembre de 1898, mucho antes de conocer a Sun Yat-sen, Ponce estaba en contacto con «reformistas» chinos. En una carta escrita el 19 de noviembre de 1898 le decía a Apacible que la noche anterior había conocido a «Lung Tai-kwang», que se presentaba como secretario personal de K'ang Yu-wei, líder del *partido reformista* de China, llegado a Japón el 25 de mayo, y que planeaba una revolución para restaurar al emperador «Kwan Han» (es decir, Kuang Hsü) en el trono[141]. «Lung Tai-kwang» debía de ser hokkienés, ya que Ponce observaba que conocía a Pawa en persona. Por último, como prueba de las inclinaciones literarias de Ponce, en conjunto bastante raras entre los *ilustrados* de España, hay tres cartas sucesivamente más irritadas a Vergel de Dios, pidiéndole una y otra vez un ejemplar de *Paris,* la novela más reciente de Zola[142]. Además, Ponce insistió en incluir en la versión japonesa de su libro sobre la cuestión filipina el texto original en español del último poema de Rizal. Una característica curiosa de esta versión es que mientras que el texto principal está escrito en la usual mezcla de caracteres chinos *(kanji)* y japoneses *(hiragana),* la introducción está compuesta en un puro chino clásico.

Esto a su vez sugiere que, dado que uno o varios de los traductores conocían el chino clásico, los dos eran también responsables de la traducción al chino, que salió casi simultáneamente. Si esta conjetura resultara correcta, la versión de Liang Ch'i-ch'ao o bien está plagiada directamente de Miyamoto y Fujita o, más probable, era una adaptación más elegante de la traducción «china» realizada por éstos. El problema más molesto es que, si bien Liang y Ponce coincidieron en Japón, al parecer éste lo desconocía, y nunca menciona el nombre de aquél en su correspondencia.

En noviembre y diciembre de 1901, quizás animado por Liang, pero más probablemente por los periódicos, Ma Hsün-wu publicaba una serie en cinco capítulos titulada «Fei-lu-pin Min-tang Ch'i-yi Chi» [«El levantamiento de Filipinas»] en el *Hangch'ou Vernacular Newspaper,* y en 1903 una biografía de Rizal en la influyente revista de Liang Ch'i-ch'ao, *Hsin-min Ts'ung-pao,* editada en Japón. Estos artículos pueden explicar las posteriores referencias de Lu Hsün a *Mi último adiós* y a *Noli me tangere,* el que relacionase a Rizal con Sándor Petöfi y Adam Mickiewicz como grandes patriotas y poetas, y una nueva traducción del poema de despedida de Rizal por parte de Li Chi-yeh, un alumno de Lu Hsün, en la década de 1920[143]. Una generación después, durante la década de 1940, un avatar de Pawa, K'ai Chung-mei, luchó con las unidades guerrilleras de Hua Ch'ih aliadas con el izquierdista Hukbalahap filipino contra los ocupantes japoneses. En la vejez, volvió a China y, bajo el pseudónimo de Tu Ai, emprendió una novelización en tres volúmenes de sus experiencias durante la guerra. En *Feng-yü T'ai-p'ingyen [Tormenta sobre el Pacífico]* el poema de despedida de Rizal se cita completo o en fragmentos sustanciales al menos cuatro veces, mientras que las referencias al primer filipino y a Josephine Bracken –una guerrera– inundan las páginas[144]. Todo esto parece un poco irónico porque Rizal, aunque en parte de ascendencia hokkienesa, mostraba a veces un ligero racismo hacia los chinos. (Aunque muy alejado del veneno de Petöfi contra las minorías étnicas de «Hungría»).

Isabelo de los Reyes y Mariano Ponce: hombres buenos en su mayor parte olvidados incluso en Filipinas, pero nodos cruciales en las redes intercontinentales infinitamente complejas que caracterizan la Era de la Primera Globalización.

[1] Véase *La Revue Blanche* 81/11 (15 de octubre de 1896), pp. 337-341. Esta revista fue originalmente idea de dos parejas de hermanos, una belga y otra francesa (el más joven sólo tenía dieciséis años) que se conocieron –¿dónde si no?– en España en el verano de 1889. Los cuatro consiguieron financiación de los hermanos Natanson, tratantes de arte judíos, ricos y cultivados, que se habían trasladado a París en 1880. Los muchachos publicaron el primer número en diciembre de 1889 en Lieja. En 1891, sin embargo, la revista se trasladó a París, y el hermano mediano de los Natanson, Thadée, se encargó directamente, y en octubre el quincenal empezó a publicarse en un formato mucho más suntuoso y elegante. En enero de 1895, Félix Fénéon, recientemente declarado inocente de los cargos de terrorismo y sedición en el notorio Juicio de los Treinta, se hizo cargo del trabajo editorial. Como veremos, era un comprometido anarquista cosmopolita y antiimperialista y convirtió la revista en una publicación más perceptiblemente de izquierda que antes. El último número de *La Revue Blanche,* el 312, salió el 15 de abril de 1903. Siempre había generado pérdidas y, para entonces, Thadée había perdido una fortuna en malas inversiones en el este de Europa, y su hermosa esposa polaca, Misia Godebska, lo había abandonado por un magnate de la prensa millonario. Alexandre, el hermano mayor, un gran financiero y agente bursátil, consideró que no podía soportar solo toda la carga económica. Véase J. U. Halperin, *op. cit.,* pp. 300-314.

[2] A este respecto, y en el siguiente párrafo, me baso en el espléndidamente detallado capítulo viii («Anarquismo sin adjetivos») de G. R. Esenwein, *op. cit.,* cit.

[3] Fernández insinúa otra posibilidad. La madre de Tarrida, muy probablemente criolla, tenía un primo

carnal llamado Donato Mármol, de la provincia de Oriente, fue uno de los primeros en aliarse con Céspedes. Durante la Guerra de los Diez Años alcanzó el grado de general. Si la familia de Tarrida salió de Europa inmediatamente después de que empezase la insurrección, sería porque el padre temiese las consecuencias de esta peligrosa relación familiar. F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda,* cit., p. 25.

[4] Esto ocurrió en medio de la Gran Exposición de ese año, en la que se inauguró la Torre Eiffel, a laque Joris-Karl Huysmans llamó una «puta con las piernas abiertas», pero que a Georges Seurat le gustaba mucho. J. H. Halperin, *op. cit.,* p. 204.

[5] Citado y analizado en G. R. Esenwein, *op. cit.,* p. 202.

[6] El siguiente análisis sobre la trayectoria política de Clémenceau (hasta 1900) se basa principalmente en G. Dallas, *At the Heart of a Tiger: Clémenceau and his World, 1841-1929,* Nueva York, Carroll & Graf, 1993), esp. en pp. 30-38, 97-120, 185-187 y 212-340.

[7] El padre de Fénéon era un vendedor ambulante francés y su madre una joven suiza. J. U. Halperin, *op. cit.,* p. 21.

[8] *Ibid.,* p. 56.

[9] *Ibid.,* pp. 62-67.

[10] T. J. Clark, en su *Farewell to an Idea,* New Haven, Yale University Press, 1999, p. 62, lo llama el «mejor crítico de arte después de Baudelaire», lo cual es un gran elogio.

[11] J. U. Halperin, *op. cit.,* pp. 245-246.

[12] *Ibid.,* p. 252.

[13] J. Maitron, *op. cit.,* p. 137.

[14] E. Herbert, *The Artist and Social Reform: France and Belgium, 1885-1898,* New Haven, Yale University Press, 1961, p. 113. La autora obtiene la segunda cita de J. Rewald, «Extraits du jounal inédit de Paul Signac», en *Gazette des Beaux-Arts* 36/6 (1949), p. 113.

[15] Véase la vívida reconstrucción en J. U. Halperin, *op. cit.,* pp. 3-4. Hasta muchos años después no confesó haberlo hecho al anarquista Alexander Cohen, un cultivado judío holandés que fue el primero en traducir al francés el *Max Havelaar* de Douwes Dekker.

[16] D. Sweetman, *Explosive Acts: Toulouse-Lautrec, Oscar Wilde, Félix Fénéon and the Art and Anarchy of the Fin-de-Siècle,* Londres, Simon and Schuster, 1999, p. 375. La traducción se publicó más tarde en *La Revue Blanche*.

[17] El detallado relato que Halperin hace del juicio en el capítulo 14 de *Félix Fénéon* es magistral, y terriblemente divertido. Aunque la policía encontró los detonadores en el despacho de Fénéon en el Departamento de la Guerra, no pudo presentar pruebas directas que relacionaran al acusado con el atentado contra el Foyot.

[18] J. Joll, *op. cit.,* pp. 149-151.

[19] J. U. Halperin, *op. cit.,* p. 6.

[20] Después de que se cerrase *La Revue Blanche,* Fénéon empezó a retirarse de la vida política, aunque en 1906 empezó a realizar colaboraciones satíricas y a menudo conmovedoras a *Le Matin* bajo el título «Nouvelles en trois lignes». *Ibid.,* cap. 17. Se convirtió en figura clave de una de las casas de arte más prósperas de Europa, y se jubiló en 1924. En sus últimos veinte años vivió en una soledad tan completa que muchos supusieron que había muerto. Habiendo mostrado durante décadas poco interés por el marxismo, se afilió al Partido Comunista Francés finalizada la Gran Guerra, cuando tenía casi sesenta años. Murió en 1944, y si no hubiera sido por la ocupación alemana de París, habría legado su magnífica colección de arte a la Unión Soviética. D. Sweetman, *op. cit.,* pp. 493-495.

[21] Pissarro (y su hijo Lucien) eran radicales serios. Camille era judío nacido en las Antillas Holandesas, por lo cual tenía malas experiencias de la supresión brutal de una revuelta de esclavos en el Caribe, y del antisemitismo de los colegios franceses. Degas y Renoir lo llamaban habitualmente «el judío Pissarro». *Ibid.,* p. 220.

[22] Podemos considerar principalmente a Maeterlinck como autor de la medievalista y brumosa *Pelléas et Mélisande,* pero fue uno de los primeros miembros del Cercle des Étudiants et Anciens Étudiants Socialistes de Bruselas en 1889. Todavía en 1913, seguía escribiendo para el *Album du premier mai* del Parti Ouvrier, en la época de la gran huelga general de ese año. E. Herbert, *op. cit.,* p. 99.

[23] El párrafo anterior se basa principalmente en *ibid.,* pp. 9, 27-34 y 67-71.

[24] *Ibid.,* p. 162. Herbert llega a decir que *Germinal* fue la primera gran novela dirigida a la clase trabajadora. Zola estaba cambiando.

[25] J. U. Halperin, *op. cit.,* pp. 272-273.

[26] Citado en E. Herbert, *op. cit.,* p. 12.

[27] Muchos escritores que habían menospreciado a Zola por «burgués» e ignorante se apresuraron a testificar en su nombre. La Cour de Cassation anuló la sentencia en abril. Se convocó entonces un segundo juicio, pero Zola, alcanzados sus objetivos políticos, huyó a Inglaterra, donde permaneció hasta que se declaró una amnistía.

[28] E. Herbert, *op. cit.,* p. 203. Mirbeau trabajaba entonces para *L'Aurore*.

[29] De acuerdo con el derechista Eduardo Comín Colomer, Tarrida se reunió con el anarquista Francisco Ferrer Guardia (de quien hablaremos más adelante), entonces profesor de español en el Lycée Condorcet, y un grupo de partidarios de Cuba, como Clémenceau, Aristide Briand, Charles Malato y Henri Rochefort, así como radicales caribeños liderados por Betances. Véase E. Comín Colomer, *Historia del anarquismo español,* Barcelona, Editorial AHR, 1956, t. i, pp. 180-181.

[30] F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda,* cit., p. 27.

[31] Tarrida descubrió que le gustaba Inglaterra, y al final se instaló allí, haciéndose, quizá por desgracia, fabiano. Murió, demasiado joven, durante la Gran Guerra.

[32] E. Comín Colomer, *op. cit.,* vol. i, pp. 173-175; y G. R. Esenwein, *op. cit.,* p. 194. F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda,* cit, p. 31, cita en la obra de P. Avrich, *An American Anarchist: The Life of Voltairine de Cleyre,* Princeton, Princeton University Press, 1978, pp. 112-113, donde se afirma que sólo en Filadelfia se distribuyeron 50.000 ejemplares de la traducción al inglés de *Les Inquisiteurs*.

[33] «Participa activamente en la Revolución francesa de 1848 […] revolución que se le presenta cual una revelación misteriosa». F. Ojeda Reyes y P. Estrade (eds.), *Pasión por la libertad,* San Juan de Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000, p. 32.

[34] En una carta escrita a otro puertorriqueño, Francisco Basora, desde Port-au-Prince el 8 de abril de 1870, citada en Paul Estrade, «El heraldo de la "independencia absoluta"», en *ibid.*

[35] Betances vivió en Haití desde febrero de 1870 hasta comienzos del otoño de 1871, ayudando a combatir la epidemia de cólera y escribiendo su notable ensayo sobre Alexandre Pétion, el patriota haitiano que cobijó a Bolívar cuando tuvo que huir de Venezuela, y le proporcionó un apoyo militar crucial para su posterior retorno. El libro de Betances se publicó en 1871. Se puede encontrar una edición contemporánea en una colección de sus principales escritos, editada por Carlos A. Rama y titulada *Las Antillas para los Antillanos*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975. Las alabanzas a Pétion lo llevaron a criticar con excesiva severidad a Toussaint.

[36] «Es igual yugo por yugo». P. Estrade, «El heraldo de la "independencia absoluta"», cit., p. 5.

[37] En Nueva York, Betances ayudó a fundar el Comité Revolucionario de Puerto Rico el 16 de julio de 1867. El manifiesto del CRPR denunciaba la esclavitud, los monopolios comerciales peninsulares, el hambre, la ausencia de escuelas, y la completa falta de progreso en la colonia. Un mes después juró con frialdad ante un tribunal que pretendía convertirse en ciudadano estadounidense –calculando que esto lo mantendría libre de las garras españolas– y al día siguiente partió hacia la isla danesa de Saint Thomas. F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., pp. 98-99.

[38] Betances estaba comprando armas en la colonia holandesa de Curaçao, por lo que se perdió ese acontecimiento histórico.

[39] En F. Ojeda, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898),* cit., pp. 349-351, se encontrará una perspectiva interesante sobre las afinidades entre Betances y Blanqui.

[40] *Ibid.,* p. 221.

[41] P. Estrade, «El heraldo de la "independencia absoluta"», cit., p. 10.

[42] F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., p. 338.

[43] Véanse las cartas escritas por Ventura a Rizal el 5 de febrero y el 19 de mayo de 1890, la primera indicando que ha firmado un arrendamiento por dos años y la segunda que está a punto de mudarse. Rizal se alojó con él en octubre de 1891, antes de salir para Marsella y Hong Kong. *Cartas entre Rizal y sus colegas,* cit., pp. 493-494 y 531.

[44] Este importante punto se plantea bien en F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», *Spagna contemporanea* [Allesandria, Piamonte] 9/iv (1996), pp. 101-130, en p. 117. Así podría ser en teoría. Pero el nacionalismo cubano puso a muchos anarquistas locales al lado de Martí, y el nacionalismo español reforzó subterráneamente la desconfianza del anarquismo español hacia el utopismo separatista del nacionalismo (burgués) cubano.

[45] F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., pp. 339 y 348; P. Estrade, «El heraldo de la "independencia absoluta"», cit., p. 9.

[46] Véase F. Tamburini, «Betances, los mambises italianos, y Michele Angiolillo», en F. Ojeda Reyes y P. Estrade (eds.), *Pasión por la libertad,* cit., pp. 75-82; y F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., pp. 362-371.

[47] Este comité estaba compuesto por dos cubanos, dos belgas y un joven inglés llamado Ferdinand Brook, cuyo hermano se había ido a Cuba a luchar contra los españoles. P. Estrade, *Solidaridad con Cuba Libre, 1895-1898. La impresionante labor del Dr. Betances en París,* San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2001, p. 143. Herrera mantuvo un estrecho contacto con Alejandrino cuando éste se trasladó a Hong Kong. Transmitía a Betances la información que recibía sobre el avance de la revolución filipina. En 1897, la revista de Betances, *La República Cubana,* publicó dos cartas de Alejandrino, enviadas desde Hong Kong, una en julio y otra en septiembre. El protegido de Rizal también aprovechó su relación con Herrera para instar a los cubanos de Nueva York a ayudarles con armas. No está claro si Alejandrino actuaba por su propia cuenta, o bajo instrucciones de su jefe titular, Mariano Ponce.

[48] Sobre su relación, véase F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., pp. 329-333.

[49] *Ibid.,* p. 372. De acuerdo con P. Estrade, *Solidaridad con Cuba Libre, 1895-1898. La impresionante labor del Dr. Betances en París,* cit., p. 147, Betances le dijo a Estrada que tenía en la embajada española un espía que le pasaba mucha información confidencial.

[50] P. Estrade, *Solidaridad con Cuba Libre, 1895-1898. La impresionante labor del Dr. Betances en París,* cit., p. 147.

[51] F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., p. 373.

[52] *Ibid.,* p. 374.

[53] Para el siguiente relato de la breve vida de Angiolillo me baso principalmente en el artículo de F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo». Este artículo se basa en un profundo estudio de los hasta ahora poco examinados archivos italianos sobre el foggiano y su asesinato del presidente español.

[54] La República Partenopea fue la última de las cuatro repúblicas italianas creadas entre 1796 y 1799 bajo la protección de los ejércitos napoleónicos. Tenía su sede en Nápoles.

[55] Acerca de la trayectoria de Ferrara, véase F. Tamburini, «Betances, los mambises italianos, y Michele Angiolillo», cit., pp. 76-77.

[56] P. Estrade, *Solidaridad con Cuba Libre, 1895-1898. La impresionante labor del Dr. Betances en París,* cit., p. 146; Tamburini señala que en *Les Inquisiteurs* Tarrida se calificaba a sí mismo, de forma bastante insincera, de «cubano, pero no filibustero, federalista, pero no anarquista, librepensador, pero no francmasón». F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», cit., p. 114, refiriendo a la p. 36 del famoso libro de Tarrida.

[57] F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda,* cit., p. 40, citando de la versión en castellano de las memorias de R. Rocker, *En la borrasca (años de destierro),* Puebla, México, Edit. Cajicá, 1967, pp. 118-120. También cita una carta de Cleyre a su madre después de ver a Gana en persona, contándole que le habían quemado las manos con hierros candentes, que le habían arrancado las uñas, le habían metido la cabeza en un compresor de metal y le habían arrancado los testículos. Este relato se encuentra en P. Avrich, *op. cit.,* p. 114.

[58] De acuerdo con Max Nettlau, que cita la revista de Jean Grave, *Les Temps Nouveaux* correspondiente al 19 de junio de 1897, se publicó a comienzos de la segunda quincena de junio. La referencia es al manuscrito del segundo volumen todavía inédito de su obra *Anarchisten und Syndicalisten,* un ejemplar del cual me fue amablemente proporcionado por Mieke Ijzermans, del Internationaal Instituut loor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam.

[59] En F. Fernández, *La sangre de Santa Águeda,* cit., p. 45, se encuentran largos extractos del relato de Betances.

[60] Debería añadirse que un elemento clave del estudio de Tamburini es la demolición forzosa de la a menudo repetida historia de que Betances (o Rochefort) dio a Angiolillo una cantidad sustancial de dinero (que varía de 1.000 a 500 francos).

[61] F. Ojeda Reyes, *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances,* cit., p. 121, citando el segundo volumen de M. Rodríguez Objio, *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración,* Santiago,

República Dominicana, Ed. El Diario, 1939, pp. 167-168.

[62] Tamburini cita de las memorias de Antignac estas pesarosas frases: «Le livre qu'il lisait et erelisait était intitulé *Montjuich,* par Tarrida del Mármol, sa valise ne contenait que celui-là [...] Quelques heures avant son départ nous dîmes à Angiolillo «Au revoir, camarade». «Non, pas au revoir, Adieu!». À ce moment son oeil flamba sous les lunettes. Nous fûmes stupéfaits». [El libro que leía y releía era el de Tarrida del Mármol, *Montjuich,* su maleta no contenía nada más (...) Unas horas antes de partir le dijimos «Hasta la vista camarada». «No, hasta la vista no. Adiós.» En ese momento, se le encendieron los ojos tras las gafas. Nos quedamos estupefactos».] F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», cit., p. 118.

[63] Es curioso que en Londres, tanto *The Times* como *Daily Telegraph* publicaran el 10 de agosto una noticia de Reuters afirmando que el hombre al que llamaba Michele Angino Golli «ha admitido haber matado al señor Cánovas para vengar a los anarquistas de Barcelona, y al Dr. Rizal, el líder insurgente ejecutado en filipinas». Al día siguiente, el *Daily Telegraph* dio a sus lectores otra noticia de Reuters de acuerdo con la cual «se dice que Golli lamenta no haber matado al general Polavieja, por haber hecho que fusilasen al líder filibustero Rizal». No hay ninguna mención a Weyler y a la guerra de Cuba. Agradezco a Benjamin Hawkes-Lewis esta información.

[64] F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», cit., pp. 123 y 129. La cita está traducida por mí del original italiano que Tamburini toma el artículo «La difesa de Angiolillo», publicado (tras ser sometido a la censura del régimen de Crispi) en *L'Agitazione* de Ancona el 2 de septiembre de 1897.

[65] «Germinal» era un grito de guerra popular en el movimiento anarquista, probablemente debido al enorme éxito de la novela de Zola. F. Tamburini, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», cit., p. 124. Pero el simbolismo surgió del calendario de la Revolución francesa, en el que se llamaba así al primer mes de la primavera. Por así decirlo, «Si llega el invierno, ¿puede andar la primavera muy lejos?».

[66] P. Baroja, *Aurora Roja,* p. 160, citado en R. Núñez Florencio, *op. cit.,* p. 131.

[67] El general –a quien Betances gustaba de llamar pequeño Atila– tal vez se sintiera en parte aliviado. Fernández indica que había tenido suerte de no salir volando en pedazos en abril del año anterior. Con ayuda de dos anarquistas asturianos, un joven nacionalista cubano llamado Armando André ocultó una bomba en el techo de un retrete situado en la planta baja del palacio del capitán general. Se suponía que el dispositivo debía explotar cuando Weyler se sentara en la taza, haciendo que toda la segunda planta se le viniera encima. Los conspiradores no sabían, sin embargo, que Weyler sufría tanto de hemorroides que casi nunca usaba la instalación, prefiriendo un hoyo cavado en el suelo cuando tenía que defecar. La bomba explotó, pero no hubo heridos, y Weyler decidió informar a Madrid de que la explosión había sido causada por atrancos que impedían que los gases de la letrina salieran adecuadamente.

[68] El entusiasmo popular con el que Weyler fue recibido a su regreso a España, el 19 de noviembre, provocó el pánico en el nuevo gobierno liberal, que temió que el militar liderase un golpe de Estado. Pero Weyler, que no era tonto, se mantuvo del lado de la constitución y no hizo nada por animar a sus partidarios, que entonces empezaron a fijarse como posibilidad en el firmemente católico Polavieja. Véase H. Martín, *op. cit.,* cap. xiii.

[69] No hay razón para creer que las acusaciones fueran ciertas. Algunos de estos hombres habían colaborado con la abortiva Liga Filipina de Rizal en 1892, mantenían correspondencia con Del Pilar y el círculo de *La Solidaridad,* y era, cautos nacionalistas con mucho que perder. Ocampo informa de que Bonifacio pidió a Roxas fondos para ayudar al Katipunan, pero el millonario se negó. El airado revolucionario dijo entonces a su ayudante de confianza Emilio Jacinto que falsificara las firmas de personas como Roxas en las listas de miembros del Katipunan, y las dejase donde la policía española pudiera encontrarlas. Parece haber pensado que serían detenidos y torturados, y de ese modo se convertirían a la causa rebelde. A. Ocampo, *Rizal without the Overcoat,* cit., p. 246; véase también T. Agoncillo, *A Short History of the Philippines,* cit., p. 86, basada en su innovador estudio de dos volúmenes sobre la Revolución filipina.

[70] Evangelista murió en acción el 17 de febrero de 1897.

[71] El idioma de la provincia es un dialecto distinto del tagalo. Los notables locales, entonces y ahora, son conocidos por los complejos matrimonios entre sí.

[72] O. Corpuz, *op. cit.,* vol. 2, p. 239.

[73] Hoy, Biak-na-Bató (Roca Partida) es un espacio del patrimonio oficial poco visitado. Vadeando un pequeño río serpenteante se llega a las cuevas calizas llenas de murciélagos en las que se cree que Aguinaldo

y sus hombres se ocultaron.

[74] Carta enviada por Ponce a Blumentritt desde Hong Kong 22 de septiembre de 1897 e incluida en M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* Manila, Bureau of Printing, 1932, pp. 42-45. Ponce señalaba que había oído hablar del encuentro de Primo con la delegación a uno de los miembros de ésta.

[75] *Ibid.,* p. 24. carta a Blumentritt, escrita en Hong Kong el 18 de agosto de 1897.

[76] W. H. Scott, *op. cit.,* p. 14, cita de la correspondencia de Primo a sus superiores en Madrid.

[77] *Ibid*. Es interesante que, en la carta escrita a Blumentritt el 18 de agosto, ya citada, Ponce dijera que no había visto el nombre de Isabelo en la lista de pasajeros, dando a entender que había en Manila alguien que vigilaba el tráfico naval saliente. Expresaba su temor a que lo hubieran «hecho desaparecer», como decimos hoy en día.

[78] *Ibid.,* p. 14. Isabelo recordaba en 1900 que «estaba rigurosamente incomunicado en las cárceles nacionales de Barcelona, en un calabocillo á donde, para llegar, había que pasar por tres puertas cerradas con llave, cuando, por arte de birlibirloque, un distinguido periodista federal que estaba también preso por revolucionario, D. Ignacio Bo y Singla, logró introducirse en mi prisión». *Filipinas ante Europa,* 25 de marzo de 1900. Federico Urales, *Mi vida,* Barcelona, La Revista Blanca, 1930, t. i, p. 218, escribió que aunque Bo era física mente insignificante *(casi ridículo),* tenía una enorme valentía política. Empezó su vida política como federalista con Pi y Margall, pero acabó en el anarquismo y el ateísmo militante. También publicó un lacerante libro sobre Montjuïc.

[79] F. Urales, *Mi vida,* cit., vol. i, pp. 79, 196-197 y 200. El verdadero nombre catalán de Urales era Joan Montseny, pero tomó el nombre de Urales (¡Liberia!) para su primer *nom de guerre* y *nom de plume*. Originalmente lo iban a deportar a Río de Oro; pero en el último minuto lo enviaron al exilio a Londres, donde inmediatamente ayudó a organizar el Comité sobre las Atrocidades Españolas. Volvió a España en 1898 y fundó *La Revista Blanca* en homenaje a *La Revue Blanche* (aunque destinada más a *obreros conscientes* que a importantes intelectuales). Recordaba, de manera muy conmovedora, que cuando creó *La Revista Blanca* escribió artículos muy populares sobre enfermedades y sobre las condiciones sociales que las causaban, bajo el pseudónimo de Dr. Boudin. Lo hizo porque «los intelectuales de la clase obrera no creían en el talento de Federico Urales, de quien sabían que era Juan *(sic)* Montseny», pero confiaban plenamente en el «Dr. Boudin».

[80] Véase R. Núñez, *op. cit.,* pp. 55 (Narciso Portas) y 60-61 y 158 (Sempau). Nettlau lo describió bastante maliciosamente como «ein zwischen Anarchismus und Catalanismus flukturierender Einzelgänger [«un solitario que fluctuaba entre el anarquismo y el catalanismo»] (Nettlau ms, p. 116). Sempau formó más tarde parte del renacimiento catalán de principios del siglo xx, colaborando con la revista en catalán *Occitània*.

[81] *Ibid.,* p. 158, citando del segundo volumen de F. Urales, *Mi vida,* cit., pp. 80-81.

[82] Isabelo, citado en W. H. Scott, *op. cit.,* p. 15.

[83] *Ibid.,* p. 14.

[84] El comprometidamente anarquista Theâtre Libertaire abrió sus puertas en 1898 con un drama titulado *Montjuich,* que seguía siendo popular varios años después. E. Herbert, *op. cit.,* p. 39. Herbert comenta que en la década de 1890 París andaba muy escasa de dramaturgos franceses competentes, e Ibsen –a menudo interpretado por los anarquistas– descollaba sobre todos.

[85] Scott describe la deliciosa mezcla que convocó una vital manifestación contra «Montjuich» en febrero de 1898, a la que se unió Isabelo. Organizada por un grupo cercano a Lerroux (incluida una periodista de su periódico *El Progreso* que se convertiría en la segunda esposa del filipino), en ella participaron: la Asociación de Librepensadores, el Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos, *El Diluvio,* la Unión de Espiritistas Kardecianos, Estudiantes Liberales de la Facultad de Derecho, el Centro Marxista, la Sociedad Feminista Progresista, la Juventud Republicana, *Revista Masónica,* la Sociedad de Estibadores, la Sociedad de Obreros en Madera, la Unión de Sociedades Obreras y *La Voz del Pueblo*. *Unión Obrera Democrática,* p. 16.

[86] T. Agoncillo, *A Short History of the Philippines,* cit., p. 102. Más información sobre Ferrer en la n. 130.

[87] *Ibid.,* p. 103.

[88] La maravillosa e indispensable fuente sigue siendo C. Adib Majul, *Mabini and the Philippine Revolution,* Quezon City, University of the Philippines Press, 1996, publicado originalmente en 1960.

[89] Véase L. Wolf, *Little Brown Brother,* Nueva York, Doubleday, 1961. Más recientemente, véase asimismo C. G. Balucan, «War Atrocities», *Kasaysayan* 4/1 (diciembre de 2001), pp. 34-54.

[90] Tomada de una copia mecanografiada de la carta original, encontrada en la Colección Pardo de

Tavera que se conserva en el Ateneo de Manila.

[91] En una carta escrita el 28 de septiembre de 1898, Ponce le decía a Blumentritt que compartía su opinión, y que había advertido repetidamente a sus paisanos de que «aunque sin duda bajo los estadounidenses el país se enriquecería en agricultura, industria y comercio, «*esa riqueza no será nuestra, sino que estará en manos americanas*». M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., pp. 195-205.

[92] Específicamente, el Dr. Eduardo Soler en Berlín, el Dr. Daniel Brenton en Pennsylvania, el Dr. A. H. Meyer en Dresde, y el editor intelectual A. Tjeenk Willink en Holanda. En una efusiva carta fechada el 9 de septiembre de 1897, Ponce agradecía a Tjeenk Willink que publicase en su periódico, *Op de Uitkijk,* un elogioso artículo en homenaje a Rizal escrito por el famoso javanólogo R. A. Kern. M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., p. 34. Más tarde, Blumentritt animó a Ponce a escribir también para esta publicación periódica.

[93] En los cientos de páginas de *El destierro* sólo se menciona a Izquierdo dos veces.

[94] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1864-1892,* cit., pp. 5-9.

[95] *Ibid.,* pp. 28-32.

[96] La carta no menciona a Mabini por su nombre, y está dirigida con tacto a Muy Sr. Nuestro. Pero los estadounidenses que la descubrieron seguramente tenían razón al pensar que iba dirigida al hombre del momento. La carta está microfilmada en la Biblioteca Nacional de Manila.

[97] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., pp. 174-176. El mismo día, Ponce escribió a Mabini una firme carta pidiéndole ayuda, y añadiendo que Betances era un viejo camarada a quien nuestra «sagrada causa debe mucho». *Ibid.,* pp. 177-179. Más tarde se supo que el joven había sido detenido por el gobierno filipino, pero estaba bien de salud y de ánimo.

[98] Lo que probablemente nunca sabremos es si los tagalos pobres se apropiaron de la «innovación» de Rizal, o si éste tomó las prácticas de los tagalos pobres.

[99] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., pp. 124-126.

[100] *Ibid.,* pp. 316-317. Fujita debía de ser una figura inusualmente cosmopolita para el Japón de su época. El profesor Umemori Naoyuki, de la Universidad Waseda, me informa de que en 1899-1900 figuraba en la guía contemporánea del gobierno *(Shokuinroku)* como traductor de español para el Ministerio de Exteriores. En 1901, empezó a dar clases en el departamento de español de la Universidad de Estudios Exteriores de Tokio (Tokyo Gaikokugu Gakko), de acuerdo con la historia publicada de dicha universidad. Se menciona como profesor de cursos intensivos de malayo e indostaní, en la misma institución, en M. Akihisa, «Nihon no okeru malay go no kaishi to tenkai» [«El comienzo y la evolución de la educación malaya en Japón»], en K. Tatsuo (ed.), *Wagakunini okeru gaikokugo kenkyu/kyoiku no shiteki kosatsu,* Osaka, Gaikokugo Gakko, 1990. También en 1908, pronunció una conferencia sobre «la escritura de la religión islámica» en la asociación Toa Kyokai fundada por el influyente académico Inoue Tetisujiro. (Fujita fue miembro de esta organización, cuyos archivos indican que era nacido en Tokio, de ambiente samurai, pero sin titulación universitaria.) Esta conferencia se publicó después en dos partes en la revista de la asociación con el título de «Huihuikyo no keiten ni tsuite», *Toa no Hikari [Luz en el Este Asiático]* 4/3 pp. 50-56, y 6/3, pp. 78-85.

En este texto memorable, escribe Umemori, Fujita mencionaba que se había quedado en Moscú, y dado allí una conferencia basada en sus experiencias con los musulmanes dentro de los dominios del zar, después había pasado a estudiar el islam en China y, por último, había ampliado su interés a todo el mundo islámico, desde Filipinas al norte de África. También subrayaba, dando ejemplos concretos, la influencia del árabe en el turco, el español, el portugués e incluso el japonés. Sostenía que los sesgos religiosos europeos hacían imposible un estudio imparcial del islam en este continente, pero que los japoneses estaban preparaos para hacerlo «sin sesgo a favor o en contra» y deberían empezar a hacerlo.

Después de 1908, Fujita desaparece de escena tan misteriosamente como entró en ella. Umemori señala que es obvio que los archivistas no tenían idea de cómo pronunciar el ideograma chino de su nombre personal, por lo que aparece escrito de diversas formas: «Hideo», «Kiso» y «Suekata».

[101] *Ibid.,* pp. 333-336. Mientras tanto, Ponce había conocido a «Iwo», de veinte años y segundo hijo de la dinastía coreana, a quien los progresistas coreanos consideraban el mejor sucesor al trono. A Ponce le encantaban su *élan* juvenil y sus ideales liberales.

[102] *Ibid.,* pp. 416-418.

[103] *Ibid.,* p. 411. Carta fechada el 26 de octubre de 1899.

[104] En páginas interiores, el título es el siguiente: *Cuestión filipina: una expositión (sic) histórico-crítica de hechos relativos á la guerra de la independencia,* traducido por H. Miyamoto e Y. S. Foudzita. La editorial era

Tokyo Senmon Gakko (nombre inicial de la Universidad Waseda de Okuma).

[105] En Caesar *(sic)* Z. Lanuza y Gregorio F. Zaide, *Rizal in Japan,* Tokio, C.Z. Lanuza, 1961, se pueden encontrar fotos de la elegante caligrafía y los impresionantes cuadros con pincel realizados al estilo japonés.

[106] *Ibid.,* cap. vii. Este texto está lleno de errores cuya corrección agradezco a Carol Hau y Shiraishi Takashi. Lo extraño es que –por lo que yo sé– Rizal sólo menciona Suehiro una vez en su correspondencia, en una carta enviada a Ponce desde Londres el 27 de julio de 1888. Las dos frases nada ceremoniosas dicen: «Hice conocimiento con un japonés que venía á Europa, después de haber estado preso por Radical y ser director de un periódico independiente. Como el japonés no hablaba más que japonés, le serví de intérprete, hasta nuestra llegada á Londres». *Epistolario Rizalino, 1887-1890,* cit., p. 34.

[107] Agradezco mucho a Umemori Naoyuki la siguiente indicación sobre *Oonabara*. Explica que hasta aproximadamente 1900 los novelistas de la época Meiji daban por lo general nombres japoneses a personajes extranjeros y a la mayoría de los lugares extranjeros, sin que esto implicase necesariamente una «verdadera» conexión japonesa. Los traductores de autores europeos favoritos como Zola seguían la misma práctica. La idea era hacer los textos más accesibles al lector japonés común.

[108] Aunque el término *soshi* adquirió en el siglo XX la connotación negativa de «matón político», Suehiro lo usaba en el sentido antiguo, más positivo de «defensor de los derechos del pueblo». Véase el análisis en el apéndice vii de J. M. Saniel, *op. cit.*

[109] Como hemos visto, el Katipunan intentaría también, dos años después, conseguir la ayuda japonesa.

[110] C. Z. Lanuza y G. F. Zaide, *op. cit.,* cap. vii.

[111] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., pp. 353-354.

[112] En una carta escrita el 6 de marzo a Apacible de Hong Kong, Ponce escribía que Hirata y Sun estaban de visita. Debió de ser en esa reunión cuando se tomó la famosa foto de los dos hombres: Ponce con ropa europea, excepto unos zapatos muy raros, y con un bigote fino; Sun con ropa japonesa y un bigote aún más fino. La foto está incluida con la carta en *Ibid.,* pp. 292-296.

[113] Ponce publicó en 1914 una biografía de Sun, y estaba a punto de visitarlo cuando cayó repentinamente enfermo y murió en Hong Kong el 23 de mayo de 1918. Véase la entrada correspondiente a Ponce en el vol. 2 de *Filipinos in History,* cit., pp. 115-116.

[114] Nombrado en honor a su inventor Murata Tsuneyoshi, bajo samurai de Satsuma, el fusil Murata era una mezcla creativa de modelos franceses y alemanes actualizados. La versión mejorada fue un elemento decisivo en la victoria de Japón sobre la China imperial en 1895. Fue superado en 1897 por el fusil de Arisaka Nariakira, basado en el Mauser. Por eso había muchos fusiles Murata obsoletos disponibles en el mercado de armas de contrabando. Agradezco a Tsuchiya Kenichiro el asesoramiento en este tema.

[115] Shiraishi Takashi me informa amablemente de que nada menos que el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra japonés estaba tras la empresa, y que los desafortunados militares japoneses embarcados estaban a sus órdenes. Nada en la correspondencia de Ponce sugiere que estuviera informado de esto.

[116] Véase el sucinto relato incluido en S. V. Epistola, *Hong Kong Junta,* Quezon City, University of the Philippines Press, 1996, pp. 123-124. Los estadounidenses tenían espías en Japón, y también mantenían patrullas navales eficaces en aguas filipinas.

[117] Véase R. Karl, *Staging the World,* Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2002, en especial el cap. 4, «Recognizing Colonialism: The Philippines and Revolution».

[118] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1892,* cit., pp. 190-191.

[119] Este nombre me lo ha proporcionado amablemente Carol Hau, en referencia a investigaciones recientes de especialistas de China. El relato de Pawa que sigue se basa en gran parte en el artículo de T. Ang See, «The Ethnic Chinese in the Filipino-American War and After», *Kasaysayan* 4/1 (diciembre de 2001), pp. 83-92.

[120] Si esta descripción es precisa, Pawa debió de cortarse la trenza al llegar a Hong Kong, donde Aguinaldo lo necesitaba como intérprete. (Probablemente sólo hablase hokkienés, quizá un poco de cantonés, y tagalo, lo que hacía que el caudillo se sintiera muy cómodo con él.)

[121] Este párrafo es una lamentable condensación del material espléndidamente detallado que se encuentra en L. C. Dery, «When the World Loved the Filipinos», cit., (véase cap. 3, n. 43).

[122] *Filipinas ante Europa* publicó treinta y seis números entre el 25 de octubre de 1899 y el 10 de junio de 1901. Después de su cierre, probablemente debido a problemas con la policía de Madrid, reapareció con el nombre de *El Defensor de Filipinas,* una revista mensual publicada desde el 1 de julio al 1 de octubre de 1901.

[123] Véase W. H. Scott, *op. cit.,* p. 13, donde se cita el *Epistolario de Marcelo H. del Pilar,* Manila, República de Filipinas, Dept. de Educación, Oficina de Bibliotecas Públicas, 1955, vol. 1, p. 20.

[124] Característico es el titular de «Mac-Kinley, ¿embustero ó criminal?, *Filipinas ante Europa,* 10 de marzo de 1900.

[125] «Negro Porvenir de los filipinos bajo la dominación imperialista», *ibid.,* noviembre (no se proporciona la fecha exacta), 1899. «A los negros los cazan como á fieras en las calles, si tienen la desgracia de enamorarse de una blanca.»

[126] Por desgracia, en este grupo se incluía a Pardo de Tavera, que volvió a Filipinas para convertirse en miembro del legislativo de la República. Más tarde justificó su acercamiento a Estados Unidos aduciendo que el caudillismo ya era desenfrenado, y que Filipinas sufriría el destino de Suramérica si obtenía una independencia prematura. Por desgracia, también Basa padre y Regidor se trasladaron a la columna estadounidense. Isabelo los llamaba por lo regular «Judas». Un buen ejemplo de la ferocidad de su retórica es «Contra la traición», cit., 10 de febrero de 1900.

[127] «Organización del ejército boer», *ibid.,* 10 de septiembre de 1900.

[128] Mabini fue capturado el 10 de diciembre de 1899 y encarcelado en Manila. Desde la cárcel escribió sus mejores artículos contra la política estadounidense, algunos tan feroces que la prensa se negó a publicarlos. El 21 de junio de 1900 se anunció una amnistía general para los presos políticos siempre que jurasen fidelidad al nuevo gobierno colonial. Pero Mabini se negó. El 3 de octubre, lo liberaron brevemente, pero continuó sus ataques contra los colaboradores filipinos y las políticas del régimen estadounidense. El 15 de enero de 1901, al hombre descrito por el futuro gobernador general William Haward Taft como «el irreconciliable más destacado entre los filipinos» lo metieron en un barco que partía al día siguiente hacia Guam, junto con otros sesenta hombres, incluidos militantes nacionalistas y sus criados personales (Mabini no tenía). El 4 de julio de 1902, el presidente Roosevelt firmó una nueva amnistía, que fue enviada a Guam; todos excepto Mabini y otro hombre aceptaron sus condiciones y volvieron a casa. Por último, el 9 de febrero de 1903, Mabini recibió la comunicación de que ya no era prisionero de guerra, y podía moverse con libertad adonde deseara, pero que no se le podía permitir el regreso a Filipinas mientras no jurase fidelidad. Considerando que ya no tenía alternativa, aceptó hacerlo cuando llegase a Manila. Murió de cólera tres meses después, el 13 de mayo. Su entierro fue la mayor reunión de filipinos vista en la capital en muchos años. Véase el último capítulo de C. A. Majul, *op. cit.*

[129] En «A mi casa», publicado en el último número de *El Defensor de Filipinas,* el 1 de octubre de 1901, explicaba sus razones de manera persuasiva y modesta.

[130] La siguiente sección sobre qué hizo Isabelo a su vuelta a Filipinas se ha obtenido en buena medida del excelente libro de Scott. Casi la última persona a la que Isabelo visitó antes de partir hacia su país fue (el aún controvertido) Francisco Ferrer Guardia. Ferrer, nacido en 1859 en el seno de una pudiente familia catalana conservadora, a los catorce años dejó su hogar para escapar de una «sofocante atmósfera religiosa» y acabó dirigiéndose a París donde trabajó mucho tiempo como secretario del veterano conspirador republicano Ruiz Zorrilla. Tras dieciséis años en Francia, donde se convirtió en un anarquista convencido, Ferrer volvió a Barcelona en 1901 y creó la influyente publicación anarquista *La Huelga General,* hecha posible, se dice, por el legado de un millón de francos de una francesa que había sido alumna suya. También fundó una modélica Escuela Moderna, laicista y progresista, que interesó mucho a Isabelo. Más tarde, Ferrer fue juzgado, aunque absuelto, por organizar supuestamente dos intentos de asesinato fallidos contra Alfonso xiii (31 de mayo de 1905 en París; 31 de mayo de 1906 en Madrid). En julio de 1909, como respuesta a las enormes e irrefrenables protestas en Barcelona contra el envío de tropas españolas a Marruecos, el gobierno conservador de Antonio Maura declaró el estado de sitio en la ciudad, cerró todos los clubes de izquierdas y las escuelas progresistas no religiosas y prohibió los grupos anarquistas y republicanos. A Ferrer volvieron a detenerlo y, esta vez, un tribunal militar lo condenó por sedición. Lo ejecutaron el 13 de octubre. El gobierno de Maura cayó doce días después. J. Romero Maura, *op. cit.,* y R. Núñez Florencio, *op. cit.* Núñez añade una nota inquietante sobre el final de Ferrer ante el pelotón de fusilamiento. El 12 de noviembre de 1909, un mes después de la ejecución, Unamuno escribía a su amigo González Trilla: «En efecto, querido amigo, ha sido España, la legítima España, la española, quien ha fusilado á Ferrer. Y ha hecho muy bien en fusilarle. Ferrer era un imbécil y un malvado, y no un inquietador. Sus escuelas, un horror. Pedagógicamente detestables. Su enseñanza, de una vacuidad y una mala fe notorias. Sus libros de lectura horrorizan por lo estúpido. Ferrer, una vez condenado por el Tribunal, no por instigador, sino por partícipe en los incendios, no debió ser indultado. Se trataba de la independencia espiritual de España, de que el gobierno no podía

sucumbir á la presión de la “golfería europea” –anarquistas, masones, judíos, científicos y majaderos– que pretendía imponérsele y que “antes del juicio” estaba ya pretendiendo trocarlo. Habían declarado “a priori” inocente á Ferrer». Se dice que más tarde Unamuno lamentó haber usado este estilo elíptico (R. Núñez Florencio, *op. cit.,* p. 150).

[131] Véase el capítulo de W. H. Scott, «The Strikes» incluido en *The Unión Obrera Democrática: First Filipino Trade Union,* cit.

[132] Isabelo denominaba a estos eventos, muy serio, *veladas instructivo-recreativas*.

[133] Gómez fue también uno de los pocos filipinos que viajó a Cuba. Antiguo estudiante de Medicina en Madrid, sirvió, como se suponía que debía hacer Rizal, en el Cuerpo Médico del Ejército español en la isla. J. N. Schumacher, *op. cit.,* p. 190, n. 12.

[134] Aglipay estaba furioso por el apoyo incondicional del Vaticano al dominio colonial español, y la feroz hostilidad de la jerarquía local (peninsular) al movimiento revolucionario. Sus esfuerzos fueron apoyados por Apolinario Mabini, que quería romper el control de Roma sobre el sector más tradicional de la población indígena. Si nos acercamos a Sarrat, en el norte de Ilocos, lugar del levantamiento de 1815, encontraremos juntos un templo católico de estilo español y su competencia aglipayana. En el primero, el Cristo crucificado de la Contrarreforma aparece en un sangriento tormento, vestido sólo con un grisáceo taparrabos andrajoso. En el segundo, soporta su sufrimiento con dignidad, tiene un cuerpo esbelto y apenas sin sangre, y lleva unos elegantes calzones de raso bordado, en color azul celeste. Quizá fuese la alegre aportación de Isabelo.

[135] Este párrafo se ha obtenido de J. L. Llanes, *op. cit.,* pp. 22-32.

[136] La edición a la que yo he tenido acceso se imprimió en 1899, pero la primera página indica que ya era la tercera impresión, de modo que es posible que la publicación original datase de finales de 1898.

[137] Véase la introducción que Jovita Castro hace a su traducción, *N’y touchez pas!,* cit., pp. 31-35.

[138] Es divertido considerar el breve diario de Rizal sobre su viaje a lo largo de Estados Unidos a finales de la primavera de 1888. Tras más de una semana en cuarentena en la bahía de San Francisco, pasó tres días de turista en la ciudad, después tomó el barco hasta Oakland, comienzo de la línea férrea transcontinental. Al día siguiente, lunes 7 de mayo, partió, atravesando Sacramento y la Salt Lake City mormona, para llegar a Denver (9 de mayo). El tren llegó a Chicago el 11 por la mañana temprano, y partió hacia Nueva York esa tarde. El único comentario de Rizal sobre Chicago fue que «todos los estancos tienen delante la estatua de un *indio [sic],* cada una distinta». Llegó a Manhattan el 13 de mayo, y embarcó en un barco rumbo a Europa el 16. No tenía nada que decir acerca de la ciudad de la Estatua de la Libertad. Véanse sus *Diarios y Memorias,* cit., pp. 217-220.

[139] M. Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* cit., pp. 210-211. Ponce añade que había sabido de la traducción por Blumentritt, que seguramente estuvo detrás de la empresa.

[140] *Ibid.,* pp. 288-289. Esto indica que Ponce tenía los manuscritos en su poder o sabía que podía conseguirlos. Los libros se publicarían en español, no en japonés.

[141] *Ibid.,* pp. 223-225.

[142] *Ibid.,* pp. 162-164, 232-235 y 244-245.

[143] Me gustaría agradecer a Wang Hui estas notas sobre la recepción inicial de Rizal en China.

[144] El primer volumen se publicó en Cantón en 1983, y el segundo en Pekín en 1991, un año antes de su muerte. Sólo en 2002 se publicó, en Chuhai, la colección completa de los tres volúmenes, supervisada por su viuda. Agradezco a Carol Hau esta importante información.

Epílogo

En enero de 2004 me invitaron a dar una conferencia preliminar sobre algunos de los temas de este libro en la Universidad de Filipinas, famosamente nacionalista y radical, donde la influencia del «nuevo» Partido Comunista maoísta de José María Sison (ilocano), fundado a finales de 1968, conserva mucha fuerza. Como llegué demasiado temprano, ocupé el tiempo en una cafetería al aire libre de la universidad. Pasó un joven para entregar folletos a los clientes, todos los cuales los arrugaron sin contemplaciones y los tiraron en cuanto el chico se fue. Yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando capté el título del texto. «¡Organízate sin líderes!». El contenido resultó un ataque contra las jerarquías del país –política partidista plagada de jefes, capitalista multinacional y también comunista maoísta– en nombre de la solidaridad organizada «horizontal». El panfleto no llevaba firma, pero se incluía una dirección de internet para más información. Era una casualidad demasiado buena para guardármela para mí solo. Se la leí en alto a mi público y me sorprendió que casi todos parecieran desconcertados. Pero cuando terminé de hablar, muchos se apresuraron a pedir copias. No estoy seguro de si a Rizal le hubiera gustado el parque temático de Amoy, pero sí de que a Isabelo le habría encantado el panfleto y se habría apresurado a su portátil para explorar la página: *manila-indymedia.org*. Habría visto que esta página está enlazada con docenas más de tendencia similar en todo el mundo. ¿Globalización tardía?

Bibliografía

ADAM, J., «Striking a Blow for Freedom», *History Today* 53/9 (septiembre de 2003), pp. 18-19.

AGONCILLO, T., *A Short History of the Philippines*, Nueva York, Mentor, 1969.

—, *The Revolt of the Masses*, Quezon City, the University of the Philippines Press, 1956.

AKIHISA, M., «Nihon no okeru Malay go no kaishi to tenkai», en K. Tatsuo (ed.), *Wagakunini okeru gaikokugo kenkyu/kyoiku no shiteki kosatsu,* Osaka, Caikokugo Gakko, 1990.

ANDERSON, B. R. O'G, «Forms of Consciousness in *Noli me tangere*», *Philippine Studies* 51/4 (2000), pp. 505-529.

—, *Imagined Communities,* Londres, Verso, 1991 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* México, FCE, 1993].

—, *The Spectre of Comparisons,* Londres, Verso, 1998.

AVRICH, P., *An American Anarchist. The Life of Voltairine de Cleyre,* Princeton, Princeton University Press, 1978.

BALUCAN, C. G., «War Atrocities», *Kasaysayan* 1/4 (diciembre de 2001), pp. 34-54.

BAUDELAIRE, C., *OEuvres complètes,* vol. 7. París, Louis Conard, 1933.

BÉCARUD, J. y LAPOUGE, G., *Anarchistes d'Espagne,* París, André Balland, 1970 [ed. cast.: *Los anarquistas españoles,* Barcelona, Laia, 1977].

BERNHEIMER, C., *Figures of Ill Repute: Representing Prostitution in Nineteenth Century France,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1989.

BETANCES, R. E., «La autonomía en Manila», en H. Dilla y E. Godínez (eds.), *Ramón Emeterio Betances,* La Habana, Casa de las Américas, 1983.

—, *Las Antillas para los antillanos,* C. M. Rama (ed.), San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975.

BLUMENTRITT, F., «Una visita», *La Solidaridad,* 13 y 31 de enero de 1893.

BONOAN, R. K., SI, *The Rizal-Pastells Correspondence,* Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1994.

BORY, J.-L., *Eugène Sue, le roi du roman populaire,* París, Hachette, 1962.

BOSCH, J., *El Napoleón de las guerrillas,* Santo Domingo, Edit. Alfa y Omega, 1982.

CASANOVA, P., *La République mondiale des lettres,* París, Editions du Seuil, 1999 [ed. cast.: *La república mundial de las letras,* Barcelona, Anagrama, 2001].

CLARK, T. J. *Farewell to an Idea,* New Haven, Yale University Press, 1999.

COATES, A., *Rizal – Philippine Nationalist and Patriot,* Manila, Solidaridad, 1992 [ed. cast.: *Rizal, nacionalista y mártir filipino,* Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 2006].

COMIN COLOMER, E., *Historia del anarquismo español,* Barcelona, AHR, 1956.

COOK, B. (trad.), *Mallarmé: Selected Prose Poems, Essays and Letters,* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1956.

CORPUZ, O., *The Roots of the Filipino Nation,* Quezon City, the Aklahi Foundation, 1989, 2 vols.

CULLER, J. y CHEAH, P. (eds.), *Grounds of Comparison,* Nueva York, Routledge, 2003.

DALLAS, G., *At the Heart of a Tiger. Clémenceau and his World, 1841-1929,* Nueva York, Carroll & Graf, 1993.

DANIEL, E., «Leaves of Change: Cuban Tobacco Workers and the Struggle against Slavery and Spanish Imperial Rule, 1980s-1890s» (artículo inédito, 2003).
DE LA COSTA, H., S.J., (ed. y trad.), *The Trial of Rizal: W.E. Retana's Transcription of the Official Spanish Documents,* Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1961.
DE OCAMPO, E., *Rizal as a Bibliophile,* Manila, The Bibliographical Society of the Philippines, Occasional Papers, n.º 2, 1960.
DERY, L. C., «When the World Loved the Filipinos: Foreign Freedom Fighters in the Filipino Army during the Filipino-American War», *Kasaysayan*1/ 4 (diciembre de 2001), pp. 55-69.
EPISTOLA, S. V., *Hong Kong Junta,* Quezon City, University of the Philippines Press, 1996.
ESENWEIN, G. R., *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898,* Berkeley, University of California Press, 1989.
ESTRADE, P., «El Heraldo de la "Independencia Absoluta"», en F. Ojeda Reyes y P. Estrade, *Pasión por la libertad,* San Juan de Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000.
—, *Solidaridad con Cuba Libre, 1895-1898. La impresionante labor del Dr Betances en París,* San Juan de Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2001.
FARWELL, B. (ed.), *Encyclopedia of Nineteenth Century Land Warfare,* Nueva York, Norton, 2001.
FERNÁNDEZ, F., *La sangre de Santa Águeda,* Miami, Ediciones Universal, 1994.
FERRER, A., *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
FLAUBERT, G., *La tentation de Saint-Antoine,* París, A. Quentin, 1885.
FOOTMAN, D., *Red Prelude,* Londres, Barrie & Rockleff, 1968.
FOWLIE, W., *Rimbaud: A Critical Study,* Chicago, University of Chicago Press, 1965.
GONZÁLEZ LIQUETE, L. *Repertorio histórico, biográfico y bibliográfico,* Manila, Impr. Del Día Filipino, 1938.
GUERRERO, L. M., *The First Filipino, a Biography of José Rizal,* Manila, National Historial Institute, 1987.
HALL, D. G. E., *A History of South-East Asia,* Londres y Nueva York, St. Martin's Press, 1968.
HALPERIN, J. U., *Félix Fénéon, Aesthete and Anarchist in Fin-deSiècle Paris,* New Haven, Yale University Press, 1988.
HANSON, E., *Decadence and Catholicism,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1997.
HERBERT, E., *The Artist and Social Reform: France and Belgium, 1885-1898,* New Haven, Yale University Press, 1961.
HUYSMANS, J.-K., *A Rebours,* París, Charpentier, 1884; Fasquelles: c. 1904. Traducido al inglés con el título de *Against the Grain,* Nueva York, Lieber and Lewis, 1923, y *Against Nature,* Londres, Penguin Classics, 1959.
ILETO, R. C., *Pasyón and Revolution: Popular Movements in the Philippines, 1840-1910,* Quezon City, Ateneo de Manila Press, 1989.
JAMES, C. L. R., *The Black Jacobins,* ed. rev., Nueva York, Vintage, 1989.
JOAQUÍN, N., *A Question of Heroes,* Manila, Anvil, 2005.
JOLL, J., *The Anarchists,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1980

[ed. cast.: *Los anarquistas,* Barcelona, Grijalbo, 1978].
KARL, R., *Staging the World,* Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2002.
LANUZA, C. Z., y G. F. ZAIDE, *Rizal in Japan,* Tokio, C.Z. Lanuza, 1961 [ed. cast.: *Los jacobinos negros: Toussaint, L'Overture y la revolución de Haití,* Madrid, Turner, 2003].
LAQUEUR, W., *A History of Terrorism,* ed. rev., New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction, 2000 [ed. cast.: *Una historia del terrorismo,* Barcelona, Paidós, 2003].
LETE, E. de, «Redentores de perra chica», *La Solidaridad,* 15 de abril de 1892.
LLANES, J. L., *The Life of Senator Isabelo de los Reyes* (monografía reimpresa del semanario del *Manila Chronicle*, 1949).
MAITRON, J., *Le mouvement anarchiste en France,* 2 vols., París, Maspéro, 1975, [ed. cast.: *Ravachol y los anarquistas,* Madrid, Huerga y Fierro, 2003].
MAJUL, C. A., *Mabini and the Philippine Revolution,* Quezon City, University of the Philippines Press, 1996.
MARTÍN JIMÉNEZ, H., *Valeriano Weyler, de su vida y personalidad, 1838-1930,* Santa Cruz de Tenerife, Ediciones del Umbral, 1998.
MORET, S., «El Japón y las Islas Filipinas», *La España Moderna,* lxxiv, febrero de 1895.
NAIMARK, N., *Terrorists and Social Democrats: the Russian Revolutionary Movement Under Alexander* iii*,* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1983.
NATIONAL HISTORICAL INSTITUTE, *Filipinos in History,* Manila, NHI, 1990-1996, 5 vols.
NITTI, F., «Italian Anarchists», *North American Review* 167/5 (noviembre de 1998), pp. 598-607.
NÚÑEZ FLORENCIO, R., *El terrorismo anarquista, 1888-1909,* Madrid, Siglo XXI de España, 1983.
OCAMPO, A., *Rizal without the Overcoat,* Pasig City (Manila), Anvil, 2000.
—*, The Search for Rizal's Third Novel, Makamisa,* Pasig City (Manila), Anvil, 1993.
OFFORD, D., *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s,* Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
OJEDA REYES, F., *El desterrado de París. Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898),* San Juan, Ediciones Puerto Rico, 2001.
—, «Ramón Emeterio Betances, Patriarca de la Antillanía», en F. Ojeda Reyes y P. Estrade (eds.), *Pasión por la Libertad,* San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000.
ORTIZ Jr., D., *Paper Liberals. Press and Politics in Restoration Spain,* Westport (Connecticut), Westwood Press, 2000.
PALMA, R., *Biografía de Rizal,* Manila, Bureau of Printing, 1949.
PARDO DE TAVERA, T., «Las Nihilistas» (mecanografiado, s.f.).
PERNICONE, N., *Italian Anarchism, 1864-1892,* Princeton, Princeton University Press, 1993.
POE, E. A., *Tales,* Oneonta, Universal Library, 1930.
PONCE, M., *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900,* Manila, Bureau of Printing, 1932.
—, *Cuestión Filipina: una exposition histórico-crítica de hechos relativos á la guerra de la independencia,* trad. de H. Miyamoto e Y. S. Foudzita, Tokio, Tokio Senmon Gakko, 1901.
QUINN, P. F., *The French Face of Edgard Poe,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1954.
RAYNAL, G.-T. y DIDEROT, D., *Histoire philosophique et politique des établissements & du*

commerce des Européens sans les deux Indes, Ginebra, Libraries Associás,1775.
RETANA, W. E. *Vida y escritos del Dr. José Rizal,* Madrid, Victoriano Suárez, 1907, con «Epílogo» de Miguel de Unamuno.
REYES, I. de los, *El folk-lore filipino,* Manila, Tipo-Litografía de Chofré y C., 1899.
—, *El folk-lore filipino,* Traducción al inglés de Salud C. Dizon y Maria Elinora P. Imson, Quezon City, University of the Philippines Press, 1994.
—, *La sensacional memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución Filipina de 1896-1897,* Madrid., Tip. Lit. de J. Corrales, 1899.
REYES y Sevilla, J., *Biografía del Senador Isabelo de los Reyes y Florentino,* Manila, Nueva Era, 1947.
RIZAL, J., *Cartas á sus padres y hermanos,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961.
—, *Cartas entre Rizal y el profesor Fernando Blumentritt, 1888-1890,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961.
—, *Cartas entre Rizal y los miembros de la familia, 1886-1887,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961.
—, *Cartas entre Rizal y sus colegas de la propaganda,* Manila, José Rizal Centennial Commission, 1961, 2 vols.
—, *Diarios y Memorias,* Manila, Comisión del Centenario de José Rizal, 1961.
—, «Dimanche des Rameaux» (manuscrito inédito, 1887).
—, *Dr. José Rizal's Mi Último Adiós in Foreign and Local Translations,* 2 vols. Manila, National Historical Institute, 1989.
—, *El Filibusterismo,* Manila, Instituto Nacional de Historia, 1990.
—, *El Filibusterismo* [edición facsímil], Manila, Instituto Nacional de Historia, 1991.
—, *Epistolario rizalino,* 4 vols., ed. de T. Kalaw, Manila, Bureau of Printing, 1931-1935.
—, «Essai sur Pierre Corneille», manuscrito inédito, s.f.
—, *Noli me tangere,* Manila, Instituto Nacional de Historia, 1978.
—, *Noli me tangere,* con introducción de Leopoldo Zea, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
—, *N'y touchez pas!,* trad. de *Noli me tangere* efectuada por J. Ventura Castro, con introducción, París, Gallimard, 1980.
—, *One Hundred Letters of José Rizal,* Manila, National Historical Society, 1959.
—, *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1896,* 2 vols. Manila, National Historical Institute, 1992.
ROBB, G., *Rimbaud,* Londres, Picador, 2000.
ROCKER, R., *En la borrasca (Años de destierro),* Puebla, México, Cajicá, 1967.
ROMERO M., J., «Terrorism in Barcelona and its Impact on Spanish Politics, 1904-1909», *Past and Present* 41 (diciembre de 1968).
ROSS, K., *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.
ROXAS, F., *The World of Félix Roxas,* trad. de Á. Estrada y V. del Carmen, Manila, Filipiniana Book Guild, 1970.
SANIEL, J. M., *Japan and the Philippines, 1868-1898,* 3.ª ed., Manila, De la Salle University Press, 1998.
SARKISYANZ, M., *Rizal and Republican Spain,* Manila, National Historial Institute, 1995.
SCHMACHER, J. N., SI, *The Propaganda Movement, 1880-1895,* ed. rev., Quezon City,

Ateneo de Manila Press, 1997.
SCOTT, W. H., *The Unión Obrera Democrática: First Filipino Trade Union,* Quezon City, New Day, 1992.
SEE, T. A., «The Ethnic Chinese in the Filipino-American War and After», *Kasaysayan* 4/1 (diciembre de 2001), pp. 83-92.
SEMPAU, R., *Los victimarios,* Barcelona, Manent, 1901.
SERRANO, C., *Final del imperio. España, 1895-1898,* Madrid, Siglo xxi, 1984.
SICHROVSKY, H., *Ferdinand Blumentritt: An Austrian Life for the Philippines,* Manila, National Historial Institute, 1987. Traducido del alemán.
SUE, E., *The Wandering Jew,* Londres, Routledge and Sons, 1889.
SWEETMAN, D., *Explosive Acts. Toulouse-Lautrec, Oscar Wilde, Félix Fénéon and the Art and Anarchy of the Fin-de-Siècle,* Londres, Simon and Schuster, 1999.
TAMBURINI, F., «Betances, los mambises italianos, y Michele Angiolillo», en F. Ojeda Reyes y P. Estrade (eds.), *Pasión por la libertad,* San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000.
—, «Michele Angiolillo e l'assassinio di Cánovas del Castillo», *Spagna contemporanea* [Allesandria, Piedmont] 9/iv (1996), pp. 101-130.
TARRIDA DEL MÁRMOL, F., «Aux inquisiteurs d'Espagne», *La Revue Blanche* 88/12 (1 de febrero de 1897), pp. 117-120.
—, «Un mois dans les prisons d'Espagne», *La Revue Blanche* 81/11 (15 de octubre de 1896), pp. 337-341.
THOMAS, H., *Cuba: The Pursuit of Freedom,* New Brunswick (Nueva Jersey), Harper and Row, 1971 [ed. cast.: *Cuba: la lucha por la libertad, 1762-1970,* Barcelona y México, Grijalbo, 1973].
TORTONESE, P., «La Morale e la favola: Lettura dei *Misteri di Parigi* como prototipo del *romain-feuilleton* (manuscrito inédito, s.f.).
URALES, F. (Joan Montseny), *Mi vida,* 2 vols. Barcelona, La Revista Blanca, 1930.
VINCENT, P., «Multatuli en Rizal Nader Bekeken», *Over Multatuli* 5 (1980), pp. 58-67.
WIONSEK, K.-H. (ed.), *Germany, the Philippines, and the Spanish-American War,* trad. al ingles por T. Clark, Manila, National Historical Institute, 2000.
WOLff, L., *Little Brown Brother,* Nueva York, Doubleday, 1961.

PINCHE AQUÍ

Akal Pensamiento crítico

Akal Pensamiento crítico

"Una colección que radiografía la crisis de hegemonía neoliberal"



qué hacemos con el deterioro de la salud laboral y cómo avanzar en la igualdad y los derechos de los trabajadores en tiempos de crisis

Montserrat García Gómez
Ángel Cárcoba Alonso
Alfredo Menéndez Navarro
Ricardo Morón Prieto
Laurent Vogel



Qué hacemos con la salud de los trabajadores en tiempos de crisis

García Gómez, Montserrat

9788446042006
80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Para millones de personas, el trabajo perjudica seriamente la salud. Accidentes laborales, enfermedades profesionales, exposición a sustancias nocivas, estrés y trastornos mentales dejan al año miles de muertos, lesionados, enfermos e incapacitados. Muchos de ellos, además, ni siquiera son contabilizados como tales, pues buena parte del impacto sociolaboral en la salud es invisible, no está reconocido. En los últimos años el deterioro en forma de desempleo, precariedad y recortes, junto al aumento de la desigualdad, han llevado a un empeoramiento significativo de la salud en el trabajo.

Cómpralo y empieza a leer



Asalto al poder

González Calleja, Eduardo

9788432318467

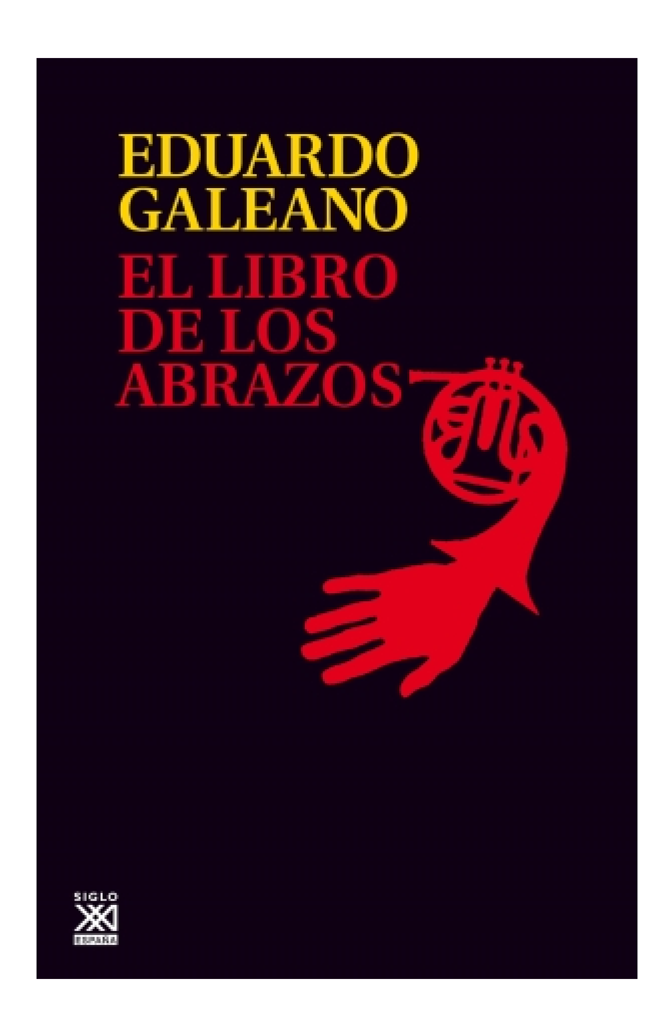
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Asesinatos, regicidios y golpes de Estado; guerra civil, mundial y de guerrillas; huelga, rebelión y motín; conspiración, terrorismo de Estado y represión legal o ilegal… La violencia política es poliforme, y por ello debe ser estudiada en el contexto del conflicto social y en las particulares condiciones del régimen político en que se produce. No es una mera disfunción del sistema; no se la puede interpretar vinculándola con la agresividad; tampoco con los daños producidos.

Para evitar esas perspectivas miopes, insuficientes, en Asalto al poder Eduardo González Calleja muestra cómo la violencia política es síntoma y resultado de procesos conflictivos, con factores internos y externos a los grupos en lucha, con componentes estructurales y coyunturales, y desvela el papel que desempeñan los cálculos estratégicos en la disputa del poder. Desde este enfoque analiza las distintas teorías elaboradas por las ciencias sociales para explicar las motivaciones, desarrollos y consecuencias del empleo deliberado de la fuerza en los conflictos políticos.

Cómpralo y empieza a leer



El libro de los abrazos

Galeano, Eduardo
9788432315244
265 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

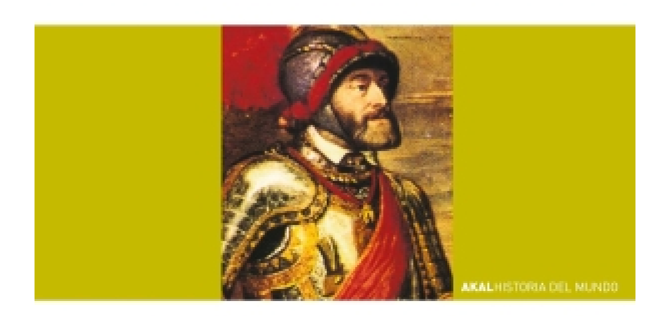
"Pleno de gracia y de profundidad indudable." Germán Vargas,

"Cronos”, Colombia. "Este libro destila América por todos los poros. ¡Dichosa La tierra que tiene un trovador que La descubre a sus semejantes!” José Ángel Bermejo, Diario 16, España "Galeano recupera para la literatura la capacidad de recrear el mundo.” Josep Morreres, Diario de Barcelona, España. "Una original manera de decir, una escritura eficaz que seduce al lector y establece con él un pacto secreto.” Ana Inés Larre-Borges, Brecha, Uruguay. "Los grandes escritores caminan en La cuerda del equilibrista y arriesgan el cuello con cada palabra. En Memoria del Fuego, Galeano fue un acróbata triunfante. En El Libro de los Abrazos, se desprende de la cuerda y levita en el aire. Alan Ryan, The Washington Post, USA. "Galeano no inventa: descubre. Lo real es, para él, más fantástico que La fantasía. Una obra inclasificable.” Erich Hackl, Deutsches Allgemeines Sonntagsblatt, Alemania. "Las historias más poéticas que he leído en los últimos tiempos. y también las más conmovedoras, y las más divertidas, y las más...” Herman de Coninck, De Morgen, Holanda. "Lea una historia por día y será usted feliz la mitad del año. Lea una historia por día y será usted triste la otra mitad. Cada página es tan hermosa como el libro. Koos Hageraats, HP/De Tijd, Holanda. "Estas fábulas inimitables pueden suscitar pocas dudas sobre el genio literario del autor.” Lucio Lami, Il Giornale, Italia.

Cómpralo y empieza a leer

Sagrario Fermosel Díaz

Carlos V



Carlos V

Fermosel Díaz, Sagrario
9788446041429
48 Páginas

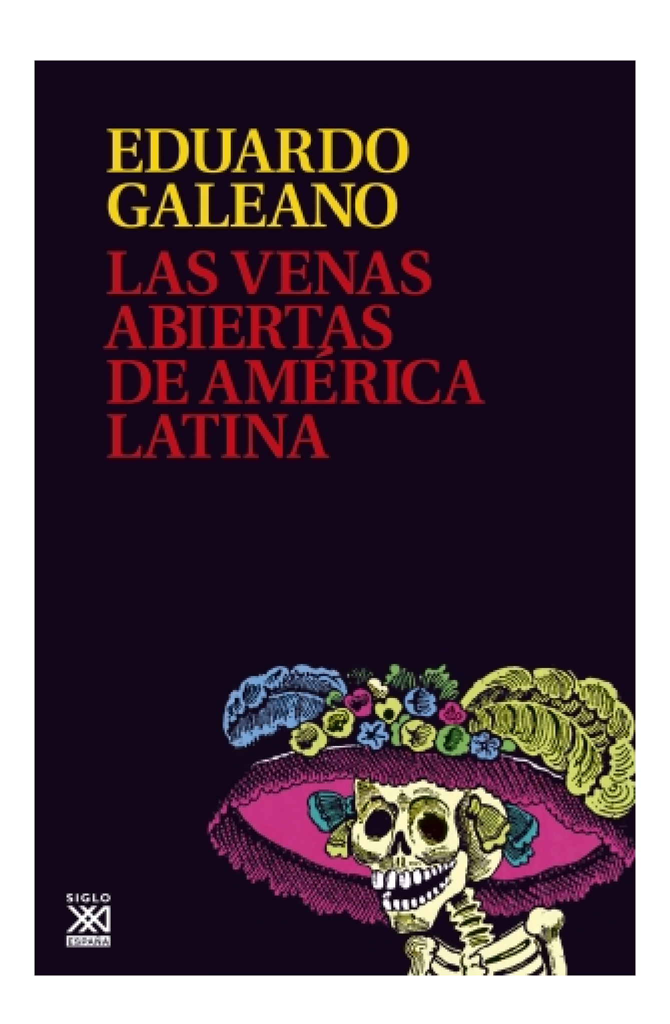
Cómpralo y empieza a leer

La división estructural en libros base y monografías referidas a hechos cruciales para la interpretación de la historia de los pueblos (conflictos, desarrollo social, cultural y tecnológico, vida cotidiana, pensamiento) permite tanto la comprensión global de la historia de la humanidad, como la profundización sobre determinados acontecimientos o aspectos generalmente ignorados en los manuales al uso. Los estudiantes encuentran así una forma atractiva y unas amplias posibilidades de su aplicación al estudio de

las múltiples facetas del devenir histórico y de las diferencias culturales y sociales.
Se combinan así los grandes acontecimientos históricos con aspectos referidos a la vida cotidiana, al pensamiento o a los avances tecnológicos.
Se ofrece de este modo una pluralidad de recursos para la investigación individual o colectiva, y para el desarrollo de actividades sobre temas que, a su vez, relacionan la historia del pasado para la comprensión del mundo actual.

Todos los libros de esta colección contienen abundantes ilustraciones, esquemas, mapas y gráficos aclaratorios de los textos, y han sido diseñados en un formato especialmente adecuado para la consulta y el trabajo de los alumnos y alumnas

Cómpralo y empieza a leer



Las venas abiertas de América Latina

Galeano, Eduardo H.

9788432315251
379 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

""Este libro supera todo lo que yo jamás he leído sobre el tema, y

permanecerá a lo largo de los años venideros. Una obra maestra. ""

- Carleton Beals, ""Monthly Review"", USA.

""Este reportaje-ensayo-mural-obra de artesanía admirable ensambla géneros que andaban dispersos: la historia económica, el relato vital.. ""

- Hugo Neira, ""Expreso"", Perú.

""El mejor libro sobre nuestro maltratado continente.""

- Hernán Invernizzi, ""El Cronista Comercial"",Argentina.

""Bienvenida sea esta historia de América Latina que recoge los hechos, tiene profundidad teórica y es sumamente legible. Un excelente trabajo. ""

- Peter Roman, ""Science and Society"", USA.

""Este libro de Galeano es absolutamente imprescindible para todos los interesados en América Latina.

- ""Deutsche Volkszeitung"", Alemania Federal.

""Una contribución muy importante a la comprensión del pasado que alimenta un presente ambiguo e incierto. ""

- Marcel Niedergang, ""Le Monde"", Francia.

""Un gran escritor y una gran obra, que hoy me parece más actual y

necesaria que cuando apareció. ""

- Jean Ziegler, ""Afrique-Asie"", Francia.

Cómpralo y empieza a leer